

CARLOS ROXLO

Selección de Textos

TOMO 1



Cámara de Representantes

**CARLOS ROXLO
SELECCION DE TEXTOS
TOMO I**

INDICE

Antecedentes	11
Prólogo	15

I

<i>Los Treinta y Tres</i>	19
---------------------------------	----

II

<i>El Sitio de Montevideo</i> <i>y la Guerra del Paraguay</i>	69
—Sesión del 19 de marzo de 1907	73
—Sesión del 9 de abril de 1907	83
—Sesión del 11 de abril de 1907	100
—Notas	127

III

<i>El Uruguay en 1904. La Guerra Civil</i>	143
—A modo de proemio	145
—Libro Primero	150
—Libro Segundo	185
—Libro Tercero	204
—Libro Cuarto	219
—Libro Quinto	248
—Libro Sexto	263
—Libro Séptimo	285
—Libro Octavo	322
—Conclusión	350

Carlos Roxlo

218644

SELECCION DE TEXTOS

PROLOGO DE
RICARDO ROCHA IMAZ



864.3
K88-1
v.1

Cámara de Representantes

República Oriental del Uruguay

AUTORIDADES DE LA CAMARA
(Año 1993)

Presidente:	Luis Alberto Heber
1er. Vicepresidente:	Guillermo Stirling
2do. Vicepresidente:	Eber Da Rosa Vázquez
3er. Vicepresidente:	Helios Sarthou
4to. Vicepresidente:	José Losada
Secretario Redactor:	Horacio D. Catalurda
Secretario Relator:	Martín García Nin
Prosecretario:	Carlos María Fossati
Prosecretario:	Washington Quiroz Ubal

**COMISION ESPECIAL PARA ENTENDER EN LAS
EDICIONES DE LA CAMARA DE REPRESENTANTES
(Año 1992)**

**Yamandú Fau
Presidente**

**Antonio Guerra Caraballo
Vicepresidente**

**Hugo Cores
Luis A. Hierro López
Mario Mesa
Agapo Luis Palomeque
Ricardo Rocha Imaz**

**Ruben A. Guarnerio
Secretario**

COMISION ASESORA

para entender en la publicación de una selección de la obra literaria y periodística y de la actuación parlamentaria de Carlos Roxlo:

Juan Antonio Pérez Sparano

Julián Murguía

Mario Esteban

ANTECEDENTES

Rep. N° 324

Comisión Especial para entender en las ediciones de la Cámara de Representantes

INFORME

Señores Representantes:

Esta Comisión Especial ha procedido a analizar las iniciativas de los señores legisladores para la edición por la Cámara de Representantes de diversas obras de relevantes personalidades de nuestra nación, y las propuestas de las respectivas Comisiones Asesoras designadas al efecto y se propuso la elaboración de un plan quinquenal de publicaciones.

Ha procedido asimismo, a la vigilancia y cuidado del decoro de la impresión de las obras cuya publicación ya había sido dispuesta por la Cámara de Representantes. Como consecuencia de ello se ha verificado un mejor nivel de la obra impresa, tanto en el aspecto estético como en lo técnico.

El adjunto proyecto de resolución tiende a hacer efectivo un plan provisorio de publicaciones, teniendo presente el estado actual del erario y las posibilidades que para erogaciones de tal orden ofrece, pero reafirmando el propósito de irradiación cultural, particularmente en vista a sus repercusiones en la juventud, y posterga para instancias ulteriores la estructuración del plan definitivo de ediciones que someterá oportunamente a la consideración del Cuerpo.

Sala de la Comisión, 1° de julio de 1991.

Hugo Cores, Miembro Informante; *Daniel Díaz Maynard*, Miembro Informante; *Antonio Guerra Caraballo*, Miembro In-

formante; *Luis A. Hierro López*, Miembro Informante; *Agapo Luis Palomeque*, Miembro Informante; *Ricardo Rocha Imaz*, Miembro Informante; *Alejandro Zorrilla de San Martín*, Miembro Informante.

PROYECTO DE RESOLUCION

Refuézase el rubro Gastos de Secretaría en la cantidad estrictamente necesaria para proceder a la edición de las siguientes obras:

1°) Profesor Carlos Real de Azúa. Obras inéditas. (Un volumen).

2°) Personalidades que han contribuido a la consolidación de la cultura y de las estructuras educacionales. (Un volumen).

3°) Doctor Baltasar Brum. Selección de escritos, artículos periodísticos, documentos, publicaciones y actuación gubernamental. (Un volumen).

4°) Profesor Juan E. Pivel Devoto. Selección de estudios históricos. (Un volumen).

5°) Doctor Julio César Grauert. Selección de escritos, artículos periodísticos, documentos, publicaciones y actuación parlamentaria. (Un volumen).

6°) Carlos Roxlo. Selección de su obra literaria y periodística y de su actuación parlamentaria. (Un volumen).

7°) José Batlle y Ordóñez. Recopilación de sus obras, artículos, proyectos y discursos. (Un volumen).

8°) Alfredo Alborno. Elecciones Uruguayas 1989. (Un volumen).

Sala de la Comisión, 1° de julio de 1991.

Hugo Cores, Miembro Informante, *Daniel Diaz Maynard*, Miembro Informante; *Antonio Guerra Caraballo*, Miembro Informante; *Luis A. Hierro López*, Miembro Informante; *Agapo Luis Palomeque*, Miembro Informante; *Ricardo Rocha Imaz*, Miembro Informante; *Alejandro Zorrilla de San Martín*, Miembro Informante”.

—Léase el proyecto de resolución.

VARIOS SEÑORES REPRESENTANTES — ¡Qué se suprima la lectura!

SEÑOR PRESIDENTE (Singer) — Se va a votar.

(Se vota).

—Cuarenta y dos por la afirmativa: *Afirmativa*. Unanimidad.

En discusión.

Si no se hace uso de la palabra, se va a votar.

(Se vota).

—Cuarenta en cuarenta y uno: *Afirmativa*.

Queda aprobado el proyecto de resolución.

PROLOGO

La obra literaria de Carlos Roxlo es una de las más vastas del pensamiento nacional. Acaso sólo semejante a su grandilocuencia, que en discursos magníficos, inspirados, expandió en los ámbitos parlamentarios, en las turbulentas convenciones partidarias y en las tumultuosas asambleas públicas.

Desde su monumental "Historia Crítica de la Literatura Uruguaya", brillante y erudita prosa, hasta "El País del Trébol", inflamadas poesías patrióticas, hay toda una gama que abarca esplendorosamente hasta los confines de la lírica y del pensamiento.

¿Qué inspiración le fue ajena? ¿Qué lira no templó? ¿Qué giro literario se le ocultó?

Expansivo, generoso; hasta en el exceso de la metáfora, del detalle con que tornasolaba su oratoria y su pluma, destacaba su brillantez.

Había viajado a Europa sobre el filo de los siglos y tenía en su cabeza, primero cubierta por hirsuta cabellera y luego pálidamente calva, una enciclopedia que asombraba a los de su tiempo. No había así disciplina que no conociese, ni antecedente que no hubiera recogido, ni anécdota que no le sirviese, ni *saber*, ese profundo *saber* de los espíritus cultos, que no estuviera atesorado en su privilegiada mente.

¡Cuán difícil, entonces, para quienes ensayamos recopilar su obra, la elección de los temas!

La Comisión de Ediciones de la Cámara de Representantes, se ha decidido por lo que editamos, según el informe elaborado por la Comisión Asesora.

¡Cuánto queda atrás! Su libro "Glorias de América", de 1909, de notable actualidad en momentos de los 500 años del

descubrimiento de América o del encuentro de dos Mundos, como ha dado en llamarse, sin encontrar aún el nombre más adecuado. La reivindicación del indígena aparece fantasmagóricamente en este libro. Caonabó es la raíz de la raza, su tristeza final es el símbolo de lo que fue la conquista. Roxlo lo sintetiza: *“En su cautiverio se mostró indómito y altivo, como un león enjaulado por malas artes y traicioneros modos. Embarcado por Colón para España en 1496, murió en la travesía, mirando el mar, amenazando al cielo y soñando siempre con los vírgenes montes de su isla encantada”*.

La tragedia de Anacaona, su mujer, reflejada en los amores frustrados de su hija Higuamota con el castellano Hernando de Guevara, casi el primer aliento de una raza que después fue, sintetiza la melancolía permanente de los aborígenes.

Atrás también han quedado: “El País del Trébol”, su canto a la “Divisa Blanca”, a Saravia, a “La Calera de las Huérfanas”, “En la Agraciada”, “El Ceibo”, “El Cipó”, “El Sauce”, versos en que aparece el poeta de la patria, engarzando las epopeyas patrióticas con el amor a la divisa y a la flora de su adorado suelo.

Y atrás ha quedado el cantor popular y comprometido. Su “Andresillo” escapa a los límites del empedrado montevideano y es símbolo y razón de la existencia pobre y árida del canillita del mundo, con el tético final: *“Lo que el niño y la sombra se dijeron/ es un misterio aún; tal vez el alma/ enternecida de la pobre madre/ sobre el niño tendió las leves alas./ Lo cierto es que al venir el nuevo día/ los quinteros que entraban/ en la ciudad, rigiendo adormecidos/ con mano floja, las carretas tardas/ ¡le vieron con asombro/ en el umbral oscuro de la casa/ lívido, inmóvil, azulado, muerto/ a la confusa claridad del alba!”*.

Y, en “El Libro de las Rimas”, se define como la “muchedumbre santa”, definiendo su musa: *“¡Yo soy la muchedumbre, la muchedumbre santa/ la que sus penas llora, la que sus gozos canta/ con su vocabulario sencillo y familiar!/ ¡Soy el clavel rasgado de púrpura vestido/ la cavatina agreste del tordo renegrado/ y el dúo de guitarras del baile popular!”* [...]. *“¡No entiendo de clausuras en torres de marfiles/ ni danzo en los bailables de rimas señoriles/ ni busco en nuestros libros vocablos*

*de excepción! ¡Mi musa no es ni diosa, ni emperatriz, ni dama/
Vestida de percales, que huelen a retama/ mi musa es una obrera
con mucho corazón!*"

Este entronque de la lírica de Roxlo con el alma popular, no es una simple metáfora poética, es la coherencia de un hombre de pueblo con su acción social parlamentaria. La misma que le llevara a redactar las primicias obreras de 1905 y 1907, que constituyeron un auténtico Código de Trabajo, adelantado a su tiempo.

Contaba que, cuando las revoluciones saravistas, sentados con Luis Alberto de Herrera, cerca de un arroyo, sucios, descalzos, malolientes, tratando de sacarse piojos y garrapatas, unidos a los otros montoneros en dolores y privaciones, se habían juramentado que si salían con vida, pondrían lo mejor de sí para defender a los más infelices.

Y así lo hicieron.

* * *

Insistimos: ¡cuánto queda en el tintero, entre tantas bellezas que Roxlo nos prodigó!

Pero era preciso optar, elegir. A despecho de lo mucho que queda, van pues "Los 33", "El Uruguay en 1904", "El Sitio de Montevideo y La Guerra del Paraguay", y un fragmento de la "Historia Crítica de la Literatura Uruguaya". Tarea del lector serán la valoración y el examen, y a él entregamos el rico material.

Quizá quepa solamente señalar que Roxlo fue el gran ignorado por la crítica contemporánea y los que siguieron. Pareció que una conspiración del silencio se hubiera tendido sobre su obra, y aun, cuando se le recordó, se fue duro e implacable con él. Pero baste señalar a dos críticos que hicieron la debida justicia con su obra: Samuel Blixen y Guzmán Papini y Zás. La sola enunciación de estos nombres, famosos literatos y críticos, nos exime de mayores comentarios.

Pero, aun por encima de estos juicios, está la perduración de Carlos Roxlo, hasta en la justicia del nomenclator.

De los que con él fueron duros e implacables, ya nadie se

acuerda...

Hay un libro, "Carlos Roxlo. Estilo y Destino de su Vida", escrito por Angel María Cusano, cuyo origen está en una conferencia que pronunciara en el teatro "Florencio Sánchez" de Paysandú, en 1949. De él tomamos, para finalizar, la Advertencia primera: *"Queda sí en estas páginas el trazo de una existencia iluminada, cuyo estilo he procurado, en planos modestos, dibujar. Su rectitud y su limpieza fueron tan perfectas, como lo fueron su amor al pueblo y su fe en los altos destinos de la patria. Por su desapego a los bienes materiales, su pasión profética por los humildes y su belleza, su incomparable belleza espiritual, bien pudiera decirse de Roxlo lo que Plutarco, en sus «Vidas Paralelas», expresa de Marcos Catón: «...nunca llevó vestido de más de cien dracmas» [...] «bebió siempre del mismo vino de los trabajadores» [...] «jamás tuvo casa ninguna revocada de cal» [...] «porque era su lenguaje gracioso y vehemente, dulce y penetrante, adornado y grave, sentencioso y polémico» [...] «y fue su vida como la de un atleta vencedor que se mantiene siempre igual en la lucha hasta la muerte».*

Y la muerte le llegó, por mano propia, en día aciago. Muerte que ya venía anunciando, en melancolía, cuando en una Convención partidaria dijo: *«Estoy acostumbrado a celebrar citas de amor con la derrota», o en el tragicismo de los versos premonitorios de «El Cipó»: «Señor, que de las dudas el malezaje rudo/ tejiste sobre el árbol altivo de mi fe,/ si ya está todo el árbol decrepito y desnudo/ ¿por qué mandas al tronco que permanezca en pie?»*”.

Ricardo Rocha Imaz

I

LOS TREINTA Y TRES*

(*) Conferencia dada en los salones del Club Nacional el 5 de setiembre de 1902. Editado en Montevideo, Tip. Escuela Nacional de Artes y Oficios.

I

Señores:

Por una razón tan egoísta como explicable, yo quiero la preeminencia del saber para el Partido Nacional, porque pienso, como Delboeuf, que el porvenir pertenece al más sabio.

Sucede con las colectividades políticas lo mismo que sucede con las especies o familias biológicas.

Forman o constituyen el universo, en su nacimiento hipotético, nada más que átomos vivos y sensibles, dotados de voluntad y de libertad, bastante poderosos para suspender el movimiento de que están dotados, y bastante conscientes para saber que lo han suspendido.

Esos átomos se acoplaron primeramente en uniones fortuitas y fugitivas, que entablaron una lucha de resistencia, quedando en pie las más inteligentes. Estas entraron a su vez en lucha con otras más inteligentes aún, y desaparecieron, dejando a las últimas su lugar.

Dice Delboeuf, en la página 13 del primer tomo de *La materia bruta y la materia viva*:

“Esa historia lejana es la historia actual de la humanidad. El europeo ha hecho desaparecer, o poco menos, a las razas inferiores de la América, del Africa y de la Oceanía. ¿Qué será de las razas asiáticas? Supongamos, para el razonamiento, que el europeo las domine; cuando reine sin rival sobre uno y otro continente, ¿cuál será de los pueblos de nuestros días aquel, o cuáles aquellos que tendrán representantes? ¿Serán los lati-

nos o los germanos, los eslavos o los ingleses? El porvenir será del más sabio”.

Esta aserción, señores, se encuentra comprobada por la historia de toda la humanidad.

En las sociedades antiguas, en el viejo Egipto, llamado por Bossuet el más sabio de los imperios, el sacerdote que vela al pie del altar del buey divinizado, mira a los hombres hundidos en el polvo que levantan sus pies y a las conciencias hundidas en la noche de los inviolables misterios del culto de Isis. La superstición tiraniza las voluntades, dispone de las vidas y de las fortunas, truena en los palacios y en las cabañas, hasta que la mano de un guerrero brutal le arranca la diadema que brilla en sus sienes y se apropia del dominio del mundo, oprimiendo y acorralando a las muchedumbres con el pecho de su caballo y con el regatón de su lanza centelleadora. Y se ve, entonces, a aquellos reyes, surgidos del estruendo de las batallas y del vaho sanguinoloso de las carnicerías, contentarse, al sentirse impotentes para colonizar las inmensas conquistas que han realizado, con doblarlas bajo el peso de los impuestos y de los servicios, calentando las noches de su harén en el lecho de lirios de las virginidades de las hijas de los príncipes que les rinden tributo.

De ahí que la civilización asiática; que aquella civilización, a cuyo conocimiento hemos llegado principalmente por los museos de Bulaq y del Louvre, por los estudios de Mariette y Grébaud, por las investigaciones arqueológicas de Saulcy y Rawlinson; que aquella civilización, primero teocrática y después feudal, no pueda difundirse más allá del circuito de sus fronteras, y ceda su puesto a otra civilización más llena de luz, no bien el pueblo griego rompe su crisálida y aparece en el escenario de la vida de la humanidad, como lazo de amor entre las sociedades asiáticas que se hundían y las sociedades europeas que despertaban, del mismo modo que las olas mediterráneas sirven de vínculo y trazo de unión a las costas del Asia y a las costas de Europa.

Lo más sabio es lo que perdura, y es por eso que el mundo asiático cedía al mundo helénico su puesto en la historia, porque en Grecia, según Troplong, comienza la libertad del hom-

bre en la ciudad y la hermosura de la forma en el arte.

Señores correligionarios: lo mismo que acontece con las razas, lo mismo que acontece con las nacionalidades, acontece con los partidos. Estos no son otra cosa que organismos animados, organismos vivientes. Su duración, su triunfo, su predominio, está en razón directa de su superioridad.

Entreguémonos, pues, con la más desinteresada de las pasiones al estudio de todos los problemas de la hora presente, para agrandar nuestro caudal de vida y poderío; y cada vez que se nos obligue a volver los ojos hacia el pasado, hagámoslo también con un profundo espíritu de desapasionamiento y de justicia, anteponiendo la idea de patria a la idea de bandería, la idea de nacionalidad a la idea de facción, convencidos de que, al hacerlo así, trabajamos indirectamente en pro de nuestro credo, porque las generaciones que nos sucedan nos agradecerán las horas en que hayamos sacrificado nuestros rencores, como víctimas propiciatorias, sobre los altares de la madre común.

II

Consecuente con estas ideas, el libro "Lavalleja y Oribe" del joven escritor Julio María Sosa, sólo me servirá de pretexto para explicaros, sin odios ni prejuicios, una de las épocas más interesantes de nuestra historia, imitando a Macaulay, a quien el estudio de los libros de sus contemporáneos, sólo le sirve como pretexto para vivificar las edades pasadas, darnos a conocer alguna grande personalidad política e intelectual, y para batirse con algún error convertido en certeza por la acción del tiempo o el interés sectario. Así, pues, voy a dedicar mi conferencia de hoy, sin brillos ni ornatos; pobre como mía, pero como mía sincera y franca, a defender lo que yo entiendo que son glorias comunes a todos los partidos de nuestra tierra, consagrándome casi por entero a enaltecer la personalidad de Lavalleja, ya que el general Lavalleja, según el señor Julio María Sosa, no pertenecía ni al partido nacional ni al partido colorado. Voy a hacer más: voy a dejar en segundo plano, perdida a la distancia,

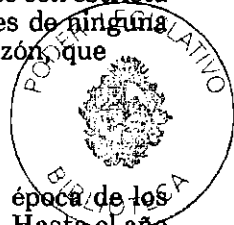
envuelta por el polvo levantado por las caballerías libertadoras, hundida en su sudario, la figura del general Oribe, a fin de que no se diga que vengo a esta tribuna a reivindicar lauros para el genitor del partido a que pertenezco, a pesar de que podría reivindicarlos con justa razón, porque hasta el año de 1837, el general Oribe era no sólo una de las figuras más salientes, sino también una de las figuras más indiscutibles del Río de la Plata. Voy a hacer más aun: voy a citar con elogio, en el transcurso de esta noche, el nombre del general Rivera, a pesar de ser el general Rivera el fundador del partido colorado.

Para proceder de este modo, tengo una razón augusta, una razón sagrada, una razón incontrovertible. Nuestra historia se divide en dos períodos: El primero de esos períodos abarca desde el comienzo de las luchas por la emancipación hasta el año de 1830. El segundo período empieza poco tiempo después y llega hasta nuestros días, hasta nuestra edad, pudiendo denominarse esta segunda faz de nuestra historia, la guerra de los dos colores, como se denomina la guerra de las dos rosas, aquel largo y sangriento período de la historia de Inglaterra en que chocan y se hacen pedazos las divisas de la casa de Lancaster y la casa de York.

Yo no puedo juzgar con el mismo criterio esas dos épocas de nuestra historia. Durante la segunda, durante la que yo denomino guerra de los colores, sobre la frente airada de las huestes que combaten, veo flamear el ala de un sombrero que en unos campos tiene la divisa roja y en otros campos tiene la divisa blanca. En la otra época, en la primera de las épocas que he citado, no veo lucir esas divisas en los chambergos de nuestros campesinos, ni en las escarapelas de sus jefes hay un solo color. Son tres los matices de esas escarapelas y de aquellas divisas. Me ciegan los ojos el blanco, el rojo y el azul de la bandera de Artigas y de la bandera de los Treinta y Tres; de aquella bandera, a cuya sombra se batieron juntos los que hoy nuestro odio desmonetiza; bandera manchada de sangre desde la moharra hasta el regatón; bandera que fue desde Montevideo hasta el Ayuí; bandera que saludaron con cariño filial los nacidos en los bosques vírgenes de Entre Ríos y los nacidos en los espesos chircales de Corrientes; bandera que se alzó como

señora en las llanuras de Santa Fe y en las quebradas de las sierras de Córdoba; bandera que acariciaron todas las brisas de la victoria y que todos los vientos del desastre sacudieron con furia; bandera, en fin, a la que pueden aplicarse con estricta justicia dos de los versos de nuestro himno, pues de ninguna bandera del mundo puede decirse con mayor razón que

*“¡En angustias selló su constancia
Y en bautismos de sangre su fe!”.*



Después de aquella época, cuando venga la época de los colores, me fijaré en las divisas de los sombreros. Hasta el año de 1830, sólo veo gentes que combaten, que sufren, que se expatrian, que vuelven a la lucha, que ruedan y que mueren por el pago, por el terruño, por lo que más tarde será un país libre; sólo veo gentes que con las gotas de la sangre de sus heridas y con las gotas del sudor de su angustia, van delineando las fronteras de la patria de los orientales —patria infelicísima, tanto en los combates de la emancipación, que le cuestan indecibles torturas, como en sus combates para constituirse de un modo definitivo—, combates que no han terminado aún, que más de una vez nos han hecho decir, en presencia de la imagen de la república, aquella trágica y lúgubre frase de Shakespeare: “¡Salud, reina de York, señora de los tristes destinos!”.

III

Lo que más me asombra, en esos criterios que combato, es la falta de verdadero criterio histórico.

Dice Macaulay, hablando de Dryden, el restaurador de la poesía inglesa durante el reinado de Carlos II, que los resultados obtenidos por aquel ingenio, antes fueron obra de las circunstancias en que se halló, que de sus condiciones personales. Y agrega Macaulay, en la página 234 de sus *Estudios Críticos*, “que lo mismo puede decirse de la mayor parte de aquellos hombres que se han distinguido en la literatura o en la política”.

Ese estudio de las circunstancias, del medio ambiente, de

las necesidades de la época, de las transacciones que ella imponía; ese estudio de lo que sirve de marco a una acción, a un carácter, a una personalidad, no puede ni debe olvidarse por los historiadores, pues es ridículo, y a veces criminal, aplicar el criterio del hoy a los hombres del ayer, como sería injusto que el porvenir aplicara a los hombres del hoy el criterio que regirá los actos de los hombres del mañana. El mundo marcha, ha dicho Pelletán, y es de creer, señores, que el mundo no marcha en vano. Nosotros, cegados por los odios de bandería, somos extremadamente injustos con los hombres que nos precedieron. Cuando Stanley, en busca de Livingstone, cruzaba los bosques del Africa, la prensa inglesa acusaba de inhumanidad a Stanley, porque éste fusilaba sin compasión a los enanos que poblaban aquellas selvas. Stanley respondía a los periodistas humanitarios: "Es muy fácil hablar de clemencia en Londres, donde no hay flechas envenenadas y donde no hay enanos que las manejen". Y Stanley, señores, tenía razón. Para juzgar la conducta de un hombre, hay que colocarse dentro del medio ambiente en que ese hombre actúa. Es lógico que cada época sea más avanzada que la época que la precedió, siendo lógico, por lo mismo, que los hombres actuales se muevan guiados por pasiones más depuradas que los que los precedieron, desde que tienen a su servicio mayores elementos de análisis, más caudal de experiencia, y desde que se agitan en un medio sociológico más educado. Si eso no fuera así, si cada época juzgara a las épocas anteriores sin tomar en cuenta los sentimientos y las ideas que las apasionaban y las regían, sería contadísimos el número de los que el porvenir colocara en los altares de su admiración. ¿Qué hombre de Plutarco resistiría el juicio crítico de un Thiers o de un Taine? Levantad la púrpura con que el paso de los siglos ha cubierto a los hombres de la antigüedad, y Séneca resulta un prestamista a modo de Shylock, y Aníbal un bárbaro que se deleita respirando el olor de los cadáveres del campo de Cánna. ¡Un poco de piedad para el pasado, si queremos que el porvenir nos juzgue con un poco de piedad!

IV

Entremos ya de lleno en el fondo de la cuestión. Aceptemos el criterio histórico de los que afirman que nuestra nacionalidad es una nacionalidad cunera, sin génesis propio y arrancada a las necesidades políticas o diplomáticas de nuestros dos vecinos. Aceptemos que la leyenda del Arenal Grande no sea nada más que una hermosa leyenda. Aceptemos que los Treinta y Tres nos hubieran legado, por una mera casualidad, la patria libre y constituida.

Aún siendo así, nosotros sostendríamos que es útil y patriótico, que es obra de civismo y obra de virtud, conservar con todos sus prestigios aquella leyenda de redención. Guillermo Tell no ha existido jamás, y sin embargo, sobre lo más alto de los montes helvéticos, se pasea la sombra de Guillermo Tell, como salvaguardando la independencia del país de los lagos y de los ventisqueros. Es que el patriotismo es una religión, y no hay religión sin manifestaciones externas y sin altares. Es que el patriotismo, como el amor y como todos los cultos vivos, tiene por cimiento a la fe y por cúspide a la esperanza. Los países que no tienen progenitores, deben crearlos, porque así como todo ideal místico necesita un ara ante la cual se ruegue y ante la cual se lllore, todo país necesita de aras nacionales, donde se aprendan las leyendas engendradoras del civismo y del denuedo. —Si quitáis a la tricolor, a la ungida, a la santa, a la dos veces emancipadora, a la que ha precedido a la bandera de un sol de oro en un cielo sereno, su aureola de heroicidades y de abnegaciones; si arrancáis a la bandera del terruño, toda la epopeya espartana de Artigas y toda la epopeya homérica de los Treinta y Tres; si sólo les dejáis a las insignias que venerarán nuestros descendientes, los lauros obtenidos en nuestras luchas civiles, en nuestras terribles y dolorosas luchas nacionales, ¿qué hombre del mañana, qué hombre del futuro, las querrá por sudario?— ¿Decís que nuestros Treinta y Tres llegaron a la independencia por una mera casualidad? Por una mera casualidad descubrió Galileo la ley del péndulo y por una mera casualidad descubrió Newton las leyes de la gravitación. Por una mera casualidad el marino de Génova, aquel que re-

corrió las cortes de la Europa mendigando unas barcas con que cruzar las brumas del mar desconocido, descubrió este mundo en que nuestros ojos se abrieron a luz, mundo a cuyos pies dos mares depositan todas las turquesas de su ondulante túnica, y mundo a cuya frente han ceñido como un velo nupcial, como un velo de eterno desposorio y eterna juventud, las nieves de los Andes. Y también por una mera casualidad los hombres de 1810 llegaron a la independencia continental y a la idea republicana, hasta tal punto que Berutti no soñó jamás con ser un libertador y que el padre Rodríguez, el del congreso de Tucumán, ignoraba todavía en 1815 qué forma de gobierno adoptaría la patria del general Belgrano. —En el año 13, nuestro Artigas ya se había resuelto por la forma federativa—. Y, sin embargo, a pesar de que Colón murió sin saber que había descubierto un nuevo continente, la gloria de Colón es un sol sin eclipses, del mismo modo que el padre Cayetano Rodríguez, a pesar de sus veleidades monárquicas, siempre será uno de los pocos varones que declararon libre, en un acta inmortal, el suelo comprendido desde el Plata al Neuquén.

Pero no es sólo, señores, en tierra americana y en tierra del Sur, donde se verifica el fenómeno de lo que engrandece, por mera casualidad y por el impulso de las circunstancias, el propósito que persigue. Ese fenómeno se encuentra también en la vieja Europa. Ni la revolución inglesa ni la revolución francesa soñaron en fundar un protectorado y una república sobre los cadáveres de Carlos I y Luis XVI. Fueron los acontecimientos los que arrastraron la flecha más allá de su blanco. El mismo Cromwell, al iniciarse la revolución británica, se preparaba a la expatriación; el mismo Robespierre se manifiesta tímido y pusilánime, mudo e incomprensible, en las primeras horas de la Constituyente. —Otro tanto acontece en la isla de Cuba. Sus primeros movimientos revolucionarios, los movimientos de 1850 y 1851, según dice el escritor antillano Enrique Piñeyro en el capítulo III, página 23 y 24, de su libro *Vida y Escritos de Juan Clemente Zenea*, no tuvieron por objeto la independencia de aquella colonia, sino su anexión a los Estados Unidos. ¿Cómo se consiguió allí la independencia? Merced a una guerra entre el país poseedor y el país a que tendían las ideas anexionistas.

Lo mismo, absolutamente lo mismo que pasó con nosotros, como veremos en las páginas posteriores de este rápido estudio. —La revolución de los americanos del Norte es también una fuerza impulsiva, y se produce no en torno de una idea de independencia, no en torno de una idea de emancipación, sino en torno de un timbre y de una tetera, del impuesto de 1761 y del bill de 1764. ¿Quiere decir esto que los que así lograban un fin que no pretendieron, no merezcan glorificación, encomio y gratitud? Abrid, correligionarios, los libros de los historiadores de los Estados Unidos, y veréis el profundo culto con que en aquellas páginas se trata a los que, si al principio tuvieron a unas cuantas hojitas de té por bandera de rebeldía, tuvieron más tarde, por bandera nacional, a aquella bandera estrellada que sirve de sudario a Washington, el mejor de los hombres, y a Lincoln, el más humanitario de todos los mártires después de Jesús!

V

Vayamos más lejos. Aceptemos como un hecho probado que los Treinta y Tres, al volver en armas en 1825, lo hiciesen con el solo propósito de unirnos a la Confederación Argentina.

¿Merece, por ventura, ese hecho una severa condenación?

¡Mal se explica esa manera de encarar la historia en los que consideran como un apóstol al doctor don Juan Carlos Gómez! Este, muchos años después de independizado nuestro país, soñaba con lo que se achaca como un crimen a Artigas y a los Treinta y Tres. Siendo yo casi un niño, uno de los amigos del doctor Gómez, el doctor Bustamante, de cuño colorado bien definido, predicaba esas mismas ideas de anexión desde lo alto de la tribuna del Ateneo de Montevideo. Le salió al encuentro el doctor José Pedro Ramírez, y aquella polémica levantó tanto ruido, que sus ecos llegaron hasta mi humildísimo retiro de estudiante pobre.

La idea anexionista será, considerada en las circunstancias actuales, un verdadero crimen patriótico. Eso es indiscutible; pero en la época de Artigas y en el año de 1825, lo que hoy pa-

rece un crimen, bien pudo parecer una necesidad. Entre el Brasil y la Confederación, la duda no era posible. ¿Por qué? Por muchas razones.

Habíamos formado parte del virreinato de Buenos Aires. Mientras aquel virreinato duró, entre la corte de España y la de Portugal, se discutió muchas veces el problema de nuestros límites. Aquellas discusiones llegaron a ser tan agrias que, en más de una ocasión, españoles y lusitanos anduvieron en nuestras costas y en nuestras llanuras a tiros de fusil.

Bajo el gobierno de Zabala, bajo el gobierno de Viana, bajo el gobierno de del Pino, es decir, desde el año de 1730 hasta el año de 1804, Portugal no había dejado ni un instante de invadir nuestro suelo. Así perdimos las Misiones y Río Grande.

Ese pleito de límites debía, como es natural, apasionar a los nacidos en este país, y debía apasionarlos a favor de España, por razones de raza y por razones de fidelidad a su monarquía, dado nuestro idioma y dadas las ideas predominantes en aquella época. Más tarde, en nuestra lucha con la metrópoli, según dice el señor Bauzá en la página 744 del tomo III de su *Historia de la dominación española en el Uruguay*, "los sufrimientos comunes en defensa de la más honrada de las causas, establecieron una solidaridad compacta entre el pueblo argentino y el pueblo nuestro, apoyando más de una vez aquellas provincias los esfuerzos de Artigas y sus lugartenientes". Según el mismo señor Bauzá, "Buenos Aires no fue ajena a ese movimiento, renunciando más de una vez la capitalidad y ofreciendo el contingente de sus batallones cívicos, de su prensa y sus clubs, al triunfo de las aspiraciones públicas".

Artigas mismo soñó con la idea de una confederación, de una gran confederación, según lo testifican las instrucciones que dio a sus delegados en el año de 1813, instrucciones que bastarían para honrarle, si no le honraran ya su manera de entender el régimen comunal y sus constantes esfuerzos por la hegemonía de nuestro pago. Todos estos hechos, todos estos antecedentes demuestran hasta la evidencia que, aun estando en error, eran más lógicos los que tendían a nuestra incorporación a la República Argentina que los que pugnaban porque nos sometiéramos al Imperio del Brasil. Justificaban la pri-

mera de estas tendencias, nuestra historia, la lengua que hablamos, y nuestro espíritu democrático, nuestras aspiraciones a la república. Nos divorciaban del Brasil, los sucesos a que he hecho referencia, nuestro idioma, y más que nada, el ser el Brasil una monarquía. Desprenderse de España para someterse al Brasil, no era otra cosa que cambiar de dueño, sin ninguna ventaja para nosotros. Incorporarse a la República Argentina, tal como se dice que lo pretendieron Artigas y los Treinta y Tres, tal como se desprende de las instrucciones del año 13 y del tratado del año 15, era conservar la mejor porción de nuestra autonomía, era confederarnos y no someternos. El porvenir se encargaría de colocarnos a la cabeza de todas las provincias, si sabíamos influir de un modo eficiente en los destinos de la nueva confederación. Una vez realizada ésta, teníamos un punto de apoyo contra la tendencia absorbente de Buenos Aires, punto de apoyo de que Artigas se había servido con éxito en varias ocasiones. Ese punto de apoyo era el espíritu de rebelión, el espíritu federativo que contra aquellas tendencias bullía potente en Santa Fe, en Córdoba, en Tucumán, en Corrientes y en Entre Ríos. Eran, pues, más lógicos, más patriotas, más previsores, los que buscaban la alianza argentina que los que aceptaban títulos y mercedes del imperio del Brasil.

La idea que en Juan Carlos Gómez parece un delito de lesa patria, no hubiera sido un crimen en los Treinta y Tres. En los tiempos de aquel tribuno, nuestras necesidades no la reclamaban; éramos un pueblo libre y tendíamos a organizarnos como tal, aunque en medio de sacudimientos y de convulsiones. En tiempo de los Treinta y Tres, éramos un pueblo diezmado por la labor guerrera de muchos lustros; un pueblo que tenía casi el derecho de desesperar de su libertad, viendo que no lograba amasarla ni con el jugo más rojo de sus venas; un pueblo que parecía impelido por las circunstancias hacia la República Argentina o hacia el Brasil. Si fuera cierto que los Treinta y Tres optaron por la primera, los Treinta y Tres no estaban desencaminados. Aún en este caso, su acción estaría muy lejos de ser un crimen. Aún en este caso, merecerían el aplauso de la posteridad al inclinarse en pro de la Argentina, “a cuya aso-

ciación, según dice el señor Andrés Lamas en la página 16 de *Las agresiones del dictador Rosas*, hablamos pertenecido, y con la que estábamos estrechamente ligados por comunidad de origen, por comunidad de tradiciones y de glorias, por una analogía perfecta de formas políticas y de elementos sociales’.

VI

Insistamos sobre lo que decimos. No se trataba de una anexión servil. Los Treinta y Tres, educados en la escuela de Artigas, no la hubieran concebido ni la hubieran aceptado. Aún en los momentos de mayor conflicto, cuando Lecor avanzaba contra Montevideo al frente de un ejército de seis mil veteranos; cuando Pueyrredón declaraba que, si Montevideo se incorporaba oficialmente a las Provincias Unidas, recibiría en premio importantes auxilios de pertrechos de guerra; cuando el Cabildo de Montevideo se comprometía en esta negociación, Artigas protestaba de un modo enérgico contra aquellas transacciones que podían conducirnos a la pérdida de nuestra autonomía. Tanto en el tratado del año 15, como en aquellas famosas instrucciones del año 13, ya citadas por mí, se ve bien claro cómo entendía el jefe de los orientales la idea anexionista. Según esas instrucciones, las del año 13, nuestros delegados iban a la asamblea constituyente, fijada en la ciudad de Buenos Aires, con el encargo de defender el sistema confederativo. Cada provincia formaría su gobierno sobre bases propias, quedando la nuestra constituida por todos los pueblos de la costa oriental del Uruguay hasta la fortaleza de Santa Teresa, así como también por los pueblos de Misiones, Batoví, Santa Tecla, San Rafael y Tacuarembó. Las provincias retendrían su soberanía, libertad e independencia, es decir, todo poder, jurisdicción y derecho que no se delegase expresamente por la Confederación en el Congreso de las Provincias Unidas. La constitución, dictada por el Congreso, garantizaría a todas las provincias una forma de gobierno republicana, que asegurase a cada una de ellas de las violencias domésticas y de la fuerza armada con que cualquiera de las mismas intentase sofocar los principios procla-

mados. Hablando de las instrucciones dadas por Artigas a nuestros delegados en el año 13, dice el señor Mariano A. Pelliza, en la página 273 del tomo II de su *Historia Argentina*: “el mérito de las instrucciones, es indiscutible, y en la historia constitucional argentina deben considerarse, prescindiendo de algunos artículos de mero egoísmo personal, como el génesis de la constitución federativa argentina”.

Más tarde, en el año de 1815, cuando Artigas, cuyo cuartel se hallaba en Paysandú, entró en negociaciones con el Director Alvarez Thomas, Artigas presentó a los comisionados de éste, al coronel don Blas Pico y al doctor don Francisco B. Rivarola, un tratado de concordia en cuyos primeros artículos se establecía que el pacto de la Banda Oriental con las Provincias Unidas del Río de la Plata, era un pacto de alianza ofensiva y defensiva, siendo todas las provincias iguales en dignidad e iguales en derechos. No contento con esto, como si quisiera precaverse de cualquier argucia ulterior, Artigas constataba, en el artículo tercero de aquel tratado de concordia, que la introducción de tropas de Buenos Aires en la Banda Oriental del Uruguay, jamás se realizó con el objeto de conquistarla. Siendo otras las proposiciones presentadas por los delegados de Alvarez Thomas, Artigas las rechazó con energía, según lo declaran los señores Pico y Rivarola en un oficio que pasan, sobre este asunto, al gobierno de Buenos Aires. Dado el ambiente en que habían nutrido todas las potencias de su alma, esta era también la única anexión que los tenientes de Artigas podían aceptar, y esta era la única anexión que los Treinta y Tres hubieran aceptado, dado el caso de que los Treinta y Tres tuviesen ideas anexionistas. Entre estas ideas, autonómicas en extremo, y el sometimiento sin restricciones al dominio imperial, a las leyes monárquicas, a la supresión de toda vida propia, media un abismo, abismo que redunda en alabanza de nuestros Treinta y Tres. En cuanto al espíritu absorbente de Buenos Aires, pronto lo hubiéramos sofocado por los intereses comunes a todas las provincias confederadas. Tan verdad es esto que en el año de 1826, don Félix de Aguirre, gobernador de Misiones, fusilado más tarde por Rivera, le escribía al general Lavalleja, quejándose del afán de predominio de los hombres de Buenos Aires: “Lo que nos con-

viene es unirnos las cuatro provincias, Montevideo, Misiones, Entre Ríos y Corrientes, y ponernos de acuerdo en un todo, debiendo usted decirme el modo más seguro para que no cesen nuestras relaciones sin ser interceptadas, pues ya se ve que los señores que usted no ignora, tratan siempre de ponernos el yugo con su política rastrera". Insisto, pues, en que, aun admitiendo el falso supuesto de la anexión, el levantamiento de Lavalleja y de sus compañeros contra el imperio del Brasil, era un acto patriótico, digno de loa, llamado a la gratitud de la posteridad. Insisto, pues, en que la bandera enarbolada por los Treinta y Tres en el Arenal Grande, al flamear frente a los lábaros verdes y amarillos del Imperio, encarnaba no sólo las tradiciones de idioma y de estirpe, sino que también simbolizaba el pago; el terruño, el sentimiento de nuestra autonomía, la conciencia de nuestra vida propia. El mismo espíritu que había guiado a los tres colores que brillaban junto a las lanzas de Artigas en los campos de Catalán, guiaba también a los tres colores que brillaban en las cintas de los chambergos de los sableadores de Sarandí.

VII

Si Lavalleja, que se había enrolado en las filas de la revolución en los primeros meses del año 11; si Lavalleja, que se halló en Las Piedras y que estuvo en el primer sitio de la plaza de Montevideo; si Lavalleja, que fue con los patriotas hasta el Ayuí y que, fiel a la bandera de Artigas, combatió más tarde, por amor a la autonomía del pago, contra las fuerzas de Alvear, de Soler y de Dorrego; si Lavalleja, que desde el año de 1816 hasta el año de 1818, sigue como una sombra a los ejércitos de Lecor y de Silveira, acuchillándolos con denuedo y disputándoles palmo a palmo el suelo del terruño; si Lavalleja aparece como sospechoso de tendencias argentinistas, muy explicables por lo rudo y desesperador de las circunstancias, el general Rivera, otro de los lugartenientes varoniles de Artigas, otro de los soldados de la causa de nuestra emancipación, otro de los estoicos vencidos en India Muerta y en Casupá, aparece

como sospechoso de abrasilero, de imperialista y del delito, no de anexión, sino de sometimiento.

El señor Julio María Sosa parece hacer un cargo al general Rivera por no haber personificado la causa de la independencia contra todo poder extraño en aquellos días de brega y de lucha. Ese cargo me parece completamente injusto. La providencia nos había abandonado; habíamos hecho el más colosal y el último de los esfuerzos junto a las márgenes del Tacuarembó. Artigas, al rechazar con justa causa las proposiciones de Pueyrredón, nos había entregado sin defensa al dominio portugués. El error de Rivera estuvo en no expatriarse, aceptando títulos y grados militares del imperio. De tal modo lo comprenden así los partidarios de ese militar que tratan de atenuar su conducta afirmando "que transigió sin escrúpulos con los dominadores, porque su pueblo aceptaba sin protestas la ley del vencedor". Esto no es verdad. Sobre esto sí que se ha hecho una verdadera leyenda. Batido Artigas en el Arapey, batido Latorre en el Catalán, el general Lecor intimó la rendición de Montevideo desde su cuartel general en marcha. Los jefes de la guarnición evacuaron la plaza, saliendo de ésta ochocientos hombres cabizbajos y tristes. Apenas se había perdido a la distancia el ruido de sus pasos, la población conservadora, compuesta en su mayor parte de españoles, comenzó a trabajar en pro del invasor, por entender que los portugueses no venían con otro fin que con el de restaurar en sus antiguos dominios al rey Fernando VII. A raíz del abandono de la ciudad por las fuerzas que la defendían, se reunió el Cabildo en minoría, en simple minoría de cinco miembros, y usurpando las funciones del verdadero cuerpo capitular, esos cinco miembros acordaron pedir protección a las armas del general Lecor. Lecor resolvió acudir al llamado y fue recibido a las nueve de la mañana del día 20 de enero de 1817 por la minoría capitular, izándose el pabellón portugués, con salvas y repiques de campanas, en todas las fortalezas y en todos los cuarteles de Montevideo; pero, mientras los españoles y los cinco cabildantes se agitaban con actividad vertiginosa para consolidar el poder del invasor, la ciudad se iba poco a poco vistiendo de luto, porque día a día la iban abandonando sus hijos mejores. En la página 676 del tomo III de

su *Historia de la dominación española*, dice el señor Bauzá: "Lecor no podía ocultarse a sí mismo el abandono en que le habían dejado los montevidéanos. Aquel mentado Cabildo, piedra angular de sus operaciones políticas, estaba reducido a cinco miembros. El regimiento de civicos, formado por los principales hijos de la ciudad, se había disuelto. La escuela pública estaba clausurada, pues su preceptor, fray José Benito Lamas, se había marchado a la campaña, según el término consagrado para indicar la ausencia de los que resistían al intruso. Se aproximaba el día onomástico de don Juan VI, y no había medios de festejarlo, ni quien quisiera voluntariamente prestarse a facilitar que se hiciera. Los ciudadanos huían en tropel al interior del país, aumentando la tristeza de la capital uruguaya".

Para salvar esas dificultades ¿qué hizo Lecor? Integrar el Cabildo por nombramiento directo. Con ese acto la institución quedaba disuelta. Aquel Cabildo no era ya el Cabildo de Montevideo. Desde 1815, en plena dominación artiguista, la ciudad había concurrido al nombramiento de sus cabildantes, enviando electores a la Casa Consistorial, según lo afirma el doctor Carlos M. de Pena en la página 24 de su interesante estudio "La administración local en el Uruguay". Falseadas las bases de la institución, convertido en nombramiento el acto electivo, la ciudad quedaba divorciada de unas autoridades que ya no le pertenecían y no era responsable de los actos de esas autoridades. ¡Esas autoridades podían vender la patria, sin que el espíritu público concurriera a la venta!

VIII

Ese estado de cosas, ese odio al invasor, continuó por muchísimo tiempo. El árbol extranjero no lograba arraigar en la tierra en que crecen el ombú y el karumán de espina. Tanto es así que cuatro años después, en 1821, cuando las últimas resistencias armadas de los patriotas habían concluido y cuando el congreso, que había declarado incorporado nuestro territorio al dominio de Portugal, remitió a los cabildos y alcaldes territoriales copias del acta de incorporación, pidiéndoles su

parecer sobre ella, todos estos funcionarios, según el señor Bauzá, página 735 del tomo citado, "no solamente repudiaron cualquier advenimiento sobre la forma en que debían someterse al dominio extranjero, sino que protestaron del modo más solemne contra la incorporación decretada por el Congreso". El mismo Lecor comunicaba de oficio a la corte del Brasil, "que la opinión pública se había pronunciado decididamente contra el Acta de incorporación". El historiador brasileño, Pereira da Silva, presidente de la sociedad de hombres de letras del Brasil, en un libro citado por Carlos María Ramírez en la página 118 de su importante estudio sobre *Artigas*, dice lo siguiente: "La guerra de la invasión duró tres años seguidos. Las tropas brasileñas y portuguesas encontraron resistencia, combates, celadas, oposiciones de toda especie, por todas partes y en todas las localidades de la Provincia. Talados quedaron los campos, destruidas las poblaciones, desiertos los establecimientos de cría de ganados, industria principal y casi única del Estado. Postrados, abatidos, mutilados y vencidos, se encorvaron, por fin, los habitantes a don Juan VI. Los que no quisieron someterse, emigraron para Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y Buenos Aires, pueblos vecinos, descendiendo de la misma raza, hablando la misma lengua, viviendo con las mismas costumbres y conservando las mismas tendencias de espíritu inquieto, desordenado y anárquico".

Otro escritor de la misma nacionalidad, el doctor Fernando Luis Osorio, miembro del cuerpo diplomático brasileño, dice que la incorporación de la Banda Oriental al Imperio del Brasil de ningún modo podía ser duradera, agregando en la página 140 del tomo primero de su *Historia do General Osorio*: "En el interior de las familias, a pesar de las seducciones empleadas por Lecor, nunca se dejó de hablar en contra de la dominación portuguesa. Las rivalidades entre orientales, portugueses y brasileños continuaron. En estas condiciones, era de esperarse que el dominio del Reino Unido del Portugal, Brasil y Algarbes, y después de 1822, el del Imperio del Brasil solamente, por ser contrario a la naturaleza, al genio, a las costumbres y a los intereses de los orientales, poseedores hasta de un idioma distinto, debía terminar como terminó. Solo dudaba de esto la impre-

visión o la ceguera de los que aferrados en la defensa de la vieja política portuguesa, creían fácilmente, conforme a su deseo, poderle dar al Brasil, como límite al sur, el Río de la Plata”.

Todo lo expuesto demuestra que no puede censurarse a Rivera por no haber conservado flameando a los vientos benditos del pago la bandera de la emancipación. En cambio, lo que debe reprochársele es que aceptan títulos y grados de los invasores, desde que, según afirma el mismo escritor Pereira da Silva en el libro citado por Ramírez: “no mejoró ni adelantó el Estado Oriental bajo el dominio del Brasil. El Imperio no consiguió rehabilitar las fuerzas, ocupándolo y gobernándolo más militar que civilmente. Poblado por la misma raza, continuaba la población hostil en sus sentimientos al Brasil, aunque más o menos tranquila en apariencia. Todavía en la ciudad de Montevideo se trabaron relaciones entre orientales y brasileños; pero en las villas y aldeas, en el campo, los habitantes huían del contacto de sus conquistadores”. Es que la semilla sembrada por Artigas, la semilla autonómica, fructificaba con lozanía, a pesar de estar lejos, para regarla con los raudales de su heroísmo, el asilado en las selvas del Paraguay.

Véase, pues, cómo se engañan los que creen que al aceptar sin reservas la dominación imperial, “Rivera era el intérprete de los anhelos, de los caprichos, de los defectos y de las cualidades de un pueblo y de una época”, porque si ese pueblo y esa época tendían a alguna alianza, esa alianza no era la anexión al Brasil, sino la unión a Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y Buenos Aires, que según el testimonio del mismo Pereira da Silva, “eran pueblos vecinos, descendiendo de la misma raza, hablando la misma lengua, viviendo con las mismas costumbres y conservando las mismas tendencias del espíritu inquieto, desordenado y anárquico”.

IX

Lavalleja, en tanto, había permanecido tres años preso en el Brasil. Solo el año 21, después del acta que nos incorporaba al reino de Portugal, regresó a nuestro suelo, entrando a actuar como teniente coronel en el regimiento de dragones de la Unión.

Un año más tarde, el 17 de Abril de 1822, el regimiento de dragones se adhería al movimiento originario del imperio del Brasil y reconocía la autoridad de don Pedro de Alcántara. Lavalleja suscribió, con los demás oficiales del cuerpo a que pertenecía, el acta del reconocimiento del emperador; pero no debió hacerlo de muy buena fe, cuando poco tiempo después aprovechando las disidencias surgidas entre portugueses y brasileños, intentó, según afirma don Isidoro de María en la página 36 del libro segundo de sus *Hombres notables*, en unión con algunos patriotas de Montevideo, sustraerse a la dominación extranjera, celebrándose con este objeto varias reuniones en el Rincón de Clara, propiedad de Lavalleja. Habiendo el general Lecor descubierto sus planes, mandó un escuadrón para sorprenderlo y capturarlo allí; pero Lavalleja huyó, llegó a las costas del Uruguay y se embarcó para Buenos Aires. Según el señor Isidoro de María, cuyas palabras textuales copio: "Los bienes de Lavalleja fueron confiscados y la expatriación fue el crisol de su amor a la libertad del suelo nativo".

También, entonces, dijeron sin duda de Lavalleja los pagnegiristas del Imperio, lo que hoy dicen de Lavalleja los historiadores argentinos: que la política de éste era una política sinuosa, curva, traidora, y que su adhesión a las causas anexionistas nunca fue una adhesión sincera y leal. Estas aseveraciones le honran. Plácenos verle cubierto por la sombra de dos banderas acusadas de secretos propósitos emancipadores: la bandera de Artigas y la bandera del Arenal Grande: ¡la bandera de Artigas, la que flameó vencedora sobre el campo inmortal de Las Piedras, la que crujió desgarrada en las horas amarguísimas de Catalán, y la bandera del Arenal Grande, la de las cargas irresistibles de Sarandí y la del triunfo definitivo de Ituzaingó!

Señores:

Hasta ahora me he mantenido dentro del modo de sentir histórico de los que acusan de argentinismo a los Treinta y Tres. He querido luchar con ellos en el mismo palenque construido por ellos, para decirles que, aun aceptando que Lavalleja y sus compañeros estuviesen movidos por simples sentimientos anexionistas, la obra de Lavalleja y de sus compañeros era fecunda y digna de alabanza desde el punto de vista de los intereses democráticos y desde el punto de vista de los intereses nacionales. Sin embargo, mi verdadera opinión, la que siempre he sustentado y sustentaré, es mucho más concluyente y mucho más radical. Según mi humilde modo de ver y de sentir, nuestra nacionalidad no es una nacionalidad cunera. El génesis de nuestra nacionalidad comienza en los combates de Artigas contra el predominio de los porteños, se desenvuelve en los combates de Artigas contra las pretensiones conquistadoras de los portugueses y llega a su período álgido, a su período definitivo, con la empresa siete veces difícil de los Treinta y Tres. Ningún motivo partidario refuerza ni estimula mi convicción. No es culpa mía si algunos espíritus exaltados del credo adverso, rechazan las mejores tradiciones patrias, y si esas tradiciones, faltas de nido, vienen a arrojarse con el blanco y celeste de nuestras divisas. No es culpa mía si esos espíritus, al rechazar aquellas tradiciones, le dejan a mi credo la noble misión de sostener que la idea que guiaba a los desembarcados en la Agraciada, era la idea de la independencia de nuestro suelo. Si trataron de disfrazarla, es porque tenían, para hacerlo así, motivos de importancia trascendental. En primer lugar, necesitaban el auxilio argentino, auxilio que no hubieran obtenido jamás desplegando a los vientos del pago el estandarte de una patria libre en absoluto. En segundo lugar, tenían la experiencia adquirida en la brega bizarra de los lustros pasados, lustros de sacrificios cruentos por la idea autonómica, y lustros de sacrificios inútiles por esa idea, cien veces renaciente y cien veces fracasada. La ocultaron y esa ocultación, mirada con los lentes del patrio-

tismo, habla muy alto en pro de la prudencia y de la política de los Treinta y Tres. Ya conocemos el criterio de los historiadores brasileños. Ya hemos visto que, según esos historiadores, el pueblo de nuestro país, sólo después de diezmado, sólo después de haber llevado hasta los últimos límites todas las resistencias, se dobló bajo el yugo de los imperiales; pero no como el mastín que acaricia al dueño que le da de golpes y le tiene a cadena, sino como el león cuyos ojos hurafños espían de continuo a su domador, para aprovechar, con la zarpa y el diente, su menor imprudencia y su menor descuido. A las opiniones ya citadas por mí, puedo agregar la de otro escritor de la misma nacionalidad, el señor F.S. Constancio —que fue, en la época artiguista, agente diplomático de don Juan VI ante el gobierno de los Estados Unidos—, quien, después de decir que eran ilusorias e hijas de la jactancia las tentativas de dominarnos, llama, en la página 259 del tomo II de su *Historia do Brasil*, “acto inútil y funesto” al acto de nuestra incorporación al reino de Portugal. ¿No se diría que son más orientales esos extranjeros; que los que afirman que acatábamos sin protestas la ley del vencedor?

Si los Treinta y Tres persiguieron propósitos anexionistas, ¿cómo desconocen esos propósitos los historiadores brasileños y los argentinos? Sarmiento, en las últimas páginas del primer tomo de su libro *Conflictos y armonías de las razas en América*, nos pinta como refractarios a toda fusión, a todo enlace y a toda alianza, tratando de explicar lo indómito de nuestro espíritu y el odio que nos inspiraron siempre nuestros dominadores, por razones atávicas, por motivos de herencia. Según Sarmiento, los soldados de la causa emancipadora, lo mismo contra los españoles que contra los portugueses, fueron el charruá, el guaraní, el minuano, el mestizo, el matrero, “todos los apenas iniciados por el caballo en la vida pública”. El juicio es cruel; pero del fondo de ese juicio se desprende la convicción de que habíamos nacido para constituir una entidad política sin vínculo alguno con la otra parte del Virreinato, pues a ser cierto lo que Sarmiento afirma, mal podían someterse a tutela aquellos hombres nacidos y criados en el amor del pago y en el sentimiento de la vida autonómica. Sarmiento ve en Artigas

y en sus tenientes a los porta-estandartes de la causa segregatista, siendo tan profunda su convicción de que el porteñismo tampoco nos contó en sus filas, que llega a decir, en la pág. 375 del tomo citado, que el movimiento disolvente “que descarriló o detuvo la Revolución de la Independencia, procedió del alzamiento de los indígenas de la Banda Oriental y de los indios de Misiones”. Sarmiento agrega que aquellos indios y aquellas indígenas actuaban movidos por un odio innato, por un odio de raza, hacia los españoles, hacia los portugueses y hacia los argentinos aporteñados. No bastaría, para explicar nuestro localismo, la razón atávica a que acude Sarmiento. No es sólo en los elementos indígenas, sino también en su mezcla con los elementos peninsulares, donde se encuentra el origen de nuestro carácter libre y montaraz, poco dado a mixturas y tutelajes. El doctor Ramos Mejía, en la página 18 de su libro *El federalismo argentino*, basa el espíritu autonómico de estos países en el modo de ser de la madre patria. Los primeros pobladores de la península, los íberos y los celtas, según dice Gebhardt, se distinguían por su independencia, por su fisonomía guerrera y por lo espontáneo de sus impulsos. “La repugnancia a la unidad, la tendencia al aislamiento y al individualismo, afirma el doctor Ramos Mejía, son los caracteres típicos con que nos describen a esos pueblos todos los historiadores y geógrafos extranjeros y españoles desde Estrabón hasta Lafuente”. Más tarde, agregamos nosotros, esos caracteres perseveran y se acentúan por el federalismo de las colonias fenicias, el demos de las colonias griegas, el desmenuzamiento en que fracciona el territorio de la península la conquista mora, las libertades del reino aragonés, las hermandades castellanas, las germanías de los valencianos, los fueros catalanes y los fueros vascuenses. Esos caracteres típicos se agrandan aún más en la fusión de los peninsulares con los indígenas. Artigas es su síntesis. Lavalleja y sus compañeros, que tomaron parte principalísima en las luchas a que se refiere el libro de Sarmiento, ¿nada heredaron del espíritu segregatista del caudillo indómito? Sí, nos responden los historiadores de Buenos Aires, a pesar de que al alto criterio de esos historiadores no puede ocultarse que el nacimiento de nuestra nacionalidad, obtenido por el es-

fuerzo y la astucia de los orientales, es la mejor rehabilitación de la figura muchas veces calumniada de Artigas. Nuestra nacionalidad, surgida así, lo menos que demostraría es que Artigas tenía razón al rechazar con soberbia las pretensiones absorbentes del porteñismo, pues mal puede resignarse al sencillo papel de corista, el que se siente con bríos para desempeñar con lucidez el papel de primera parte.

¿Qué dicen los historiadores argentinos? Los historiadores argentinos dicen que, no bien se supo en Buenos Aires que los portugueses habían desocupado la plaza de Montevideo y que la Provincia Oriental hacía actos de adhesión al Imperio, Buenos Aires se conmovió y movida por los emigrados orientales allí residentes, pidió por los órganos más caracterizados de su prensa, que el gobierno argentino declarara la guerra al gobierno del Brasil. Ocupándose de este pedido de guerra, exclama el señor Saldías en la página 211 del tomo 1° de la *Historia de la Confederación Argentina*: “La guerra..... los impulsos generosos del pueblo argentino, que creía en el sentimiento verdaderamente fraternal de aquellos en cuyo provecho quería guerrear una vez más, no le permitían ajustar su conducta a las exigencias de una situación rodeada de peligros, que reclamaba más que nunca la unificación de la *patria argentina* con los pueblos que fundaban en ella su *ser político futuro*. Y los hechos futuros probaban que la Banda Oriental no entraba en este programa. El sentimiento de los Orientales era igualmente hostil a la unidad argentina y a la anexión brasilera. En pos de Artigas, que, a fuer de abrigar ese mismo sentimiento, se hizo dos veces traidor a su patria, vino Lavalleja, imbuido en el mismo sentimiento. El estado de rebelión, en que el primero mantuvo a Entre Ríos y Corrientes, sacando de estas provincias los recursos con los cuales hizo la guerra al Portugal, pretendió renovarlo el segundo, si bien empujado por móviles caballerescos y levantados. Pero unos y otros pertenecían a la escuela política de aislamiento provincial, en la que se profesaba el odio a los *porteños*, que era como clasificaban a los argentinos, a todos los pueblos fieles a la tradición de 1810, punto de arranque de su nacionalidad. Artigas como, Lavalleja, como don Nicolás Herrera, como don Lucas Obes, García, Durán, Jua-

nicó, Illa, Magariños, Rivera, Oribe y todos los que, desde 1811 hasta la fecha a que llegan estos estudios, desempeñaron papeles importantes en los sucesos de la Banda Oriental, todos estuvieron de acuerdo para violentar una ley de la naturaleza y de la historia, separando a su provincia de la nación argentina”.

Reforzando el párrafo que acabamos de transcribir, agrega el mismo historiador: “Por radical que fuese entre los orientales el sentimiento hostil a la nacionalidad argentina, la gran mayoría que rechazaba también la anexión brasilera, comprendía que para zafarse de esta última, necesitaban indispensablemente de las provincias argentinas. En este sentido, la emigración oriental en Buenos Aires contemporizaba con la idea de la Unión Argentina, y haciendo coro a la prensa y a la población, que pedía a gritos la guerra, solicitaban del gobierno del general Las Heras los auxilios necesarios para invadir al territorio oriental y hacer en la primera oportunidad una declaración solemne de adhesión a la República Argentina. Si esta era vencida, la situación de los orientales no empeoraría, pues que la política y la sumisión apagarían los enojos del trono hasta otra oportunidad; si la República vencía, la independencia que se buscaba era tanto más probable, cuando ella vendría a colocar a ambos beligerantes en igualdad de condiciones respecto a la que había motivado la guerra, y por ella se llegaría a un desenlace perfectamente admitido, para dejar a salvo la dignidad de las naciones en la guerra comprometidas”.

Como si todo esto no fuera bastante para explicarnos el espíritu que guiaba a Lavalleja y a sus compañeros, agrega el señor Saldías en la página 217 del mismo tomo de su importante historia, después de describirnos el desembarco de los Treinta y Tres, hecho que, a su sentir, es una de las páginas más bellas y gloriosas de la vida de un soldado: “Por su parte, el general Lavalleja llevaba su plan perfectamente formado e iba resuelto a ponerlo en práctica tan luego como se lo permitieran las circunstancias. Recordaba que el Directorio Argentino no había declarado la guerra al Portugal en años anteriores, porque Artigas, sobre mantenerse en plena rebelión, rechazó hasta la idea de que la Banda Oriental formase parte

de las Provincias Unidas. Era necesario, pues, hacer desde luego acto de adhesión a la unidad argentina, para que cambiase de rumbo la política del Gobierno de Buenos Aires”.

La idea de la independencia, la idea de la libertad absoluta de nuestro territorio, era, para el señor Saldías, la que guiaba los pasos de Lavalleja al iniciarse el movimiento armado del año 24. En beneficio de esa misma idea, Lavalleja la disfrazó, como cinco lustros después, el cabecilla Narciso López disfrazaba sus esfuerzos en pro de la independencia de Cuba, cubriéndolos con el manto de la anexión a los Estados Unidos.

XI

Consultemos otra opinión, bien argentina por cierto.

Según refiere el doctor Vicente Fidel López, en la página 264 del tomo IX de su *Historia Argentina*, el ministro García, que formaba parte del Gobierno del general Las Heras, era contrario a que los argentinos hicieran causa común con los orientales en la lucha de estos con el Brasil. Dice el doctor López: “La opinión de García era que todo cuanto había tenido lugar en la Banda Oriental desde 1811, probaba a quien quisiera tomarse el trabajo de verlo, que ese territorio no podía ser jamás parte integrante o provincia de la República Argentina, y que, si los orientales necesitaban reconquistar la independencia que habían perdido, esa era una empresa que a ellos solos les atañía, sin que nosotros debiéramos comprometernos directamente, a costa de los inmensos sacrificios que debía costarnos una empresa como esa, acometida por instintos líricos, que muy bien podían ser noblemente generosos, pero que lejos de ofrecer ventajas efectivas, reabrían todos los peligros y las eventualidades más difíciles de los tiempos anteriores. Para él, el verdadero sentimiento popular de los orientales, era tan hostil y dañino contra los argentinos, como lo era contra los brasileiros; y creía que ese sentimiento de adversión era el que explicaba el poder y la popularidad de que había gozado Artigas. No se hacía, pues, ilusiones respecto a los resultados y ventajas que había de dar-

nos una guerra contra el Brasil, emprendida con el único fin de proteger a los patriotas orientales, porque, aun suponiendo que el Brasil cediera vencido, tanto tardaría la bandera oriental en quedar enastada a las provincias argentinas, cuanto tardaría en insurreccionarse en masa, capitaneada por los discípulos y tenientes de Artigas, los Lavalleja, los Rivera, y los demás caudillejos de la misma escuela”.

¿Se quiere más? En un libro escrito con un criterio profundamente abrasilero, en la página 179 del primer tomo de los *Apuntes para la historia de la República Oriental del Uruguay* del señor Agustín de Pascual, miembro del Instituto Histórico y Geográfico del Brasil, se lee textualmente, hablando de la rapidez con que cundió por todos nuestros pagos el incendio encendido por los Treinta y Tres: “No se crea que esta prueba de patriotismo nació enteramente de convicción, la gente rústica no la tiene en general, ni del odio a los brasileños, que nunca procedieron tan mal que el pueblo los detestase, ni de ganas de unirse a Buenos Aires, cuyo yugo odiaban. No; el verdadero motivo de esta espontaneidad en el pueblo del campo, nació del instinto de la independencia nacional aguijoneado por el dinero de Buenos Aires, que se derramaba a manos llenas, y finalmente de los vestigios que quedaban entre los labriegos y pastores de aquel espíritu aventurero y vagabundo a que les había avezado Artigas en sus diez años de continuas correrías y refriegas”.

¿Esas opiniones no bastan? ¿Se quiere un criterio uruguayo, el criterio de un hombre muy docto y bastante cercano a aquellos sucesos? Dice don Andrés Lamas en el capítulo primero de *Las agresiones del dictador Rosas*: “La provincia Oriental, enflaquecida y postrada por la anarquía, había caído bajo la dominación del Portugal, con el nombre de Provincia Cisplatina, y más tarde quedó incorporada al nuevo Imperio del Brasil. Al prepararse este cambio (1823) lució, por un momento, la esperanza de quebrar la cadena que debíamos más que a todo, a nuestra insensata discordia, a la necesidad de orden y reposo. La luz de esta esperanza brilló como una exhalación fugaz; la incorporación se consumó, pero aquella chispa pasajera sí no fue una victoria, al menos no puede desconocerse que era una

protesta y un voto. La realización de ese voto, expresión indudable de la voluntad del pueblo, no era para todos los Orientales, para los que lo proclamaban como para los que lo callaban, sino una *simple cuestión de oportunidad*, y los términos de esta cuestión, lo único que los dividía y los colocaba bajo las diversas enseñanzas que entonces podían adoptar. El día que la lucha se empeñase, todos tendrían una sola bandera: «la bandera de la Independencia Oriental». Esa independencia fue para el señor Lamas uno de esos hechos que no pueden dejar de producirse, dado el ambiente que los incuba, y por eso agrega, al ocuparse del tratado de paz en que los argentinos y los brasileños reconocieron y proclamaron nuestra soberanía: “Fuera de esa convención, sólo hay deshonor para el que la quebranta, guerra y trastorno y malestar para todos: guerra perdurable, que se renovarí­a como el Fénix de la fábula, sin otro término posible que la base misma de esa convención: *la independencia absoluta, perfecta, real del Estado Oriental*. Contrariarla, es atormentar a la humanidad en una lucha sin porvenir; es despezarla inútilmente en un círculo de hierro que no tiene más que esa salida”.

No será difícil que estas opiniones les parezcan frases, nada más que frases, a los que sostienen las doctrinas históricas que combato. Si eso fuera así, ¡calculen mis adversarios lo que sus frases parecerán ante las opiniones de don Adolfo Saldías, don Vicente Fidel López, don Agustín de Pascual y don Andrés Lamas!

XII

Hemos tratado de explicar, con criterio argentino y brasileño, el génesis de la segunda de las actas del Congreso de la Florida, es decir, del acta que nos declaraba vinculados a las demás provincias argentinas. Según afirma el señor Saldías, en la página 221 del tomo primero de la obra ya citada, aquella acta contribuyó a que la confederación hiciera suya nuestra causa guerrera, despejando el horizonte “en exclusivo provecho de los orientales”. ¿Por qué? Porque la República Argen-

tina no se consideraba segura sin el dominio de las dos orillas del Plata, y el Brasil consideraba amenazada su seguridad si las dos orillas del Plata pertenecían a la República Argentina. Dos siglos habían estado en lucha estas convicciones, que eran inflexibles y sin acomodamiento. Nuestra emancipación cortaba aquel nudo gordiano. El fin de la guerra, hábilmente preparada por los patriotas, era nuestra emancipación. Entenderlo así, impulsar con astucia a los argentinos en contra de los ejércitos imperiales, fue uno de los méritos y uno de los triunfos de los Treinta y Tres.

Sin ánimo de establecer comparaciones, que resultarían ridículas, y sólo con el objeto de constatar la posibilidad de lo que sostenemos, séanos permitido decir que esa manera de proceder de Lavalleja nos recuerda la manera de proceder de Bismarck, el canciller de hierro, para con la Francia de Luis Napoleón. También allí la línea tortuosa fue la línea seguida. Cuando la Prusia se prepara a declarar la guerra al imperio austríaco, Bismarck se encontró con Napoleón en la playa de Biarritz. Anheloso de ganarse la neutralidad del César prepotente, Bismarck le hizo creer que la Prusia era su más decidida aliada y su más entusiasta admiradora. Sin embargo, si hemos juzgar por lo que se desprende del tomo primero de los *Pensamientos y recuerdos* del príncipe de Bismarck, ya en aquel entonces el canciller de hierro soñaba con la creación del imperio alemán y con el aniquilamiento del poderío francés. ¡Sus ojos de águila ya habían recorrido, con ansias de conquista, los campos de la Alsacia y la Lorena!

El acta, que interpreta verdaderamente el sentimiento oriental, era la primera de las actas labradas por la memorable asamblea de la Florida, el acta que nos declaraba independientes y libres de todo dominio extraño. La palabra independencia se halla escrita con todas sus letras en los oficios pasados por el general Lavalleja a los cabildos de nuestro territorio, al pedirles que nombrasen un delegado a la asamblea de la Florida. A fojas 92 del libro de actas del medio cabildo de San José, se encuentra transcripta una comunicación a este respecto, cuyos párrafos sustanciales dicen textualmente así: "Al efecto, esa ilustre Corporación, en consorcio de los señores alcaldes tenien-

tes y demás jueces constituidos de ese departamento, nombrarán un sujeto de virtudes, patriotismo, ilustración y responsabilidad, que será miembro del Gobierno Provisorio, cuya acta de nombramiento será su diploma y credencial para ser admitido al ejercicio de sus funciones y del grande objeto a que es llamado. Por eso es que el muy Ilustre Cabildo, en el acto de recibir éste y sin pérdida de instantes, impartirá sus disposiciones a fin de que no se padezca la menor demora en una cosa en que se interesa la felicidad general, la libertad del país y la suerte de muchas generaciones. Lo que verificado, tendrá el señor electo que estar sin la menor demora el día doce del corriente Junio en el Pueblo de la Florida, para que, reunido con los demás que formen el gobierno, principien el trabajo de la grande obra de nuestra Independencia y de nuestros destinos. Dios guarde a usted muchos años.—Campamento, Mayo 21 de 1825.—*Juan Antonio Lavalleja*". El propósito que esa nota delata fue el verdadero propósito de la asamblea de la Florida, no siendo de extrañar, entonces, que en la página 282 del tomo segundo del libro citado ya, diga el doctor Saldías: "En los capítulos VIII y IX hemos visto cómo Lavalleja, cediendo más bien a sugestiones dañinas que a sus sentimientos argentinos y caballerescos, persiguió siempre la segregación de la provincia Oriental a costa de su propio país, desde que arrastró a las provincias del litoral a la guerra con el Brasil, que se había apoderado de esa provincia, y obtuvo los recursos con los cuales inició su campaña, hasta que con una especulativa declaración de reincorporación de la misma provincia a la República Argentina, puso a ésta en el caso de empeñarse en la guerra a que la provocó el Brasil."

Los Treinta y Tres no pudieron proceder con más lógica. Sin el acta de incorporación, la guerra no se hubiera producido sino por la libérrima voluntad de la República Argentina. Existiendo el acta, el Brasil tenía necesariamente que provocar la guerra y el partido federal argentino tenía que aceptarla. La primera de las actas floridenses era la expresión genuina de la voluntad nacional; la segunda de las actas floridenses era un sacrificio hecho a las exigencias políticas de aquellos instantes. La primera de las actas floridenses era la válvula de es-

cape del sentimiento público; la segunda de las actas floridenses era una necesidad impuesta por la dura ley de las circunstancias. De aquellas actas, ¿cuál debía persistir? ¿cuál perdurar? Aunque los Treinta y Tres no hubiesen alcanzado a verlo antes de su desembarco en la Agraciada, la conducta de Las Heras y de su ministro García, las declaraciones de éstos ante los peligros que entrañaba para la Argentina aquella expedición heroica, hubieran bastado para abrir los ojos y alumbrar el espíritu de los Treinta y Tres. En Buenos Aires se discutía con altas voces el pro y el contra de aquella empresa temeraria, cuyo fin, favorable a nuestra soberanía si los argentinos nos prestaban su apoyo, no podía ocultarse a los más previsores y a los más cautos. Lo que estos decían tuvo necesariamente que llegar a oídos de los emigrados orientales residentes allí, imponiéndoles el convencimiento de que la guerra era necesaria e imprescindible el acta de reincorporación. Los Treinta y Tres aceptaron el recurso que la fatalidad les imponía; pero dejando constata- das sus firmes intenciones en la primera de las actas floridenses.

Por otra parte, el espíritu que animaba a Lavalleja y a sus compañeros se había incubado en una época muy lejana y se había engrandecido en los combates contra las pretensiones de los argentinos y los portugueses. Ese espíritu era el espíritu de Artigas. El general Mitre, en la página 34 del tomo III de la *Historia de Belgrano*, llama tendencia segregatista a la tendencia del artiguismo oriental. Lo mismo dice, ocupándose de los acontecimientos del año 14, el señor Luis L. Domínguez en su *Historia Argentina*, según la que, al inclinarse a seguir el estandarte de la federación, las demás provincias no hacían otra cosa que seguir el impulso dado por la Banda Oriental, impulso que consideraba a cada comarca confederada "como una provincia independiente". Ya hemos visto antes que Artigas rechazó las proposiciones hechas al Cabildo de Montevideo por el Directorio de Pueyrredón. Obedeciendo a la política prudente y sagaz que más tarde debía seguir Lavalleja, Artigas hizo en aquel entonces que el delegado Barreiro contestase a una nota, en que Pueyrredón ofrecía los auxilios argentinos a cambio de nuestra incorporación al gobierno de Buenos Aires, con otra nota en la que se decía que los auxilios que se diesen sin con-

diciones, granjearían a aquel gobierno la confianza de los orientales, y que entonces podría tratarse de la unión con los demás pueblos argentinos; pero poco después, cuando el acta de incorporación se ajusta sin su consentimiento, Artigas les escribe con iracundia a los delegados de nuestro país: “¿Y sus señorías con mano serena han firmado el acta del 8 del presente? Es preciso o suponer a sus señorías extranjeros a la historia de nuestros sucesos, o creerles menos interesados en salvar lo sagrado de nuestros derechos, para suscribirse a unos pactos que envilecen el mérito de nuestra justicia y cubren de ignominia la sangre de nuestros defensores”. Lavalleja procede del mismo modo desde el año de 1825 hasta el año de 1826. Está lleno de protestas de sumisión para el gobierno argentino; pero sus hechos desmienten terminantemente aquellas protestas, a las que acompaña siempre algún pedido de subsidios para el ejército emancipador. Lo que le interesa no es la suerte de las provincias confederadas, sino la suerte de la provincia oriental, según se desprende de los documentos de que paso a ocuparme y que se encuentran todos en el Archivo General de Armas. En apariencia, no hay nada decisivo en esos documentos; pero cuando el sentimiento patriótico, la sed de ver claro, rastrea el espíritu de sus frases, esos documentos son más convincentes, en su oscuridad, que la segunda de las actas de la Florida.

XIII

El primero de los documentos de que voy a tratar no se encuentra en el Archivo General de Armas. Está impreso en la página 15 del tomo primero de la *Correspondencia confidencial y política del señor Gabriel A. Pereyra*. Es una carta dirigida al señor Pereyra por don Carlos Anaya, uno de los firmantes de las actas floridenses. Esa carta no puede ser más clara ni más explícita. Bastarían sus términos, a los que de todo podrá acusarse menos de argentinismo, para dejar probado cuál era el verdadero fin de la empresa de los Treinta y Tres. La carta, cuya fecha es del 12 de marzo de 1825, dice de este modo:

“Siempre he tenido la más pura fe en la independencia y

libertad de nuestro territorio, y creo, aunque los reveses de la fortuna y la variabilidad de la guerra han entregado este rico patrimonio al extranjero, día llegará en que sacudirán el yugo ominoso los Orientales y que la patria de Artigas, del inmortal Artigas, de esa víctima sacrificada por el Gobierno de Buenos Aires, por las ambiciones y maldades que rigen su política para con estos desgraciados pueblos, ocupará el rango de un pueblo libre e independiente entre las demás repúblicas Americanas. Usted, mi amigo, que tanto ha hecho y hace por su país, no desespere y siga con ardor sus trabajos que el éxito ha de coronar de laureles inmortales la frente de los patriotas que, como usted, han secundado al inmortal Artigas, y veremos que la semilla dará su fruto y el verbo se hará obra”.

Estas líneas, escritas un mes antes del desembarco de los patriotas en la Agraciada, revelan, cuando menos, las tendencias del espíritu público y la verdad de nuestras aseveraciones respecto a la segunda de las actas de la Florida, pues mal pudo firmar de buena fe el acta de reincorporación quien se expresaba en los términos en que lo hace en las líneas anteriores el señor Carlos Anaya. Aumentan el valor de la carta transcrita, otras dos cartas que encontramos insertas en el mismo tomo de la obra citada. En la primera de ellas, 20 de marzo de 1825, Lavalleja le comunica al señor Pereyra el hallarse próximo el instante de la invasión. En la segunda, que lleva la fecha del 24 de marzo, Oribe insiste en la proximidad de la empresa esforzada, recomendando al señor Pereyra una reserva absoluta, a causa de la vigilancia a que los tiene sometidos el gobierno de Buenos Aires, adversario muy decidido de los propósitos de los Treinta y Tres. Don Carlos Anaya no podía ignorar esos propósitos ni ser del todo ajeno a los trabajos de los patriotas, dada la importancia del papel que desempeñó en los sucesos posteriores. Esa sola consideración basta para probar lo mucho que abona todos nuestros asertos, la carta dirigida por el señor Anaya al señor Pereyra en los días que precedieron al desembarco de la Agraciada.

Pero donde el espíritu de los nuestros, aquel espíritu refractario a toda tutela y a toda alianza, se pone ostensiblemente de manifiesto, es en la correspondencia seguida entre los ge-

nerales Lavalleja y Rodríguez, durante la primera mitad del año 1826. ¿Cuál es la causa de las disidencias surgidas entre los dos generales? El general Rodríguez quiere que las milicias de nuestro país se consideren como parte integrante del ejército argentino, mientras Lavalleja insiste en llamar a esas milicias ejército oriental, oponiéndose, con todo género de pretextos, a que se lleve a cabo la incorporación de esas fuerzas a las tropas de Buenos Aires. En vano el general Rodríguez, en una nota que lleva la fecha del primero de abril, se dirige al ministro de la guerra de la Confederación, protestando de los procederes de Lavalleja. Este responde no sólo manteniendo la denominación que ha dado a sus milicias, sino insistiendo en que éstas no pueden formar parte del ejército argentino, opiniones expresadas con energía en su nota del 5 de abril al general Rodríguez y en su nota del 6 de abril al Ministro de la Guerra. El pleito se hace más ríspido cada día, hasta que, por oficio del 13 de abril, el general Rodríguez declara que, mientras no se lleve a cabo la incorporación que solicita, las milicias orientales no recibirán ningún género de subsidio. Quince días después, Lavalleja, obligado por las escaseces que esta medida impone a sus tropas, aparenta ceder y promete obediencia; pero, apenas obtiene algunos recursos, vuelve a insistir en sus propósitos anteriores, según se desprende de las notas que le dirige el general Rodríguez en 5 y 20 de junio de 1826. Si ese espíritu de rebeldía se encontrase tan sólo en Lavalleja, ese espíritu de rebeldía podría atribuirse a su ambición de mando, a su deseo de conservar las tropas orientales bajo sus órdenes; que esa calumnia no es admisible, cuando se observa que esas tropas están animadas del mismo espíritu que anima a su jefe. El primero de abril de aquel año memorable, el comandante de los tiradores orientales don Adrián Medina, se niega a aceptar el mando interino del escuadrón de húsares, porque ese cuerpo no pertenece a las milicias de la provincia; el 14 de abril, algunos voluntarios que manifiestan el deseo de entrar a formar parte de las tropas de la Confederación, son víctimas de los insultos y de las amenazas de sus compañeros; el 24 de junio, don Santiago Gadea declara, por oficio, que él no recibe órdenes sino de su superior el general Lavalleja, y el 10 de ju-

lio, cuando las milicias orientales se ven obligadas a verificar la incorporación a que se resistían, don Pablo Zufriategui le escribe a Lavalleja diciéndole que el “principal motivo de esta medida fue la proximidad de la fuerza con que fue apoyada la orden del general Rodríguez”. Como se ve, pues, por los documentos existentes en el archivo de la Inspección General de Armas, no es de argentinismo ni cosa parecida de lo que puede acusarse a Lavalleja y a sus compañeros. Si sus rebeldías no comprometieron la emancipación, es que el triunfo de esta causa estaba decretado por la Providencia.

¿Se quieren más pruebas? Las pruebas abundan y vamos a darlas. En el mismo archivo de la Inspección General de Armas se encuentra otra nota dirigida al general Lavalleja por el señor Julián S. de Agüero, Ministro de Gobierno de la Confederación. En esa nota, que lleva la fecha del 16 de julio de 1826, el señor Agüero se queja de que Lavalleja no ha cumplido ninguna de las leyes y resoluciones dictadas por el Congreso General Confederado, desde el principio de la guerra con el Brasil. En primer lugar, observa el señor Agüero que las aduanas de la provincia y los impuestos provinciales no han sido entregados a la vigilancia de los administradores del tesoro común a todos los pueblos confederados, y dice a este respecto el señor Agüero en la nota citada: “Sin embargo, el señor Gobernador, a quien aquella ley fue comunicada oportunamente, aunque no ha resistido su cumplimiento, ha obrado de modo que manifiesta cuáles son sus ideas a este respecto. El se ha desentendido de lo que fue prescripto por el decreto de 21 del mismo marzo. No sólo no se han remitido las razones que por el artículo segundo se pedían, ni se han considerado como pertenecientes al tesoro general los impuestos que se recaudan en las aduanas de la Provincia, sino que ha dado reglamentos particulares, que no eran ya de su atribución después de aquella ley; ha nombrado empleados y ha obrado con absoluta independencia de la autoridad Nacional”. En la segunda parte de la nota citada, se queja también el señor Agüero de que Lavalleja tampoco ha cumplido con lo resuelto por el Congreso General de que se consultase la voluntad de la Provincia sobre la forma de gobierno a que quería someterse, y agrega la nota:

“Esa resolución ha sido comunicada al señor Gobernador de la Provincia Oriental; se le ha exigido con repetición su puntual observancia; se le ha recomendado con interés la reunión de la honorable junta de representantes de la Provincia, para que delibere sobre negocios de tanta importancia. Sin embargo, hasta la fecha ni se ha integrado la representación de la Provincia Oriental en el Congreso, ni se ha manifestado su opinión sobre la forma de gobierno que, a su juicio, es más conveniente a la prosperidad y a los intereses generales del Estado. Entre tanto, el Congreso General desde hoy empieza ya a ocuparse de aquel gravísimo negocio, con el disgusto de que, por la Provincia Oriental, no se hayan llenado los importantes objetos que se propuso en la resolución citada del 31 de junio”. En la 3ª parte de la misma nota, se queja el señor Agüero de que tampoco el general Lavalleja haya cumplido la ley del Congreso que declaraba a las tropas veteranas o pagadas como permanentes, tropas nacionales. Y dice la nota: “Van, sin embargo, corridos cerca de seis meses y el señor general Lavalleja aún no ha puesto a disposición del señor General en Jefe las que estaban antes bajo sus órdenes; él se empeña en considerarlas, contra el texto expreso de las leyes, como un ejército particular de la Provincia”. Y concluye la interesante nota, que voy transcribiendo, con estas palabras, por demás significativas: “Su Excelencia el señor Presidente está muy distante de creer que algún fin siniestro haya podido influir en la conducta seguida hasta aquí por el señor general Lavalleja. El conoce su decidido patriotismo, su celo y sus servicios por la causa de esa provincia; no puede suponerlo en oposición con los principios que ha desplegado el presidente de la República para dar a todas las cosas un carácter verdaderamente nacional; no le hará la injusticia de suponerlo animado de sentimientos puramente locales, incompatibles con la prosperidad nacional, con la libertad de esa provincia y con la gloria misma que tan dignamente se ha conseguido el señor general por sus relevantes servicios”.

Estudiando la nota anterior, tres cosas se deducen de ella. Primero: que el general Lavalleja no consideraba como recursos ni como fuerzas de la Confederación, los recursos y las fuer-

zas de la Banda Oriental. Segundo: que el general Lavalleja no tenía ningún empeño en que el Congreso, que iba a reunirse, ratificase, con la presencia de nuestros delegados, las conclusiones anexionistas de la Asamblea de la Florida, ni empeño alguno en solucionar la forma de gobierno más conveniente para los pueblos que constituían la Confederación. Tercero y último: que el criterio de los historiadores argentinos, criterio de desconfianzas hacia la sinceridad con que el general Lavalleja servía a la causa anexionista, no era ajeno al de los hombres argentinos de 1826, según se desprende del párrafo con que concluye la nota del señor Julián S. de Agüero.

Esas rebeldías, esas resistencias del general Lavalleja, ¿tuvieron por causa y por estímulo su ambición? No es posible admitir en conciencia tan torpe juicio, cuando se observa que dichas rebeldías y dichas resistencias, obligaron al jefe de los Treinta y Tres a abandonar el mando de las fuerzas patriotas y a renunciar al gobierno de la provincia oriental. Los afanes de miedo de Lavalleja, si es que los tuvo, le incitaban a seguir una política completamente contraria a la que siguió, porque poco podía esperar de nuestros vecinos quien anteponía los intereses regionales a los intereses confederados. Las resistencias y las rebeldías, que se achacan a una ambición nunca comprobada, lo único que demuestran es el profundo desinterés con que sirvió a la causa de su país el jefe de los desembarcados en el Arenal Grande.

XIV

El espíritu receloso y desconfiado, que inspira el último párrafo de la nota del señor Agüero, se encuentra todavía más claro, más manifiesto, en otra nota pasada, el 31 de mayo de 1826, por el Ministro de la Guerra, don Carlos de Alvear, al general Lavalleja. Después de decir que la guerra sostenida por la Argentina contra el Brasil, es una guerra penosa, “y cuyo principal pretexto por parte del enemigo ante la Europa, es la idea de que los orientales no quieren pertenecer a la Nación Argentina”, y después de sostener que: “las instituciones que pudo

darse en los primeros momentos la Provincia, no pueden sobreponerse a las leyes nacionales"; agrega el general Alvear: "puesto que de otro modo en la práctica las fuerzas denominadas Orientales constituirían un ejército aliado y la provincia un territorio, aunque amigo, extranjero", añadiendo que: "las naciones fijarán su juicio por los hechos, y el gobierno, por iguales principios, estará siempre en precaución de los síntomas que prepararon la anarquía desde el año 12 bajo el caudillo Artigas, y que trajeron una cadena de desgracias no sólo para la Banda Oriental, sino para la nación entera".

Artigas, las ideas de Artigas, las ideas segregatistas de que habla el general Mitre, las ideas emancipadoras puestas de manifiesto por el historiador Saldías, eran, en efecto, las que iluminaban el espíritu y guiaban los pasos de los Treinta y Tres. Sarmiento se da perfectamente cuenta de nuestro modo de proceder en aquellos durísimos tiempos, cuando nos acusa, en la página 349 de sus *Conflictos y Armonías*, "de mirar tan pronto al Este como al Oeste en busca de apoyo y protección".

En el Archivo Público de Río de Janeiro se encuentra un oficio que Lavalleja dirige, desde la Barra del Pintado, al General Lecor el 22 de abril de 1825. En este oficio Lavalleja no disfraza sus intenciones. No hay en él una sola palabra anexionista; en él revela cuáles son sus propósitos y en qué concepto tiene los recursos que le puede ofrecer la Confederación. Pide al general Lecor que le haga presente a su soberano "la resolución unánime y decidida de recuperar nuestra existencia social a todo costo"; agregando: "que es empeño innoble y quimérico el de subyugar a un pueblo cuya historia está adornada con mil rasgos de grandeza y heroísmo por la causa de su independencia, contando, para sustentarla, con el apoyo de las Provincias Unidas del Río de la Plata". Lavalleja, pues, consideraba hasta el 22 de abril, el probable apoyo argentino en el simple carácter de auxiliar, en el carácter con que había sido brindado a Chile y al Perú. Los acontecimientos le impusieron otra política, nacida de las resistencias que encontró en el gobierno del general Las Heras e inspirada por los augurios de los que opinaban como García.

Es, pues, incomprensible que los orientales rechacemos y

discutamos la gloriosa epopeya de nuestros padres, cuando los historiadores brasileños y argentinos no la desconocen ni la discuten, y cuando la sospecha de que esa gloria es una realidad, se desprende de casi todos los documentos del año 1826. El gobierno de Las Heras no creyó en la sinceridad de las ideas anexionistas de Lavalleja, y sólo tomó parte en nuestra lucha armada contra el Imperio, después de los ruidosos triunfos de Rincón y Sarandí, arrastrado por el sentimiento público argentino, que movían y agitaban los orientales emigrados en Buenos Aires. Es incomprensible que nos empeñemos en cegarnos con ceniza, desconociendo la fe sincera y la intención patriótica de aquellas pobres y valientes legiones gauchas, compuestas de milicianos que se jugaban con desprecio la vida por la causa del pago, capaces de resistir la sed de nuestros más ardorosos estíos y las heladas de nuestras más crueles noches de invierno, acostumbrados a luchar con las reses montaraces y a domeñarlas, hábiles en romper los obstáculos que les oponían las espesuras del monte virgen y las abruptas asperezas de nuestras cuchillas, diestros en el manejo de la lanza y las boleadoras, entusiastas de la fuerza física y el valor personal y la independencia, forjados en aquel molde de que salió Páez, el más famoso y el más hercúleo y el más viril de todos los llaneros de Venezuela. Es lamentable, es triste, señores que me oís, que tengamos que recurrir al testimonio de los extraños para poner de manifiesto el patriotismo de nuestros antecesores, cuando lo natural, lo lógico y lo educador sería que creyésemos, sin necesidad de testimonio alguno, en las virtudes cívicas de los que sacrificaron su reposo y expusieron su vida por la autonomía del pago y por la inviolabilidad de nuestras fronteras.

XV

Hay más, señores. Suponiendo que ni el criterio argentino, ni la marcha de los sucesos, ni el fin conseguido, bastaran a convencernos de que Lavalleja ocultaba sus propósitos, yo tengo una prueba palpable, clara como la luz, de que Lavalleja men-

tía en las relaciones que mantuvo con los hombres de Buenos Aires.

Contestando a una de las notas de que antes he hablado, a la nota de don Carlos de Alvear, Lavalleja se indigna de que lo comparen con el heroico Artigas y repudia al caudillo a cuyas órdenes había servido, con decisión sin límites, desde el año 11 hasta el año 18. ¡Repudios de comedia! La prueba clara de que esto es así, es que, al desembarcar en el Arrenal Grande, Lavalleja no entrega a los vientos nativos el pabellón porteño, sino la vieja tricolor, la tricolor manchada de sangre y sahumada de pólvora, la tricolor de Artigas. ¿Para qué inventar un símbolo nuevo? Ya que no les es dado a aquellos soñadores de una aventura inmortal, declarar con franqueza que vienen con los corazones encendidos en la brasa de los mismos sentimientos locales que inspiraron la conducta de Artigas desde 1815 hasta 1820; ya que no les es dado declarar con franqueza que guardan intacta toda la tradición autonómica del viejo caudillo, porque decirlo así hubiera sido encrespar contra su empresa el anti-artiguismo de los hombres de Buenos Aires, a lo menos quieren decirselo a sus paisanos con el lenguaje de los recuerdos, con aquel pedazo de lienzo tricolor que traerá a la memoria de cuantos lo vean un eco de las dianas triunfales de Guayabos y de Santa María! Si su fin es la anexión, ¿por qué levantan aquella bandera anárquica, que es, cuando menos, una bandera federativa, pero de un federatismo huraño y por demás indómito, los aventureros sublimes de la Agraciada? Si su fin es la anexión, si es el argentinismo el que los guía, si la leyenda artiguista no es ya su leyenda, ¿por qué no levantan la bandera creada por Belgrano en 1811 y por qué resucitan la bandera de Artigas, la tricolor estoica, la vencida en las márgenes del Ibiracoy, la rasgada en los choques de Catalán! Si vienen a repudiar los hechos de aquel que la tuvo por símbolo y que pensó cortarse con ella una mortaja, ¿por qué enarbolan sus tres colores, por qué los entregan a los vientos del pago, por qué quieren morir o vencer acariciados por la música marcial de sus crujidos? Todo estandarte significa una idea. Si los Treinta y Tres hicieron suyo aquel estandarte, es porque los Treinta y Tres llevaban en el alma, depurada por el tiempo y

por el dolor, la idea de Artigas.

Se responde a esto que los Treinta y Tres arriaron, casi en seguida, aquel estandarte. Los que así responden han perdido la memoria; de lo contrario recordarían que, según dice el señor Isidoro de María en la página 63 de sus *Elementos de Historia*, aquella bandera fue consagrada como pabellón nacional por la asamblea floridense, en el mismo acto en que aquella asamblea nos declaraba incorporados a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Recordarían más: recordarían que el 16 de enero de 1826, el benemérito coronel don Julián Laguna le dirigió una nota al general Lavalleja anunciándole que, de acuerdo con sus órdenes, había enarbolado, el día antes, la tricolor en la plaza de Paysandú, entre las aclamaciones de la muchedumbre y bajo el fuego de metralla de los buques enemigos. ¡La asamblea reincorporadora y el heroico pueblo sanducero eran artiguistas también! ¡La tricolor flotaba todavía a los vientos del pago un año después del desembarque de la Agraciada!

Se objeta, por último, que las milicias nacionales, en Ituzaingó, se batieron bajo la bandera argentina. Los que eso objetan han perdido la memoria. De lo contrario recordarían no sólo el largo debate sostenido por el general Lavalleja con el general Rodríguez sobre el nombre que esas milicias llevaban, sino también que obedeciendo casi a la violencia, es que esas milicias se incorporaron al ejército confederado, según se desprende de una de las notas citadas por mí y a cuyo pie se encuentra la firma de don Pablo Zufriategui. Desde aquel instante, nuestras milicias y las tropas aliadas no constituían de hecho sino un solo ejército, y no podían tener dos banderas. La línea de conducta que nos obligó a aceptar la segunda de las actas floridenses, era natural que nos obligase a aceptar la bandera de Belgrano. No podíamos sacrificar lo más a lo menos, la idea al símbolo. ¡Nuestro artiguismo había quedado bien constatado en la Agraciada y en la Asamblea de la Florida!

XVI

Sabido es, además, el modo como Rivera se incorporó a los iniciadores de nuestra redención definitiva. Según el doctor Berra narra en la página 533 de su *Bosquejo Histórico*, Rivera fue sorprendido y apresado por los expedicionarios, en las Cabecezas del Perdido, el día 29 de abril. Lo mismo dice el señor Luis Revuelta en la página 13 de su estudio *Los Treinta y Tres Patriotas Orientales*. Esos relatos se hallan confirmados en la página 8 del *Diario del Sargento Mayor don Juan Spikerman*, que fue uno de los héroes de la inmortal cruzada redentora. En esta situación, Rivera conversó con Lavalleja más de dos horas y a solas en un rancho, saliendo de aquella entrevista para alistarse en la causa de los emancipadores. Si Rivera hizo suyos los fines de estos sin otro propósito que el de anexionarnos a Buenos Aires, cuando sus intereses estaban vinculados a los intereses de la causa imperial, la defección de Rivera no tendrá otra excusa que su apego a la vida y su carácter aventurero. Pudo fingir que se sometía a la fuerza de las circunstancias, a los justos terrores de la sorpresa; pero debió, para proceder como agradecido y como leal, retirarse del campo de la lucha o tratar de volver a las filas de los de Alcántara. Yo quiero creer, yo creo que si no lo hizo así, fue porque en la conferencia celebrada con Lavalleja, vio todo el alcance de la difícil empresa por éste emprendida, sintió que la fibra artiguista no estaba atrofiada en él, y aceptó con amor la idea de la emancipación del territorio donde tantas veces había combatido por la causa autonómica.

No obedezco, al expresarme así, a simples razones sentimentales ni a la vanidad de manifestarme más generoso que mis adversarios. Es que creo que el sentimiento de la soberanía nacional fue un instinto en todos los caudillos de nuestro suelo hasta el año de 1820 y un propósito firme, que sólo esperaba el auxilio de las circunstancias para hacerse carne, desde aquella época hasta la cruzada de los Treinta y Tres. Si esta creencia mía no es una verdad, si esta creencia no es más que un hermoso sueño de mi patriotismo, ¡bien haya esa creencia que me permite mirar asociados en una empresa que no deja

en mi espíritu ningún amargo dejo, a los que más tarde se harán pedazos en los duros trastornos de la guerra civil! ¡Bien haya esa creencia mía que hace que entre los progenitores de nuestra patria se encuentren los progenitores de nuestros dos partidos tradicionales, para que éstos tengan un vínculo que los reconcilie junto a la cuna de nuestra nacionalidad y bajo los pórticos del templo de nuestra independencia! ¡Bien haya esa creencia mía que arroja sobre la úlcera de nuestros odios el bálsamo de la gloria y de las solidaridades en el ideal!

XVII

Por mucho que se arguya, y en tanto corresponda a los Treinta y Tres la iniciativa de la gloriosa empresa de nuestra emancipación, el encono sectario no podrá derrumbarles de su pedestal. Si ellos no le hubiesen arrojado el guante al porvenir, confiando en que la justicia de su causa y lo indomable de su denuedo arrollarían a los desdenes de la fortuna, ¡quién sabe cuánto tiempo hubiera tardado en sonar la hora de nuestra independencia y nuestra soberanía! Su imprudente arrojo, su indiscutible temeridad, su confianza en aquella tricolor acostumbrada a todos los triunfos y a todos los reveses, la buena estrella que guió sus primeros pasos y el entusiasmo que despertó lo grandioso de su denuedo, envolvieron a la Argentina en una guerra que nos conducía necesariamente a la emancipación plena y absoluta de nuestro territorio. Si les debemos el señorío de nuestras costas y nuestras llanuras, si a su esfuerzo debemos ser lo que somos, ¿por qué regatearles el gajo de laurel bien ganado en justicia?

La Confederación no pensaba en romper lanzas con el Brasil. Sus altos poderes miraban no sólo con displicencia, sino con hostilidad, el propósito de los Treinta y Tres. El mismo Congreso Argentino no los prohió por un movimiento espontáneo, por uno de esos movimientos de simpatía que, desde el primer instante, se levantan por encima de todos los intereses y de todas las circunstancias. Para convencerse de esta verdad, basta leer el tomo II de los *Trabajos legislativos de las primeras Asam-*

bleas Argentinas, coleccionados por el señor Uladislao S. Frías. En la segunda quincena de Abril de 1825, el Congreso Nacional Argentino no celebró sino cuatro sesiones, correspondientes a los días 19, 25, 28 y 30 de aquel mes de eterna recordación. En ninguna de las cuatro sesiones se dijo una sola palabra que guardara la menor atingencia con los sucesos que se venían desarrollando en la Banda Oriental. Tan poco preocupaban esos sucesos a la Asamblea, que ésta, a pesar de encontrarse en su poder, desde el 12 de abril, el despacho de la Comisión Militar referente al proyecto de ley creando el ejército nacional, únicamente empezó a tratar aquel proyecto y aquel informe en la sesión del día 3 de mayo. En la siguiente, dijo el señor Gorriti, oponiéndose al proyecto que se discutía: "Yo no he oído en todo el proyecto, ni en el informe que dio el señor Ministro, una palabra de peligro urgente, de objeto determinado, a la defensa interior y a guardar el territorio de que lo invada un enemigo exterior." El señor Gorriti terminó afirmando, tras largas razones de carácter de política interna, que no veía la necesidad ni la conveniencia del ejército cuya creación se proyectaba. En esa misma sesión del día 4, y después de las palabras del señor Gorriti, el señor Mansilla, diputado por Entre Ríos, "considerando a su provincia amenazada", por lo que ocurría en nuestro país, dijo lo siguiente: "Un benemérito oriental ha pisado aquel suelo y se sabe que tiene ochocientos hombres. Si este emigra a la provincia de Entre Ríos, ¿qué hace esta provincia? ¿Ella se compromete, los entrega a los portugueses, los desarma o los sostiene? Alguna de las tres cosas debe hacer". Apoyando al señor Mansilla, otro diputado del litoral, el señor Carriego, manifiesta "haber tenido conocimiento de que los portugueses preparaban una invasión al territorio de Entre Ríos", y que "tenía datos positivos para afirmar que aquella provincia estaba seriamente amenazada". Como se ve, hasta el 4 de mayo, no había opinión hecha, respecto a nuestras cosas, en el seno del Congreso Nacional Argentino. En todo se pensaba allí menos en ayudarnos en la heroica empresa de la liberación. Sólo después de aquel debate, empezó realmente el Congreso Argentino a preocuparse de los acontecimientos de la Banda Oriental. Tanto es así, que aun en una de las sesiones posteriores,

dijo el señor Gorriti: "Yo tampoco sé si el Gobierno de las Provincias Unidas en la actualidad, podrá tomar una intervención en la cuestión actual de la Banda Oriental. Yo he visto en papeles públicos que se han tenido tratados formales con la corte del Brasil". El señor Gómez se encargó de responderle: "que esos tratados no habían existido jamás y que era falso cuanto se decía al respecto". Sólo el 9 de mayo el Poder Ejecutivo se dirigió a la Asamblea, manifestándole que creía de importancia reforzar la línea del Uruguay, "en precaución contra los eventos que amenazaban bien sea la tranquilidad interior del Estado, bien la seguridad de sus fronteras". El 11 de mayo, la Comisión Militar informó de un modo favorable a la solicitud del Ejecutivo; pero aún ese mismo día, el señor Gómez y el señor Agüero se opusieron con insistencia a una moción del señor Amenabar, pidiendo que se ampliase el alcance del artículo primero del proyecto tendiente a reforzar la línea del Uruguay. Dijo el señor Amenabar: "Parece que el artículo únicamente se dirige a prestarse defensa y seguridad en el territorio libre de las Provincias Unidas; no una protección a los gloriosos autores de la invasión en la Banda Oriental. Yo creo que debe ser más extenso, expresando auxiliarse completamente a los que se hallan peleando por la digna libertad Oriental". Al votarse el proyecto, la moción del señor Amenabar no tuvo eco y el artículo quedó tal como lo aconsejaba la Comisión.

Basta lo que antecede para demostrar que, en la Asamblea Argentina, únicamente los diputados por Entre Ríos manifestaron opinión resuelta y asumieron actitud definida desde las primeras sesiones del mes de mayo. Las resoluciones del Congreso fueron lentas y vacilantes. De esa lentitud y esas vacilaciones se deduce, con toda claridad, que si la suerte hubiera sido contraria a los Treinta y Tres, Buenos Aires los hubiera abandonado, continuado el Brasil en la tranquila posesión de la Banda Oriental. A mediados de mayo ya el éxito había coronado, por repetidas veces, los primeros pasos de los patriotas; Rivera se había incorporado a las filas revolucionarias, y el pabellón emancipador había sido recibido con entusiasmo en los pueblos y campañas de nuestro país. Puede asegurarse, sin calumniar ni falsear la historia, que los esfuerzos de los emi-

grados orientales y la buena fortuna de la heroica expedición, que el mismo Mansilla calificaba aun de "inoportuna e indiscreta" en el debate del día 11 de mayo, fueron la causa de que sacudieran el sopor de que dieron muestra, durante muchos días, el gobierno de Buenos Aires y el Congreso Nacional Argentino.

Demos a los nuestros lo que les pertenece. Sin los Treinta y Tres, es muy posible que fuésemos todavía provincia brasileña. Si somos soberanos e independientes, lo debemos a la constancia y a la heroicidad de Simón del Pino, de Pablo Zufriategui, de Santiago Gadea, de Jacinto Trápani, de todos y cada uno de los que acompañaron en su empresa magna al preclaro general Lavalleja, a aquél a quien se cita con especial elogio en el parte de Camacuá y a aquel que se cubrió de "gloria inmortal" en Ituzaingó, según dice el general Alvear en la reseña de esa batalla, "por su bravura y por el acierto de sus disposiciones".

XVIII

Y Oribe, ¿qué ha sido, entre tanto, de nuestro Oribe? Firme en mi propósito de no hacer panegíricos que sirvan para tacharme esta noche de partidario, voy a dejar que hable por mí la palabra insospechable de Carlos María Ramírez, quien dice en la página 129 de su obra sobre Artigas: "Así como no es posible negar la importancia militar del general Paz en los primeros momentos del asedio de Montevideo, ni el valioso concurso que Lucas Piriz llevó a los últimos esfuerzos de la resistencia de Paysandú, tampoco puede desconocerse que el sargento mayor don Manuel Oribe se destaca con particular relieve en el grupo guerrero de los Treinta y Tres. Hijo de noble cuna, bien educado, cortés y atrayente, dotado de un valor caballeresco y formado en excelente escuela militar, llevaba en su juventud la aureola de los predestinados a subir muy alto; y nadie negará que si hubiese muerto, por ejemplo, en 1837, en los campos de Yucutuyá, donde fue derrotado defendiendo su investidura constitucional, con bravo ejército de ciudadanos orientales, su memoria sería hoy objeto de admiración universal".

Oribe, pues, comparte, señores, todas las glorias y todas las responsabilidades de la empresa de la Agraciada, aunque se sostenga aún, a pesar de lo que hemos expuesto, que esa empresa no fue nada más que una empresa federativa, lo que no es poco, "porque el sentimiento indómito de la autonomía federal, que el general Artigas supo inocular en nuestras masas, ha sido, según el mismo doctor Carlos M. Ramírez, la fuerza más activa de nuestra nacionalidad".

XIX

Señores:

Al llegar aquí yo podría decirles que el libro del señor Julio María Sosa es un libro tan partidario que no comparto ni siquiera el juicio que acabo de leerles sobre el general Oribe; pero eso me sacaría del plan a que quise, desde el primer momento, sujetar esta conferencia mía. Me propuse hacer que desfilaran ante vuestros ojos, desnudos de divisas, sin ningún cintillo que sombrease su esplendor, todos los precursores de mi pueblo, todos los creadores de mi país, para que, mientras una parte de la juventud se empeña en enseñar a la otra parte que debemos la patria a los caprichos de la casualidad o a las generosidades de los ajenos, la juventud no nos acusase a los que ya tenemos cabellos grises, de haber estimulado, con nuestro mutismo, esa propaganda. Hemos salido de nuestro retiro y hemos vuelto a ocupar nuestro puesto en la lucha, al oír esas voces en las que hay algo que nos desconsuela por su falta de entusiasta calor primaveral, para decirle a la juventud de todos los partidos:

Juventud de mi patria: la providencia hizo que los Treinta y Tres fueran las avanzadas del movimiento emancipador. En cualquier caso, el impulso inicial se debe a los Treinta y Tres, de ellos es la gloria de aquel impulso, y no es obra justa, ni es obra buena, ni es obra sana, por muy sinceras que sean las intenciones, regatearles ese derecho ante la posteridad. En San José se encuentra la estatua de Artigas. En la Florida está el monumento de los héroes del Arenal Grande. En Minas va a

erigirse la estatua de Lavalleja. ¿Sabes lo que son, oh juventud, todos esos altares que se levantan entre estampidos de cañones, ondular de banderas, salmos de campanas y ecos de clarines? ¡Pues son, con sus miradas de bronce o de mármol fijas en las lejanías de nuestros horizontes, los guardianes de la independencia de nuestro suelo y de la inviolabilidad de nuestras fronteras, porque, en la bruma de leyenda que los envuelve, palpita el espíritu, el indomable espíritu de nuestra patria!

Juventud de mi credo: conservemos sin desgaste ese espíritu, abierto a todas las palpitaciones del amor a la poesía, del amor a las aventuras, del amor a la gloria, del amor al terruño, a lo nuestro, a lo propio, como descendientes de la indomable raza charrúa, de la raza de Zapicán y de Liropeya, y como descendientes de aquella española raza, que sintió con el corazón de Santa Teresa, que pintó con las limpias pinceladas del pincel de Murillo, que cantó con la lira prodigiosa de Lope, que pensó con el robusto cerebro de Luis Vives, que mezcló la sangre caballeresca y batalladora de su Cid Rodrigo con la sangre valiente y visionaria de los Abderramanes, que manejó la espada de Gonzalo de Córdoba y de Roger de Flor, que habló con la elocuencia de Fray Luis de Granada y dio a la libertad un mártir con Lanuza, que contó entre sus héroes a Francisco Pizarro y a Hernán Cortés, que llegó por oriente a pisar las Indias de Alejandro de Macedonia y fue por occidente a respirar el oxígeno de los bosques de las Indias de Moctezuma.

Señores: hagamos de todas las leyendas de la edad en que se luchaba y en que se moría por nuestra emancipación, un arma y un escudo contra los fanatismos de los odios tradicionales. No paguemos con nuestra ingratitud aquella larga serie de sacrificios y de denuedos, a que debemos nuestra gran nombradía de pueblo bravo y de pueblo indómito. Sea aquella época de angustias y combates por la causa del pago, el campo neutral, el templo de asilo, la tregua de Dios para los partidarios de Oribe y de Rivera, saludando con mística unción, como se saluda a las banderas rasgadas por el plomo y ungidas por las dianas del triunfo, a la vieja bandera de Artigas y de los Treinta y Tres.

Montevideo, setiembre de 1902.

II

EL SITIO DE MONTEVIDEO Y LA GUERRA DEL PARAGUAY*

Discurso pronunciado en la
Cámara de Representantes

(*) Montevideo, Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos, 1907.

*A la esclarecida memoria del
Dr. D. Juan José de Herrera.*

Señor Roxlo — Señor presidente: como desearía exponer mis ideas con calmosa mesura, y como no pretendo conmover el ambiente de este recinto, de sobra excitado por creencias filosóficas y pasiones de bando, suplico a la mesa que se sirva defenderme en el uso de la palabra.

Señor Presidente — Así se hará.

Señor Roxlo — Empezaré por manifestar, señor presidente, que yo no voy a votar ninguno de los dos artículos del proyecto puesto en discusión.

Sabido es que me he opuesto siempre a todo aumento de los gravámenes que ya pesan sobre el país en forma de pensiones, y que me he opuesto con mayor energía cuando se ha tratado de servicios o premios militares.

Soy, pues, consecuente con mi actitud de todas las horas, indicando lo que pienso hacer en el caso actual.

Pero tal vez, señor presidente, teniendo en cuenta que todo heroísmo merece respeto, y tal vez, señor presidente, teniendo en cuenta la razón de pobreza en que se encuentran los veteranos de la Defensa de Montevideo y de la guerra del Paraguay, yo hubiera votado el proyecto que se discute en otras circunstancias; pero no puedo hacerlo, en virtud de los fundamentos en que se apoya el informe de la Comisión.

El proyecto es enormemente contradictorio entre la primera y la segunda de sus partes.

En la primera declara que la Defensa de Montevideo es como el símbolo de la independencia nacional contra los enemigos de la patria común —es decir, no reconoce el principio de intervención—; y en la segunda parte declara que premia a los que fueron al Paraguay, porque estos fueron a país ex-

tranjero a deponer una tiranía —es decir, admite el principio de intervención.

Pero es más contradictorio aun el proyecto de que se trata: viene a desmentir un hecho de olvido, un hecho de clemencia, un hecho de justicia del tiempo que fue.

A raíz del Sitio, a raíz de la Defensa, en el Tratado de Paz del 7 de octubre de 1851, se decía lo siguiente:

“Artículo 1°. Se reconoce que la resistencia que han hecho los militares y ciudadanos a la intervención Anglo-Francesa, ha sido en la creencia de que con ello defendían la independencia de la República”.

“Art. 2°. Se reconoce entre todos los ciudadanos orientales de las diferentes opiniones en que ha estado dividida la República, iguales derechos, iguales servicios y méritos, y opción a los empleos públicos en conformidad a la Constitución.”

Señor presidente: Eso lo dijo aquel tiempo, a raíz de los sucesos que tenían agitado al país, cuando todavía en cada uno de los espíritus había como el reguero de sangre y de fuego de la lucha pasada; y nosotros, mucho tiempo después, nosotros que debemos estar por encima de las pasiones de aquellas horas, nosotros que debemos tratar de limar las asperezas de los partidos en que se divide la tierra nativa, nosotros vamos a repartir de esa manera el monopolio del patriotismo, diciendo a los unos que —según el informe— defendían la independencia y la soberanía de nuestra tierra, y declarando, en cambio, que los otros trataban de entregar nuestra tierra a un poder extraño!

Yo creo que eso no es buena justicia distributiva. Cuando aquel tiempo supo deponer todos sus enconos y todas sus memorias, ¿por qué nosotros no seremos capaces de llegar a iguales conciliaciones?...

Otro motivo aun tengo, señor presidente: es que yo creo que es algo injusta esa distribución que se pretende hacer.

Si en las filas de la ciudad había grandes patriotas, es indiscutible que afuera, donde estaban los elementos campesinos, había grandes patriotas también.

Señor Freire (don Tulio) — Ni uno solo.

Señor Presidente — Ruego al señor diputado Freire que no interrumpa.

Señor Roxlo — No hay que olvidar, señor presidente, que aquellos que estaban frente a los muros habían sido compañeros de Artigas y también habían sido compañeros de los Treinta y Tres, labrando los contornos de nuestro suelo con el filo de sus sables, con la punta de sus lanzas, con el revuelo de las balas de sus fusiles y con el revuelo de los recortados de sus trabucos!...

Señor Freire (don Tulio) — Los que atentan contra la libertad de la patria no son patriotas.

Señor Presidente — Se ruega al señor diputado Freire que no interrumpa al orador.

Señor Roxlo — Señor presidente: creo que hasta ahora no ha salido de mis labios una sola palabra partidista, y creo que hasta ahora lo único que me ha escuchado la Cámara es oponer al criterio del tiempo actual, el criterio del tiempo anterior, más turbado que nosotros por aquellas pasiones y más cerca que nosotros de aquellos acontecimientos!

Si ellos hicieron justicia distributiva, si ellos a los dos adversarios les reconocían iguales méritos, si reconocían que los dos trataron de salvar a la patria, ¿por qué nosotros no hemos de reconocerlo también?

Artigas se encontraba en el Paraguay, señor presidente. Le mandaron de dentro de los muros una comunicación pidiéndole que viniera al ejército de la Defensa, que viniera a asilarse dentro de los muros de la ciudad troyana. Le pidieron también los del ejército sitiador, que fuese a las tiendas de los sitiados, y Artigas no fue ni con unos ni con otros, ni con los de fuera ni con los de dentro!

Si Artigas hubiera creído que verdaderamente de un lado estaban la autonomía y la independencia, y del otro lado estaba un poder extranjero y el deseo de entregar la patria a un país extraño, Artigas hubiera venido a Montevideo o hubiera luchado con los del Cerrito!

El gran patriota, que había batallado por la autonomía del suelo, creyó que no debía estar ni con los unos ni con los otros: no reconoció ni en los unos ni en los otros una superioridad de amor al terruño.

Pero, señor presidente: yo únicamente trataba de salvar

mi voto.

Declaro que pienso como los patriotas de aquellos días, como los que hicieron el convenio a que me he referido y que yo no voy a distribuir patentes de más amor a la patria.

Ya he explicado el porqué no votaré, por los fundamentos del informe y por razones económicas —y agregaré que como yo no quiero parecerme a la mujer de Lot, convertida en un bloque de sal—; siempre que se trate de asuntos de esta naturaleza, le diré a mi país la frase de Goethe: “¡Adelante! por encima de los sepulcros, adelante!”

Voy ahora a la segunda parte, señor presidente.

En cuanto a la guerra del Paraguay, aquí sí tengo opinión decidida y franca.

En nombre del augusto principio de las nacionalidades, yo repruebo la guerra del Paraguay.

Los países pequeños son los que tienen suprema necesidad de levantar más alta la bandera de la no intervención!

El estudio profundizado de la historia nos dice, señor presidente, que bajo el pretexto de hacer obra de justicia y hacer obra de civilidad, lo único a que responden las guerras de intervención es, sencillamente, a fines de aumento territorial o a fines de imponer un sistema político determinado.

Después lo demostraré con la historia en la mano. Antes quiero hacer algunas otras observaciones de carácter general.

Yo me he entretenido en leer en estos días, con muy poco tiempo, lo que dicen los autores modernos respecto al principio de intervención, y me he encontrado, señor presidente, con que contra la opinión de Grotius y Vattel —autores antiquísimos—, está la opinión de casi todos los autores contemporáneos. Mé-rignhac, por ejemplo, en la página 307 de su libro sobre Derecho Internacional, dice que una intervención reclamada por un partido político, o que va a llevar a un país extraño ideas políticas determinadas, es siempre una intervención ilegal y contraria a derecho.

Bonfils, en la página 166 de su Tratado de Derecho Internacional, dice que ni aun el derecho de conservación de los países limítrofes autoriza una política interventora, y que lo único que pueden hacer los países limítrofes es guardar bien sus fron-

teras y aumentar sus recursos bélicos; pero de ninguna manera convertir su bandera en bandera invasora de un territorio extraño.

Fiore, en la página 87 del tomo primero de su libro de Derecho Internacional, se declara terminantemente por la no intervención y dice que, en las naciones modernas, ese es el principio que debe prevalecer.

Neumann, en la página 72 de su libro de Derecho Internacional, dice también que a pretexto de librar a un país de una tiranía, no puede invadirsele, pues, a lo único a que se tiene derecho, cuando en un país vecino hay malos gobiernos, es a la ruptura de las relaciones diplomáticas.

Y finalmente, señor presidente, toda la escuela novísima italiana, representada por Terencio Mamiani, sostiene también el principio de la no intervención y no encuentra justificativos, en ningún caso, al principio opuesto.

Pero la historia va más lejos aun que los autores. La historia se entretiene en buscar el porqué del origen de todas las intervenciones habidas y no encuentra en ellas, casi nunca, razón de justicia.

Polonia está dividida en bandos; no hay posibilidad de que en Polonia se establezca el orden y reine la paz.

Tres naciones limítrofes, tres naciones cercanas, invaden a Polonia en nombre del equilibrio europeo, y lo que hacen, señor presidente, es que la descuartizan, repartiéndosela en pedazos como hacía el león de la fábula.

Más tarde, por el Congreso de Verona en 1822, las grandes potencias europeas reconocen el principio de las intervenciones y envían un ejército austriaco a Nápoles y otro ejército francés a España, y no, señor presidente, para restablecer la paz y abrir horizontes de justicia, sino, por el contrario, para implantar allí el poder absoluto contra las tendencias y las reformas constitucionales.

Y fíjense bien los señores diputados, para que vean las contradicciones en que cae el principio de la intervención.

Esas mismas potencias, que admitían la intervención en el reino de Nápoles y admitían la intervención en España a favor del poder absoluto, años más tarde, en 1856, iban al reino

de las dos Sicilias a predicar e imponer los principios constitucionales. Es decir, que los mismos países de acuerdo con sus ideas, unas veces de absolutismo y otras veces democráticas, trataban de imponer, por medio de la intervención, esas ideas contradictorias a los países pequeños.

Sigo aún, señor presidente.

Nos encontramos en 1853 con la intervención a Méjico —y no necesito recordar a una Asamblea republicana, ni necesito recordar a una Asamblea de América, la suprema injusticia de aquella intervención—. Solamente de los tres países que la ejercitaron, Inglaterra fue a vengar, según ella decía, los atropellos hechos a tres súbditos de su nacionalidad. España y Francia iban a imponer un régimen monárquico y a negar el principio de la independencia de las nacionalidades!

También, señor presidente, nos encontramos con que —¡cosa curiosa!— toda la política napoleónica, toda la política absorbente del primer imperio, se basa en el principio de la intervención; y después, cuando la política napoleónica se viene al suelo y triunfa la política borbónica, es el mismo principio de intervención el que aplican los países fuertes a las patrias pequeñas.

Se dice, señor presidente: no se va contra el país; se va contra la tiranía. La historia ha demostrado que este es un profundo error. Todo lo hecho durante la primera revolución francesa, fue también a base de intervención. Se hacía diciéndoles a los pueblos: No venimos contra vosotros, vamos contra vuestros reyes; lo que no obstó para que aquel movimiento modificara el mapa de la Europa. Pero el ejemplo más grande de la historia moderna, el más tremendo, el que demuestra la mentira de esas fórmulas diplomáticas, es el ejemplo que nos ofrece la guerra de 1870. También por inmiscuirse en asuntos de un país extranjero, en asuntos de la dinastía española, Francia y Alemania se declararon la guerra; y en todas las proclamas del ejército alemán se lee lo mismo: “No vamos a hacer la guerra a la Francia. Hacemos la guerra al emperador”.

No hicieron la guerra a la Francia, señor presidente! En prueba de ello, véase a Strasburgo, donde, según dice el propio general Moltke, los cañones alemanes destruyeron 425 casas,

dejaron sin domicilio a 10.000 habitantes y hubo 2.000 moradores de la ciudad en el número de los muertos y de los heridos; donde el Museo de Pintura y la Biblioteca, con 20.000 volúmenes, fueron completamente destruidos con bombas de petróleo, y donde una triple línea de paralelas se entretenía en lanzar veinte disparos por cañón sobre la ciudad, durante el día, y otros diez disparos, durante la noche. ¡No hacían la guerra a la Francia; pero lo cierto es que la destrozaron y le impusieron un gravamen del que acaso no hay ejemplo en la historia contemporánea!

Y volviendo al Paraguay, señor presidente, volviendo a aquella guerra que no encontró justa Alberdi, que combatió Juan Carlos Gómez y de la que parece arrepentirse el mismo Nabuco, cuando dice en su *Historia del Paraguay* que todo el que quiere ir a apagar las llamas de la casa ajena, no hace otra cosa sino transportar el incendio a la propia; volviendo a aquella guerra del Paraguay, sus tiranías por fuertes que sean, nunca pudieron causarles a los paraguayos los males producidos por la invasión!

Señor presidente: el mismo general Garmendia ha contado, en su Historia, el espectáculo del saqueo de la Asunción, y todos los que tengan memoria y recuerden lo que les hayan dicho sus padres, se acordarán de que los hijos de los que murieron defendiendo la bandera paraguaya, fueron llevados a países extraños, y entregados, como sirvientes, a las familias de los vencedores!

Señor presidente: hay un principio augusto para los pueblos chicos; es el principio de que las fronteras son inviolables! (*Apyados*).

En Yatay, señor presidente, se encontró un ejército poderosísimo de los aliados, 9.500 hombres, con 3.000 paraguayos, y sin embargo, al fin del combate, los aliados no tuvieron más que 250 hombres de pérdida y los paraguayos 1.700 cadáveres, lo que dio lugar a que el general López dirigiese una nota al general Mitre, hablándole de los prisioneros pasados a cuchillo durante el combate.

No argumentemos, pues, con que se llevó la civilización, porque la civilización se lleva de otro modo.

Señor Pelayo — No hablemos de degüello, porque es triste recordar todo lo pasado!

Señor Roxlo — Ya he dicho que no quería parecerme a la mujer de Lot, y que no quería convertirme en una estatua de sal. He citado una frase de Goethe. Si hay alguien alejado del pasado, es precisamente el orador que está dirigiendo la palabra a la Honorable Cámara.

Señor presidente: el general Mitre, en su tercera polémica con Juan Carlos Gómez, declara —lo que no es poco declarar— que si hubieran ido ellos solos al Paraguay, los argentinos —y me supongo que con los orientales—, no se hubieran presenciado las escenas que se presenciaron allí, y lamenta profundamente la necesidad que les impuso aquella alianza con un Imperio.

En cambio los otros, los del otro lado, los brasileños, por medio de Nabuco, nos dicen que la política de la intervención no fue una política brasileña, sino que fueron nuestros disturbios los que dieron patente de legalidad a la política de la intervención en el Río de la Plata.

De manera, señor presidente, que no debe ser muy bueno lo que se hizo, cuando todo el mundo trata de sacárselo de encima. El general Mitre y el general Garmendia atribuyen al Brasil los excesos de la guerra; el Brasil declara que fuimos nosotros los iniciadores del principio de intervención; y nosotros no sé lo que diremos, aunque lo único que sé decir, por mi parte, es que nosotros no ganamos nada con la guerra del Paraguay!

Señor presidente: debo agregar más: es que también en la Historia de Nabuco, en la página 154 y siguientes, el propio Nabuco niega el carácter de benignidad a la guerra que discutimos.

El propio Nabuco declara, apoyándose en las manifestaciones de Paranhos, que fue una guerra sangrienta, y que fue una guerra de represalias.

Pero como no es mi objeto —y creo que la Cámara se lo explicará bien— arrojar sombras sobre el valor, quiero que la Cámara recuerde y piense lo que voy a decir.

Si yo hubiera estado entre los que fueron al Paraguay, yo le habría presentado las armas al general Palleja. El valor, el

heroísmo de los nuestros no es lo que pongo en duda. Está bien demostrado con la sangre vertida en las trincheras de Curupayty. Lo que pongo en duda es el derecho de las nacionalidades a inmiscuirse en los asuntos internos de otras nacionalidades, y lo que trato de salvar es el principio, el eterno principio de la autonomía de las patrias. (*Muy bien*).

Señor Freire (don Tulio) — De manera que el señor diputado pone en duda el hecho de que...

Señor Presidente — Se ruega al señor diputado Freire que no interrumpa al orador.

Señor Roxlo — El señor diputado Roxlo lo que pone en duda completamente es que ningún país de la tierra, a pretexto de derrocar una tiranía, pueda ir a asolar un país extranjero. Es lo que pone en duda el señor diputado Roxlo.

Señor presidente: yo recuerdo que en nuestra historia muchas veces hemos acudido al principio de intervención.

Nuestras cegueras de partido, en unas ocasiones; nuestros extravíos de poder en otras; el siempre agitado ambiente en que nos movíamos, nos ha hecho, más de una vez, llamar a las puertas de los países extraños. ¡Oh desventura! Las intervenciones sólo han servido para ahondar el abismo de nuestros odios; nunca han servido ni para agrandarnos territorialmente, ni para purificarnos, tampoco, políticamente.

Los unos se levantan contra el principio de intervención, hablando de la Defensa; los otros se levantan contra el principio de intervención, hablando de Paysandú. Todos los que defienden el terruño, todos los que han muerto por él, vienen a sintetizar lo que he dicho al principio de mi discurso: ¡que la patria es sagrada!

Para que se respete a la patria propia, es necesario no atentar jamás a la inviolabilidad de la patria ajena!... La patria, el lugar donde nacimos, y donde se quisiera morir; la patria, donde todos los hombres nos sentimos unidos por el mismo lenguaje, y por el mismo grande amor de progreso; la patria, donde palpita el corazón de la juventud al beso del primer amor y donde palpita el alma del anciano al último beso que le dan los suyos, antes de cerrarle para siempre los ojos; las patrias benditas por su bandera, benditas por su escudo, benditas por su himno, sean

orientales, sean paraguayas, sean brasileñas o sean argentinas, son inviolables para todos los países del mundo! (*Muy bien*).

Señor presidente: un recuerdo personal.

Me encontraba yo estudiando en la Universidad de Barcelona. Era en los tiempos del gobierno del general Santos. Tres orientales, únicamente, estaban en aquella universidad; el doctor Juan López Aguerre, que actualmente ejerce su profesión de médico en Tacuarembó; el señor Julio Enamorado, ingeniero cuyo nombre ha circulado por las ciudades de Cuba, en virtud de su preparación y en virtud de sus trabajos de carácter público; y yo, el humildísimo diputado que, sin saber por qué, ha entrado sin mérito alguno y sin ningún prestigio, a esta Honorable Cámara, y juntos supimos por el diario *La Razón* de Montevideo, y por otros diarios, los incidentes habidos alrededor de los súbditos italianos Volpi y Patroni. Supimos algo más, lo que saben todos los señores diputados: la reclamación de las autoridades italianas y los cañonazos tirados en saludo de su bandera!

Pues bien, señor presidente: yo, que no fui santista, yo, que estaba lejos del país, y aquellos compañeros, que no teníamos pasiones políticas allá a la distancia, donde se siente la nostalgia del pago, estábamos con Santos y no estábamos con los partidarios de Volpi y Patroni!

Era el sentimiento de la patria, el amor a la enseña!

¿Y por qué hemos de creer que los paraguayos no podían sentir, con tanta intensidad como yo lo siento, el amor al terruño? (*Muy bien*).

El general López, tirano hasta donde se quiera, en los momentos en que muere en Monte Corá envuelto en la bandera paraguaya, muere sosteniendo el principio de la independencia de las naciones!

He terminado. ,

Señor Roxlo — Señor presidente: Empezaré diciendo, para responder al señor Alberto Quintana, que yo no encuentro injusto el articulado del proyecto en debate, sino los términos del informe de vuestra Honorable Comisión de Milicias.

Sin ese dictamen, yo también consideraría innecesaria esta discusión —que no habría provocado mi sensatez—, porque yo nunca he desconocido ni la ardiente bravura de los que defendían a Montevideo, ni el coraje laconio de los que batallaron en el Paraguay.

Dije, la vez primera que tuve la honra de hablar sobre este asunto en el recinto legislativo, y repetí después, cuando el señor Sosa se esforzó en recordarme cosas muy viejas, que yo era enemigo de todas las intervenciones, agregando hoy que no las acepto ni aun en los casos de excepción más justificada, dentro de las fórmulas salvadoras del derecho de gentes.

Me asilé entonces y vuelvo a asilarme ahora, en lo sostenido por el señor Calvo, en la página 402 del tomo 1° de su Diccionario de Derecho Internacional, en donde afirma el eminente tratadista argentino, que “siendo la intervención un ataque a la autonomía nacional de los Estados, el principio de la nacionalidad entraña, como consecuencia, el principio de la no intervención absoluta”.

Esta misma doctrina ha sido defendida, en 1891, por la alta elocuencia ministerial de lord Salisbury.

No podía sorprenderme, ni me sorprendió, el señor diputado Espalter, cuando, con oratoria gallarda y erudición copiosa, nos dijo que Fiori admite varias excepciones al principio que yo defiendo: no podía sorprenderme ni me sorprendió, porque también las admiten los otros autores citados por mí, desde

Neumann hasta Mérygnac. Pero, señor presidente, a mí me basta con que se acepte que todos los tratadistas, todos sin excepción, desde Martens hasta Heffter, concuerdan en reconocer, como principio fundamental de derecho, el principio de la no intervención.

Bismarck se habría regocijado oyendo defender, al señor Espalter, la teoría de las excepciones, porque, gracias a ella, siempre será una realidad su célebre frase de que la fuerza prima sobre el derecho.

La teoría de las excepciones es una teoría muy cómoda para las nacionalidades fuertes por el número de sus naves, por el efectivo de sus ejércitos y por la línea de los fortines tendidos a lo largo de las fronteras; pero es una teoría peligrosa, peligrosísima, para las nacionalidades de abolengo reciente, pocas en población, pobres en recursos y expuestas siempre a la manotada leonina de los más poderosos. (*Muy bien!*).

¿Quién, señor presidente, es el que juzga de la bondad y de la justicia del acto de intervención?... Nunca el intervenido, siempre el interventor, cuyo interés es el que mide y es el que pesa la cultura política y social de los países a quienes azota con su espada de Breno! ¹

Me bastará un ejemplo para demostrarlo.

Cuando en el Parlamento Francés se discutía, a raíz del Congreso de Verona de 1822, la intervención en Grecia y la intervención en España, los representantes de la idea liberal —que no aceptaban la intervención en España—, la aceptaban en Grecia, oprimida por las arbitrariedades del despotismo turco.

En cambio, los representantes de la idea borbónica, que no aceptaban la intervención en Grecia, aceptaban la intervención en España, donde imperaba la democrática Constitución de Cádiz.

Chateaubriand, en nombre de la reacción, y Manuel, en nombre de la libertad, dijeron que los países civilizados tenían el derecho de redimir a las patrias incultas y oprimidas; pero lo que para Chateaubriand era antorcha de cultura, para Manuel era símbolo de barbarie.

Manuel y Chateaubriand lo que querían, señor presidente, era imponer sus ideas a los ajenos, por la dura e inexorable ley

del más fuerte!

Tampoco me sorprendió, señor presidente —porque Con-tuzzi lo dice en la página 85 de su libro sobre “Derecho Inter-nacional Público”—, el que se manifestara que, ansiosa de temperar el principio de intervención, la jurisprudencia contem-poránea pide que ese principio tenga un origen congresional y que se lleve a cabo de un modo colectivo. Pero me extraña, señor presidente, que el distinguido profesor de la Universidad de Nápoles, que es enemigo de las intervenciones, conceda a los países fuertes esa potestad federativa, siempre oprimidora, como lo demuestran, no sólo la Triple Alianza Europea, sino el convenio celebrado entre Francia, Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos, para intervenir en los últimos conflictos boxers del Celeste Imperio. Sus escuadras fueron al mundo asiá-tico para salvar los principios más altos del derecho interna-cional; pero con su conducta nos hicieron olvidar la nobleza de sus propósitos, y la barbarie de las muchedumbres del pueblo invadido.

Como representante de la soberanía de un pueblo joven, sin otra defensa que el valor de sus hijos; como representante de la soberanía de un país codiciable, cincuenta veces, por la nítida limpidez de su cielo y por la fecundidad maravillosísima de su territorio; como representante de la soberanía de una na-ción pequeña y siempre conmovida por las étnicas convulsio-nes de la guerra civil, yo protesto contra todo principio de intervención, confiando en que para extender nuestra cultura y para garantizar nuestra independencia nos bastará, por los si-glos de los siglos, el astro de nuestra bandera, aquel sol que amorenó las frentes de Andresillo y de Monterroso! (*Muy bien*).

Como veo en la ciudad de Montevideo, como veo en el cam-pamento del Cerrito y como veo en la guerra del Paraguay tres intervenciones, más o menos disfrazadas, contra las tres me vuelvo y a las tres las combato... (*Muy bien!*).

...en nombre del augusto sentimiento autonómico que, en las noches primeras de la nacionalidad, balanceaba los lienzos de las carpas del blandengue viejo, del inmortal Artigas! (*Muy bien!*).

Como se ve, es muy difícil mi actitud en este debate. Ni

quiero halagar los cívicos afectos de mis adversarios, ni me encontraré, tal vez, de perfecto acuerdo con las opiniones de una gran masa de mi partido.

¡Qué hemos de hacerle!... Mi padre me enseñó que la divisa blanca tiene derecho pleno a mis comodidades y a mi persona; pero mi padre me enseñó, también, que no debía sacrificar, a ninguna enseña, el nervio charrúa y la mística unción de mi patriotismo!

Confío en que, cuando se cierren mis ojos a la luz del claro sol que me vio nacer, iré a decirle al noble caballero que he cumplido fielmente con la ley de su mandato! (*Muy bien!*)

Dicho lo que antecede a modo de preámbulo, desbrozado el camino, marcadas las tesis, indicados los rumbos, entro en el fondo de la cuestión.

Quiero hacer —y en mí no es cobardía— una declaración, señor presidente.

Defiendo mis ideas, respetando siempre las de mis adversarios.

Claro está que, en asuntos históricos, tienen que rozarse susceptibilidades; pero claro está también que es la verdad, o cuando menos lo que uno entiende por la verdad, lo que las roza —y en mí nunca las roza la pasión de partido! (*Muy bien*).

Señor presidente: don Manuel Oribe subió a la presidencia de la República con el apoyo y con el aplauso de las fracciones riverista y lavallejista. Su gobierno fue gobierno de progreso y de probidad, como lo demuestran los actos más vitales de su administración.

Organizó las líneas de correos, para colocar bajo el amparo de los Poderes Nacionales el dulce secreto de los afectos íntimos y la necesaria seguridad de las transacciones mercantiles; restauró nuestra hacienda, casi en ruinas, disminuyendo en gran parte la deuda pública y dictando disposiciones convenientes para amortizarla; se ocupó con empeño de la pequeña red de escuelas primarias, existentes entonces, para disminuir el número de analfabetos en nuestro territorio, convencido de que, a medida que entran en el espíritu de la muchedumbre las claridades meridianas del abecedario, huyen del espíritu de la muchedumbre, para no volver, las aves agoreras del ocio y del

delito... (*Muy bien*).

...Fundó la Universidad de la República y la Junta de Higiene, instituciones que honran al país y subsisten aún...

Señor Pérez Olave — No apoyado: la Universidad fue fundada en la época del sitio, por don Manuel Herrera y Obes. Está equivocado el señor diputado. ²

Señor Roxlo — ...Derogó la ley de abril de 1834, que confiscaba los bienes de Lavalleja, desterrando de nuestra legislación un castigo que ya no existe en los códigos de ninguna nación civilizada, y suprimió la comandancia General de Campaña, ejercida por el ex-Presidente de la República, don Fructuoso Rivera.

Las rigideces del general Oribe, que no cabían dentro del marco primitivo de aquellas horas, originaron la revolución del 16 de julio de 1836. ³

Vencidas las fuerzas revolucionarias en el entrevero de Carpintería, no tardaron en tomar dos ruidosas revanchas: la primera sobre las márgenes de uno de los afluentes del Cuareim y la segunda sobre los céspedes enrojecidos del campo del Palmar.

El general Rivera avanzó sobre Montevideo, para ponerle cerco, apoyándose, por desventura, en dos aliados que no le benefician, porque nos envenenan y agrandan el incendio que nos consume aún. El partido unitario nos envolvió en sus redes, y la causa francesa nos hizo suyos, gracias a los auxilios que le prestaron a la insignia revolucionaria el general Lavalle y el cónsul Baradere.

Becker, en la página 335 de su "Historia Política y Diplomática", habla, señor presidente, en los mismos términos en que yo hablo, de aquellos sucesos.

Permítaseme que estudie, a vuelo de pájaro, el conflicto platino de aquel entonces.

Rosas, que se me antoja una tragedia escrita por la musa de Esquilo con entreactos escritos por la musa de Aristófanes, Rosas quiso imponer el servicio de la guardia nacional a los propietarios de casas de comercio y de bienes raíces de Buenos Aires. Entre éstos se encontraban no pocos residentes franceses, que juzgaron aquella medida como un abuso, porque con-

trariaba lo que estatufan, en materia de domicilio, las leyes de la Europa.

El cónsul Aimé Roger, apoyando estas quejas, se dirigió a Rosas, que no oyó sus reclamos y los rechazó, en nombre de la soberanía de la Confederación.

El contralmirante Leblanc amenaza con la ley de la fuerza; no se le escucha y comienza el bloqueo de Buenos Aires.

Montevideo era un obstáculo, un serio obstáculo para el buen resultado de aquel bloqueo, porque don Manuel Oribe se empeñaba en asumir una actitud de neutralidad, lo que hizo que el señor Baradere, agente francés en nuestro país, trabajara, desembozadamente y con todas sus actividades, en apoyo del triunfo de la causa del general Rivera.

Fue un atentado contra las leyes del derecho internacional.

Dice Pradier Foderé, en la página 575 del tomo I de su libro célebre, que es ilegítima toda intervención, sean cuales fueren los motivos que la provoquen, en el litigio interno de un país extraño.

Por otra parte, señor presidente, la actitud de Oribe se explica con extrema facilidad. Rosas, en aquel pleito, tenía razón. Todo país soberano tiene el derecho de reglamentar el privilegio de residencia, y las causales en que se apoyaba para resistir eran, en el fondo, las mismas causales que han inmortalizado los nombres de Adams y de Monroe.

Lo cierto es que el gobierno de Oribe se vino al suelo. Renunció a la Presidencia de la República el 21 de octubre de 1838 aunque protestando, de un modo tardío e irregular, en los primeros días del mes de noviembre.

A mí no me place esa actitud del general Oribe. Entiendo que debió dejarse arrancar, con sacrilega mano, los listones blancos y azules de su banda presidencial, no firmando ninguna renuncia de carácter público y cayendo como la personificación, varonil y serena, del doble principio de la soberanía y la legalidad!

Pero tampoco me place la actitud de sus adversarios, aceptando el apoyo de un extranjero que no era americano, que no hablaba con los enceladores timbres de nuestro idioma y que no compartía nuestra fe democrática. Y aquí ocurren, señor pre-

sidente, dos acontecimientos que demuestran la bondad de la tesis defendida por mí.

El 11 de marzo de 1839, el general Rivera le declara la guerra al general Rosas, y dice, en su manifiesto, que no va *contra el benemérito pueblo argentino, sino contra el tirano del pueblo inmortal de Sud-América*.

¡Es la eterna ficción de la diplomacia! ¡Como si para destruir al tirano, no fuera preciso destruir al pueblo en que se apoya la tiranía! ¡Como si el tirano no se transfigurara en la augusta majestad de la patria ofendida, cuando resuena el himno de los clarines que anuncian la invasión! (*Muy bien!*).

Y el segundo de los sucesos a que me referí, es el convenio de paz celebrado entre Francia y la República Argentina el 29 de octubre del año 1840.

Calvo se asombra de que los franceses abandonaran, de esta manera, la causa de sus aliados.

¡Es asombrosa la ingenuidad de Calvo!

¡Como si todas las intervenciones no procedieran del mismo modo; como si la ley de las intervenciones no fuese la ley del interés, y como si las intervenciones no obedecieran al deseo de oprimir, más que a la promesa de civilizar!

Y llego, señor presidente, a aquel sangriento drama que se conoce, en el libro de nuestra historia, con el nombre popular de la Guerra Grande.

Empujado por la injusticia de su derrumbe, por las tristezas de su renuncia, por su distanciamiento del partido unitario y por sus odios a la intervención gala, el general Oribe comete el error, el lamentable error de acercarse a Rosas, paseando las banderas federales, sangrientamente, por todas las planicies de la tierra argentina!

Señor Pérez Olave — Apoyado.

Señor Roxlo — No me va a apoyar en otras cosas el señor Pérez Olave.

Señor Pérez Olave — Apoyo, porque es la verdad.

Señor Roxlo — Se alía más tarde, con la esperanza de la reconquista del poder perdido, con aquel hombre extraño e incomprendible aún, según dice Carlos Octavio Bunge, en las hermosas páginas de "Nuestra América". Con su ayuda y su apoyo

viene a sitiar la ciudad de Montevideo, y en febrero de 1843 empieza aquella guerra de los nueve años, que nos hace pensar en los trágicos choques de la casa de Lancaster con la casa de York.

Yo, que soy una enorme sinceridad que pasa, declaro que no me satisface esta actitud del general Oribe. Creo que no debió emplear su espada de valiente en auxilio de Rosas, y entiendo que —aunque fuera su causa de toda justicia—, no debió venir a reivindicarla con el apoyo de los soldados de la Confederación. (*Apoyados*).

Sin aquella ceguera, sin aquella extraordinaria y fatal ceguera, el general Oribe sería la figura más culminante de nuestros anales, por sus actos gloriosos en la epopeya libertadora del año 25; por las probidades de su administración del año 36, y por lo injusto de su derrumbe del año 38. (*¡Muy bien!*).

Vuelvo a repetir que, como soy una sinceridad que pasa, no me importa saber si el general Oribe contó o no contó con el apoyo del mayor número de los nativos; ni me importa saber si dominó o no dominó la mayor parte del territorio de la República; ni me importa saber si pudo o no pudo entrar en la plaza de Montevideo. Lo que sí me importa es que no vino solo, es que no se apoyaba en ninguna razón de equilibrio continental, y lo que sí me importa es que, al aliarse a los federales contra los unitarios, ahondó más aún el abismo de nuestras rencillas, de esas rencillas que durante cincuenta años y mirando a la patria, nos hacen decir lo que Shakespeare dijo, con extrema dulzura, a una mujer hermosa y vestida de luto: “¡Salve, reina de York, señora de los tristes destinos!”. (*¡Muy bien!*).

Ahora, en cambio, señor presidente, lo que no concibo, lo que no comprendo, es que —apelando a documentos truncos y a testimonios individuales, muy dignos de respeto, pero que no constituyen jurisprudencia— se afirme y se asegure que uno de los Treinta y Tres, que el soldado de Ituzaingó, que el general Oribe, no tenía más fin que entregarnos, sin libertad y sin fueros, a la codicia de Buenos Aires.

Para probar lo grave de este error, de este error sacrilego, me bastaría recordar las bases de todos los convenios que el general Rosas aceptó o propuso a los interventores que vinie-

ron al Río de la Plata, desde el año de 1840 hasta el año de 1848.

En el artículo 4° del Pacto de Paz, celebrado entre Francia y la Confederación Argentina el 29 de octubre de 1840, el general Rosas se comprometía a seguir "respetando la absoluta independencia de la República Oriental del Uruguay".

En mayo de 1845, cuando vuelven de nuevo las intervenciones con bandera europea, el general Rosas, respondiendo al tratado que le propone el Ministro Ouseley, declara "que la independencia de la Banda Oriental está asegurada por el convenio de 1828".

Señor Sosa — En un proyecto de tratado que nunca se realizó.

Señor Roxlo — En julio de 1845, contestando a otras bases de paz propuestas por el señor Deffaudis, vuelve a insistir el general Rosas en que es "conveniente mantener la independencia absoluta de la República Oriental del Uruguay".

Señor Sosa — Propuestas, pero no del general Rosas.

Eso no es hacer historia, esas fueron bases propuestas.

Señor Roxlo — Y aceptadas, señor presidente, por el general Rosas...

Señor Sosa — ¿Cómo van a ser aceptadas, si nunca llegaron a realizarse?

Señor Roxlo — ...Pero en las notas que se cambiaron, Rosas expresaba lo que digo yo.

Señor Ponce de León (don Vicente) — Las bases no se aceptaron por esas razones, sino por otras.

Señor Sosa — Bueno; pero digan las razones.

Señor Roxlo — Ya seguiré, señor presidente. Si hay más; si hay mucho más; si no le traigo tan poco a la Cámara!

En las bases del convenio que el general Rosas le presenta al barón de Mareuil, el 10 de noviembre de 1845, Rosas vuelve a insistir en que "la independencia de la Banda Oriental del Uruguay está garantida, por la misma Confederación Argentina, en virtud del tratado de 1828".

En el convenio celebrado, en 1846, con Mr. Hood, convenio que éste acepta, el general Rosas se presenta como simple beligerante y como aliado de Oribe, sometiendo a Oribe las cláusulas relativas al Estado Oriental.

Y finalmente, señor presidente, cuando llegan los interventores lord Howden y el barón Walewski, como le dijera al general Rosas, en 1847, que su conducta era una amenaza para la independencia de la República Oriental del Uruguay, el general Rosas les responde, por nota de 28 de mayo del año aquel, que, “por el contrario, la actitud asumida por Buenos Aires, en presencia de todas las intervenciones, manifiesta su decisión de defender la independencia de la Banda Oriental del Uruguay”.

Señor Pérez Olave — Y por eso estaba Oribe en el Cerrito!...

Señor Roxlo — Señor presidente: todos estos documentos, a que me he referido, se encuentran publicados en el “Archivo Americano” unos, y los otros en el “Diario de Sesiones del Congreso Argentino”.

Pero hay más, señor presidente.

Existía, en aquel entonces y en el Miguelete, una Asamblea Legislativa. Se sentaban en las bancas de aquella Asamblea don Carlos Anaya, don Juan Francisco Giró, don Bernardo Prudencio Berro, don Cristóbal Salvañach y don Juan C. Blanco, para no citar sino los apellidos que recuerdo y son más populares.

Pues bien: en esa Asamblea del Miguelete, en el año 1845, se discutió el tratado de Alianza entre Rosas y Oribe, declarando aquella Asamblea que aceptaba los términos de ese tratado, porque en nada vulneraban, y antes bien favorecían, la independencia y el poder soberano de la República Oriental del Uruguay. (*Aplausos en la barra*).

Señor Presidente — Se observa a la barra que le está prohibida toda manifestación.

Señor Roxlo — De manera, señor presidente, que recordando que, años después, dos de los hombres que se sentaron en la Asamblea del Miguelete, fueron presidentes de la República, no se concibe qué opinión se tiene del pueblo oriental, que llevó a la más alta de sus magistraturas a los cómplices de un *traidor*!

Señor Freire (don Tulio) — Si me permite, yo le diría la razón. Eso sucedió porque no hubo pueblo que eligiera a esos señores, y después porque, cuando vinieron ellos, todo el país

estaba gobernado por los blancos y no había colorado ninguno para hacer la elección: se eligieron ellos y se nombraron. (*Hilaridad en la Cámara y en la barra*).

Señor Roxlo — Es una explicación que redundaba en mi ventaja. Sin ningún control colorado, la Asamblea Nacionalista del Miguelete afirmaba, pues, la libertad y la independencia de la Banda Oriental del Uruguay!... (*Muy bien!*).

Pero, es curioso, señor presidente. Nos encontramos con un fenómeno gravísimo en nuestra historia.

Don Manuel Oribe, que perteneció a las filas de aquel ejército a cuyos oídos llegaron las dianas jubilosas de Santa María, y cuyo corazón se sintió estremecer por aquel sangrientísimo choque de Tacuarembó; don Manuel Oribe que vino más tarde con los Treinta y Tres, para luchar en el campo de batalla de Ituzaingó; don Manuel Oribe es acusado de *traición*, por habernos querido anexionar a la República Argentina —y sin embargo, el segundo Presidente de la República Oriental, y muy cerca todavía de aquellos hechos, es el general don Manuel Oribe.

Más tarde se le vuelve a acusar de *traidor*; se vuelve a decir que quería anexionarnos a la Confederación Argentina, y, señor presidente —cosa asombrosa—, el pueblo oriental, cuando entra en calma, cuando entra en la normalidad y tiene que llevar un hombre a la más alta magistratura, va a buscar a ese hombre en el campamento de aquel *traidor*, en el campamento de don Manuel Oribe!

Señor Pérez Olave — ¿Y no habrá sido eso el producto de otra nueva traición?

Señor Ponce de León (don Vicente) — Entonces sería la misma traición que llevó a Flores a unirse a Oribe más tarde.

Señor Roxlo — Es terrible ese empeño de buscar traiciones que nos hacen mal!

Con una prueba testimonial muy alta, yo me explicaría el esfuerzo de algunos diputados del país para acusar a ciertas personalidades del tiempo que fue; pero sin ninguna prueba testimonial fehaciente, sin ninguna prueba testimonial que se imponga a los ojos del porvenir, ¿qué ganamos con ello, señor presidente?

Señor Pelayo — Pero si eso lo hemos aprendido de ustedes! ¿Por qué nos han enseñado tan mal? Ustedes han sido los más empeñados en detractar siempre.

Señor Ponce de León (don Vicente) — No está dando ese ejemplo el señor Roxlo.

Señor Pelayo — Esto no, porque es música clásica.

Señor Presidente — La Mesa ruega a los señores diputados que eviten los diálogos.

Señor Roxlo — Señor presidente:

Yo tengo un criterio histórico que desearía poder imponer a la juventud del pueblo en que nací.

Sé que así como el árbol no crecería si se le arrancase de su clima, de su medio, del sitio en que arraiga, y como hay aves de los trópicos y aves de las regiones heladas, en la historia de los pueblos todas las épocas se imponen a los hombres que viven en ellas.

De manera que no es extraño, señor presidente, que casi todos los grandes hombres del pueblo oriental sean soles con manchas, recordando lo que era la época en que vivían, recordando cuáles eran las pasiones de aquellas horas, y recordando la influencia que las contiendas de nuestros vecinos tuvieron sobre el espíritu de los lustros en que se formaba nuestra nacionalidad... (*Muy bien*).

Si aun, hoy, señor presidente, en contacto continuo con el mundo europeo, en eterna comunión con el libro, con una prensa que no es la prensa de aquellos días, con un sentimiento de la nacionalidad mucho más claro y mucho más profundo, si aun hoy no hemos podido ponernos de acuerdo los miembros de la familia oriental, y si aun hoy nos desangramos con mucha frecuencia, ¿cómo se quiere que los hombres de 1846 o de 1848, valieran más que los hombres que vivimos en los primeros lustros del siglo XX?... (*Muy bien*).

Señor presidente: el ardimiento no deja ser elocuente!

Yo comprendo que la Cámara espera mucho más de mí; pero yo, en estos debates —declaro francamente— que dejo hablar sólo a mi corazón.

Me toca —y lo lamento— demostrar que también en la ciudad de Montevideo imperaba el principio que yo combato.

¡Las alas de la intervención ennegrecían las auroras y los crepúsculos de Montevideo!

Si en el campamento del general Oribe la voluntad de Rosas lo dominaba todo, en la ciudad sitiada lo dominaba todo la voluntad de los legionarios, que llegaron a ponerla en peligro con sus rebeldías!...

Yo reconozco los altos timbres de los nativos que defendían a la ciudad, y no hablaré de la desunión que los separaba.

Hable por mí la correspondencia que sostuvieron en el año 1848 y en el año 1849, don Andrés Lamas y don Manuel Herrera⁴.

¡Yo me inclino ante los claros timbres de la honestidad proba de Joaquín Suárez, ante lo hidalgo de la bravura de Melchor Pacheco y ante el sacrificio estoico de Marcelino Sosa. (*¡Muy bien!*)

—...pero, sin embargo, mis estudios históricos me permiten creer que era muy poco el número de los nativos de la ciudad, donde se hablaban todas las lenguas del mundo latino, como se hablaron todas las lenguas del mundo asiático en la célebre torre de Babel!

El general Bartolomé Mitre, en el estudio que se titula “Un episodio troyano”, nos dice que las fuerzas de Montevideo se componían de 7.000 hombres, repartidas así: 2.000, pertenecían a la legión francesa; 700, a la legión española; 600, a la legión italiana; y 500, a la legión argentina. Quedaban más de cuatro mil hombres nativos, producto de nuestro suelo; pero, según dice el general Mitre —que me parece que no tenía las opiniones que profeso yo— la mayor parte de esos hombres, porque eran blancos, se pasaron al campamento del sitiador.

Fijense bien los señores diputados, y háganme la justicia de reconocer que no he atacado a uno solo de los nativos; pero, en cambio, las legiones extranjeras no me merecen el mismo respeto, porque yo sólo suelo tener contemplaciones, dentro de la historia de mi país, con los hombres que hablan mi idioma, tienen mis usos, adoran mi bandera y cantan, como yo, las estrofas del himno nacional! (*¡Muy bien!*).

Voy a leer, señor presidente, documentos que prueban lo afirmado por mí.

Señor Presidente — Si el señor diputado Roxlo permite, voy a invitar a la Cámara a pasar un momento a Asamblea General, porque el señor presidente de ella nos invita a fin de dar conocimiento del resultado del escrutinio de la elección de conjuces.

—Inmediatamente continuará la sesión.

La Cámara pasa a cuarto intermedio.

(Así se efectúa, y vueltos a la sala dice:)

—Continúa la sesión.

Tiene la palabra el señor diputado Roxlo.

Señor Roxlo — Voy a ocuparme de los que, atizando la hoguera de nuestros enconos, han tenido la dicha de tranquilizarse en su propio país.

¡Es una enorme desventura de nuestro suelo! Fuimos como el reflejo de las pasiones de una nación hermana!

¡La nación hermana se libró ya de la túnica de Neso del pasado, y nosotros seguimos con las mismas tristezas, con las mismas angustias, con los mismos litigios que en 1843!

Se ha dicho siempre que los unitarios, que estaban dentro de la ciudad, representaban todas las virtudes, las doctrinas más altas, los principios más puros de la civilización.

Pues bien, señor presidente: Don Esteban Echeverría, el poeta que condensó en sus cantos la música de todos los crepúsculos de la Pampa, y el publicista que puso en sus escritos la esencia del decálogo de la Revolución de Mayo —espíritu sereno, corazón noble, alta intelectualidad y muy hombre de bien don Esteban Echeverría —en su “Dogma Socialista”—, dice que en los unitarios que residían dentro de los muros de Montevideo, había más pasiones e intereses que principios e ideas; que no había desaparecido, entre ellos, la separación provincial, sino que, más que a la patria, respondía cada uno de ellos al espíritu de su localidad, siendo los correntinos sólo correntinos, los entrerrianos sólo entrerrianos, los cordobeses sólo cordobeses, y los porteños sólo porteños.

Por otra parte, señor presidente, el 15 de julio de 1847, el Ministro Británico Howden, le decía al comodoro Herbert que cesase toda intervención en las aguas platenses, “por considerar que los orientales de Montevideo no son, en este momento,

agentes libres, sino enteramente dominados por una guarnición extranjera”, agregando que, “el bloqueo ha venido a ser exclusivamente un medio de proveer, con dinero, por una parte a ciertos individuos extranjeros, y por otra parte, al gobierno de la ciudad”.

El 28 de agosto de 1847, don Juan Jackson pedía al comodoro Herbert que se mantuviese en el retiro de las naves británicas, diciéndole que los partidarios “del protectorado francés se han posesionado de las tres cuartas partes de las propiedades, tanto públicas como privadas, y son también contratantes de las rentas de la Aduana, Papel Sellado y Correos de Montevideo, por lo que procurarán sostener el presente estado de cosas cuanto sea posible, y continuar así la destrucción de vidas y propiedades que, en los últimos años, habían tomado un incremento que apenas puede creerse en un país tan nuevo como éste”.

Por su parte, don Manuel Herrera y Obes, en una carta dirigida el 29 de noviembre de 1848 a don Andrés Lamas, se declara enemigo acérrimo del coronel Thibaut, a quien acusa de “todo género de robos y picardías”; y en otra carta del 24 de octubre del mismo año, le dice al doctor Lamas que son muchos los progresos hechos por la doctrina rosista del americanismo, “gracias, en gran parte, a la conducta insoportable de las legiones y de los legionarios”.

El general Rivera, en una nota dirigida en 1847 al Ministro Británico Howden —nota de que habla la correspondencia del doctor Herrera y Obes con el doctor Lamas—, dice que: “Montevideo está sometido exclusivamente a la influencia francesa y a la voluntad de Garibaldi”; que “esa influencia y esa voluntad conspiran hace tiempo, y han conseguido, en gran parte, aniquilar toda influencia y todo elemento oriental”; y que “no existe por consiguiente, en Montevideo, autoridad alguna que revista carácter ni represente intereses nacionales”.

Viene después, señor presidente, de las intervenciones con bandera europea, nuestro acercamiento al Imperio del Brasil, y en una correspondencia de los últimos días del mes de diciembre de 1848, don Andrés Lamas le comunica al Gobierno de la Ciudad que “no se conseguirá ningún auxilio del Imperio sino

sobre la base de la cuestión de límites'. En las cartas siguientes, en las cartas de los primeros meses de 1849, hay que ver la angustia con que don Andrés Lamas escribe sobre aquella negociación. Habla del porvenir y dice que el porvenir les hará un reproche por el negociado. Y más tarde, señor presidente, a mediados del mismo año 1849, don Andrés Lamas se dirige a don Manuel Herrera y Obes para decirle: "la negociación está hecha; pero es mala, malísima". "El disgusto con que firmé el contrato, que llevó el *Margarithe*, se aumenta cada día más". "Usted no puede hacerse idea de lo afligido que me tiene el sacrificio". Y agrega que desearía —hasta tal extremo llega su tristeza— antes de que se aceptase lo hecho, el bofetón de que el Gobierno Oriental desautorizase a su Agente en el Brasil.

Señor presidente: La época era triste, había en todos los espíritus un poco de desequilibrio y lo pagó la patria; pero para honra de los hombres de la Defensa, ellos mismos reconocieron que habían hecho mal aceptando los auxilios de la intervención.

En el año 1851, la noble figura de don Melchor Pacheco y Obes, declara: que no fue él quien aceptó el apoyo que los extraños les ofrecieron, y que cree que los hombres que aceptaron ese apoyo, habían procedido con honradez patriótica; pero que "el apoyo de los extranjeros casi nunca puede salvar a los pueblos y cuesta humillaciones cien veces peores que la muerte".

El general Garibaldi, en las Memorias que publicó su hijo Menotti, que llevan un prefacio del general Mitre, y de las que habla Enrico Ferri en un libro de 1905, dice que la intervención francesa se había desfibrado completamente, que ya no hacía caso de las provocaciones que le llegaban del bando de Oribe y que las autoridades de la ciudad, faltas de recursos, no tenían otro remedio que subordinarse a las exigencias de la intervención —y agrega: que son muy desdichados los pueblos que tienen que acudir al auxilio de los extraños para la defensa de su libertad.

Pero hay más aún, señor presidente, respecto de los asuntos de que estoy hablando.

El señor Calvo, el eminente tratadista argentino, después de hablar de los conflictos entre Méjico y los Estados Unidos, dice en la página 86 del tomo I de su célebre obra "El Derecho

Internacional”:

“En el instante en que estos acontecimientos tenían lugar en el Norte de América, el Sud era testigo de una doble intervención de la Inglaterra y de la Francia en las márgenes del Río de la Plata, que causó un tan grave perjuicio al comercio europeo, complicó tristemente la situación de la República Argentina y la de la República del Uruguay, sin tener en definitiva otro resultado que el reconocimiento del poder dictatorial de Rosas por las dos potencias aliadas”.

Señor presidente: El convenio de 1851, fue un noble convenio; ¡hará mal en revocarlo la posteridad! Aquellos hombres supieron conciliarse, supieron olvidar y no se atrevieron, después de la brega, a llamarse *traidores a la patria!*

Nosotros muchos años después...

(Suena la hora reglamentaria).

Señor Presidente — Habiendo sonado la hora, queda terminado el acto y con la palabra el señor diputado Roxlo.

(Se levantó la sesión).

Señor Roxlo — Señor presidente.

Después de agradecer a la Honorable Cámara la benevolencia con que me escucha, reanudo de nuevo mi excursión histórica.

Sabido es, señor presidente, que el general Rivera fue destituido, por el gobierno de Montevideo, del cargo que desempeñaba en la plaza de Maldonado.

El Ministro don Manuel Herrera y Obes publicó, el 16 de octubre de 1847, el motivo de la destitución, que no era otro, según el documento oficial, que el de “mantener relaciones con el enemigo, sin ninguna autorización, y de carácter alarmantes”.

En efecto, don Francisco Aguilar, Cónsul de Suecia en Maldonado, fue el intermediario en aquella tentativa de acercamiento entre Oribe y Rivera. Desterrado éste, vuelven a separarse, como siempre adustas, la divisa colorada y la divisa blanca.

Es de sentir que no se avinieran, por segunda vez, aquellos dos soldados de Artigas. — ¡Cuántas lágrimas y cuánta sangre no se habrían ahorrado con el abrazo cordial del guerrero de las Misiones y el guerrero de Ituzaingó!— No pudo ser! Habíamos nacido bajo la sombra de un hada siniestra, y por eso aún pensamos en traiciones contra la patria; y por eso aún hablamos de delitos de lesa civilización, olvidando las dos primeras cláusulas del Convenio de Paz de 1851.

Si aceptáis el informe de la Comisión, señores diputados, sed consecuentes con vuestras ideas y obedeced a los deberes que éstas os imponen.

Yo voy a deciros lo que debéis hacer.

Se acerca el día 19 de abril. Reunid a la juventud y con-

vocad al pueblo; poneos a su frente; id hasta la Florida; borrad del obelisco de nuestras glorias el nombre de don Manuel Oribe; y pasando después a la ciudad de Minas ¡oh representantes de la soberanía nacional! derribad la estatua ecuestre del inclito Lavalleja, de aquel de quien hablaba con tonos de epopeya, el más grande de vuestros parlamentaristas y el más sesudo de vuestros historiadores, don Francisco Bauzá; pero tened cuidado, mucho cuidado, porque es posible que el pueblo y la juventud se nieguen a seguiros, diciéndoos al abandonaros, que Oribe y Lavalleja no fueron traidores; que no hay ningún documento público que lo testifique; que los recelos de los partidos nunca han sido pruebas, y que no os es dado, a vosotros ni a nadie, disminuir el patrimonio de nuestras glorias, negando la virtud de la lealtad a los que batallaron bajo la sombra de la bandera clavada por Sotelo entre los malezones ásperos de Corrientes yalzada por los Treinta y Tres junto al monte de sauces de la Agraciada.

Después, señores diputados, tendréis que suprimir el mundo del arte, ese mundo que no se suprime y que no se crea por un decreto, porque la epopeya de la Agraciada está impresa en nuestros ojos y en nuestra memoria por el pincel de Blanes y por la musa de Zorrilla de San Martín!...

El informe de la Comisión no hace excepción de ninguna clase. De manera, pues, que resultan traidores a la patria y enemigos de la civilización, todos los que compartieron las ideas, las derrotas y los triunfos del hombre del Cerrito.

Señor presidente: Yo me voy a permitir leer algunos nombres, para que se dé cuenta la Honorable Cámara de lo impolítico del informe de la Comisión.

Se encontraban al lado del general Oribe, Juan Antonio Lavalleja y Eugenio Garzón, el soldado noble que había acompañado a San Martín hasta más allá de la cúspide de los Andes y el soldado noble que había militado en las filas del ejército de Bolívar. Y al lado de esos nombres, señor presidente, se encontraban los nombres de Giró, Maturana, Chucarro, Antuña, Anaya, Platero, Susviela, Salvañach, Berro, Alvarez, Estrázulas, Acevedo, Viana, Velazco, Baena, Olave, Joanicó, Sienna, Barreiro, Aramburú, Lerena, Pereira, Reissig, Aguirre, Larra-

ñaga, Gadea, Balparda, Diago, Santurio, Arrúe, Lasala, y un gran núcleo de los militares que habían tomado parte en la guerra con el Brasil.

Yo me pregunto, ¿qué motivo sustancial puede haber para arrojar sobre esos apellidados, que representan una larga historia de trabajo y de virtud, el feo estigma de que sus ascendientes fueron traidores al pueblo oriental?

Me parece imposible, completamente imposible, señores diputados, que los hombres del año 51, más pobres en cultura y en experiencia, llegaran a ser más patriotas, más tolerantes y más justicieros que los hombres de 1907!...

Y ahora, contestando a una observación, hecha al primero de mis discursos por el señor diputado Freire, y referente a una anécdota barcelonesa contada por mí, debo decirle a mi buen amigo, que con la patria se está con razón o sin razón...

Señor Freire (don Tulio). —No apoyado.

Señor Roxlo — ...con justicia o sin justicia, en todos los instantes y en todas las circunstancias de nuestra existencia, porque a menos de parecerse a la piedra que rueda y no cría moho, la vitalidad de la patria es tan necesaria al hombre social como el oxígeno de la atmósfera al agua del arroyo, al canto del ave y a la fruta del árbol!

Señor Freire (don Tulio) —Pero dentro de la verdad y de la justicia.

Señor Roxlo —Señor presidente. Después de las razones que acabo de exponer —razones de carácter patriótico, de carácter político y de carácter social—, a mí no me parecen aceptables los términos del informe de vuestra Comisión, y paso ya a la Guerra del Paraguay.

Mesenia no es más digna de recordación, por lo indomable de su denuedo y por lo trágico de su fin, que la patria vencida de Solano López.

Como las mujeres de Mesenia, pelearon las mujeres del Paraguay, y como los niños de Mesenia pagan con la servidumbre el valor heroico de su pueblo, con la servidumbre pagan también al valor heroico de su estirpe, los niños sin ventura del Paraguay.

Como despoblada y en ruinas quedó Mesenia, el Paraguay

quedó despoblado y en ruinas.

Los ejércitos que fueron a libertarle y que le llevaban la civilización, lo dejaron tan libre y civilizado, como si hubiera pasado sobre sus esteros, y sobre sus planicies, el martillo de Dios, el caballo de Atila, el corcel de Alarico.

Es tan verdad, señor presidente, esta comparación, que el Paraguay tenía, según Du Graty, 1.300.000 habitantes en el año 1866. Pues bien: el primer censo levantado después de la guerra, en 1872, arrojaba sólo la suma de 231.000 habitantes.

Bien es verdad que, según dicen los señores Courtaux y Guzmán, en la página 162 de su *Geografía Comercial* —hace muy poco tiempo publicada en Buenos Aires— la guerra había destruido por entero aquel país; y al hacerse la paz por falta de combatientes, pues habían sucumbido todos los hombres capaces de manejar un arma, las ciudades eran un montón de ruinas, las campañas estaban abandonadas y sin cultivo, y la población se hallaba constituida exclusivamente por niños, por mujeres y por ancianos.

Perdonadme, señores diputados, si no atenúo los tintes de ese cuadro sombrío. Defiendo al Paraguay, pagándole una patriótica deuda de gratitud.

Con razón o sin ella —para mí con razón— el General López creyó que defendía la autonomía de nuestro suelo; y por la autonomía de nuestro suelo se lanzó a la guerra, en cuyos campos de batalla quedó tendido el cadáver de su poder, pero sobre cuyos campos de batalla brilla sin eclipses la estrella de su honor, porque aquel soldado supo cumplir más que imperialmente su pública promesa de morir por la patria. ¡Si es verdad que quiso hacerse rey, como algunos afirman, fuerza es reconocer que se labró una corona espléndida con lo magnífico de su fin en Monte-Corá!

Señor Sosa —Cuando murió, el Dictador López iba huyendo para Bolivia⁵.

Señor Roxlo —He dicho, señor presidente, que el General López creyó que luchaba por la autonomía de nuestro suelo. No basta que lo afirme: debo probarlo.

En el Mensaje pasado al Congreso Paraguayo, el 5 de agosto del año fatal, del año de la guerra, hay dos párrafos que nos

conciernen. En esos párrafos el Presidente López explica sus relaciones con el Brasil, y agrega que la causa principal de la ruptura ha sido la invasión a nuestro territorio.

Más tarde, señor presidente, en libros escritos sobre la guerra del Paraguay —uno de ellos por Silvano Godoy, jefe del ejército de aquella República y que se llama *Monografías Históricas*, y otro por Bormann, coronel del Estado Mayor del Ejército de la Triple Alianza —se habla de una entrevista celebrada entre el general Mitre y el general López. Reuniéronse los dos y el general López pidió que fueran llamados los otros jefes de los ejércitos aliados, el mariscal Polidoro y el general Flores. El mariscal Polidoro se negó a asistir; el general Flores concurrió a la cita.

Después de cambiados los saludos de costumbre, dice Bormann —no el historiador paraguayo, sino el historiador brasileño—, el general López lamentó la guerra, y dirigiéndose al general Flores, le dijo que la había emprendido, porque creía defender la independencia de la República Oriental del Uruguay.

Como es natural, el general Flores, que era bravo, como son bravíos todos los nacidos en este suelo, no aceptó aquella afirmación del general López.

Señor Freire (don Tulio) —Eso está en contra de sus ideas, que no admiten las intervenciones. ¿A qué venía si no lo habíamos llamado?...

Señor Roxlo —Una alianza no es una intervención.

Pero, sin embargo, señor presidente, lo cierto es que a aquel relato de la entrevista, pueden agregarse algunos documentos comprobatorios de mis afirmaciones.

El 30 de agosto de 1864, el gobierno paraguayo notificó por una larga nota, al Ministro brasileño César Gaetano, residente en Asunción, que con motivo de haber un buque brasileño, en setiembre del mismo año 1864, perseguido a balazos al “Villa del Salto”, vapor que navegaba conduciendo pertrechos bajo nuestra bandera, el presidente López se dirigía al Gabinete de San Cristóbal, diciéndole que consideraría la repetición del hecho, como un acto de manifiesta hostilidad.

Después de esto, señor presidente, el 12 de noviembre del mismo año, respondiendo a una reclamación del Gobierno del

Brasil sobre la captura del "Marqués de Olinda", López declaró que, de acuerdo con sus manifestaciones anteriores, consideraba la actitud del Imperio, en el Estado Oriental, atentatoria del equilibrio del Plata, por lo que sus relaciones con el Brasil podían darse como no existentes, prohibiéndose la navegación de las aguas de la República a los navíos de bandera imperial.

Pudo ser un error; pudo, en realidad, el Presidente López hacer más de lo que le imponían las circunstancias; pero es lo cierto que él creyó venir a luchar por la autonomía de nuestro territorio.

Yo no puedo, pues, mirarlo con animadversión, y eso explica la defensa que hago del Paraguay.

Señor presidente: no voy a seguir el mismo método ni la misma ilación que he seguido hasta ahora al estudiar la Guerra del Paraguay, porque ni es mi deseo promover tormentas, ni es el recinto legislativo la tribuna más apropiada para este género de debates.

Confieso, como ya lo he dicho, que tengo una afección sincera por la patria paraguaya, por aquel pueblo valiente de bronceados tintes, en cuyo territorio de inagotable fertilidad y bruñido por las luces de un sol de fuego, se levantan los bosques en que juntan sus troncos el curupay y la palma negra, bajo cuyas ramas durmieron el sueño de la conquista los compañeros de Sebastián Gaboto, y bajo cuyas ramas se hospedaron también las ideas libertadoras del año 1811.

Fue siempre el sueño de nuestros padres llegar a una alianza con el Paraguay, y fue siempre el sueño de nuestros próceres la formación de un Estado intermedio, con las provincias de Corrientes y de Entre Ríos.

Yo no me avergüenzo de estas ideas, que profesaron los hombres de 1845 y profesaron los hombres de 1863, cuando la nebulosa constitutiva de las nacionalidades sudamericanas no había solidificado definitivamente sus materiales ígneos, para rasgarse en una magnífica rotación de soles.

Me inclino, sí, ante los hechos consumados y ante la ley de la fatalidad; pero no puedo considerar como un crimen aquella aspiración, que tenía por fin garantizar la independencia de nuestro suelo, y ampliar los horizontes de nuestro futuro, con

el armonioso equilibrio del Río de la Plata.

La guerra del Paraguay envolvió, en los cendales sangrientos de su sudario, aquella aspiración, arrancada para siempre de nuestro espíritu, cuando los aliados arrancaron para siempre de sus cureñas los cañones que defendían los cerros de Humaitá!

Solidificada la nebulosa, bien constituidas las nacionalidades entre los cañoneos de Pavón y de Curupaity, desvanecido para siempre el íntimo y luminoso ensueño de Artigas, yo saludo a las banderas de las dos grandes naciones vencedoras, y hago votos fervientes para que nunca sientan el frío roce de las alas de la conquista; pero confieso que el porvenir podrá incluirme en el número de los culpados más empedernidos, si el tribunal de lo porvenir encuentra delito en las ideas que profesaban los hombres de 1845 y 1863.

Aquellas ideas tienen un cómplice en mi corazón, cómplice indomable e irreductible, porque sabe bien —pues ha latido mucho, leyendo mucho el drama de la historia de nuestro pueblo— que desde 1811 hasta 1828 fuimos la presa codiciada incestuosamente por el gobierno de Buenos Aires y por la dinastía de los Braganza, como sabe bien mi pobre corazón de patriota que, desde 1834 hasta 1863, sobre la hoguera de todas nuestras conmociones internas sopló el viento de los intereses del Brasil y de Buenos Aires...

Señor Pelayo —Todavía, hasta época muy reciente...

Señor Roxlo —Más en mi apoyo.

Señor Pelayo —...por lo que se refiere a Buenos Aires, han tenido buenos aliados por cierto...

Señor Roxlo —Yo no puedo, señor presidente, por más que quiera, hacer un crimen a los hombres de 1845 y de 1863, porque buscaron un escudo contra la perniciosa influencia de las vecindades perturbadoras; que en busca de ese escudo —y no para engendrar odios, que ya existían, ni intereses contrarios, que no se conciliaban— fueron al Paraguay, en agosto de 1846, el doctor Vidal, Agente del Gobierno de don Joaquín Suárez, y en febrero de 1862 el doctor Herrera, Encargado de Negocios de la Administración de don Bernardo Prudencio Berro.

Las instrucciones principales que el señor Francisco Ma-

gariños, Ministro de Montevideo, encargó al doctor Vidal, en un extenso pliego de instrucciones, eran las siguientes: concertar una alianza para la mutua defensa de los Gobiernos legales de ambos países; para la libre nevegación de los ríos que bañan sus costas; y para ver de formar un Estado intermedio, alentando la separación de Corrientes y de Entre Ríos ⁶.

Las mismas, absolutamente las mismas instrucciones llevaba el doctor Herrera, en sus primeros tratos con el Paraguay, como lo prueban todas las notas cambiadas por este ciudadano y el señor doctor Enrique de Arrascaeta, Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno del señor Berro.

Pero para dar una prueba mayor, puedo decir que aun el 3 de marzo de 1863 esas eran las únicas aspiraciones de la Cancillería Oriental.

El doctor don Juan José de Herrera, transformado de Agente Diplomático en Ministro de Relaciones Exteriores, le pasaba a su sustituto el doctor don Octavio Lapido, otro largo pliego de instrucciones con la fecha que antes cité, en el que le decía: "Los móviles que inducen al Gobierno del Uruguay a romper el silencio y a dirigir la palabra a los hermanos del Paraguay, invitándolos a entrar unidos en el porvenir, esos móviles no deben interpretarse como emanados de odio y de rencor hacia los países que rodean a la República, y que la historia señala a los hijos de ésta como causa de pasadas desgracias e instigadores impenitentes, en contra de su porvenir".

Y agrega aquel luminoso pliego de instrucciones reservadas, dado por el doctor Herrera al doctor Lapido:

"El Gobierno Oriental quiere ser factor utilizable para acuerdos de futuro, y para nada, sino para experiencia, le sirven los antecedentes de una política diametralmente opuesta a sus miras actuales; *quiere con sus vecinos la mayor cordialidad, el mayor respeto*, y nada hará seguramente al debatir los intereses recíprocos capaz de comprometer aquella su política y de falsear aquella su aspiración. *La Paz es la vida para la República*, paz interna y paz externa; pero para la República la paz es la libertad, la independencia, es la plenitud de su soberanía; porque sin esos atributos, efímera y mentida seguiría siendo esa paz, en nuestros propósitos de amplias inteligencias".

Así pensaron los hombres de 1863. Si después cambió la actitud de nuestra diplomacia; si buscamos más tarde en el auxilio ajeno los recursos de fuerza de que carecíamos, de otros será la responsabilidad, porque no fuimos nosotros los que almacenamos, en la sentina de un vapor argentino, los pertrechos de guerra sorprendidos por nuestras autoridades en julio de 1863, cuatro meses después de las pacíficas instrucciones dadas por nosotros al doctor Lapido.

Desde aquel instante, nuestra diplomacia en el Paraguay tendió a ponernos en condiciones de resistir a toda intervención extraña; a todo tutelaje opresivo, para conquistarnos el bien de la paz estable y el pleno goce de nuestra soberanía, ya que a ello nos obligaban los que —posesionados de una isla, que no es suya en derecho, y amenazando destrozar a balazos nuestros buques de guerra—, entregaron el litoral, todo el litoral del país, al dominio absoluto de la revolución.

Si son un crimen las instrucciones dadas al doctor Lapido, es un crimen también el tratado de 1851, porque en el artículo 16 de este tratado se establece, categóricamente, que el Paraguay se compromete a sostener nuestra independencia y que nosotros nos comprometemos a sostener la independencia del Paraguay.

Los gobiernos de los países soberanos tienen el derecho de celebrar alianzas para los usos legítimos de su defensa propia; y si nosotros reconocemos ese derecho a las revoluciones, bien lo podemos reconocer a los Poderes gubernamentales.

Se arguye que el General Mitre no prestó ninguna ayuda material a la revolución de 1863. Prueban lo contrario los pertrechos de guerra que sorprendimos en el vapor "Salto"; y prueba lo contrario la orden que no dejaba que cruzasen nuestros buques de guerra por las aguas azules y de dominio propio del Uruguay.

Prueba lo contrario la polémica sostenida por el general Mitre con el señor Gómez; y prueban lo contrario las siguientes palabras que voy a leer, y que encuentro en la página 462 del libro del señor Julio Victorica, que se titula "Urquiza y Mitre". Dice el señor Victorica: "Flores que acompañó con otros jefes colorados al general Mitre, en su campaña de Pavón, que

venció en la cañada de Gómez y contribuyó en seguida con otros jefes orientales, a someter a la provincias del interior, había, sin duda, reclamado el cumplimiento de la promesa que le hiciera de ir ayudado en su constante aspiración de apoderarse, con su partido, del gobierno de su país, que tanto ambicionaba. El parque de Buenos Aires estaba bien provisto de elementos bélicos, procedentes del desastre de los ejércitos que combatieron en Pavón. Lo que no ofrece duda, es que esa invasión del general Flores al Estado Oriental, *fue el origen o el germen de la guerra del Paraguay* y de las grandes calamidades que sufrieron, entonces, estos países”.

Señor Pérez Olave — No apoyado...

Señor Pelayo — Es un juicio personalísimo.

Señor Sosa — Pero aun siendo así, ¿qué significa eso?

Señor Pérez Olave — ...Si todos los hechos están en contra de la afirmación del señor Victorica.

Señor Roxlo — El señor Félix Frías, el secretario sapientísimo del General Lavalle y el tribuno en cuyas palabras resplandecen todas las hermosuras de la elocuencia, también, señor presidente, en el Senado, en pleno Senado de Buenos Aires, decía lo que se va a oír:

“Un día, señores, al despertarnos, preguntamos, como de costumbre: ¿Qué habrá de nuevo? Nada: solamente que un jefe militar, refugiado aquí, salió con dos hombres para ir a *libertar* a la República vecina.

Señor Pérez Olave — ¡Qué auxilio, dos hombres!

Señor Roxlo — “...Esa fue la chispa; en cuanto al incendio, vosotros lo conocéis bien.

“El incendio es conocido de todos y quién podrá calcular cuánto han perdido todos estos países, desde el Brasil hasta el Paraguay, en oro y sangre de sus hijos, sangre más preciosa que el oro, cuánto han perdido en el desenvolvimiento de su crédito, de su comercio y de su bienestar general, por no haber sabido apagar aquella chispa a tiempo, es decir por no haber sabido detener a ese hombre que salía de aquí para ir a *libertar* a su país!

“Voy a permitirme una breve anécdota. A fin de 1840 el general Lavalle sitiaba a Santa Fe, defendida por el general

Garzón. Los habitantes eran nuestros amigos, y después de una corta resistencia, la ciudad se rindió. Nuestros soldados impagos, medio desnudos, y desprovistos de recursos, entraron en ella, no siendo muy escrupulosos en lo relativo al respeto a la propiedad. Al día siguiente, cuando los que no habían tomado parte en el saqueo, iban al almacén en busca de una libra de azúcar o de arroz, se les respondía: Se han concluido: fueron *libertadas* ayer!

“Esta *liberación* es la misma que se lleva a la República Oriental. Se ha ido a librarla de sus instituciones. Sí: se ha ido a librarla de sus leyes. La política que convenía al gobierno argentino estaba clara. Hay un derecho público que nos manda respetar al vecino, cuando el vecino no nos ofende. El Gobierno Oriental no nos había ofendido, y, sin embargo, no hemos sabido respetarle. La neutralidad no ha sido real, aunque el Gobierno Argentino lo haya prometido así a las otras naciones. El fuego de la sedición ha sido atizado por nosotros, y por otros también”.

Y hay más todavía, señor presidente.

Voy a hacer una cita, porque me conduce a estudiar la política brasileña en aquellos sucesos, del señor José Mármol, Agente de Negocios de la República Argentina ante la Corte de San Cristóbal.

El señor don José Mármol, decía en el año de 1869, en el diario *El Río de la Plata*: “La alianza con el Brasil no nace de 1865, sino de 1864. Desde la llegada del almirante Tamandaré a las aguas del Plata y desde la llegada de los generales Netto y Mena Barreto a la frontera oriental, quedó establecida de hecho la alianza entre el gobierno brasileño y el gobierno argentino, en beneficio de la revolución *contra el mejor de los gobiernos que ha tenido la República Oriental del Uruguay* y contra el cual no teníamos ninguna cuestión que pudiera salir de las carpetas diplomáticas”.

Esta opinión es incontrovertible.

El señor Mármol había sido agente del Gobierno de Buenos Aires en 1862 y en 1865 ante la Corte del Brasil conociendo perfectamente el espíritu que animaba al gabinete confederativo y al gabinete imperial.

Es más: Mármol era unitario, muy unitario, enemigo de los hombres que profesaban las ideas que profeso yo, y amigo muy estrecho del partido mitrista, siendo suyos aquellos célebres versos en los que la musa airada le dice a Rosas, desgarrando las nubes del porvenir, que ni el polvo de sus huesos dormirá en el suelo de América!

Pero si esta opinión tiene mucha fuerza...

Señor Pérez Olave — ¿Me permite un pequeño aparte? Porque no pretendo hacer un discurso; un pequeño aparte no más.

El mismo hecho que cita el señor diputado respecto a Mármol, viene a estar en contra de su afirmación.

Flores invadió el 19 de abril de 1863. La alianza, según el señor diputado, citando a Mármol, se realizó en 1864. Luego, cuando Flores invadió el país, no había tal germen de alianza como dice el señor diputado.

Señor Herrera — La alianza escrita, no existía, es claro.

Señor Roxlo — Ya le iba a contestar eso al señor diputado que me interrumpe, sin dejarme seguir.

Señor Pérez Olave — Pero el señor diputado me permitió una interrupción.

Señor Roxlo — Pero le había permitido interrumpir, porque creía que iba a traer algún detalle.

Señor Pérez Olave — Precisamente a fines de 1864 es cuando el Gobierno de Montevideo, con sus actos de hostilidad con respecto al Gobierno del Brasil, provocó por parte de este último país su intervención.

Luego, pues, no es cierto que cuando invadió el general Flores, como dijo el señor diputado, ya la alianza estaba hecha.

Señor Roxlo — Pero, señor presidente, si es tan indiscutible, que el señor Paranhos, miembro del Gabinete Brasileño, en pleno Senado, en el año 65, confesaba que los proyectiles que le faltaban a la escuadra brasileña, en el primer sitio de Paysandú, se encontraron en los parques de Buenos Aires! (*Aplausos en la barra*).

Señor Presidente — Se observa a la barra que le está prohibida toda manifestación.

Señor Roxlo — Señor presidente: no es cuestión — porque para mí no es cuestión de discusión, sino de exponer ideas—,

no es cuestión de si existía o no la alianza escrita ya.

Lo que resulta es que la prueba...

Señor Pérez Olave — No podía existir...

Señor Roxlo — ¿Pero habla el señor diputado o hablo yo?

Señor Pérez Olave — Como me había permitido una interrupción.

Señor Roxlo — Pero esta es la segunda.

Y la prueba es que el mismo señor Nabuco en su libro "La Guerra del Paraguay" confiesa que todos los elementos de la frontera brasileña estaban con la revolución!

Señor Pelayo — Simpatizarían con ella, pero no estaban con ella.

Señor Roxlo — Pero las guardias de la frontera no impedían que llegaran a aumentar las filas.

Señor Pelayo — Como no han impedido los argentinos que pasaran hasta sus propios batallones y armamentos para engrosar las filas de los revolucionarios blancos.

Señor García (don Bernardo) — Como permitieron que engrosaran las filas de los colorados en el Quebracho.

Señor Sosa — En el Quebracho estaban todos, blancos y colorados. (*Murmullos*).

Señor Roxlo — No quiero insistir, puesto que para mí me basta lo que antecede para demostrar que los hombres de 1863 no volvieron sus ojos, por la inquietud que les ocasionaban los conflictos internos, hacia los cielos enrojecidos del Paraguay. Los volvieron por su ardoroso amor a nuestra autonomía, por el ensueño de la nacional grandeza.

Señor Sosa — Solicitando una intervención armada.

Señor Otero — Hay una contradicción bastante ingenua.

Por un lado acaba de explicarnos que el Gobierno de Montevideo de entonces, como otro anterior, tenían ensueños muy respetables, por cierto, de grandeza que minaban por su base la nacionalidad argentina y brasileña.

Señor Roxlo — ¿Cómo?

Señor Otero — Tenían ensueños de grandeza: querían incorporar Entre Ríos y Corrientes.

Señor Roxlo — No querían incorporar. El señor diputado me está haciendo decir lo que yo no he dicho.

Señor Pérez Olave — Diga *integrar*.

Señor Otero — O querían *integrar*. El término no tiene importancia.

Señor Roxlo — No querían *integrar*. No saben los señores diputados lo que yo he dicho. He dicho: *alentando* las ansias de separación de Entre Ríos y Corrientes. Venían de allá: no éramos nosotros los que las llevábamos.

Tiene honda importancia, porque una cosa, señor presidente, es ir a un país a decirle *sepárate*, cuando no hay voluntad, y otra cosa es cuando un General Urquiza, u otro cualquiera de ese carácter, quiere separarse, alentar ese esfuerzo...

Señor Sosa — Pero ese pensamiento puede ser platónico. (*Murmullos e interrupciones*).

Señor Roxlo — Señor presidente: Me asilo en el derecho que me acuerda el Reglamento.

Señor Presidente — Se ruega a los señores diputados que no interrumpen al orador.

Señor Pelayo — Pero es que el señor Otero hacía la interrupción con consentimiento del señor Roxlo.

Señor Presidente — El señor diputado acaba de pedir que se le ampare en el uso de la palabra, de acuerdo con el Reglamento.

Señor Roxlo — Pero es que hablan diez.

Señor Pérez Olave — Y ya que el señor diputado ha cortado el hilo de su discurso, ¿me permite hacerle otra pequeña interrupción?...

Ya que ha hablado del patriotismo y del sentimiento patriótico de los hombres de Montevideo, del 63, ¿quiere explicarme el cambio de notas del señor Joanicó en las cortes europeas y explicarme, además, cómo el Gobierno de Montevideo pretende ceder la isla Libertad como estación carbonera al Reino de Italia?

Señor Sosa — Apoyado, a cambio de un protectorado.

Señor Ramón Guerra — Y retiraba 20.000 pesos de la Tesorería, de los cuales no rindió honesta cuenta jamás.

Señor Casaravilla Vidal — No necesitaba rendirla, porque tenía mucho más.

Señor Ramón Guerra — Original respuesta la del señor di-

putado. (*Murmullos e interrupciones*).

Señor Presidente — Se ruega a los señores diputados que no interrumpam al orador.

Señor Casaravilla Vidal — Hay muchas cosas en la Contaduría que no deberían estar...

Señor Sosa — Ya lo creo ⁷.

Señor Casaravilla Vidal — ...más recientes, más frescas.

Señor Presidente — El orador ha pedido que no se le interrumpa.

La Mesa ruega a los señores diputados que no hagan uso de la palabra sin solicitarla de la Mesa.

Señor Otero — Pero es, señor presidente, que se hace larga la discusión.

Voy a hacer una observación de orden.

Yo noto que desde hace dos o tres sesiones se está discutiendo el informe de la Comisión, contra el Reglamento; no se discute el proyecto de ley.

De manera que si la Cámara oye con atención en ciertos casos y soporta en otros, larguísimos discursos, debe tener cierta benevolencia con las interrupciones, que, por lo menos, contribuyen a ilustrar el debate.

Señor Roxlo — Y a interrumpir al orador y a agriar el debate! (*Aplausos en la barra*).

Señor Presidente — Se previene a la barra que si renueva sus demostraciones, será desalojada.

Señor Roxlo — Entremos, señor presidente, si me dejan entrar, en el estudio de las reclamaciones brasileñas del año 1864 —que fueron un sarcasmo de los más inicuos—. En aquellas reclamaciones se nos pedía cuenta de casi todos los crímenes particulares y hasta de los más pequeños abusos de autoridad cometidos en nuestro territorio durante el transcurso de muchas administraciones, a pesar de que el señor Paranhos (y aquí contesto algunas interrupciones pasadas), a pesar de que el señor Paranhos, en pleno Senado brasileño, declaró que las reclamaciones presentadas en aquellos momentos, eran un auxilio que se prestaba a las fuerzas de la revolución.

Schneider, en la página 38 del tomo 1° de su célebre libro sobre la Guerra del Paraguay, sostiene lo mismo que el señor

Paranhos.

Señor Sosa — Es una misma obra la de Paranhos y la de Schneider.

Señor Roxlo — No, señor presidente: Paranhos es el anotador de la obra de Schneider; Schneider lo dice en el texto y Paranhos lo comprueba en la nota.

Señor Sosa — Y en el libro.

Señor Roxlo — De manera que son dos opiniones; no es una sola.

Bueno es que quede constancia, señor presidente, de que el Gobierno Oriental no hizo ninguna denegación de justicia.

En una nota pasada el 9 de agosto de 1864, por el doctor Herrera al representante brasileño, señor Saraiva, se le decía que lo único que se discutía era la oportunidad de las reclamaciones; que el Gobierno Oriental estaba dispuesto a estudiarlas detenidamente, para hacer justicia con aquellas que, en realidad, lo mereciesen y para someter las otras, las que resultasen contradictorias —del mismo modo que la cuestión de la oportunidad—, a un arbitraje, que podría estar formado por uno o varios de los miembros del cuerpo Diplomático acreditado entonces en Montevideo— por España, Francia, Italia, Portugal, Prusia e Inglaterra ⁸.

¡El comandante Tamandaré nos envió los verdaderos árbitros, con los cañonazos que cayeron sobre Paysandú! ⁹.

Por otra parte, señor presidente, el Paraguay con López y sin López, con nosotros o sin nosotros, sumido en las tinieblas de la barbarie o navegando en plenas corrientes de civilización, el Paraguay habría tenido, a la larga, que romper lanzas y chocar escudos con el Brasil, cuya política tradicional, siempre absorbedora, no abandonaba sus deseos de territorio ajeno, ni apartaba sus ojos afiebrados de los ajenos ríos. ¹⁰

En 1863 el Paraguay, a pesar de su clausura, estaba bien envuelto en el círculo hostil que le formaban la República Argentina, adueñada del Paraná, y el Brasil, adueñado del Alto Paraguay.

Ya en 1853 un eminente hombre público brasileño, el señor Paulino, había manifestado que el litigio del Paraguay y el Brasil sólo podría resolverse por medio de la guerra.

El presidente López, que conocía esta apreciación, trataba de tomar posiciones en la política del Río de la Plata; y el Brasil que también conocía esta observación, no quería entrar solo en aquella aventura: necesitaba de Buenos Aires y de la República Oriental del Uruguay.

El incendio ya existía y ya estaba cavado el abismo que separaba al pueblo paraguayo del pueblo argentino y del pueblo brasileño.

Cuando el doctor Herrera llegó al Paraguay, celebró una entrevista con don Carlos Antonio López. Dio cuenta de esa entrevista al Gobierno de Montevideo en una larga nota de marzo de 1863, y en esa nota copiaba las palabras textuales recogidas de los labios de don Carlos Antonio López. Este habló con términos duros y amenazadores de nuestros vecinos. Dijo que el Paraguay estaba preparado para recibirlos, si se atrevían a atacar su integridad o si se atrevían a atacar su independencia.

Cuando murió don Carlos Antonio López, no murieron sus ideas con él: toda nuestra diplomacia de aquellos días con el señor Solano López comprueba, en sus notas, que Solano López estaba dispuesto a no dejarse arrancar ni una pulgada de su territorio, ni un átomo de su realeza.

Y nosotros, señor presidente, nosotros tampoco podríamos confiar en nuestros vecinos. ¿Quién no lo sabe? Las dianas de Cepeda regocijaron al partido de Berro, como las dianas de Pavón regocijaron al partido de Flores! A qué ocultar cosas que están en el fondo de toda la historia del Río de la Plata? ¹¹.

Desde el comienzo de nuestra historia de pueblo libre, el Partido Blanco se manifestó completamente adicto a lo confederado, a lo provincial y completamente opuesto a la hegemonía de Buenos Aires; en cambio, el partido a que pertenecen los señores de la mayoría se manifestó, por el contrario, aliado de los unitarios, partido tendiente a la supremacía de la Capital.

Este hecho, señor presidente, lo ha reconocido Saraiva en una correspondencia confidencial, mandada a su propio Gobierno en 1864, y lo ha reconocido el Ministro Elizalde, en la polémica que sostuvo con Mármol en 1869 ¹².

Señor Ramón Guerra — ¿Me permite una interrupción? Me

las hizo a mí cuando yo estaba en el uso de la palabra y se las concedí con toda gentileza.

Señor Roxlo — Sí señor.

Señor Ramón Guerra — Y es que si tuviera alguna razón el señor diputado, que no creo, al decir que los hombres afiliados al Partido Colorado, se regocijaban con las dianas de Pavón, no debe olvidar que los hombres de Montevideo, pertenecientes al Partido Blanco, se regocijaron en forma oficial cuando Solano López aprisionaba y torturaba a los tripulantes del “Marqués de Olinda”. (*Murmullos e interrupciones*).

Señor Roxlo — Hay tanta paridad en los dos casos, que no sé por qué se me interrumpe.

¿Qué tienen que ver los degüellos de que se habla en el “Marqués de Olinda”, con una síntesis histórica como la que estoy haciendo...

Señor Ramón Guerra — Es la similitud, señor diputado, entre dos tendencias...

Señor Roxlo — ...de las vinculaciones de nuestro partido con los partidos argentinos?

Un señor Representante — Y ahí debe buscar las vinculaciones con el Paraguay.

Señor Roxlo — Lo mío es un alto problema histórico, y lo que me está contando el señor diputado, es simplemente un hecho...

Señor Ramón Guerra — Histórico también y estrechamente vinculado a aquellos sucesos.

Señor Roxlo — Pero es simplemente un hecho.

Señor Ramón Guerra — Un hecho que eslabona con la Guerra del Paraguay, y por consiguiente, completamente trascendental, y encajado dentro del tema que se discute.

Señor Roxlo — Yo, señor presidente, interrumpí, es cierto, en el debate anterior, pero interrumpí sólo dos veces. Interrumpí para rectificar hechos que me eran personales, declaraciones más que se estaban tergiversando.

Pero, señor presidente, ya que tanto se habla, vamos a ver cómo me explican todos los señores diputados esta nota, que tiene suma importancia y que creo que pocos deben conocer.

El señor Thornton, Ministro de Su Majestad Británica en

Buenos Aires, por orden de su gobierno le manda una Memoria sobre los asuntos referentes a los países platinos, en el año de 1865. Esa Memoria se publica en Londres y es leída en ambos Parlamentos —de manera que no cabe duda sobre su autenticidad—. Fue publicada en Londres en 1865.

En esa Memoria, habla el señor Thorton, del enfriamiento que a la llegada del señor Octaviano a Buenos Aires, en representación del Brasil, se había notado entre este señor y el gobierno de Mitre, y dice el señor Thorton, Ministro diplomático de la Gran Bretaña: “Yo no puedo atribuir este hecho” (el enfriamiento) “sino a la estipulación exigida por el primero” —(el Brasil)— “de que las dos partes aliadas respetarán la independencia de la República del Paraguay. El Presidente Mitre y el señor Elizalde me han declarado, varias veces, que, *por el momento*, desean que el Paraguay continúe independiente; pero que no quieren contraer ningún compromiso, que con esto se relacione, con el Brasil, porque no me quieren ocultar que, sean cuales fueren sus vistas del presente, *las circunstancias podrían, más tarde, modificarlas*. Y el señor Elizalde, que tiene cerca de cuarenta años, me dijo un día, en una conversación confidencial, que esperaba vivir lo bastante para ver a Bolivia, el Paraguay, el Uruguay y la República Argentina, unidos en confederación y formando una potente república en la América del Sur”.

Yo me pregunto, señor presidente, dadas las relaciones que existían en aquel momento entre la República Argentina y el Paraguay, dado lo bravo de nuestro pueblo y dado lo bravo del pueblo de Bolivia, ¿de qué medios pensaba valerse el señor Elizalde para constituir la gran confederación con que soñaba? ¹³.

Señor presidente: el libro de la historia es un libro triste. Tiene por cualquier lado que se le entreabra, rudas lecciones; y a mí me sorprende que tengamos tanto empeño —no en presentar como hechos de bravura, los hechos de nuestros soldados del Paraguay—, sino en presentar como una cosa santa aquella guerra, que nos impuso la interesada voluntad del Brasil! ¹⁴.

Se pinta al Paraguay con tales colores, que se diría que el

Paraguay era un mundo desconocido. No hay nada de todo lo que se dice, señor presidente, nada en absoluto.

Empiezo por manifestar, a la Honorable Cámara, que nuestra participación en la Guerra del Paraguay no levantó ecos de simpatía en nuestro país.

Schneider, el mejor de los historiadores sobre la Guerra del Paraguay y el más partidario de la Triple Alianza, dice, en la página 243 del tomo primero de su libro: "En la República Oriental no se percibía el menor entusiasmo por la guerra. Los delegados del Presidente Provisorio, Flores, no le podían mandar ni tropas, ni dinero, ni materiales bélicos. A las conmociones de la lucha civil sucedió la más completa apatía. El Partido Blanco se contentaba con una resistencia pasiva al gobierno, y los colorados ninguna ventaja directa esperaban para la República Oriental, de la lucha del Brasil con el Paraguay. Por el contrario, estaban disgustados viendo al general preferir su carpa de campaña a la Casa de Gobierno de Montevideo, *en busca de victorias ciertamente improficuas para el país*, abrumado por innúmeras calamidades domésticas".

Y dice el mismo autor en la misma página: "Bien se veía que el estado de cosas existentes no pasaba de provisorio, y *no corriendo riesgo el territorio de la República*, creían poder prescindir de los cargos inherentes a la alianza, *sobre todo cuando no dejaba de ser humillante, para los orientales*, la preponderancia brasileña en la guerra. De ahí provinieron muchos disgustos, mucha inacción e indiferencia, divergencias que se acentuaron más cuando antes de la toma de Humaitá, agobiado por la pérdida casi total de su contingente, regresó Flores, para sucumbir a los golpes de sus asesinos en Montevideo".

Y agrega el mismo autor: "Más tarde se supo que el Brasil, desde el comienzo de la alianza, pagó al gobierno oriental considerables subsidios ligados al fin de la guerra, tomando a su cargo el sueldo, el equipo y el municionamiento del contingente oriental" ¹⁵.

Bueno, señor presidente, esto por lo que a nosotros toca; pero vamos a ver si el Paraguay era tan salvaje y era tan sombrío como se le ha pintado en la Honorable Cámara.

Alberdi, que yo afirmé que se había manifestado contrario

a la Guerra del Paraguay: Alberdi, después de explicar la diferencia de opiniones, de que le acusaba el señor Ubaldo Ramón Guerra, dice: “que si en 1852 aplaudió al Brasil y atacó al Paraguay, era porque el Paraguay y el Brasil de 1852 no son los mismos de 1869”, agregando, en la página 38 de su libro “El Imperio del Brasil ante la democracia de América”: “El Paraguay representa la civilización, pues pelea por la libertad de los ríos contra las tradiciones del monopolio colonial; por la emancipación de los países meridionales; por el noble principio de las nacionalidades, y por el equilibrio, no sólo del Plata, sino de toda la América del Sur”.

Y era natural, señor presidente; se habían modificado las condiciones del Paraguay.

Señor Ramón Guerra — Las condiciones de la Argentina se habían modificado.

Señor Roxlo — El general Francia murió en el año 1841, y el señor Solano López subió a la presidencia de la República en el año 63. Mediaban 20 años; de manera que el Paraguay de 1863 no era el Paraguay de 1841.

En 1841 el Paraguay no tenía ferrocarriles. En cambio, según se lee en el Diccionario Hispano Americano, “durante la administración de don Carlos Antonio López, se habían abierto canales, ahondado puertos, establecido escuelas primarias, organizado la marina nacional, desarrollado el comercio y la agricultura, construido líneas de defensa sobre la ribera izquierda de los ríos y las montañas del Este; creado un ejército con el servicio obligatorio y celebrado tratados de amistad con Cerdeña, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos del Norte”.

Por otra parte, López tampoco era lo que se nos pinta. La tiranía no significa incultura; la tiranía muchas veces, al contrario, se presenta en la historia de las épocas de mayor prosperidad material. Ejemplo de ello, señor presidente, nos lo ofrece Roma, que solamente llega a ser la señora de las naciones, cuando el nombre de Octavio se convirtió en Augusto. Ejemplo de ello nos lo ofrece Inglaterra, que llega al apogeo de su grandeza con Enrique VIII y con Isabel de Tudor. Ejemplo de ello, señor presidente, nos lo ofrece Francia, que nunca es más grande que en tiempos de Luis XIV y en tiempos de Na-

poleón, que se apoderaron de su oro, de su sangre y de su libertad!

Veamos, señor presidente, cómo era López; pero estudiémoslo pintado por un brasileño, por el mismo José Bernardino Bormann, coronel del Estado Mayor de la Triple Alianza, quien dice, en el prefacio del primer tomo de la Historia de la Guerra del Paraguay, lo siguiente:

“El Presidente doctor Carlos López envió a su hijo, el joven don Francisco Solano López, general a los 18 años, a Europa, para estudiar especialmente asuntos militares. París era la residencia predilecta del joven general. Se presentaba en los salones de las Tullerías y era allí una figura saliente. En la gran ciudad vivía en relaciones perfectamente cordiales con los héroes de Magenta y Solferino; frecuentaba el campo de Marte; apoyábase en la balaustrada que circunda el magnífico túmulo de Napoleón, en la iglesia de los Inválidos, y mudo, estático, meditativo, lleno de recogimiento, ante los gloriosos restos del Gran Capitán, contemplaba las banderas, los trofeos tomados al enemigo, por las heroicas legiones francesas, y pendientes, descoloridos por el tiempo, sobre aquel mausoleo de mármol...”

Señor Otero — Pensaba en hacerse Emperador.

Señor Roxlo — ...“Impresionable, ambicioso de gloria, joven y enérgico, todo lo que veía despertó en su alma imágenes de grandeza y poderío”.

Es muy posible que Bormann, enemigo noble, no haya exagerado el retrato, pues el general Paz —que era unitario, que estuvo en la Defensa de Montevideo y que conoció a López en 1846— veía en López “genio y capacidad militares”; y Paz era el primero de los tácticos argentinos del siglo XIX!

Señor Ramón Guerra — Lo que dijo el señor Roxlo, fue que no tenía condiciones para la guerra, por su incapacidad militar; no debe olvidar esto el señor diputado, ya que lo cita con entusiasmo. (*Murmulllos e interrupciones*).

Señor Otero — Pero el hecho de ser general a los 18 años, significa el adelanto del Paraguay!...

Señor Roxlo — Los que dicen que era una dictadura el gobierno del señor López, demuestran que no conocen las instituciones del Paraguay. Podía ser un dictador por sus hechos;

pero no por la manera como subió al poder. Dentro de la Constitución paraguaya era un gobernante tan legal como lo era el general Mitre, como lo era el gobierno del señor Berro, o como lo era el gobierno del Brasil.

Señor Otero — Pero eso nadie lo niega.

Señor Sosa — Pero hay que explicar cómo subió López al poder: es necesario saber que violentó hasta la voluntad póstuma de su padre. (*Murmullos*).

Señor Roxlo — Así, señor presidente, no hay discurso posible.

Señor Sosa — Pero no se diga lo que no es cierto.

Señor Presidente — Se ruega a los señores diputados que no interrumpen al orador.

Señor Sosa — Está demostrando el señor Roxlo, con lo que dice, que todo lo que yo manifesté es perfectamente indestructible, y hasta ahora no me ha citado un solo documento que destruya uno solo de los que cité.

Señor Roxlo — Pues aquí tiene el señor Sosa: le voy a demostrar que puedo citarle algo que dio trunco.

Señor Sosa — Muy bien, lo oiré con mucho gusto.

Señor Roxlo — Nos habló de aquella intervención europea que se entendió directamente con Oribe, y que no llegó a nada porque Rosas se opuso a ello. Dijo que Rosas había dicho al general Oribe que había algo superior a la Presidencia de ese general. Deducía de ahí...

Señor Sosa — Es un error: el señor diputado me atribuye cosas que yo no dije. Hablando de esa negociación yo no he dicho eso. Posteriormente hablé de un documento en que Rosas establecía que la Presidencia de Oribe era un objeto secundario de la empresa del 43; pero no tenía nada que ver con la negociación...

Señor Otero — ¿Me permite para una observación de orden?... Me parece que estamos fuera de la cuestión.

Los señores diputados se empeñan en rectificaciones casi personales y dejan de lado el fondo del asunto.

Casi estoy yo también por pedir permiso para leer un documento: parte de uno de los folletines que escribía Madame de Girardin, criticando a ciertos oradores de 1838, que creían

ocuparse muy formalmente de vitales intereses públicos al hacer rectificaciones. "Yo dije esto". "No, señor: usted no dijo eso. Lo que dijo fue esto otro".

Señor Roxlo — La culpa no es del diputado Roxlo.

Señor Otero — La culpa es de todos: hay que respetar el orden reglamentario.

Señor Roxlo — Cuando otros hablaban, a nadie se le ocurrían estas observaciones; pero hablo yo y por todas partes llueven protestas.

Señor Otero — Es imposible oír una serie de citas y notas que no vienen al caso.

Señor Presidente — La Mesa ruega a los señores diputados que eviten las interrupciones, en el deseo de abreviar el debate.

Señor Roxlo — Yo hubiera concluido mucho antes, sin las interrupciones; pero —es original— ¡los otros han hecho lo mismo, señor presidente, y nadie les ha dicho nada!

Un señor Representante — Tiene razón el señor diputado Roxlo.

Señor Presidente — La Mesa entiende que mientras la Honorable Cámara no adopte una resolución expresa, debe tolerar la más amplia libertad en el debate. (*Apoyado*).

—Puede continuar el señor diputado.

Señor Roxlo — Hablando del ejército paraguayo, el doctor Alsina decía en 1851: "Está compuesto todo de una juventud brillante, lozana, robusta, parca y habituada a todos los trabajos rudos.

La obediencia y el respeto a sus jefes es en ella un culto, maniobrando como cualquier ejército europeo".

Señor Otero — De manera que si damos pensión a nuestros soldados, vamos a saber si los paraguayos eran robustos!...

Señor Presidente — El orador ha solicitado que no se le interrumpa, y el Reglamento autoriza, en este caso, el derecho de no ser interrumpido. Luego, la Mesa ruega a los señores diputados que no renueven sus interrupciones.

Señor Pittaluga — El señor presidente debía haber observado ese procedimiento cuando el señor diputado Guerra tenía la palabra.

Señor Roxlo — El señor diputado Roxlo, va a terminar.

No tiene ya ningún deseo de seguir exponiendo sus ideas. Lo único que va a decir, señor presidente, es que la Guerra del Paraguay fue una verdadera intervención, puesto que el general don Bartolomé Mitre —en una carta fechada en 1875 y dirigida al hijo del general Osorio—, le manifiesta que la Triple Alianza fue al Paraguay sencillamente a derrocar al tirano López, lo que concuerda con el artículo 6° del Tratado en que se decía, también, que ninguna de las potencias que contrajeron la alianza podía retirarse de ella hasta el derrumbe del tirano López. El señor Roxlo, que sabe que los ejércitos que van a otros países a cambiar su forma de Gobierno, van a intervenir, considera pues, una intervención la Guerra del Paraguay. El señor diputado Roxlo considera una guerra de conquista la Guerra del Paraguay, porque en el artículo 16 del Tratado, el Brasil se queda con una tercera parte de aquel territorio por el lado del Norte, y la República Argentina se queda con otra gran porción por el lado del Sur ¹⁶.

Es más: el señor diputado Roxlo, que ha leído el protocolo y que lo ha estudiado, se asombra de que tres naciones, entre las cuales había dos repúblicas, aceptaran e hicieran suyos los artículos del protocolo en que se decía que después de la guerra se destruirían completamente las fortificaciones de "Humaitá", que eran la defensa de la independencia del Paraguay y de la soberanía sobre sus propios ríos; en que se decía también que era preciso dejar sin un arma al pueblo del Paraguay, y que las armas se repartirían entre los beligerantes; y en que se decía que el botín que se sacara de la guerra, también se repartiría entre los beligerantes. *Botín*, equivale a saqueo: a lo que en nuestro país se llama *carchar*, se llama botín en el lenguaje de la diplomacia ¹⁷. Como el señor Roxlo está convencido de estas cosas, habría aceptado y habría votado la pensión a los guerreros del Paraguay, porque no ha puesto nunca en duda su valor; pero no puede votarla, por los términos del informe...

Señor Otero — Pero si no se discuten los informes!

Señor Roxlo — Pero es original que tenga que aceptar un informe, sin poder decir que no me place...

Señor Herrera — Los proyectos se recomiendan a la Cá-

mara por los informes.

Señor Roxlo — No voy a hacer más las opiniones de los miembros de la Comisión, si no son mis opiniones!

Señor Ramón Guerra —Las está salvando el señor diputado.

Señor Roxlo —Pero veo que al doctor Otero le apena mucho que yo salve mi opinión...

Señor Pelayo —Pero se podría combatir el informe y votar el proyecto.

Señor Otero — Pero si por el Reglamento los informes no se discuten, precisamente para evitar estas cosas interminables.

Señor Herrera — Entonces estarían de más los informes.

Señor Otero —No están de más.

Señor Sosa —Ilustran el debate.

Señor Presidente —Los informes no se votan; pero se discuten ¹⁸.

Señor Herrera —Lo contrario es ir contra la libertad parlamentaria y negársela a las minorías.

Señor Otero —No se le niega, señor!

Señor Herrera —Yo estoy en un todo de acuerdo con el señor diputado Freire, en que en estas cuestiones conviene que el debate sea amplio.

Señor Lenzi —Esa no es solamente la opinión del señor Freire: es de toda la Cámara.

Señor Herrera —Pero como él hizo la indicación, me refiero a él.

Señor Roxlo —Creo, señor Presidente, que allí, sobre los esteros del Paraguay, sobre sus montes, sobre sus ciudades, los espíritus de los que combatieron bajo nuestra bandera, se habrán reconciliado ya con los espíritus de los que combatían por la bandera paraguaya!

No me parece, señor presidente, que cuando había motivos suficientes para presentar ese proyecto sin que se levantara el menor asomo de discusión; cuando se pudo apelar sencillamente al número de años de las personas para quienes se solicitaba esa gracia, y al estado de penuria en que ellas se encontraban, no me parece oportuno, señor presidente, que la Cámara haga suyo un dictamen que hiere las memorias más caras de un país amigo!

Por estas razones, y porque ya veo que es preciso terminar, dejando aún mucho por decir, señor presidente, yo no votaré el proyecto en debate.

Señor Freire (don Tulio) —Yo creí que iba a decir que iba a votar el Proyecto de Ley.

Señor Roxlo —He terminado ¹⁹.

(1) Refiriéndose a las intervenciones armadas, dice Martens, miembro de la Corte de arbitraje de La Haya, en la página 48 de su estudio *Par la justice vers la paix*: "El sentimiento de justa rebeldía y de indignación se acrece, en una proporción enorme, al recordar que *casi todas estas vías de hecho* no se emplean contra las nacionalidades fuertes, sino exclusivamente contra las nacionalidades débiles y pequeñas. Es la política la que dirige, en estos casos, la acción de los gobiernos, y nadie pretenderá que las reclamaciones inspiradas por motivos políticos y protegidas por la fuerza, sean siempre justas y de buen fundamento. La política es un mal consejero, cuando se trata de derecho y de justicia.

(2) Oribe decretó la fundación. Léase el discurso pronunciado por el doctor Pena, el 18 de julio de 1906, en la ceremonia de la colocación de la primera piedra del edificio de la Universidad.

(3) El 10 de mayo de 1837, los miembros del cuerpo legislativo —entre los que se encontraban los constituyentes don Joaquín Suárez y don Ramón Masini—, publicaron un manifiesto, en el que reconocían la bondad del gobierno y condenaban la revolución, originada "por las miras ambiciosas de un caudillo que juzga que el país es su patrimonio, y que, hollando la Constitución y las leyes, levanta el pendón de la anarquía, sin más causa que su falta de respeto a la voluntad popular".

(4) En toda aquella larga correspondencia, se habla de Rivera como de un "loco, digno de estar en una casa de salud, capaz de todas las maldades y personificación viva de la turbulencia", llegando a decir el señor Lamas, en una carta del 13 de mayo de 1848, que le cuesta hablar del general Rivera, *por la repugnancia que le inspira ese general*.

En esa misma correspondencia, con fecha del 24 de diciembre de 1847, el doctor Herrera relata lo sucedido en una de las últimas sesiones de la Asamblea de Notables, en la que César Díaz pronunció *una catilinaria* contra Rivera, diciendo que éste *siempre había sido un traidor e infame parricida*.

A su vez —según se lee en esta misma carta del doctor Herrera—, el general Rivera acababa de escribir a sus amigos de Montevideo, "ordenándoles que hiciesen cuanto pudiesen para tirar abajo el gobierno de la plaza, *compuesto de hombres sin antecedentes y sin patriotismo*".

(5) No piensan lo mismo sobre el valor y la tenacidad de López, el coronel Centurión en la página 312 del tomo tercero de sus *Memorias*, y el

general Resquin en la página 176 de sus *Datos históricos de la guerra del Paraguay*.

Por otra parte —como el que sabe que sus horas están contadas—, el general López hizo su testamento en el cuartel general del Potrero de Mármol, el 23 de diciembre de 1868.

(6) Tan firmes eran los propósitos de nuestros padres que en las instrucciones dadas al señor Adolfo Pfiel, agente confidencial del gobierno de Montevideo ante el gobierno de Inglaterra, se le decía con fecha 14 de junio de 1848:

“Empéñese usted en hacer comprender al gobierno de S. M. cuán necesario y conveniente es pensar en poner por límite de la Confederación Argentina al caudaloso Paraná. Esta medida es de equilibrio para todos estos Estados, y la primera condición de su progreso y desarrollo material y moral. Corrientes y Entre Ríos, en ese caso, podrían entrar a componer un Estado independiente, que estuviese dividido de la Confederación por el Paraná, y del Estado Oriental por el Uruguay”.

No se muestren, pues, adoradores de la Defensa, los que acusan a los hombres de 1863, y los que atacan a don Cándido Joanicó por haber trabajado, durante su misión en Europa, para convertir a nuestro país en un *territorio neutral*, como los territorios de Bélgica y de Suiza.

(7) Sólo por una incomprensible parcialidad, poniendo de relieve la moderación de sus antagonistas, los partidarios del general Rivera pudieron hablar de falta de probidades en el cuerpo legislativo.

En una carta dirigida a ese general por el doctor Manuel Herrera y Obes, el 8 de diciembre de 1847, se le dice textualmente que *siempre ha tirado y derrochado, de un modo escandaloso, los dineros públicos*.

El coronel Batlle —dando cuenta al gobierno de Montevideo, también en 1847, del estado aflitivo en que se encontraban los habitantes de Maldonado, bajo la dependencia de Rivera—, escribe lo siguiente:

“Cuando estos males vienen de la incuria de aquellos que deben velar en nuestra conservación, es imposible padecer en silencio. Y más si, junto a la miseria, se advierte la *malversación* de aquello que debía aplacar nuestra necesidad, y se hace de ese mismo sustento un *tráfico escandaloso, criminal*, en que la débil criatura no huye del hambre, sino para arrojarse en brazos de la infamia”.

A estas graves acusaciones contra el general Rivera, contenidas en las notas que el coronel Batlle firmó en los días 7 y 11 de octubre de 1847, puede agregarse lo que dice el general Paz, sobre el mismo Rivera, en la página 13 del tomo tercero de sus *Memorias*:

“Bajo su administración, llegó la inmoralidad al más alto punto que pueda imaginarse: dudo que, en pueblo alguno, se haya visto tan entronizado el peculado y, en ciertos momentos, la rapiña. Para probarlo, basta indicar que el vicio había levantado con tanta altanería su horrible cabeza, que el hombre probo era despreciado y mirado como un imbécil, un inepto

para la carrera pública". Y agrega el general Paz: "Cuando ascendió Oribe a la presidencia, publicó un cuaderno en que estaban registrados innumerables cargos que una comisión, encargada de revisar las cuentas de administración de Rivera en campaña, formuló con documentos a la vista. ¿Se creará que este célebre documento no le ha traído responsabilidad alguna ante la opinión del numeroso partido que lo ha sostenido y que jamás se tomó el trabajo, no de desmentirlo, porque era imposible, pero ni de disculparse? Bien sabía que no lo necesitaba, porque nadie se atrevería a tirar la primera piedra".

Cómo serían, en efecto, el peculado y las malversaciones de aquel período, que la comisión de cuentas del cuerpo legislativo, en el informe del 26 de mayo de 1836, referente a los gastos de la campaña de 1834, *opone 173 reparos y observaciones*, en vista de lo cual, la comisión dictamina que se suspenda la aprobación de las cuentas hasta la legislatura siguiente.

El segundo informe, sobre este asunto, presentado por la comisión de cuentas el 13 de octubre de 1836, es más grave aún, pues se habla de documentos firmados, *en el mismo día*, desde distintos puntos de la república; de convenios de venta, que tienen falsificada la rúbrica del vendedor; de reses pagadas dos veces por el fisco, una vez al abastecedor y otra vez a los hacendados; y, en fin, de una cuenta, con el visto bueno de Rivera, en que se hacen figurar como vendidos para el ejército, una infinidad de efectos, no militares, vendidos para la estancia de aquel general, lo que da lugar a que diga el informe de la comisión que "se repara con extrañeza esta cuenta, porque es *repugnante, injusto y sumamente admirable* que se carguen contra los fondos nacionales, una porción de partidas de cuenta particular del general Rivera".

En la primera de estas comisiones de cuentas figuraba el constituyente don Ramón Masini, siendo asesorada la segunda de ellas por los contadores don Miguel Furriol y don Francisco Acuña de Figueroa.

En cuanto a las intervenciones francesa y anglofrancesa, en la primera de las cuales se apoyó el partido riverista y en la segunda de las cuales se apoyó el partido unitario, ninguno ignora ya que fueron condenadas severamente por el mismo José de San Martín.

Aquella enorme gloria militar, acrisolada por un enérgico patriotismo, veía en la alianza de los americanos con los europeos, un ataque al honor y la independencia de estos países, como lo demuestra el hecho de haber ofrecido, en carta del 5 de agosto de 1838, sus servicios a Rosas.

El libertador, el soldado triunfante en Maipú y Chacabuco, se mantuvo inflexible en esta actitud, a pesar de todas las prédicas de los enemigos del gobierno de Buenos Aires.

El 10 de julio de 1839, después de reprochar la conducta observada por los agentes interventores en la Argentina y en la Banda Oriental, decía desde Grand Bourg:

"Lo que no puedo concebir es que haya americanos que, por un in-

digno espíritu de partido, se unan al extranjero, para humillar su patria y reducirla a una condición peor de la que sufrimos en tiempo de la dominación española: *una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer*".

El 11 de enero de 1846, San Martín, desde Nápoles, volvía a escribir lamentando que lo precario de su salud no le permitiese tomar parte en el rechazo de *la injustísima agresión y abuso de fuerza de Inglaterra y Francia* —agregando el 2 de noviembre de 1848, en una carta dirigida a Rosas desde *Boulogne-sur-Mer*.

"He tenido una verdadera satisfacción al saber el levantamiento del injusto bloqueo con que nos hostilizaban las dos primeras naciones de Europa. Esta satisfacción es tanto más completa cuanto el honor del país no ha tenido nada que padecer, y por el contrario, *presenta a todos los nuevos Estados Americanos un modelo que seguir*". (*Correspondencia de San Martín*. Publicación del Museo Histórico Nacional Argentino, 1906, páginas 88, 95 y 97).

No importa. Ya lo hemos dicho. Eran cosas del tiempo que el tiempo se llevó, sin que le sea dado hablar de traiciones a la posteridad.

Entiéndase bien. No atacamos. Nos defendemos. La conciencia nacional estaba en pañales y andaba a tropezones como todos los niños. Hasta los primeros revuelos del águila son inseguros. Por eso, a pesar de lo levantisco de su carácter, de lo ruinoso de su labor administrativa y de su alianza con la intervención gala, el general Rivera es y será siempre, para el patriotismo, el glorioso soldado de Guayabo y el audaz invasor de las Misiones.

(8) Las reclamaciones que nosotros no quisimos aceptar, sin un largo examen y sin la debida intervención de árbitros, las aceptó el jefe revolucionario, en la convención celebrada con el comandante Tamandaré el 20 de octubre de 1864.

De la espontaneidad desinteresada de la aceptación, se halla la prueba en la nota de Río Branco a la pág. 44 del tomo primero de la obra de Schneider. En esa nota el diplomático brasileño dice que el almirante Tamandaré se comprometió a entregar las plazas de Paysandú y del Salto al general Flores, *en cambio de la seguridad* —por éste ofrecida—, *de que la revolución, en nombre del país, atenderá las reclamaciones del gobierno imperial, formuladas por el señor consejero Saraiva*.

Para mayor prueba, véase la respuesta del almirante Tamandaré, en la fecha antes citada, al ofrecimiento del general Flores, cuya beligerancia —bueno es advertirlo—, no había sido reconocida aún por el Brasil, según se afirma en la misma nota de Río Branco. Esto prueba, una vez más, que toda intervención obedece a la ley del interés, puesto que la justicia de la causa revolucionaria no fue cosa evidente para los imperiales, hasta que los revolucionarios se comprometieron categóricamente a satisfacer sus reclamaciones.

Dice el almirante Tamandaré: "En vista de que la revolución que V.E.

preside, reconoce la justicia de las reclamaciones del gobierno imperial, formuladas en las notas de la misión confiada a su excelencia el señor consejero José Antonio Saraiva, y condena los actos ofensivos al imperio del Brasil —agregando V.E. que, al hacerme esta manifestación, cree ser el eco de la opinión de su país, en cuyo nombre contrae el compromiso, que será revalidado obtenido el triunfo de la causa que representa, de dar condigna reparación a aquellas reclamaciones, cuyo fundamento V.E. ha demostrado reconocer—, haciendo la debida justicia a la nobleza de los sentimientos de V.E. y a la manera honrosa con que se muestra dispuesto a reparar esos males y ofensas, debo declarar a V.E. que *tendré la mayor satisfacción en cooperar con V.E. para el importante fin de restablecer la paz de la República*".

(9) Véase lo que dice el señor Julio Victorica, hablando del Sitio de Paysandú, en la página 468 de su libro *Urquiza y Mitre*:

"Conservo viva, todavía, la impresión que me produjo la ciudad vencida. La recorrí el 2 de enero, día de calor insoportable, cubierta de nubes de polvo y cuando estaba entregada al saqueo por soldados melencidos, que abrían las puertas a balazos, vociferando como indios. En la plaza y sus inmediaciones, que era el sitio en que se había concentrado la defensa, paredes demolidas y techos derrumbados, demostraban los estragos del bombardeo. Las paredes de los edificios, convertidos en trincheras por sitiados y sitiadores, estaban cubiertas de troneras. A cada paso, en las calles, se encontraban osamentas de animales muertos de hambre o heridos por las balas".

Hablando del apoyo que Flores recibió del Brasil, dice Bormann, en la página 199 del tomo primero de su importante *Historia da Guerra do Paraguay*:

"Todo el mal de aquellos tiempos se debió a que los políticos arrasaron al Brasil, envolviéndolo en las contiendas de los partidos que batallaban en el Río de la Plata, derribando gobiernos y elevando otros, para agravar los odios domésticos y la situación de los brasileños allí residentes, con sus alianzas híbridas, realizadas muchas veces contra el régimen legal. Para vengarnos de los ultrajes hechos a nuestra bandera; para obligar a aquellos gobiernos a que respetasen la vida y la propiedad de los brasileños, no necesitábamos de estas alianzas, que sólo nos deslustraron bajo el punto de vista moral y que, bajo el punto de vista material, nos llenaban de sacrificios".

Lo cierto es que, gracias a la alianza de un imperio con una revolución, bajo los escombros de Paysandú quedó sepultado el ensueño artiguista de los hombres de 1863 —ensueño que resplandece, en la eternidad, con la grandeza del heroísmo de Leandro Gómez!

(10) En demanda de favores para sus naves y ansioso de agrandar la curva de sus límites, muchas fueron las misiones diplomáticas que el Imperio mandó al Paraguay; pero lo grande de su codicia y lo injusto de

sus solicitudes, explican el fracaso de aquellas misiones, a las que ponen fin la gestión de Amaral en 1857 y la de Paranhos en 1858.

Mal pudo nuestra diplomacia, por consiguiente, crear dificultades y engendrar sospechas que ya existían. El pleito de los límites entre el Paraguay y el Brasil, del mismo modo que el pleito de los límites entre la Argentina y el Paraguay, no se debieron a la alianza de que íbamos en busca. El primero de esos litigios, más de una vez, debió resolverse a balazos, como a balazos impuso don Carlos Antonio López, en 1850, la inviolabilidad de su territorio a la codicia de los imperiales.

En 1852, el Paraguay —ansioso de solucionar el problema de sus límites con el Brasil—, quiso que se declarara como zona neutral, por los dos países y de común acuerdo, la zona comprendida entre el río Apa y el río Blanco. El Imperio se negó terminantemente a reconocer esa neutralidad, exigiendo más tarde, en mayo de 1853, que el Paraguay admitiese que la derecha del río Apa, en la frontera nortica de la república, era de legítima propiedad del Brasil. Como el Paraguay no se prestara a semejante arreglo, el Brasil, doce meses después, le envió un plenipotenciario con una fuerte escuadra, la que no pudo llegar a la Asunción por no quererlo López, conviniéndose, entonces, en aplazar aquel escabroso pleito hasta 1864.

A su vez, el Paraguay y la Argentina habían celebrado, el 15 de julio de 1852, un tratado de límites, en virtud del cual las banderas de las dos naciones podían navegar libremente por las aguas del Paraguay y del Paraná. Por ese tratado, la república paraguaya cedía, a la confederación, una parte del territorio que poseía sobre la margen izquierda del segundo de aquellos ríos, reconociendo el gobierno argentino que el Paraguay era el verdadero dueño, desde costa a costa, del caudal de las aguas que llevan su nombre. El cumplimiento de ese tratado, en lo referente a la cesión de dominio hecha por el Paraguay, fue reclamado, en agosto de 1853, por la Confederación; pero don Carlos Antonio López respondió, en octubre del mismo año, que no podía exigírsele la obediencia a un convenio que nunca sancionó el Congreso Argentino.

Varias veces, pues, se habían aplazado las peligrosas dificultades a que daba lugar el problema fronterizo, del que no se apartaban los ojos del Imperio. Por el tratado de 1858, que confirmaba y ampliaba el de 1853, el Paraguay y el Brasil reglamentaron en común la navegación de sus ríos limítrofes, abiertos a los buques de todas las naciones, comprometiéndose a no ejercer acción fiscalizadora, de ninguna especie, sobre la parte de las aguas controvertidas. Este *modus vivendi* se conservaba aún a principios de 1863, pero estaba a punto de caducar, lo que explica la precipitación con que el Brasil buscó alianzas y preparó conflictos. El Paraguay, en cambio, no quería la guerra. Dice Nabuco, en la página 59 de su interesante libro: "que no es posible deducir de los hechos conocidos la intención de los extravagantes armamentos de López, y que lo que se puede suponer

es que los hizo con el propósito de convertir al Paraguay en potencia de primer orden en el Plata". Río Branco, en su nota a la página 89, del tomo primero del libro de Schneider, se muestra convencido, "porque así se desprende de los documentos del archivo de López, de que el dictador no se armaba para hacerle la guerra al Brasil", atribuyéndole, *sin asegurarlo y de un modo dubitativo*, el proyecto de conquistar las tierras de Corrientes. Por su parte, los historiadores argentinos no creen en ese proyecto, diciendo, en la página 498 de su libro sobre *Urquiza y Mitre*, don Julio Victorica:

"Esa política que se atribuye al Paraguay, de aquella época, suponiéndole ambiciones de predominio y de conquista en el Río de la Plata, es una fantasía sin fundamento. Toda la ambición de López padre, primero, y de López hijo, después, consistía en que los dejasen tranquilos en su Paraguay, porque uno y otro estaban convencidos de que cualquier contacto con las masas de hombres libres de estos países, sería fatal para la dominación absoluta que ejercían. Por eso se negaron a tomar parte en la guerra contra Rosas, aun cuando estaban persuadidos de que éste aspiraba a derrocarlos y a incorporar el Paraguay como provincia argentina; y por eso también excusaron siempre su concurso al gobierno argentino, cuando se les invitó a facilitar la unión de Buenos Aires, cuya prensa no cesaba en una propaganda violentísima contra el dominio de los López".

Lo que antecede es indiscutible y así lo demuestran los documentos del tiempo aquel. En cambio, según afirman Río Branco en la nota de la pág. 89 del libro de Schneider; Bormann, en la pág. 10 del prefacio de su historia, ya citada por mí; Nabuco, en la pág. 50 de su admirable estudio, que he citado también; Victorica, en la pág. 462 de su *Urquiza y Mitre*; y Poucel, en la pág. 174 de *Le Paraguay moderne*, la causa de la ruptura entre López y el Brasil fue la ocupación de la República Oriental por las fuerzas del Imperio. El Brasil aceptó la alianza de Flores, soñando ya en la guerra y viendo en Montevideo una posición estratégica para establecer sus almacenes, apostar sus escuadras y organizar sus tropas. Por eso dijo, acertadamente, Solano López que la ocupación brasileña, funesto eclipse de nuestra autonomía, era un atentado al equilibrio del Río de la Plata.

(11) Las vinculaciones de nuestros partidos históricos con el partido unitario y el federal, no son discutibles. Se observan ya durante la segunda revolución lavallejista, en el mes de marzo de 1834 —acentuándose a medida que se acentúa la personalidad soberana de nuestro país—. ¿Por qué extrañarse, entonces, de que —a pesar de todas sus promesas— el gobierno argentino simpatizara con el movimiento perturbador de 1863?

Nada hizo para impedirlo y mucho hizo para fomentarlo. La prueba de ello se encuentra no sólo en la prensa oficial bonaerense de aquellos días, muy favorable a la causa revolucionaria, sino también en las instrucciones dadas por el doctor don Juan José de Herrera, el 28 de abril de

1863, a don Andrés Lamas, agente confidencial de nuestro país ante el gobierno de la Confederación.

En aquella nota, el doctor Herrera le decía al señor Lamas que los objetos de su misión eran los siguientes: "1°. Constatar de la manera más evidente que la invasión del ex-general Flores al territorio de la República, con el reprobado y manifiesto intento de alterar su paz y derrocar sus autoridades constitucionales, ha partido de territorio argentino. 2°. Que las autoridades de Buenos Aires y las autoridades de la provincia de Corrientes, si no han cooperado, cuando menos han tolerado que la invasión partiera sin estorbo de territorio argentino".

En esta misma nota se le dice al señor Lamas, que varias veces se habían dado pasos para que el gobierno bonaerense "estorbare o cruzase los proyectos de invasión", en los que no creían las autoridades argentinas, incredulidad que desapareció el día en que nuestro enviado especial, el doctor Octavio Lapido, puso en manos del presidente Mitre y del ministro Elizalde, "una carta autógrafa de don Venancio Flores, dirigida a un jefe de la República, en la cual se revelaba todo un plan de invasión".

Agrega la nota que el gobierno argentino recibió aquella carta con sorpresa, porque el general Flores le había dado su palabra de no invadir, en vista de lo cual el gobierno argentino dio a nuestro comisionado "*de palabra y por escrito*", las más formales seguridades de que los conspiradores serían vigilados y tomadas todas las medidas necesarias para destruir sus planes".

Concluye la nota diciendo que, a pesar de esta promesa oficial y de que, poco tiempo después, el Cónsul Oriental en Buenos Aires la obtuvo de nuevo del ministro Elizalde, al comunicar a éste que existía un núcleo de elementos invasores en el litoral argentino, el gobierno de la Confederación no había impedido ni el embarque del general Flores ni el cruce a nuestro territorio "de las fuerzas con que la invasión contaba en Corrientes y que nosotros pedimos fueran oportunamente disueltas".

(12) Elizalde decía que el gobierno de Buenos Aires consideraba como enemigo nato al gobierno de Montevideo, y Saraiva afirmaba que la opinión unitaria, la dominante entonces, "veía en el triunfo del partido colorado en Montevideo una garantía, teniendo con éste una comunidad de ideas, por la cual espera asegurar la estabilidad de su régimen en ambas márgenes del Plata".

Por su parte, Alberdi escribió en la página 29 de su libro *El Imperio del Brasil*:

"Así, la guerra de la Banda Oriental es un episodio de la guerra civil argentina bajo el gobierno de Mitre, como lo fue bajo el de Rosas. Nadie es neutral en esa guerra en la República Argentina, porque todos conocen por instinto su sentido. *Los dos partidos beligerantes de la Banda Oriental sirven y representan los dos intereses y los dos campos argentinos*, que asisten a la lucha oriental con la ansiedad del que contempla el debate

de un pleito propio”.

¿Dónde estaban nuestros intereses políticos y comerciales? Donde estaba la idea artiguista, la simbolizada por la tricolor gloriosa. Estaban en el campo provincial, que podía llevarnos al perfecto equilibrio platense, robusteciendo nuestra soberanía y consiguiéndonos el precioso bien de la paz interna.

Eran, pues, más patriotas que sus acusadores los que quisieron afirmar nuestro absoluto ejercicio autonómico en 1845 y en 1863. Más que nada buscaron la quietud, sin la que no es posible la prosperidad, desde que es absurdo, ridículamente absurdo, hablar de anexiones irrealizables. Nuestra historia demuestra que hubiéramos sido independientes con nuestro esfuerzo, sin nuestro esfuerzo y contra nuestro esfuerzo. Que no queríamos ser españoles, lo dijo Artigas en el campo de gloria de Las Piedras; que no queríamos ser argentinos, lo dijo Rivera en el memorable choque de Guayabo, y que no queríamos ser brasileños, lo dijo Lavalleja, cargando el primero y sin esperar órdenes, en las épicas horas de Ituzaingó. ¡Salve a la República independiente, única inspiradora de los luminosos ensueños enterrados bajo los escombros de Paysandú!

(13) El sentimiento que nos impulsaba a buscar un amigo en el Paraguay, no podía ser más patriótico ni más levantado. Olvidábamos lo sufrido; pero sin renunciar al justo deseo de forjarnos una coraza contra el dolor futuro. En vista de los peligros a que estaban expuestos, el Uruguay y el Paraguay trataron de acercarse para defenderse. Sólo pretendían que el derecho de cada uno se impusiera a todos, manteniéndose así, con equidad estricta, el equilibrio entre estas nacientes y batalladoras comarcas de América. No teníamos fe, ni podíamos tenerla, en la política del gobierno de Buenos Aires, cuyo interés mercantil era el enemigo de nuestro interés, que no perdía oportunidad de arrojar petróleo en el incendio de nuestros lamentables conflictos interiores, y que en horas cercanas, cuando el Perú propuso un acuerdo continental para salvar pacíficamente los conflictos que pudieran surgir entre los países americanos, había declarado, sin diplomáticas retencencias, que el fin de la política argentina era el restablecimiento de su antiguo poder, “por la reincorporación federativa de los territorios desprendidos de su seno y organizados en nacionalidades independientes”.

Tampoco teníamos fe, ni podíamos tenerla, en la política del gobierno imperial, política de absorción y de predominio, que nos había arrancado una preciada parte de nuestra heredad, y que constantemente nos hizo vivir bajo los ukases de su tutela, como lo ha reconocido el mismo Nabuco en el cuarto de los capítulos de su notable historia.

Lo mismo que nosotros pensaba el Paraguay, cuyos intereses fraternizaban con nuestros intereses, porque su poderío despertaba celos y su prosperidad era ocasión de envidias. Lo mismo que nosotros pensaba el Paraguay, amenazado no sólo en sus fronteras por las imperiales aspira-

ciones de territorio, sino hasta en los fundamentos de su soberanía por la prensa porteña, que le pintaba como sujeto a yugo e incapaz de subir por sus propias plantas, hasta las alturas del gobierno republicano.

Lo mismo que nosotros pensaba el Paraguay, a quien nosotros no podíamos inspirar ninguna inquietud, por razones de distancia y de pequeñez, como él no nos inspiraba ninguna especie de temor receloso, por la razón de su lejanía y por la razón de sus desvinculaciones históricas.

El coronel Bormann, en la primera de las páginas del prefacio del tomo primero de su *Historia da guerra do Paraguay*, dice textualmente:

“El gobierno paraguayo recelaba siempre de los planes ambiciosos de la República Argentina, porque ellos no habían desaparecido bajo las ruinas del poder del dictador Rosas. La indiscreción política, y permitásenos la expresión, la ligereza patriótica de la prensa y de los estadistas argentinos, hicieron públicas, muchas veces, estas ideas de absorción de las nacionalidades vecinas”.

El Paraguay tenía que creer en esas ideas, porque su independencia, puesta en peligro por el avance del general Belgrano, no había sido reconocida, ni aun en tiempo de Rosas, por la Confederación.

Cuando el doctor Lapido llegó al Paraguay, aún existía y predominaba la política de recelos de don Carlos Antonio López, como se desprende de la nota que, el 19 de julio de 1863, el doctor Lapido enviaba al gobierno de nuestro país, dándole cuenta de la primera de las entrevistas que celebró con el presidente del Paraguay. Dicen así los párrafos más sustanciales de aquella nota:

“Al exponerle al señor Presidente la especialidad de las circunstancias que concurren a que las relaciones de las repúblicas del Paraguay y del Uruguay sean las más francas y amistosas, y las razones que habían determinado a mi gobierno al envío de la misión que estoy encargado de desempeñar, el señor Presidente se manifestó de acuerdo con mis apreciaciones, diciéndome que me presentaba como un testimonio de ello, la manera como había contestado a las palabras dichas por mí en el acto de mi recepción; que había hecho, en este caso, una excepción al laconismo de las fórmulas ordinarias, a las generalidades de estilo, y que había procedido así deliberadamente, para hacerme conocer, desde el primer momento, cuán en armonía están sus ideas y sentimientos con los que yo le había expresado en nombre del gobierno oriental”. Y agrega el señor Lapido, en la misma correspondencia: “Me dijo que los asuntos de la República Oriental le habían llamado la atención desde hace mucho tiempo, abundando en el sentido de nuestras apreciaciones políticas en relación a los dos países. Convino, en fin, especialmente en la franca y completa inteligencia de los gobiernos paraguayo y oriental”.

El mismo doctor Lapido, en una carta enviada el 20 de julio de 1863 al Dr. Herrera, le amplía lo anterior en la siguiente forma:

“He sido visitado por todos los ministros de Estado, incluso el coro-

nel López, hermano del presidente y actual ministro de la guerra. De todos ellos, he oído iguales manifestaciones de simpatía hacia nuestro país, y el mismo deseo de que nuestras relaciones sean las más íntimas", añadiendo el doctor Lapido que "el coronel López, en una larga visita que me hizo, después de hablarme largamente de la fuerza y de los elementos de que podía disponer el Paraguay, en caso de una guerra, agregó que ellos, también, *estaban cansados de la política del gobierno argentino*".

Es indudable, por lo que antecede, que ya en 1863 iluminaban el horizonte los refuclos de la tormenta próxima. El Paraguay, que vio siempre en nosotros un aliado en el arduo problema de sus destinos, no podía consentir que el Brasil se fortaleciese con nuestro apoyo y nuestra posición, y por eso, ya con fecha del 30 de agosto de 1864, dirigió una larga nota diplomática al Sr. César Saubán, ministro brasileño en la Asunción, manifestándole que el hecho de que las fuerzas de su país ocupasen el territorio uruguayo, "sería considerado como un acto atentatorio del equilibrio de los Estados del Plata, y que el gobierno paraguayo declinaba toda responsabilidad por las consecuencias de la declaración que hacía".

(14) En efecto, don Manuel Herrera y Obes, en una nota dirigida a don Tomás Villalba, el 18 de febrero de 1865, le da cuenta de una conversación que sostuvo con el general Flores, para ver si obtenía de éste que no insistiera en exigir la renuncia del señor Villalba y la creación de un gobierno provisorio, presidido por el jefe revolucionario. El general Flores respondió que, en otras circunstancias, no insistiría; pero que no puede dejar de hacerlo, "porque está ligado por compromisos de honor y de fidelidad, al imperio del Brasil". Y dice el doctor Herrera y Obes, que el representante del Brasil, que asistía a la conferencia, apoyó eso mismo, agregando que "le era forzoso sostener la negativa del general Flores", y que "no podía hacer concesión alguna". Era, pues, el Brasil, y no el general Flores, el que nos imponía las condiciones de la paz, pues necesitaba convertir a Montevideo en su arsenal y en su apostadero para la guerra. (*Negociaciones de paz*, publicación oficial, pág. 12, 1865).

Apoyando esta afirmación nuestra, dice Schneider —en pugna con Da Silva Paranhos—, en la pág. 157 del volumen primero de su gran historia, que "de los tres aliados era justamente el Estado Oriental el que no estaba obligado a sustentar la guerra con el Paraguay, *ni a defender su existencia contra las agresiones de López*. Flores abrazó la causa del Brasil por gratitud personal, por cálculo político, para conservar su presidencia, y tal vez por amor a los combates y a la vida de campaña. Es, sin duda, una ardida expresión la que, en el preámbulo del Tratado, procura explicar la participación del Estado Oriental, y fácilmente se reconoce el embrazo de la redacción, que tenía que mencionar algún motivo".

(15) Estos subsidios aumentaron nuestra deuda en 1.388.000 pesos, según afirma el señor Eduardo Acevedo en la página 199 del tomo primero de sus *Notas y apuntes*. Es poco. ¡El Brasil merecía más, mucho

más, por haber baleado a la bandera patria en Paysandú y por haber convertido en un montón de ruinas al Paraguay!

En cuanto a las reclamaciones hechas al gobierno de 1864 —que se pretendió imponernos por la ley brutal de la fuerza—, léase lo que, con fecha del 28 de enero de 1865, le escribía el general Flores al señor Paranhos, manifestándole, al mismo tiempo, que consideraba, como un *empeño sagrado*, su alianza con el Brasil en la guerra contra el Paraguay.

“Como general en jefe de los orientales que componen el ejército libertador y representan, en esta honrosa cruzada, a la gran mayoría de mis compatriotas, cábeme el honor de dar al Brasil la seguridad de que sus reclamaciones, que motivaron el *ultimatum* del 4 de agosto último, serán atendidas con rigurosa justicia y entera lealtad valiéndose esta mi declaración como *empeño de honor y acto solemne y perfecto* de la soberanía oriental, luego, que esté libertada de la fracción que hoy la oprime”.

En cambio, agrega la nota del general Flores:

“Al transmitir a V.E. estas declaraciones, *no pido ninguna seguridad de reciprocidad, porque no quiero quitar a este acto su carácter de espontánea reparación debida al Brasil*, y porque estoy cierto de que el ilustrado gobierno brasilero ha de atender, con la misma nobleza, cualesquiera reclamaciones fundadas que le hayan sido, o sean en el futuro, presentadas en nombre de la República”.

Es decir que casi un mes antes de firmarse el convenio de paz, que se firmó el 20 de febrero, el general Flores, cuando aún su suerte dependía de la actitud final que asumiera el Brasil, ya contrajo compromisos, *sin reciprocidad*, de alianza y de retribución, lo que prueba, evidentemente, el *carácter espontáneo* de aquellas obligaciones.

(16) El Perú protestó contra el tratado, muy enérgicamente, el 20 de agosto de 1866, y en el mensaje que el presidente Prado leyó, después, al abrirse el congreso de aquella república, se encuentran estas palabras: “la justicia de la causa y el heroísmo de la defensa, en la guerra entre los Aliados y el Paraguay, *están al lado de éste* por lo que el Perú no podía dejar de protestar, como lo ha hecho, *contra el escándalo de semejante guerra*”.

Chile, Colombia y Bolivia también simpatizaron con el Paraguay, ofreciendo la primera de estas naciones su mediación, que el gobierno argentino no quiso, ni podía tampoco aceptar, dados los términos del sexto de los artículos del Tratado, en que se estatúa que “los aliados se obligan a no deponer las armas sino de común acuerdo, y *mientras no hayan derogado al gobierno actual del Paraguay*”.

¡Y todavía existe quien sostiene que la guerra no fue guerra de conquista y de intervención! Paul Groussac ha combatido, con briosa elocuencia, el artículo sexto de aquel convenio, y Eliseo Reclus hizo suya la causa paraguaya, en los estudios que publicó, durante el año de 1867, en la *Revue des deux mondes*, donde dijo hablando de la conferencia celebrada,

en Yataíti-Cora, entre el general Mitre y el presidente López:

“Según las diversas informaciones obtenidas sobre la conversación de los dos generales en jefe, parece que López procuró, sobre todo, demostrar cuán funesta y deplorable era para la República de Buenos Aires esta alianza concluida con el imperio esclavista del Brasil, contra una República que tenía el mismo origen, la misma historia y los mismos intereses. Habló del escándalo producido, con justicia, por esta alianza en todo el Nuevo Mundo, y recordó la protesta solemne que el Perú acababa de lanzar en nombre de la mayoría de las Repúblicas hispano-americanas. Por otra parte, López se declaró pronto a hacer a los argentinos todas las concesiones compatibles con el honor del Paraguay, siempre que se rompiera la alianza con el Brasil. Sin duda al general Mitre no se le ocultaba la verdad, tan fácil de comprender, de que aliándose *para una guerra de conquista* con el imperio brasileño, había traicionado los intereses de todas las Repúblicas americanas; pero permaneció sobre la defensiva, alegando *los términos del tratado*, y declaró que la paz no podía hacerse hasta que el Paraguay no fuese vencido y derrocado su presidente”.

A estas palabras de Reclus —que pueden leerse en la pág. 936 del tomo de la *Revue*, correspondiente al segundo semestre de 1867—, podemos agregar lo manifestado por Juan Carlos Gómez, el 14 de diciembre de 1869, en los comienzos de su ruidosa polémica con el general Mitre:

“La alianza ha reducido a los pueblos del Plata a un rol secundario, de meros auxiliares de la monarquía brasilera. Hemos adulterado la lucha en el Paraguay, *la hemos convertido de guerra a un tirano en guerra a un pueblo*, hemos dado al enemigo una noble bandera para el combate, le hemos engendrado espíritu de causa y *le hemos creado una gloria imperecedera, que se levantará siempre contra nosotros y nos herirá con los filos que le hemos labrado*”. Y agregaba Gómez “que la alianza había perpetrado *el martirio de un pueblo*, que se ha dejado exterminar hombre por hombre, mujer por mujer, niño por niño, como se dejan exterminar los pueblos varoniles, *que defienden su independencia y sus hogares*”.

Por si no bastara lo que antecede, bueno es recordar que Carlos María Ramírez decía en *El Siglo*, el 6 de agosto de 1868, que “el tratado de la triple alianza constituirá, en todo tiempo, una acusación tremenda contra los poderes que lo celebraron”, pudiéndose agregar a estas opiniones la del doctor Eduardo Acevedo, quien, después de relatar el pésimo efecto producido en el Brasil por el pacto de paz del 20 de febrero de 1865, dice en la pág. 208 de sus *Notas y apuntes*:

“Tanto, pues, como medio de compensar la ayuda prestada a las armas revolucionarias, como por la necesidad de tranquilizar la opinión pública del Imperio, resolvió el gobierno oriental enviar un cuerpo de ejército al Paraguay y adherir al tratado de la triple alianza, en cuyas cláusulas capitales suscribían el Brasil y la República Argentina *el derecho de conquista y se repartían de antemano una parte del territorio que iban a des-*

pedazar, a título de fijación de límites discutidos y discutibles”.

(17) Por eso, sin duda —persuadidos de que la guerra no se hacía al tirano, sino al país— los paraguayos, como dice Estebanez, en la pág. 419 de su *Resumen de la historia de América*, “se identificaron con el dictador y sostuvieron la guerra con singular bravura. Los combates fluviales y terrestres, generalmente mortíferos, pusieron muy alta la fama de heroísmo de los paraguayos. Ni sus barquichuelos retrocedían una braza ante los acorazados del Brasil, ni sus batallones cedían el campo a fuerzas superiores, mientras tenían cartuchos. Victorias y derrotas fueron igualmente honrosas para los soldados paraguayos. López estuvo a la altura de la situación, batiéndose en todas partes con arrojo inconcebible. *Juró morir por la patria y supo cumplir su juramento”.*

La memoria de López será siempre sagrada para los que tengan la nobilísima pasión del terruño. López, durante la guerra, es el símbolo de la patria invadida, que muere defendiendo su integridad territorial y el honor de sus estandartes. Salen aún, del fondo de la historia, y resonarán eternamente en la posteridad, las palabras con que respondía a la intimación de deponer las armas, bajo la responsabilidad de su persona en caso de no hacerlo, que le transmitieron los jefes aliados el 24 de diciembre de 1868. López les respondió:

“VV.EE. han tenido a bien recordarme que la sangre derramada en *Itoroy* y *Avay* debiera determinarme a evitar aquella que fue derramada el 21 del corriente; pero VV.EE. olvidarán, sin duda, que esas mismas acciones pudieran, de antemano, demostrarles cuán cierto es todo lo que pondero en la abnegación de mis compatriotas, y que cada gota de sangre que cae en la tierra, es una nueva obligación para los que sobreviven. ¿Y ante un ejemplo semejante, mi pobre cabeza puede arredrarse de la amenaza poco caballeresca, permítaseme decirlo, que VV.EE. han creído de su deber notificarme? VV.EE. no tienen el derecho de acusarme ante la República del Paraguay, mi patria, porque la he defendido, la defiende y la defenderé todavía. Ella me impuso ese deber y yo me glorifico de cumplirlo hasta la última extremidad, que, en lo demás, legando a la historia mis hechos, sólo a Dios debo cuenta”.

(18) Bastaría este diálogo para demostrar el empeño con que algunos de los miembros de la mayoría parlamentaria deseaban confundir el debate, a fuerza de inoportunas interrupciones. Perdieron su tiempo, porque lo que no dijimos en el salón de la legislatura, lo decimos en estas breves notas.

Es curioso el fenómeno que se observa en nuestros debates. Los más, los vencedores, no tienen la sangre dulce, sino amargada; no son los cortes, sino los bravíos; no son los que razonan, sino los que atropellan —como si previesen, en lo que hacen bien, lo efímero de su triunfo y lo muy grande de su debilidad ante lo porvenir.

Ellos provocaron, con el más impolítico de los informes, el examen

clínico del tiempo que fue. Ellos defendieron el injusto principio de intervención y el monstruoso derecho de conquista. Ellos condenaron los patrióticos sueños de los próceres de 1845 y de 1863. Ellos se alzaron contra la figura independizadora de Lavalleja.

Nosotros, no. Representantes del partido nacional, envueltos en los dobles colores de su enseña, combatimos la intervención y la conquista, en nombre de la eterna majestad de las patrias, e hicimos nuestro el generoso ensueño de los hombres de antaño, en nombre de la grandeza del terruño propio.

El informe, que rechazábamos y contra el que no se alzó ni tan siquiera una voz colorada, demuestra lo mucho que hemos retrogradado. — 1861, olvidando los errores de las divisas y persiguiendo los ideales del blandengue de la leyenda, valía más que 1907.

(19) En nuestro discurso y en nuestras notas, hemos sido consecuentes con las ideas manifestadas en nuestro libro *El Uruguay en 1904*.

Nuestra ambición quedaría satisfecha y bien pagados nuestros afa-nes, si estas páginas sirvieran para hacer que los jóvenes del partido nacional no olvidasen jamás el grito romano: *¡Pro artis et focis!*

III

EL URUGUAY EN 1904 LA GUERRA CIVIL*

(*) Editado en Buenos Aires, J. Moloney, 1904.

A MODO DE PROEMIO

Al cerrar de una noche —en esos melancólicos instantes del crepúsculo—, en esa hora del Angelus que ha inspirado el más célebre de los cuadros de Millet y el más hermoso de los lienzos de Adan, nos encontrábamos, en torno de un fogón, Aparicio Saravia, Abelardo Márquez y el que escribe estas líneas. Era una triste tarde de otoño, una tarde algo helada y algo lluviosa. Abelardo y yo habíamos galopado, desde el mediodía, en procura del general y estábamos cansados. Aparicio tenía el poncho tendido sobre la espalda y el sombrero echado sobre las cejas. Me dijo de pronto: “Sería conveniente responder a lo que dicen contra nosotros”.

Poco después, una quemadura en el pie de montar —encuada por lo largo de las marchas y por la absoluta falta de cuidados—, me obligó a separarme de mis compañeros. Creo inútil decir que lo hice con pena. Llegado a Buenos Aires, recordé las palabras del general. De aquella frase nació este libro. Lo he escrito con un profundo anhelo de ser útil a los que batallan por mis ideas. ¡Muchas veces me sorprendió la aurora sobre el papel, sin otra compañía que la compañía de mis diarios y de mis recuerdos!

En enero de 1904 el partido nacional no pensaba en la guerra. El partido nacional no es un partido batallador. El partido nacional no provoca jamás, aunque muchas veces se haya visto en el duro caso de resistir.

En enero de 1904, las autoridades civiles del partido nacional estaban formadas, en su gran mayoría, por jurisperitos y por hacendados.

Los primeros —hasta por egoísmo—, debían preferir el combate luminoso de las ideas al combate brutal de las armas. En

el combate de las ideas, ninguno puede poner en duda la importancia trascendental de su papel. En los combates en que intervienen el cañón y la lanza, siempre el papel de los hombres de leyes es secundario, por mucho que valgan y por mucho que sepan.

Por lo que atañe a los hacendados, están en buena relación de amistad con las teorías conservadoras, a causa de sus intereses más esenciales. No podían entrever, sin angustia, la visión de los campos incendiados y de las reses sacrificadas.

Si las autoridades civiles del partido nacional no querían la guerra, ¿la quería, por ventura, Aparicio Saravia? Saravia no tiene nada que ganar y tiene muchísimo que perder en el trágico escenario de los entreveros. No hablemos de su desinterés: hasta sus adversarios le reconocen esa virtud. Hablemos, entonces, de sus posibles pérdidas. Se exponía a perder el prestigio adquirido en la revolución de 1897. Lo que da el capricho de una batalla, el capricho de otra batalla puede quitarlo. Se exponía, también, a perder sus comodidades de estanciero rico, porque Aparicio posee muchas hectáreas de campo-flor en los departamentos de Rivera y de Cerro Largo. Con la paz conservaba el doble prestigio de su nombradía y de su fortuna. Tan cierto es que Aparicio no buscaba la guerra, que yo mismo le he oído decir, viendo a las divisiones destruir una extensa línea de alambrados: "Otro tiene la culpa. ¡Yo no lo quería!". Y el caudillo lloró.

¿Quién es, entonces, el causante de lo que sucede? Ante la sombra de la sospecha de una intimación —que ninguno le hizo—, el señor Batlle tomó el petróleo de sus pasiones y encendió la hoguera de la guerra civil. Las banderolas de los lanceros del partido nacional ondulan a los soplos de las cuchillas, por orden del presidente de la república. El partido nacional ha empuñado sus armas de combate, obedeciendo al impetuoso instinto de la propia conservación. ¡Lo agarrotan, si no se levanta! ¡Lo mutilan, si no dispone que sus clarines toquen a tropa!

Basta dirigir una rápida ojeada a los dos ejércitos para ver que se trata de una verdadera guerra civil. El ejército nacionalista, compuesto por entero de voluntarios, tiene muy cerca

de veinte mil hombres. El ejército del gobierno, a pesar de los prodigios que hace la leva, desgarrando hasta las papeletas de los extranjeros y obligando a los extranjeros a formar en las filas de la guardia nacional, no tiene mucho mayor número de soldados. Es, pues, la mitad de la población viril del país la que se bate encarnizadamente con la otra mitad.

La civilización no ha logrado todavía suprimir las guerras internacionales. Todavía se recurre al torneo judicial del siglo XII. En ciertos casos la guerra entre países es una necesidad universalmente reconocida. Lo mismo puede afirmarse de las guerras internas. Para que los pueblos se adormeciesen con beatitud en la atmósfera letal de la opresión —por cruel que fuera la fusta del despotismo—, necesitaríamos pasar un arado por encima de todas las conquistas del derecho político y por encima de todas las verdades del derecho civil. Lo único que la humanidad puede exigir a las guerras intestinas, es aquello que la humanidad debiera exigir en las guerras de nación a nación. Los tratadistas contemporáneos que no están —en esta parte—, más adelantados que Grocio —el sabio holandés del siglo XVII—, piden a la guerra, a la guerra de patria a patria, los dos caracteres que Grocio le pedía en el año 1625: que sea justa y que esté motivada por un ultraje.

Si esto es así, la actitud del partido nacional merecerá el aplauso de la historia futura: se bate para defender todos sus derechos amenazados; batalla para impedir que le asesinen por estrangulación.

Aun aquellos que no quieren ver en el movimiento nacionalista sino un simple movimiento revolucionario, ¿se atreverían a condenar las revoluciones, en masa y sin distingos de ninguna especie? Para esto tendrían que probarnos —lo que es muy difícil—, que Espartaco defendía una injusticia y que la causa de Roma era la causa de la verdad; que Louvois tenía razón al imponer a sablazos el edicto de Nantes; que Rusia era una santa y que Kociusco era un bandolero. Renan dice, hablando de las revoluciones: “Cuando se trata de fundar lo porvenir, golpeando lo pasado, se necesitan esos formidables zapadores, que no se dejan enternecer por lágrimas mujeriles y que no economizan los hachazos. En tiempos tranquilos falta

el ánimo para golpear, aunque no tenga razón de ser lo que ha de derribarse". Reclus afirma que las revoluciones, cuando defienden una idea nueva o un principio justo, tienen razón de ser y agrega: "El niño, ¿cómo nace? Después de haber residido durante nueve meses en la tenebrosa mansión del vientre materno, sólo sale de allí por la violencia, rompiendo la envoltura que le aprisionaba y produciendo a veces la muerte de su madre. Así son las revoluciones, consecuencias de los fenómenos evolutivos que las precedieron". En fin, toda una historia de más de veinte siglos nos enseña que las conquistas más grandes del derecho, tienen por cuna un apostolado y por coronamiento una revolución.

Lo único que puede exigirse al partido nacional, es lo que el partido nacional siempre ha hecho y lo que nunca se negará a hacer: buscar el modo de que el conflicto termine lo antes posible. En los albores de la revolución, poco antes de que el general Saravia, después del ruidoso triunfo de la Ternera, persiguiese al ejército de Muniz hasta más allá de las Pavas, el señor Batlle se dirigió al directorio, pidiendo la paz e indicando las condiciones en que ésta podría hacerse. El directorio aceptó la paz y las bases. El Sr. Batlle, cambiando de pronto de parecer, se asomó a la ventana ojival del castillo de su soberbia, e hizo un signo para que pasasen de largo los portadores de la concordia. Es que en tanto nuestras autoridades aceptarían patrióticamente cualquier solución que no nos denigre, al señor Batlle le irrita hasta la idea de las soluciones ennoblecedoras.

Mirabeau-Tonnelle, llamado también Mirabeau-Cravate, decía de Necker: "Hace gárgaras con todas las virtudes, pero no bebe ninguna". Del Sr. Batlle puede decirse que gargariza con todos los mensajes de paz, protestando de su profundo amor al país; pero que todos los mensajes le desagradan y todos le exasperan.

El curioso lector hallará, en las páginas que siguen, comprobado lo que antecede.

Para muchos este libro será un libro de odio: para mí es un libro de justicia vindicadora. Los vencedores no deben odiar y yo creo que el gobierno del señor Batlle es un gobierno muerto,

bastando el más pequeño vaivén del destino, su soplo más tenue, para que se derrumbe ese pobre cadáver que, sólo por un milagro de equilibrio, permanece de pie.

Entre mi libro y los que recriminen, no hay sino un juez posible: el futuro, las generaciones que van a venir. Declaro que esperarí­a su fallo sin temor alguno, si no creyese que el porvenir se preocupará muy poco del zumbo aturdidor de nuestras rencillas.

Empecemos.

LIBRO PRIMERO

SUMARIO. -El país a principios de julio. -La guerra hasta el aniquilamiento de uno de los partidos. -Sus resultados para nuestra política interna. -Sus resultados en el exterior. -La buena doctrina. -La prensa gubernista y el mirlo de Musset. -El "Diario Nuevo" y el diablo predicador. -Las absolutas de la redacción de "El Día". -El pacto de la Cruz. -Su razón de ser. -Necesidad de cumplirlo religiosamente en bien de la vida institucional. -El proyecto de pacificación del comercio y la industria. -Entrevista del Dr. Demaría y el señor Batlle. -El círculo oficial y los expatriados de Coblenza. -La reunión en la Bolsa. -Las bases propuestas. -Causas de su fracaso. -Regocijo de los intransigentes. -Abundancia de divisas. -Lo que pensaban Rossi y Benjamín Constant. -El rectorado de la universidad. -Los doctores Demaría, Pena y Acevedo. -Espontaneidad no concertada y forzosa del movimiento revolucionario. -Las interdicciones. -La libertad de imprenta. -Las cartas. -José G. del Busto.

¿Por qué me coloco --para juzgar la guerra civil de 1904-- en el mes de julio?

Porque en el mes de julio --mes que siguió al terrible combate de Tupambaé--, es cuando llega a su plenitud el movimiento revolucionario.

La historia es como un campo de batalla. A mayor eminencia, más horizonte. Yo he escogido la colina central y la más elevada, para observar mejor los episodios de la pelea.

Como verá el lector, casi siempre razono en tiempo pasado. ¡Es que mi patriotismo desearía que ya no sucediera lo que sucede aún!

I

A principios de julio celebróse una gran asamblea, con el fin de llevar a buen término una nueva tentativa pacificadora. Apoyados por todas nuestras casas bancarias y con asistencia de todos los representantes del alto comercio de Montevideo,

reuniéronse como un centenar de ciudadanos distinguidísimos por su actuación en la prensa, en el foro, en la cátedra y en la vida social de nuestro país. Se explica el decidido apoyo que prestaban la industria y el comercio a tan noble y patriótica iniciativa, recordando que el *Boletín Mensual de la Cámara de Comercio Francesa* —próximo a publicarse—, decía así: “La situación comercial no deja de ser inquietante. Numerosos son los pequeños negociantes, lo mismo de la campaña que de la capital, que suspenden sus pagos y ofrecen arreglos de porcentajes ínfimos”. Por su parte “*El Telégrafo Marítimo*” —órgano desvinculado de todas las fracciones políticas y que se ha distinguido siempre por su circunspección —después de afirmar que “eran cada día más alarmantes los síntomas ofrecidos por la situación comercial e industrial”, agregaba que “para conocer de esto a fondo es necesario frecuentar las principales casas de comercio de Montevideo, los Bancos y los establecimientos industriales de más importancia. En esos centros se llega el perfecto conocimiento de nuestra situación financiera, y se hacen pronósticos que no debemos reproducir para no agravar la desconfianza general”.

II

Las publicaciones, eco de los intereses materiales del país, no obedecían a un sentimiento de pesimismo sin razón de ser. Nuestra deuda de tesorería, que pocos meses antes se cotizaba a 74, se cotizaba a 69 en la segunda quincena de julio, y si la guerra no había hecho bajar sino algunos puntos a la deuda consolidada, debíase, —como dijo don Agustín de Vedia en aquella sazón—, “a que los conflictos uruguayos están descontados desde hace mucho tiempo en la Bolsa de Londres”.

A pesar de todo esto, la tentativa pacificadora iba a tropezar con muchas dificultades, convirtiéndose en una fatigosa carrera de obstáculos. Algunos afirmaban (sin duda porque el deseo sobreexcitado presenta las cosas no como son, sino como cada uno quiere que sean) que, dejando librada la suerte de los partidos al capricho de las armas, lograrían los orientales una

paz estable y definitiva. “El vencedor gobernará en sosiego, aunque al principio gobierne entre ruinas. La agrupación vencida se disolverá, viendo lo engañoso de sus esperanzas y el inútil heroísmo de sus esfuerzos”.

Me explico que así sintieran y así razonaran los mariscales de café, los faltos de toda noción de verdad; pero no me explico que se hiciesen eco de estas criminales sandeces, los hombres públicos, los políticos y los estadistas, los alleccionados por la experiencia y por la historia.

Desde 1873 hasta 1896, el partido nacional vivió completamente alejado de la escena, pareciendo que se habían extinguido para siempre los viejos rencores. La hegemonía colorada, absoluta e indiscutible, ¿nos dio, acaso, el sosiego y nos dio la riqueza? —¡No!—. Se malversaron los dineros públicos, se pisotearon las libertades y se desprestigiaron todos los poderes —hasta el mismo poder judicial—, viviendo el país entre las tristezas de un hoy inseguro y los presagios de un mañana borrascoso. Hubo gobiernos provisorios, dictaduras militares, corporaciones legislativas con monstruosísimos defectos de origen, naufragios económicos de cuantía inmensa, movimientos armados como el de la Tricolor y revoluciones como la del Quebracho.

El aniquilamiento del partido nacional —su dispersión por medio de las armas—, devolviendo al militarismo su omnipotencia y al partido colorado su injusto dominio —aquel dominio que les desligó de la opinión y de las leyes—, colocaría a este último en condiciones propicias para reconstituir el pasado. Y no se diga que desde 1875 hasta la mitad de 1904, habían cambiado los tiempos, depurándose los espíritus. En la masa los odios atávicos vibraban aún con ruda intensidad. Jamás la guerra civil había presentado tintes más crueles y más grandes enceguecimientos. ¡Se degollaba entonces con la misma saña con que se degollaron los partidos en el año 40! En el poder dominaba, como reina absoluta, la intransigencia. Se perseguía al adversario en su fortuna por medio de las leyes, y en su honor por medio de la prensa gubernativa, que llamaba hordas a los ejércitos y salteadores a los ciudadanos. ¡Igual, completamente igual que en los sacudimientos feroces y embrionarios

de la primera mitad del siglo XIX!

Si, por el contrario, la fracción política a que pertenecemos aniquilaba al partido colorado, tampoco la riqueza y la paz se asegurarían. Hubiésemos tropezado, entonces, con todos los inconvenientes de lo nuevo, con la falta de práctica en el dirigir y la sobra de costumbre en el obedecer. Surgido de las armas, hijo del hecho, producto de la violencia, el nuevo estado de cosas se hubiera resentido forzosamente del mal de su origen. Una dictadura se habría hecho necesaria, y somos enemigos de todas las dictaduras, lo mismo de las que van ataviadas de blanco, que de las que van ataviadas de rojo. Nosotros no esperamos ni queremos que nuestro partido llegue al poder en esas condiciones. Esperamos y queremos que llegue al poder en virtud de una evolución lógica y gradual, por los maravillosos prodigios del sufragio libre y del voto austero. Nuestro triunfo sería la reparación de una inmensa injusticia; pero ni le pedimos ni le deseamos manchado de sangre y húmedo de lágrimas.

III

Si el aniquilamiento, si la dispersión de una de las grandes fracciones en armas, no podía devolvernos la prosperidad interna, ¿nos daría por ventura, un aumento de crédito y de fama en el exterior? Supongamos que el aniquilado hubiese sido el partido nacional. En el ejército de ese partido estaban representados todos los gremios, las fortunas, las clases, los títulos y las condiciones de la sociedad uruguaya, sin ninguna excepción y sin ningún distingo. Pues bien, una gran parte de los que componían el ejército nacionalista hubiesen buscado en la expatriación un remedio a sus males, amortajados con el mismo paño en que estaría envuelto el cadáver de sus patrióticas esperanzas y de sus convicciones partidistas, llevando al extranjero el eco de sus ayes, las amarguras de su decepción, los enconos de su desgracia, y la historia de la pasada iniquidad de los vencedores. Así, buscando en los extraños cómplices a sus iras y viviendo en perpetua conjura, con los ojos fijos en la patria ausente y el bienestar perdido, los emigrados solo ser-

virían para intranquilizar al país que los hospedara y tendría que preocuparse de vigilarlos — ¡vigilancia cruel hasta para los mismos que la ejercieran, porque los pueblos libres y las almas nobles hallarán siempre dignos de compasión, a los vencidos por el hecho brutal, a los representantes de una idea sacrificada en el altar del éxito!

No hay emigrado político que no se crea siempre próximo a volver, como no hay prisionero que no crea en el próximo milagro de su libertad. Las alucinaciones o la certeza de los expatriados, por poco que se transparentasen en sus cartas y por poco eco que encontraran en la prensa del país que les sirviera de refugio, hubiesen bastado para impedir, durante mucho tiempo, que nuestro crédito exterior se robusteciera y que la tranquilidad pública se solidificara. Las colectividades políticas se disgregan o desaparecen por transformación, en virtud de las ideas que el progreso lanza, como un ariete, sobre el escuadrón macedónico de sus heroicas leyendas y de sus preocupaciones sectarias. Poco a poco los cerebros se van abriendo a las teorías civilizadoras, despoblándose los santuarios de los vetustos ídolos y agrupándose los ciudadanos a la sombra de las nuevas banderas. Pero ni el hierro las mata ni las asfixia el humo de la pólvora, porque siendo espiritual el vínculo que reúne en un haz a sus componentes, la materia no puede destruir ese vínculo. El alma colectiva, lo mismo que el alma personal, se ríe de las lanzadas, las crucifixiones y los autos de fe. ¡Combatid al éter viciado con un éter más puro y oponed a las tinieblas del espíritu antiguo, los rayos luminosos de un espíritu nuevo!

IV

Agréguese a lo que acabamos de manifestar, la imposibilidad material con que tropezaba el gobierno uruguayo para someter a la revolución — imposibilidad demostrada por siete meses de cruentos combates—. Agréguese que un ejército de más de diecisiete mil hombres, llenos de savia, de brío, de entusiasmo y de fe, no se disuelve ni se destruye con un ejército

anarquizado, compuesto en gran parte de milicias arrancadas violentamente a todos los amores del hogar y a todos los placeres de la quietud, y se echará de ver, sin mucho trabajo, que prolongar la guerra tan solo conducía a destruir la patria, sin ningún beneficio para los poderes públicos y sin ninguna probabilidad de futuro mejoramiento. El Sr. Cuestas, convencido de estas verdades; el Sr. Cuestas, a cuyos ojos escudriñadores no se ocultaba el rejuvenecimiento alcanzado por el partido nacional; el Sr. Cuestas, que sabía que la paz es tan necesaria a los orientales como el oxígeno a la economía humana; el Sr. Cuestas que quiso ser patriota antes que partidario y jefe de un pueblo antes que cacique de una camarilla; el Sr. Cuestas sacrificó algunos guiñapos del principio de autoridad en los altares de la ventura nacional, de las públicas conveniencias, ¡sacrificio que le tendrán en cuenta las madres de hoy y que ha de purificarle de muchas máculas ante los ojos apiadados de lo porvenir!

V

El pleito que exasperaba los ánimos y que nos iba despojando de nuestras riquezas, solo podía concluirse por una transacción, que a todos nos honrara y nos tranquilizase. El gobierno debía llamarse a partido, desde que le era imposible vencer, acordando a los revolucionarios algunas garantías equivalentes a las que les concedió el pacto de la Cruz —garantías electorales de que los nacionalistas no habían de desprenderse sino en un raptó de locura suicida—. Se alzaron al mirarlas amenazadas, obedeciendo al instinto de la propia conservación, que es tan poderoso en las colectividades políticas como en los individuos aislados. Era lógico y natural, en vista de los hechos, que las cosas volviesen a su principio. Entonces el pleito cambiaba de campo de acción, pasando a otra audiencia, a otro tribunal: a la audiencia y al tribunal del pueblo, que era el llamado a decir la última palabra y a dictar el fallo decisivo. Entonces el vencimiento no sería un desastre ni sería un suicidio la sumisión, porque el vencido podría conservar la esperanza de resurgir en

una nueva lucha electoral. ¡Entonces no habría lágrimas que manchasen el triunfo, ni hogares en ruinas que aumentaran lo amargo de la derrota!

Dice Lamartine que no hay nada más implacable que una pasión pública. Era necesario, pues, que la paz se convirtiese en la pasión pública de los orientales, para que se impusiera a todos los cerebros y a todas las conciencias, salvando del naufragio, que iba a ser el producto de la guerra civil, a ese precioso canastillo de hierbas de olor, puesto — como una muestra de la inagotable fertilidad de un mundo —, bajo el pórtico, con florones de estrellas, del Río de la Plata!

VI

Por muchas razones iba a fracasar la nueva tentativa de pacificación. En primer lugar, se oponía a ella la prédica de los órganos palaciegos. *El Día* no se cansaba de repetir en todos los tonos: “La paz es de todo punto irrealizable, siempre que no tenga por base el sometimiento a las autoridades constituidas y la integridad de las instituciones”. Los órganos batllistas se presentaban, a los ojos de los países sud-americanos, como los sostenedores integérrimos de los principios constitucionales. Perfectamente. Es natural que, plagiando al vendedor de pájaros de Musset, tratasen de ofrecernos el mirlo negro de sus enconos como si fuera el mirlo blanco de la legalidad. El “*Diario Nuevo*” no logró, sin embargo, convencer a nadie. Le pasaba lo que al lobo de la fábula: por la caperuzza de su disfraz, asomaba la punta de la oreja de sus afecciones colectivistas. Recordaba al diablo predicador.

Cuéntase que el diablo, sorprendido una noche por el viento y la lluvia, pidió asilo a un convento y encontrando agradable la calma del claustro, quedó como novicio en la santa mansión que le ofreciera albergue. Desde aquel día no hubo, en el monasterio, momento de quietud. El novicio tenía revuelta a la comunidad, espionando los actos de los monjes, para denunciar todas las infracciones contra la regla cometidas en el templo, en las celdas o en el refectorio. “¡Padre Prior, fray Ignacio faltó

a la vigilia!”. “¡Padre Prior, fray Gerundio no asistió a los maitines!”. “¡Padre Prior, fray Luis de Gonzaga se ha dormido en la iglesia, y, ¡qué profanación! durante la misa!”. Y por si el portero no era comedido en el responder y el monaguillo andaba sin descanso con las vinajeras, el nuevo novicio sembraba un cisma todas las mañanas, trayendo chismes del prior a los frailes y de estos al prior. Cansóse al fin la superioridad y le dijo al novicio: “Vea, hermanito Escrúpulos, váyase norabuena donde más le plazca, poque al ver la manera como Ud. la defiende, pesada como plomo se nos va haciendo a todos la monástica regla, que antes nos parecía remedio de pecados y alivio de holganzas”. Y cuentan que el diablo, viéndose descubierto, dióse a correr con velocidad, alzándose los hábitos, puesto que ya era inútil guardar de indiscreciones los pies ganchudos y el rabo sin plumero.

Revelando sus afinidades con el colectivismo, el *Diario Nuevo* contestaba a los partidarios de la pacificación: “Los que, directa o indirectamente, han concurrido a preparar la resurrección del caudillaje —y en esta obra entran los banqueros y los capitalistas que invitaban para las manifestaciones en honor de Cuestas— no deben impacientarse ahora ante el desenlace que las circunstancias exigen”.

El Siglo, replicando al artículo de que entresacamos las líneas anteriores, decía así: “Un *colectivista* podría hacer ese proceso, en forma tan radical. Un batllista no puede, por aquello de que el que escupe al cielo en la cara le cae. Los hombres, a quienes se acusa de haber empleado siempre su influencia “en la elaboración de soluciones transitorias, artificiales, en treguas de simple apariencia benéfica, en apagar incendios con ceniza que sofoca las llamas y conserva el fuego”, quizás tengan muchas culpas sobre la conciencia; pero no debe olvidarse que la resultante de todos esos errores es el régimen legal que hoy impera. Nada se produce por generación espontánea, y los hijos, por más empeño que en ello pongan, no pueden despojarse jamás del sello con que los marca la paternidad”.

VII

“El Día”, durante toda la guerra civil, fue un diario de secta, de círculo, de camarilla. La clara inteligencia de sus redactores estaba cegada por una pasión; no por la pasión constitucional, sino por la pasión afectiva que les inspiraba el presidente de la República, a cuya sombra se habían formado en las candentes luchas periodísticas de 1901 y de 1902. Y no los injuriamos al hablar así, porque —como Shakespeare ha dicho—, del mismo modo que en los más hermosos capullos de rosa es donde le agrada habitar al gusano roedor, en los mejores espíritus es donde roen mejor las pasiones.

En la ceguera de su apasionamiento, no podían gritar como Cavor, el más simpático de los héroes de Wells: “¡La ciencia ha trabajado demasiado en la fabricación de armas que desfiguran y que destrozan!”. En la ceguera de su apasionamiento, no podían sentir la estupefacción que el Gran Lunar sentía, cuando Cavor le relataba el gozo y las aclamaciones con que los ejércitos entran en pelea, ¡cómo si la gloria de las armas no fuera la más triste de todas las glorias! Jóvenes y valientes, pero arrebatados por su misma juventud y su misma osadía, contestaban a la pregunta de por qué era imposible una transacción honrosa, con esta draconiana respuesta: “¡Porque lo prohíbe la Constitución!”.

Nada era más incierto. La Serre decía, ante las Cámaras de Luis XVIII: “Desconfiad de los que os hablan a cada instante del respeto que les merecen las sílabas, las comas y los puntos de la Carta. Se parecen a los escribas que, arrodillándose ante la letra de la ley, utilizan la letra para violar y escarnecer el espíritu del Evangelio”.

Con un pacto finalizó la revolución de 1897. Por ese pacto se concedieron al partido nacional seis jefaturas, o sea el gobierno político-administrativo de seis departamentos, hasta tanto que unos comicios generales no declararan a quién correspondía la tutela de la nación, el gobierno del país, que durante muchos lustros había ejercido, sin sanearlo en las fuentes del voto, el partido de Goyo Suárez y de Venancio Flores. “El poder, enseña Beaujour, no es otra cosa que el derecho en acción

o en ejercicio". Era lógico, entonces, que el pacto restringiera las atribuciones que al poder confiere la carta institucional, desde que ese poder había nacido de una violación de derechos. También era lógico que el pacto garantizase la libertad del voto a todos los partidos, para que los nuevos poderes de la sociedad fueran el resultado incontrovertible de los derechos ejercidos por ella.

Romper el pacto de la Cruz, antes de que ese pacto se cumpliera en todas sus partes, era falsear el espíritu de la Constitución, que quiere que los poderes públicos sean la expresión fiel de la soberanía nacional, libremente manifestada por medio del sufragio. Romper ese pacto, pidiéndonos que nos despojáramos de nuestras garantías, en beneficio de un partido que nos gobernaba sin demostrarnos que tenía derecho al gobierno por el número de sus votos, era falsear el espíritu de la Constitución, buscando pretextos para encender pasiones y hacer imposible el gobierno electivo, de que tratan y a que hacen referencia todos y cada uno de los artículos de nuestro código institucional. Romper ese pacto —alegando que sólo obligaba al presidente Cuestas y no a sus sucesores—, era establecer una teoría tan anárquica como desquiciadora; era decir que las deudas y los pactos gubernativos no obligan a la nación, en cuyo nombre se contraen o celebran, aprovechándose, con evidente dolo, de la buena fe de los que se sometieron, por preferir el triunfo de las urnas al triunfo de las armas. Romper aquel pacto, equivalía a colocar a los contratantes en las mismas condiciones en que se encontraban en 1897, volviendo a reanudar el pleito de los colores, ese pleito que hace cincuenta años no deja a los orientales dormir en sosiego, ¡ese pleito más largo y más enconoso que el sostenido entre la rosa de la casa de York y la rosa de la casa de Lancaster!

El señor Batlle debía pensar, en 1897, de esta misma manera. *El Día*, redactado por él, no dijo nada en contra del pacto de la Cruz. Su ascensión al poder le hizo cambiar de ideas. No nos extraña. Montaigne afirma: *Il n'y a rien de plus divers et de plus ondoiyent que l'homme.*

Planteado así el problema, ¿de qué lado se inclinaba la constitucionalidad? ¿de qué lado batallaba la buena fe? ¡Responda

el espíritu republicano de nuestro pueblo, que ha sembrado de cruces todos los trebolares y todas las cuchillas del suelo patrio, persiguiendo ese mismo derecho a votar sin fraudes ni violencias, que perseguía, en los campos de batalla de 1904, el partido de Berro y de Giró!

Al someter a la caprichosa voluntad de las armas, en los comienzos de nuestra vida de pueblo libre, su mejor derecho, cosa que sólo podían resolver los votos, es indudable que los partidos se habían separado de la ruta institucional. El partido colorado recogió los despojos de la violencia, labrando con esos despojos la corona y el cetro de su dominio. El pacto de la Cruz —colocando a los adversarios tradicionales en condiciones que les permitieran reñir, sin desventaja, el último combate en los pacíficos campos del voto—, iba a facilitarles el regreso a la senda perdida, privándoles de todo motivo plausible para continuar perturbando el país con sus furias y con sus anatemas. Era, pues, necesario cumplir aquel pacto religiosamente, y si el Sr. Batlle hubiese sido un verdadero estadista, hubiera puesto un dique a las ciegas ambiciones y a los torvos partidismos que le circundaban, armándose así de todas las armas del derecho, ante los ojos de la opinión contemporánea y la historia futura. No supo pensarlo o no quiso hacerlo, siendo sus impaciencias las que encendieron y alimentaron el fuego devorador de la guerra civil. En julio, sus labios, empapados por la hiel amarguísima de una lucha larga y destructora, parecían prepararse a decir, como los labios adustos de Breno: *¡Vae victis! ¡Ay de los vencidos!*...

VIII

Dejemos defender a los diarios gubernistas, con estériles derroches de ingenio y de bravura, la mala causa de la guerra a muerte. Dejémosles profetizar el arribo de hecatombes más impresionadoras y más sangrientas para las armas del nacionalismo, que aquellas terroríficas hecatombes que sofocaron el fuego devorador de la heroica resistencia vandeana. Deje-

mosles decir que el combate entre güelfos y gibelinos debe continuar hasta el total derrumbe de uno de los bandos, aunque las teas anunciadoras del triunfo de los capuletos o de los montescos, sirvan tan solo para alumbrar la pálida belleza de la Julieta de la libertad y de las públicas prosperidades, muerta con saña en los hervores del entrevero definitivo. Dejémosles recitar con apasionamiento a su fantasía —sibila de desastres que no han de venir—, estos hechizadores y delicados versos de Gautier:

*Dites, la jeune belle,
Où voulez vous aller?
La voile ouvre son aile;
La brise va souffler!...*

Ya volveremos a encontrarlos, enarbolando más alta que nunca la bandera de las intransigencias partidarias, que confundían en su engeguimiento con la bandera de la legalidad. Entretanto reseñemos la nueva tentativa de pacificación, y expliquemos las causas que contribuyeron a su fracaso.

Cuando se tuvo conocimiento de que algunos espíritus escogidos trataban de reunirse para buscar una fórmula transaccional, el Sr. Batlle se dulcificó, poniéndose al habla con el Dr. Pablo de María, que era uno de los iniciadores de la generosa y arriesgada empresa. *El Día* explicó así la entrevista del Dr. de María con el señor Batlle, entrevista que tuvo lugar el 4 de julio: “El Dr. de María, el domingo pasado, manifestó al ministro de Gobierno, Dr. Claudio Williman, que tenía deseos de conversar con el presidente de la República, y el Dr. Williman se apresuró a ofrecerle su compañía, para ir al día siguiente hasta la casa del presidente”. *El Día* agregaba: “El presidente, que tiene íntima estimación por el Dr. de María, le recibió con verdadera complacencia y la conferencia que se produjo fue larga y cordialísima, versando sobre temas interesantes de actualidad”. Indiscutiblemente la conferencia —si bien fue solicitada por el Dr. de María— era de honda importancia para el Sr. Batlle, pues iba a permitirle conocer el espíritu que animaba a los hombres dirigentes de la tentativa de pacificación.

Sin aquella entrevista, dadas las categóricas declaraciones de la prensa oficial en lo relativo a la finalidad de la guerra, esa tentativa hubiese muerto *non nata*, en estado de feto y bajo una policiaca resolución; pero el Dr. de María debió presentar lo que iba a hacerse con un cariz simpático al primer magistrado, y este permitió que se iniciaran los trabajos pacificadores, tal vez con la esperanza de que la asamblea terminase en cisma, o aguardando tal vez que primara en ella el respeto absoluto al principio de autoridad. El ciego sueña con la luz, el sordo con la música y el paralítico con la acción. El Sr. Batlle soñaba con la guerra sin cuartel, y le hacemos la justicia de pensar que creía que las clases conservadoras del país participaban de sus opiniones, halagadas por el prisma engañoso de un mañana estable. El círculo afecto al presidente de la República sufría el mismo error que sufrieron los nobles, los expatriados de Coblenza, los soldados de Condé, los familiares del conde de Artois, durante toda la segunda restauración borbónica, durante el reinado de Luis XVIII y durante el reinado de Carlos X. La encarnación de ese círculo era el príncipe de Polignac, para quien debía buscarse la fórmula salvadora del trono y del país, en el sistema antiguo, en el imperio absoluto de una sola casta y la sumisión incondicional de todas las otras. A sus ojos el desprestigio de la realeza tenía por base las tolerancias de la corona, sus transacciones y componendas con los herederos de las doctrinas del período revolucionario. Esto y no otra cosa era lo que alimentaba a la sierpe de las doce cabezas, al dragón de la anarquía, imponiéndose un sistema de rigor, de tenacidad, de medidas férreas, que no diesen al monstruo hora de respiro. “¡No más treguas, no más paliativos, no más arreglos, no más tisanas! ¡Juguemos de una vez el todo por el todo!” ¡Y el todo fue la caída y el destierro de los Borbones! El círculo afecto al presidente de la República soñaba también con el sólido afianzamiento de una restauración, la restauración del gobierno absoluto del partido colorado, atribuyendo a los blandos ardides del Sr. Cuestas, todos los cánceres que devoran la carne del país. Desconociendo que —por el contrario— la verdadera causa de nuestros males radica en el predominio absorbedor de una bandería sola, predominio que ya

no puede aceptar la conciencia pública, ese círculo —como el príncipe de Polignac al conde de Artois en 1827— le gritaba al Sr. Batlle en 1904: “¡No más armisticios, no más concesiones, no más convenios! ¡Juguemos el todo por el todo, seguros de que el país nos acompaña y de que la posteridad nos dará la razón!”. Pronto iban a convencerse de que no era así. Todas las restauraciones, que al principio no son sino una secta, sufren del mismo mal: todas desconocen el modo de ser del tiempo en que viven. ¿Por qué? Porque las sectas se estacionan y los pueblos caminan; mientras éstos adelantan, aquéllas duermen. Podría comparárselas a un árbol añoso, robusto en apariencia, pero de tronco hueco, que permanece inmóvil, en tanto la corriente, que murmura a sus pies, va copiando los distintos tonos de los distintos cielos que refleja en sus aguas. Si el Sr. Batlle creía en la popularidad de sus ideas sobre la guerra a muerte, debió quedarse profundamente desorientado, al ver la calidad de los ciudadanos que, en la tarde del 5 de julio, se congregaron en la Bolsa de Comercio, ansiosos de ayudar al buen alumbramiento de la tentativa de pacificación.

Hicieron acto de presencia los miembros de la cámara nacional de comercio, señores Márquez, Peixoto, Lasala, Mir, Friesel, Grela, Braga y Artagaveytia —los gerentes de los Bancos de Londres, Comercial, Británico, de España, London-Brazilian, Italiano, de Tarapacá y Argentino—; los presidentes de las cámaras comerciales española, francesa e italiana; los presidentes de los centros de importadores mayoristas, de productos del país, de saladeristas, de la Asociación Rural, de los tenderos, de los almaceneros minoristas y de otras corporaciones de menor importancia, pero no menos interesadas que las anteriores en el pronto término de la guerra. Junto a estos caracterizados representantes de nuestro mundo comercial y bancario, estaban allí, entre otros representantes del foro y de las letras, de la fortuna y de la sociabilidad más encumbrada, los doctores Gonzalo Ramírez, Pablo Demaría, Martín C. Martínez, Eduardo Acevedo y Juan Zorrilla de San Martín. La asamblea duró cerca de tres horas, designando para formar un comité ejecutivo, encargado de los trabajos de la pacificación, a los señores Joaquín Márquez, Pablo Demaría, Martín C. Martínez,

Zorrilla de San Martín, Eduardo Acevedo, Ortiz Taranco, Carlos María de Pena, Gonzalo Ramírez, Augusto Hoffman, Alejandro Tálce, José Antonio Ferreira y Pedro Etchegaray. Este comité nombró una comisión informante, compuesta por los doctores de María, Acevedo y Zorrilla de San Martín, a fin de que estudiaran el temperamento que debía seguirse, y propusieran las bases que creyesen más oportunas para el buen resultado del propósito que se perseguía. Estas bases debían ir precedidas por un manifiesto que las justificara a los ojos del país y de los partidos. Así lo hicieron los señores nombrados en comisión, y una vez aprobada su tarea por el comité ejecutivo —citado antes—, comisionose al Dr. de María para que pusiera las bases concertadas en manos del presidente de la República, y autorizose al Dr. Acevedo para trasladarse a Buenos Aires, a fin de entregarlas al directorio del partido nacional. Si el directorio y el presidente las aceptaban, se convocaría a una nueva asamblea, puesto que —dada la unidad de pensamiento que siempre había existido entre la dirección civil y la dirección militar de la revolución—, era seguro que las bases serían aceptadas también por el general Aparicio Saravia. Por no permitirlo el presidente de la República, ni las bases ni el manifiesto —que las antecedia y las explicaba—, pudieron publicarse en la prensa de Montevideo. La opinión estaba impaciente y los rumores eran cada vez más contradictorios; pero iba predominando la nota negra, la lúgubre, la desesperanzada. Las madres suspiraban de angustia y en todos los hogares que tenían algún deudo en las filas de la revolución o del ejército gubernista, se aguardaba con ansiedad febril la noticia del resultado de las negociaciones.... ¡Inútil zozobra! ¡Sobre los trabajos de paz no se cernía aún la mirada de Dios!

IX

Las bases propuestas fueron las siguientes:

1°. Los orientales, obedeciendo a la voz del patriotismo, reconocen que todas las disidencias políticas deben inmolarse en holocausto a los más vitales intereses de la República.

2°. La próxima renovación del cuerpo legislativo se hará sobre la base de un acuerdo electoral pactado entre los partidos nacionalista y colorado, en el cual se mantendrá la proporción del celebrado en 1898. En tal virtud, veintinueve diputados y seis senadores serán elegidos por el partido nacionalista y el resto por el partido colorado.

3°. Quedará sin efecto la ley de interdicciones, así como las resoluciones administrativas que dan de baja a los militares por causas políticas. Se acordará una amplia amnistía que comprenderá todos los actos de los ciudadanos, conexos con la guerra, con la sola excepción de los delitos comunes.

4°. Las fuerzas revolucionarias serán desarmadas y disueltas ante sus propios jefes, y todo su material de guerra será entregado, en el mismo acto del desarme y disolución, a los comisionados que designe el gobierno.

5°. El gobierno destinará una suma prudencial para gastos de pacificación.

6°. Quedan abolidos todos los pactos y arreglos políticos que han sido celebrados para poner término a conflictos anteriores al presente. El presidente de la República los sustituirá, con ventaja para las instituciones, haciendo de sus facultades constitucionales, íntegra y libremente ejercidas, otras tantas eficaces garantías de los derechos de partidos y ciudadanos, muy especialmente del derecho electoral; siguiendo una política amplia y generosa de concordia cívica; tratando de llevar a los puestos públicos cuya provisión le incumbe, a los ciudadanos que, por sus aptitudes, sus virtudes cívicas, su moderación y demás condiciones y antecedentes personales, respondan mejor a la efectividad de esa misma política amplia y generosa, y sean una segura garantía de respeto a todos los derechos y de honrada y progresista administración: exteriorizando en fin

el propósito que indudablemente tendría, hasta en el caso de terminar por las armas la actual guerra civil, de dar, en el uso libérrimo de sus atribuciones legales, a ciudadanos del partido revolucionario, la misma participación que tenían, antes del conflicto, en las administraciones políticas del partido. Este propósito no debe ser interpretado en el sentido de que haya en el país regiones de un partido y regiones del otro, ni en ningún otro sentido que importe menoscabo de la integridad gubernativa, o de la unidad de la patria; pero, debe sí, reconocerse que, después de una cruenta lucha como la de cuya patriótica terminación se trata, es un principio de sana política el de no designar delegados del Poder Ejecutivo en determinados departamentos, a personas que estén distanciadas por causas políticas, de la gran mayoría de los ciudadanos que los habitan".

X

La primera base no podía ofrecer inconveniente alguno. Era, sencillamente, a modo de decreto poniendo fin a la contienda que nos desgarraba. No sucedía lo mismo con la segunda. Por ella se reducía el número de los senadores con que contaba, al empezar la guerra, el partido nacional. A pesar de esto el acuerdo electoral, dado lo angustioso de las circunstancias, es de creer que no hubiera levantado insalvables resistencias dentro de las agrupaciones en lucha. Pero ¿y entre tanto? Era imposible pensar en que la renovación del cuerpo legislativo se verificara en el próximo mes de noviembre, por la carencia de registros cívicos en que iban a hallarse algunos de los departamentos de la república. El registro cívico del departamento de Artigas había sido entregado a las llamas. ¿Cuándo? Se ignoraba. ¿Por quién? No se sabía. Era posible —como algunos dijeron—, que ese auto de fe se debiese al partido nacional, por la inferioridad numérica de sus afiliados en aquel registro. Todo podía salvarse rehaciendo lo quemado; pero para esto se necesitaba la cooperación del tiempo, dada la morosidad con que se verifican las inscripciones en nuestra campaña. Podía prorrogarse por un

año la asamblea existente en aquel entonces, cosa que ya se había hecho bajo el gobierno de don Lorenzo Batlle; pero esa prórroga no hubiera sido aceptada por el partido nacional, que no se creía representado en aquellas cámaras, porque, a sus ojos, si la *soi-disant* minoría nacionalista representaba algún partido, ese partido podía y debía llamarse *el partido de la defeción*. Cuando el partido en masa estaba batiéndose en la cuchillas o arrastrando sus patrióticas inquietudes en tierra extranjera, ¿cómo creer que sus senadores y diputados permaneciesen en una asamblea donde primaban, sin rivalidades, las más absolutas tendencias rojas? Descontando el arbitrio de prorrogar arbitrariamente las sesiones legislativas, quedaba el de la dictadura del señor Batlle durante el período electoral; pero la opinión no aceptaría ese recurso extremo, por los graves peligros que entrañaba para la libertad, dado el modo como había procedido el primer magistrado desde los mismos albores de la guerra civil. La dictadura era un punzón acerado en demasía, para ser puesto en manos de aquel temperamento, noble en el fondo, pero sanguíneo y absorbente, de aquel hombre de formas hercúleas y que se balanceaba al andar, como si la naturaleza hubiese querido dar a entender, con un signo exterior, que el bajel de su espíritu obedecía a los vaivenes del oleaje de todas las pasiones. El consejo de Estado, institución resucitada por el cuestismo, salvaba las dificultades; pero aun este recurso tenía en su contra a los directores de los familiares del presidente. Muchos de estos, a causa de sus afinidades con el régimen arbitrario de que aquella institución había sido la heredera, la odiaban cordialmente, sin limitaciones y sin hipocresías, como odiaban, del mismo modo, al movimiento popular de que aquella institución nació.

La base tercera, la que trataba de la amnistía, también exasperaba a los directores del círculo oficial. Para estos, el ejército revolucionario no era otra cosa que el remedo de aquel grupo de jugadores y de matarifes, que, inducidos por la esperanza de la licencia y del botín, abandonaron sus guaridas de White-Friars, dóciles al llamado de las trompas guerreras con que Carlos I respondía a las trompas del ejército parlamentario dirigido por Cromwell. “¡El indulto pase; la amnistía jamás! ¡El

perdón se comprende, el silencio no! ¡Se explica, hasta cierto límite, la tolerancia; pero al olvido absoluto no nos resignamos!"

Para los que consideraban un crimen a la revolución y esclavos de un caudillaje anacrónico a los que caían en bien de sus banderas, era justo que la amnistía representase como una imperdonable debilidad. ¿No estaba el indulto, que suprimiendo el castigo, no suprimía el rubor de la falta? En efecto, hay entre el indulto y la amnistía una separación, que no en todos los casos se tiene presente. El indulto es individual, versa sobre delitos comunes, y recae sobre reos que ya han sido juzgados y que la ley declaró culpables en el hecho que se les inculpaba. La amnistía tiene un carácter colectivo, se ejerce solo en casos de delito político y nunca puede recaer sobre individuos condenados ya, siendo su objeto fundamental impedir todo juicio y persecución, por hechos cometidos antes de que se promulgase la ley amnistiadora.

Se comprende, entonces, la ira que despertaba la base tercera en el espíritu de los que no querían olvidar, y en el ánimo de los que consideraban a la revolución como un crimen de lesa patria. A su entender, el movimiento revolucionario había sido condenado ya por el tribunal augustísimo de la opinión, y solo el indulto —en el que se perdona la falta, por el reconocimiento tácito de la misma a que se entrega el reo— era lo que podía ofrecerse a los revoltosos. En el indulto, la sociedad perdona, pero no olvida, porque —como ha dicho José Manuel Estrada—, "indultar no importa declarar inocente a aquel que fue *condenado* por los tribunales: la verdad legal, *que arranca de la sentencia*, permanece intacta, aunque el presidente de la república use del derecho de gracia". En la amnistía, como no existe *sentencia*, no existe tampoco *verdad legal*. La sociedad cierra los ojos para no ver los actos de los reos, olvida estos actos y no los perdona, porque —jurídicamente hablando— donde no hay juicio ni sentencia, el delito no existe, y donde no hay delito son inoficiosos los bálsamos ungüentos del perdón. Lo repetimos: los que consideraban el movimiento armado como un caso delictuoso, como un crimen de grandes proporciones, tenían razón de indignarse contra la amnistía, porque esta no juzgaba ni podía juzgar aquel movimiento dando su mutismo pretexto

plausible a los nacionalistas, para considerar la historia de sus hechos de armas como un preclaro timbre de honor.

¿Cuál es el origen de la amnistía en el mundo latino? Lo narraba hace poco, un diario norsteño. Cuando César, cosido a puñaladas, rodó por tierra en los idus de marzo del año 44, los senadores se desbandaron, quedando en abandono las sillas curules y desiertas las calles de la espantada Roma. La inquietud era grande, grande el asombro y grande la incertidumbre de lo porvenir. Solo a los pocos días, la masa del senado, cobrando aliento, volvió a reunirse, y aunque empezaron al mediodía las discusiones, se iban las horas sin que nadie acertara a dictar un consejo que fuera oportuno. Todos temían, si daban por bien muerto al asesinado y por nulos los actos de su administración, la levástica cólera de los heroicos veteranos de César, poseedores de muchas tierras públicas, no solo en Italia, sino también en la Galia Cisalpina y en la esplendente Iberia. En cambio, si se condenaba lo hecho por Casio y Bruto, no conociéndose, como no se conocían, los elementos con que contaba la conjuración, ¿no era presumible que un segundo movimiento, convenido ya, pusiera en peligro no solo a la autoridad del senado, sino la misma vida de los senadores? Y todos vacilaban, envueltos en sus togas y agitados por la duda cruel. A las siete de la tarde, cuando las penumbras del crepúsculo envolvían, como un sudario, la estatua de Pompeyo, Cicerón se acordó de una institución griega, sin precedentes de ninguna clase en el derecho público romano. Era la amnistía. Ella importaba dejar las cosas en el estado en que se encontraban, *sin aprobar, ni condenar*, lo hecho por los cómplices de Casca y Cimbrío Julio. Sancionada la amnistía, los actos de César conservarían vigor y sus asesinatos quedarían a cubierto de la ley, guardando además todas sus dignidades y preminencias. Según dice Ferrero, en el tomo II de su erudita historia, los senadores sancionaron, a tambor batiente y por unanimidad, el proyecto de Cicerón. Aquella noche, Roma durmió tranquila.

Es, por eso, principalmente, es porque la amnistía quitaba su carácter de delito jurídico a la rebelión, que la tercera de las bases propuestas no era grata a los ojos de los favoritos del presidente Batlle. Poco les importaba que, por esa base,

se dejase sin efecto la ley de las interdicciones. Por mucho que fuese su encono contra los revolucionarios, no desconocían que aquella era un ley monstruosa y contraria a todos los principios del derecho penal, que ha suprimido las confiscaciones y la muerte civil por respeto a las familias de los culpados, para que los odios no se perpetúen, pasando, como una herencia maldita, de generación en generación. Por aquellos mismos días de julio, un diario extranjero, *Las noticias de Hamburgo*, criticaba la ley de las interdicciones, llamándola resurrección siniestra de la leyes del siglo XVII, y afirmando que esa ley era una prueba clara de lo inestable de la propiedad en la América del Sur. El diario alemán se sorprendía de que hubiese habido legisladores capaces de apoyar con su voto aquella ley atávica. Tenía razón. Si Mirabeau hubiese estado en la asamblea que aceptó tan enorme extravío, hubiera podido repetir con justicia, su célebre apóstrofe: “Hombres frenéticos, ¿qué podríais hacer de peor, si hubiéseis jurado aniquilar la libertad?”.

XI

También se prestaban a algunas objeciones las bases cuarta y quinta. ¿Querría el ejército revolucionario entregar su material de guerra, antes del cumplimiento de todas y cada una de las estipulaciones de lo pactado? El desarme de los nacionalistas representaba el sacrificio de un enorme caudal, y no era de creer que se sometiesen a una condición tan rigurosa, sin estar convencidos de la lealtad, de la absoluta lealtad de sus adversarios. Por otra parte, ¿no resistirían las cámaras, que habían votado la interdicción de bienes y los decretos restrictivos de la libertad de la prensa; aquellas cámaras, viciadas por el sectarismo de los unos y la deserción de los otros, a la obra de la paz, negándose a facilitar al ejecutivo la cantidad prudencial necesaria para llevarla a cabo? ¿No preferirían los legisladores correr la borrasca hasta el fin del fin, confiados en que la sanción del éxito amenguaría los oscurísimos tintes de sus leyes?

Todo era posible. Se había avanzado en demasía, creyendo fácil y seguro el triunfo, para retroceder sin llorar a gritos. Había que batirse con uñas y dientes, como se bate la desesperación. ¡A esto conduce no tener otro ideal que el ideal deleznable de la victoria!

Pero el fracaso de las negociaciones se debió, especialmente, a la última de las bases proyectadas. Proudhon asegura, hablando de la revolución francesa, "que todo lo destruyó y que nada rehizo". Lo mismo podía decirse de aquella base. El Sr. Batlle estaba en lo cierto al sostener que limitaba una de sus prerrogativas institucionales. En ella se estatuyó la conveniencia de confiar a los nacionalistas, la administración de algunos departamentos. El nombre de estos quedaba librado a la voluntad del primer magistrado. Poco ganaba, con esa concesión, el partido nacional. Las administraciones que se le otorgaban, eran una débil garantía contra los avances posibles del poder, desde que sus jefes políticos podían ser removidos a cada instante y antes de que tuviesen influencia en la localidad. La base sexta era como un programa de ideas abstractas, y el partido nacional pedía derechos positivos, fundados en títulos positivos también. Nietzsche dice: "la verdad nunca irá colgada del brazo de los dogmáticos". Es cierto: la verdad quiere fórmulas concretas, que salven a la ley de toda falsa interpretación. Las leyes, según Montesquieu, "son las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas". La naturaleza de los sucesos pedía una ley que reglamentara, de un modo estricto, las relaciones de los poderes públicos con el partido nacional. La cláusula sexta no satisfacía a los primeros, ni satisfacía a la revolución. Después de conferenciar con el Dr. de María, el Sr. Batlle se manifestó receloso respecto a los alcances de aquella cláusula: quería conservar enteras todas las facultades de que estaba investido por la Constitución. El Dr. Acevedo fue más feliz: el directorio aceptaba, *ad referendum*, la fórmula propuesta.

XII

Cuando el Dr. Acevedo volvió de Buenos Aires, después de haberse entrevistado con el directorio del partido en armas, la expectativa pública rayó en delirio. Las miradas resplandecieron; los pulmones respiraron mejor. Aquella misma mañana el comité del comercio se reunió apresuradamente. Era el 13 de julio. El número 13 es un número cabalístico: los supersticiosos dicen que tiene mala sombra. Presidió la reunión del comité don Joaquín C. Márquez, asistiendo a ella los señores Gonzalo Ramírez, Augusto Hoffman, Pablo de María, Félix Taranco, Carlos María de Pena, Pedro Etchegaray, Martín C. Martínez, Alejandro Talice, Juan Zorrilla de San Martín, José A. Ferreyra y el Dr. Acevedo. Este hizo entrega de la nota del directorio, que decía así:

“Tengo el agrado de acusar recibo a la atenta nota de usted de fecha 10 del corriente, acompañando el proyecto de bases con que —a juicio de la comisión constituida por iniciativa de la Cámara de Comercio para emprender trabajos de pacificación—, puede ponerse término a la guerra civil; y el manifiesto con que esa comisión las apoya ante el país.

“Puesto dicho proyecto a la consideración del directorio que presido, ha merecido una impresión favorable por encontrar en él una base seria que puede llevarnos a la pacificación de la República; y en tal virtud, ha resuelto aceptarlo en general y *ad referendum* para ser consultado con el Ejército, a cuyo efecto nombraría en seguida una delegación que se traslade a Montevideo a fin de dirigirse por allí, con las seguridades y facilidades del caso, al lugar donde aquel se encuentre”.

Oída la lectura, el comité acordó nombrar una delegación, formada por los doctores Martín C. Martínez y Pablo de María, para que diesen cuenta de lo solicitado por el directorio al presidente de la República, quedando el comité constituido en sesión permanente hasta el regreso de sus dos delegados. A las 11.50 hablaban éstos con el Sr. Batlle, y a las doce volvían con la respuesta de que no se accedía al permiso solicitado por la dirección civil del partido nacional. El Sr. Batlle había dicho, con sonrisa sarcástica, a los Drs. Martínez y de María: “Estos

señores no necesitan pasar por Montevideo para ver a Aparicio: que pasen por donde pasan las armas que le envían". El comité resolvió comunicar al directorio la respuesta presidencial. Aunque se guardaba la más honda reserva sobre esos trámites, algo se traslucía, declinando las esperanzas y empezando los pronósticos tristes. El día 16, el comité recibió una nota del directorio. Este se ofrecía a nombrar una delegación, para que se entendiese con otra delegación designada por el Sr. Batlle, agregando que la actitud del primer magistrado parecía revelar el propósito de que las negociaciones resultasen infructuosas. Tampoco aceptó el Sr. Batlle este nuevo medio conciliatorio. Después de un nuevo cambio de cartas, a las cuatro de la tarde del día 26, el comité resolvió disolverse, dando a la publicidad las siguientes líneas: "El comité del comercio en favor de la paz, recibió hoy la contestación que esperaba del comité nacionalista de Buenos Aires. El comité, tomando en cuenta todos los antecedentes de la negociación, resolvió dar por terminados sus trabajos en favor de la paz, por considerar agotados los medios a su alcance para continuarlos". Al despedir a los miembros del comité el Sr. Márquez pudo decirles —como decía en Roma el presidente de los comicios centuriales a los electores—: *Ite, quirites; res finita est*. "Idos, caballeros, se concluyó el negocio". Lo que había empezado con una inmensa esperanza, se terminó con una enorme desilusión. Los sacerdotes de la guerra sin cuartel se regocijaron. A veces la musa de la tragedia se cubre con la máscara de la risa. ¡Entonces es feroz!

XIII

Por aquellos días, aseguróse que se había descubierto una irregularidad en la municipalidad de Montevideo. Esa irregularidad parecía subir a varias decenas de miles de pesos. Algunos ediles anunciaron publicaciones aclaratorias, para ponerse a cubierto de toda sospecha. Díjose, más tarde, que los noventa mil pesos —a que la noticia se refería— debíanse

a gastos extraordinarios, hechos por la municipalidad con conocimiento del gobierno y con la autorización de éste. Lo cierto es que el asunto movió mucho ruido. En vano sostiene César Cantú que "las instituciones comunales pueden conciliarse con todas las formas de gobierno", moviéndose por sí mismas, igual bajo la democracia más austera que bajo la oligarquía más desenfrenada. En vano afirma Tocqueville que "el hombre es el que constituye los reinos y crea las repúblicas; la municipalidad parece salir directamente de la mano de Dios", indicando con esta frase, que el municipio está libre del contagio de las demás instituciones administrativas. Ambos se engañan. Cuando el poder galopa hacia la locura, cuando obedece al instinto ciego de una pasión deforme, todo el edificio social se bambolea. Puede esquivarse la lepra que viene de abajo; para la que viene de arriba no hay preservativo posible. Aquella denuncia contra la municipalidad —hecha por un hombre de bien, por el Sr. Mattos—, hubiese aumentado el malestar de la situación, si el acibar no hubiera estado derramándose ya por todos los bordes de la copa.

La verdad es que la capital estaba cansada. La habían hastiado a fuerza de boletines anunciadores de mentidas victorias. Le habían sacudido los nervios con lo churrigueresco y abundoso de las divisas, que deslucían la corrección del uniforme en nuestras tropas. Guerrillero hubo que se paseó ataviado de rojo desde los pies hasta la cabeza, como el Mefisto del Fausto de Goethe, puesto en música por Gounod. Era aquello la exposición de todos los escarlatas, desde el chocante de las gollillas, anudadas al cuello, hasta el delicadísimo de las flores puestas en el ojal. El pañuelo de mano era un malvón de sangre, no faltando particulares que pusieran una cinta con reflejos de brasa en torno de la copa de su sombrero. Causaba tristeza el espectáculo de la inferioridad de nuestra civilización política, aquel retoño de resabios atávicos, aquella subida a flote de todos los extravíos de la edad de piedra de nuestra historia; y más tristeza aun ver a nuestras tropas —desde el oficial de escuela hasta el soldado ínfimo, tomando parte en la mascarada de lo purpúreo y enorgullecerse con el cintillo, que transforma al ejército de la nación en un simple ejército de bandería.

¿Cuándo se convencerán nuestros militares —modelos de bravura en los campos que atruenan las dianas y la muerte recorren— de que las banderas de los cuerpos de línea no pueden ni deben ostentar otro símbolo, otra corbata, que aquel símbolo blanco y azul, que aquella corbata de nieve y de cielo, a cuya sombra ríen todas las cunas y a cuya sombra duermen todos los sepulcros de nuestra tierra? Abusan de su credulidad los que les dicen que la fuerza de línea ha de ser el instrumento ciego y pasivo de la voluntad de los gobernantes. Se burlan de ellos los que pregonan que la disciplina les exime de toda responsabilidad. Rossi sostiene que “un soldado, un gendarme, un carcelero —cualquier funcionario o agente de la fuerza pública—, no por eso deja de ser hombre; es decir, no por eso deja de ser un ser moral y un ser responsable”. Benjamín Constant enseña que “un militar, en el ejercicio de su función, puede resistir a la orden que menoscaba los derechos que constituyen la libertad civil y política de los ciudadanos”. ¡Con cuánto mayor motivo puede el ejército, el soldado de escuela, el que sabe de libros, resistir a la orden de encintillarse, porque esa orden le divorcia de la mitad de la nación, convirtiéndole en el pretoriano de la otra mitad! ¡El ejército, custodio de la integridad del país, guardián de sus fronteras, no debe tener otros colores que los colores del patrio pabellón, que es un nítido copo de las espumas de nuestros ríos, en el que flota la turquesa más pura del collar de nuestras mañanas!

XIV

No bien se supo que había naufragado completamente la tentativa de paz, iniciada por el comercio, *El Día* —que había asistido en expectante silencio a las negociaciones, aunque siempre protestando de su fino amor a la concordia y a la quietud— cambió de rumbos, cambió de tono y, olvidándose de la *intima estimación que al Dr. de María profesaba el Sr. Batlle*, rompió un fuego graneado contra los mediadores, cuyo único crimen consistía en no haber sabido adivinar los propósitos verdade-

ros y las verdaderas esperanzas del presidente de la República.

Esta propaganda, que venía a ensombrecer lo ya por demás sombrío de la situación, aumentó el aislamiento en que vivían los poderes públicos, entregándolos por entero a su devastadora política de círculo. No aceptaron el rectorado de la Universidad, que se hallaba vacante por aquel entonces, dos de los ciudadanos que componían la terna presentada al gobierno por el consejo de la académica corporación. Ni el Dr. de María, ni el Dr. Carlos M. de Pena —víctimas de los saetazos de la prensa oficial—, quisieron dar, con su nombre, apoyo y prestigio a un barco en cuyas bodegas entraba el agua por todas partes, y para cuyo timonel eran como frase hablada en un dialecto desconocido, las enseñadoras oscilaciones de la brújula.

El Dr. de María es un ciudadano de compleja intelectualidad, que ha tenido en su juventud aficiones poéticas de valer notorio, que ha subyugado a las muchedumbres con el fuego de su elocuencia, y que en la edad llamada por un escritor francés *el crepúsculo de la ambición*, vive entregado a su biblioteca y a sus tareas profesionales, defendiendo la causa del huérfano y el pan de la viuda. Desde lo alto de la loma —envuelta ya por lo vapores del atardecer—, el abogado de nota, el académico talentoso, asiste con displicencia a las desgarraduras de nuestra inarmónica democracia, no quedando en su espíritu sino cenizas del sacro fuego de que hizo gala en la dirección de *El Siglo* y en la desastrosa jornada del Quebracho. Del Dr. Carlos M. de Pena basta decir que a los veinticinco años ya era catedrático de economía política en nuestra Universidad. El alba le encuentra revolviendo libros, no hay revista en que no fulgure su colaboración, conoce todos los más recónditos antecedentes de nuestra historia y ha consagrado mucho de sus desvelos a la pedagogía, convencido de que el porvenir pertenecerá más a los pueblos sabios que a los pueblos fuertes. Ha ocupado muchísimos puestos públicos de altísima importancia con probidad notoria, con incansable celo, con ansias de ser útil, aunque sacrificando algunas veces la verdad práctica a la verdad soñada en el fondo de su gabinete de obrero de la idea, cuyos muros adornan los retratos y los escritos de los más grandes

estadistas del mundo entero. En la Asociación Rural, en el Ateneo, en la Universidad, vivirá siempre, mientras existan esas instituciones, el recuerdo del pensador de mirada joven, de frente abierta, de lenguaje animado, que manoseó volúmenes con el mismo placer con que los avarientos manosean el oro, juzgando, con razón, que la ciencia es la moneda con que se compra el respeto de la posteridad. El Dr. Acevedo aceptó el rectorado, después de muchas vacilaciones. El Dr. Acevedo es un financista; los números le atraen y las estadísticas le subyugan. En política es conservador: teme a las convulsiones sociales más que a los cataclismos geológicos y entiende que la paz es el verdadero tesoro de los pueblos. Cuando actuó en la prensa, defendió siempre la causa de la concordia, y aunque en su estilo no abundan esas vibraciones que delatan la fuerza del numen y los sibilinos portentos de la inspiración, se impone por la claridad, que es también una fuerza, y por lo oportuno de los datos económicos que son como la savia de sus escritos. Ha publicado libros que a todos interesan, siendo una de las personalidades cuyo relieve agrada, no por el brillo —ramillete de fuegos artificiales que pronto pasa—, sino por la madurez del talento, por lo sólido de la erudición y por lo saludable de la doctrina. Al romper con los doctores Pena y de María, el batllismo rompía con los portavoces de nuestro medio social más culto, más opulento y más influyente, quedándose solo, completamente solo y perdido en el mar de sus quiméricas esperanzas, ¡mar lleno de sirtes y de tempestades!

Al mismo tiempo que lanzaba esta piedra de escándalo, la prensa oficial se complacía anunciando operaciones bélicas que, en un plazo brevísimo, acabarían con la revolución.

La solución que la guerra podía dar al largo pleito de los colores, no era, en verdad, la que anhelaba el patriotismo nacionalista. Obligado por la actitud resueltamente agresiva de los poderes públicos, el partido nacional se había alzado en armas, pudiendo decirse que la revolución, sólo después de haberse iniciado en la montaña, había descendido, como un torrente de gruesas olas, hasta la llanura. El partido nacional no obedeció a aviso alguno en el mes de enero; sus capitanes no tuvieron ni tiempo ni oportunidad de concertarse. Las pri-

meras medidas gubernativas fueron una sorpresa, casi una traición, y si hubo uniformidad en el estallido revolucionario, si el mismo día se pusieron en movimiento varias divisiones departamentales, debiose a que —como ha dicho Lamartine—, “en ciertos momentos no hay necesidad de hablar: el misterio concierta y el silencio habla”. ¿De qué se quejaban los que fueron a la caza del tigre? ¿No sabían, por ventura, que el tigre tiene dientes y tiene garras? Es cierto —y ninguno, que se sepa, pretendió negarlo—, que el partido nacional estaba muy resuelto a resistir a la ley que le privase de las garantías que le concedieron el pacto de la Cruz y el de Nico Pérez, porque esa ley —a pretexto de reglamentar las libertades públicas, amoldándolas en el molde constitucional— lo que quería era limitarlas en su ejercicio, y sabido es, como enseña Beaujour, “que la ley no reglamenta la libertad, sino para garantirla”. ¿Se quería la guerra, la guerra a muerte, la guerra sin otro fin que el aniquilamiento de uno de los combatientes? El Partido Nacional tampoco la rehusaba, aunque fuese a sus ojos una monstruosidad. La aceptaba también, pero diciendo a sus enemigos tradicionales, como Mirabeau a los partidarios del feudalismo: “Vuestros abuelos nos vencieron, nos subyugaron. Está bien. Mas ahora somos nosotros los que queremos conquistaros. ¿Tenéis fuerzas suficientes? En este caso podéis retenernos en la sumisión ¿No las tenéis? Entonces tendréis la suerte de todo poder que concluye, y seréis a vuestro turno los vencidos, no para obedecernos, sino para ser nuestros iguales”.

XV

Se quería la guerra. Perfectamente. Se decía como Tiberio: “Volved a poner la mesa. Echad vino. El banquete no duró lo bastante”. Se combatía a las cunas, matando a los padres con el hierro y a las madres con el dolor, a fin de que las cunas pudiesen sollozar, más tarde, como el heredero de David: *¡Pater meus et mater mea dereliquerunt me!* Perfectamente. Pero ¿para qué se quería la guerra? Los órganos oficiales respondían: para

restablecer el imperio de las instituciones.

Bastaba analizar los actos realizados por el batllismo, desde que éste ya no estaba contenido por el control del Partido Nacional, para echar de ver lo engañoso de la respuesta. ¡La Constitución! ¿Cómo se atrevían a hablar de ella los que habían dictado la ley, la inicua ley de las interdicciones? Esa medida, prólogo de la confiscación definitiva de los bienes amenazados, si los revolucionarios eran vencidos y el gobierno triunfaba, demostraba lo que podía esperarse de su insaciable sed de represalias y de castigos. Con esa medida se perpetuaba el pleito y se hacía imposible la paz, abriendo la puerta a los que ya se veían convertidos en compradores de lo confiscado y exasperando a los que temían perder lo propio. Ya en 1815, durante la segunda restauración, al discutirse la ley de las proscripciones, presentada por La Bourdonnaie a la cámara de diputados de Luis XVIII, dijo Royer-Collard: “Las confiscaciones, no lo olvidemos, son el alma y el nervio de las revoluciones. Después de confiscar porque se ha condenado, se condena para tener que confiscar. La ferocidad se sacia alguna vez, ¡la codicia jamás!” En la misma ocasión y combatiendo la misma ley —ley que tenía por objeto principal, aunque cuidadosamente guardado en secreto, indemnizar a los perjudicados por la revolución francesa— decía La Serre: “Por un artificio más digno de un teatro que de un congreso, la cámara no puede apoderarse de la propiedad ajena. ¡Poco importa que el tesoro nacional sea pobre, siempre que sea puro!” Y según refiere uno de los testigos de aquellos debates, evocado por la voz autorizada de La Serre y por la elocuencia filosófica de Royer-Collard (personificación de una figura antigua por el peso de su pensamiento y por lo tranquilo de su actitud, por su espíritu retórico y su alta estatura, por su mirada penetrante y por la honestidad de su vida), pasó por encima de la asamblea, el fantasma de las horas más tristes del Terror!

¡La Constitución! ¡Y hablaban de ella los que habían amordazado a la prensa, castigándola hasta cuando hacía votos por la paz y hasta cuando quemaba un poquito de mirra en los altares de la concordia! ¿Qué espíritu institucional era aquel espíritu que apagaba el faro y rompía la brújula de las sociedades;

que se indignaba contra el talento y la probidad, porque querían verter un poquito de bálsamo sobre la viejas y pestilentes úlceras del país? ¿Qué espíritu institucional era aquel espíritu que no sabía que mientras no se pase un arado por encima de toda la civilización, es inútil, completamente inútil, amordazar a la prensa y ponerle grilletes a la tribuna? Supongamos que un nuevo Omar suprimiera las bibliotecas y los talleres, quemando todos los diarios y todos los libros. Su furor nada conseguiría, porque lo que esos diarios y esos libros contienen se halla grabado en muchos cerebros y ha pasado por muchos espíritus, que lo conservarían como un depósito, dejándolo en herencia a una generación más libre y más feliz. Bajo el reinado de Carlos X, en 1828, en pleno imperio jesuítico, se amordazó a la imprenta, las casas editoriales fueron perseguidas y entregáronse al fuego todas las obras de los filósofos que habían preparado la revolución. ¿Y bien? Nada de esto impidió que la enseñanza popular cayese en manos de las instituciones laicas y que la dinastía de los Borbones cediese su puesto a la casa de Orleans, ésta a la revolución de 1848, la revolución al segundo Imperio y éste a la República. No se suprime a la libertad, suprimiendo a los órganos que la publican. Las verdades que entraña hay que borrarlas de los cerebros en que están impresas, y esto tan solo puede hacerlo, y no ha de hacerlo por ser contrario al progreso —luz reflectora de su esencia inmutable—, la mano de Dios!

¡La Constitución! Poco entendían de ella los que resucitaban en 1904, aquel proyecto presentado en 1817, a la cámara francesa por Cornet d'Incourt: "Se suspende la libertad de prensa; el gobierno dispondrá lo que crea conveniente".

Cuentan que Federico II, paseando una mañana por la ciudad de Berlín, vio a un grupo de pueblo que procuraba leer lo impreso en un cartel, pegado en una de las paredes de una de las calles más céntricas. El grupo no podía satisfacer su curiosidad, por hallarse el cartel pegado a mucha altura. El rey vio que se trataba de una proclama casi sediciosa, permaneció indeciso unos breves instantes, y luego dio las órdenes necesarias para que el cartel se pusiera más bajo, donde pudiera leerle la multitud. Aquel acto regio fue un verdadero acto constitu-

cional.

¡La Constitución! ¡Y se violaba la correspondencia, hasta la dirigida al cónsul de un país extranjero! Refiere Michelet —el historiador anecdótico de la revolución más grande que ha conmovido al mundo— que se llevaron a la asamblea constituyente algunas cartas interceptadas al conde de Artois. Mirabeau, oponiéndose a que fuesen abiertas, exclamó con nobleza: “¿Os figuráis que las conspiraciones viajan por el correo? ¿Violaríamos sin ventaja alguna los secretos de familia, el comercio de los ausentes y las confianzas de la amistad? La Europa diría: en Francia, bajo pretexto de seguridad pública, se violan la propiedad y el secreto de las cartas de los ciudadanos, que son el producto de los sentimientos del corazón, el tesoro de la confianza, el último asilo de la libertad!” En la misma Francia —según Vaulabelle—, existió un oficina secreta, conocida con el nombre de *cabinet noir*, en que la violación de la correspondencia se practicaba por orden del gobierno. Cada ministerio tramitía a sus sucesores, como un secreto de Estado, aquel aborrecido establecimiento. Bajo Luis XIV, la oficina sirvió para perseguir a los protestantes. Bajo Luis XV, para enterar al rey, todas las mañanas, de los galanteos de la corte y de la ciudad. Bajo Luis XVI no tuvo objeto determinado. Bajo el Imperio, fue el principal factor en el espionaje de la policía. Bajo Luis XVIII, la utilizaron principalmente para las revelaciones licenciosas a que este monarca, a quien la naturaleza rehusó la potencia viril y cuyos ardores no pasaban del cerebro, fue todavía más afecto que Luis XV. Bajo Carlos X, se convirtió en instrumento exclusivo de la compañía de Jesús. En 1828 quedó suprimida y sepultada bajo el peso de su propia infamia, sin que tuvieran el valor de resucitarla los gobiernos que sucedieron a la monarquía borbónica. Pues bien, el Sr. Batlle hizo lo que no se atrevió a hacer el ultrarrealismo del príncipe de Poincaré, entregando las opiniones de la conciencia, la honra de las familias, los secretos del corazón, el sagrario de los hogares, a los tinterillos más ruines de la administración postal, porque no puede darse nombre más dulce ni calificativo más blando, a los empleados públicos que aceptaban tan baja, tan innoble, tan degradadora misión! ¡Y se hablaba de la Constitución! Y

se rechazaba la paz en nombre de las leyes! Digamos con Thiers: "No era un gobierno, era un partido el que estaba en el poder; y un partido en el poder, es como un niño malo a quien se deja jugar con pólvora!"

¡La Constitución! ¿Cómo puede ser su caballero andante, su ardiente caballero, su paladín, con escudo flordelisado y espuela de oro, el partido que más veces la violó, sorprendiéndola en su lecho de casta vestal? El espíritu de su historia es, resuelta y decididamente, adversario de la Constitución. En vano pretendería, como ya lo ha hecho, variar la fisonomía moral de sus directores. Los tiempos antiguos no volverán. La época de los milagros se concluyó. Fidias ya no puede, a pesar de la destreza de su pincel, cambiar el espíritu del mundo pagano, con solo cambiar la fisonomía de sus divinidades. Tampoco podrá nunca la sutileza de los historiadores colorados, por mucho que acicale la semblanza política de sus ídolos, hacer que se amengüen o que se borren los agravios inferidos a la Constitución, por la bacanal gubernativa de don Pedro Varela, en el año terrible, en el año que inicia todas las llagas que supuran aún; y por la dictadura del coronel Latorre, dictadura que forja el férreo guantelete con que el militarismo estranguló sin pena a la libertad; y por lo sibarítico del imperio persa de Máximo Santos, que nos costó la sangre juvenil, la sangre purísima, la sangre ciudadana, que se coagula aún al pie de los palmares de Puntas de Soto; y por la ruinosa administración del general Tajés, en la que el voto fue puesto en rueda y fue puesto en cruz; y por la oda funambulesca del gobierno herrerista, conjunto de tramoyas electorales y embustes económicos, de sofismas de leguleyo y de celadas de triste recordación; y por la vanidad de ave de paraíso, sin oro en las plumas y sin ciencia de vuelo, del presidente Borda, que con hacer muchísimo de inconstitucional nunca logró hacer tanto como lo hecho, en dos años apenas, por el presidente José Batlle y Ordóñez.

¿Será que trazo con delectación, por amores de secta, estos cuadros sombríos? ¡No! ¡Las llagas de la patria son nuestras llagas! La patria no puede renacer ni puede morir, sin que nosotros renazcamos con su vida o muramos con su muerte. El árbol no puede quedarse hueco y marchito, solidificada la sa-

via nutridora, sin que todas las ramas pierdan sus verdores y se sequen también. La historia sectaria me recuerda al águila que se hizo serpiente. La historia que calumnia se prostituye, y, lo que es peor, prostituye a los que la leen, convirtiéndoles en portavoces y en heraldos de la mentira. Al escribir del modo que escribo, obedezco a la tiranía de la conciencia. Ella me defiende. Con ella estoy seguro. ¡Mi conciencia es la única ciudad de la que ninguno puede desterrarme!

XVI

En *La Razón* del día 27 de julio, se encontraba este suelto:

“Las letras nacionales están de luto. José G. del Busto ha muerto esta mañana, víctima de la larga y cruel enfermedad que desde hace tiempo lo perseguía, y que tanto modificó, en los últimos años, las amenas modalidades de su carácter y las luminosas manifestaciones de su talento.

“Con José G. del Busto pierde el país uno de sus primeros oradores”.

Mucho perdíamos, en efecto, al perderle.

Todas las hadas pusieron en su cuna maravillosos dones; pero —¡ay!— que también el hada del dolor puso su don funesto.

A la edad en que los otros son todavía adolescentes tímidos, él escribía ya en las columnas de *La Razón* —baluarte por entonces del pensar sin cadenas—, y ya explicaba historia en los salones del Ateneo, parecido por esos días a aquellas universidades libres a las que debe su maravillosa vitalidad el mundo germánico.

Fue un poeta prodigiosísimo, con más colores en la fantasía que matices tiene el polvillo irisado que cubre las alas de las mariposas nacidas en los trópicos; con un conocimiento tan refinado de las leyes del ritmo, que parecía sabedor del secreto de lo que cantan aquellas lirás puestas por los pintores de la antigüedad en las nítidas manos de los ángeles; con un corazón profundo como el mar, pero como un mar que en su seno guardara solo limpidísimas perlas y corales de dulces tonos rosáceos; con un amor frenético por la gloria, por la inmortalidad,

pero con un amor que la envidia no manchó nunca con el sople más tenue del suspiro más suave.

Fue un orador potente, por la voz, por el gesto, por el surco luminoso de las ideas y por la eufónica hermosura de las palabras.

Un extravío de la juventud, reparado más tarde con prodigalidad y envuelto en la leyenda de una muy ardiente pasión amorosa, le llevó —sin amigos y sin recursos—, cruzando mares, a la patria de Góngora y de Garcilaso.

En mezquitas, cambiadas en catedrales; en jardines cruzados por el pie pequeñuelo de las reinas musulimes; en caminos que llena, como un himno de gloria, el sol andaluz, sufrió el mal de las añoranzas, pensando en el perfume de los aromos que vuelan por el aire de nuestras cuchillas.

Volvió y riñó, en la prensa, grandes batallas por la cultura, por el derecho, por la concordia; habló de arte y escribió rimas, pero que ya no eran las rimas febrilísimas, con la fiebre del genio, de los días hermosos de su juventud.

Después... después se vino a pique, mordido por la anemia, gastado por la vida.

Luchó con su dolencia sin dominarla, aquel representante de la época romántica, de la edad de oro del metro y del numen, de los tiempos que tenían un ideal más brillador que las piedras preciosas del manto sultanesco de Sherazada.

Y cayó en la lucha, sin comprender el espíritu de las horas en que había vivido, horas que pertenecen a la burguesía del mundo intelectual, a los mediocres de la imaginación.

Desprendióse el espíritu de la terrena forma que le sirvió de túnica, para ir a recoger la cinta de laureles que le aguardaba, esperándole en los pórticos de la inmortalidad, la musa de sus cantos, cinco veces tan bella como la Julieta que él nos pintó, en la ventana que caía sobre el jardín más florido de la Verona del Medioevo.

Reciba aquel romántico nuestro adiós tardío, en nombre de las letras que cultivamos juntos. ¡La vida es el crepúsculo de la tarde lluviosa de un día corto! ¡Ya nos encontraremos en el día de sol de las eternidades, para hablar nuevamente del bien, de la verdad y de la hermosura!

LIBRO SEGUNDO

SUMARIO. El Dr. Terra y la teoría de los acuerdos. Lo que dice y lo que no dice la Constitución. Una frase de Talleyrand. Una sentencia de Confucio. Una definición de Hippeau. La pantomima de la legalidad. La política del canciller von Bulow. Aparicio y la paz. Foción y los amigos de Demóstenes. Encuentro de las fuerzas del coronel Viera con las mandadas por el coronel Saavedra. Un parque puesto a salvo por Abelardo Márquez. Cómo murió Villanueva. Lo que creían aun después de Tupambaé, los íntimos de Batlle. El director de "El Diario de Concordia". Verges y libertades. Silueta de Aparicio Saravia. Sus grandes condiciones guerreras. Párrafos de una carta del Sr. Manini y Ríos. Un telegrama del coronel Lamas. Movimiento de los ejércitos durante el mes de julio. Clausura de las sesiones ordinarias del cuerpo legislativo. Aumento de dietas. Comisión permanente. Juicio acerca de la Asamblea. El 18 de Julio. 1830 y 1904. Intuición profética de los constituyentes. Reformas útiles.

I

Retrocedamos, a fin de no dejar incompleta la historia del mes de julio.

El día 3 su corresponsal de Montevideo telegrafió a *La Prensa*:

"El Dr. Duvimioso Terra, que acaba de llegar de esa capital, ha sido interrogado por un periodista sobre asuntos de actualidad. El Dr. Terra se manifiesta adversario de cualquier pacto o acuerdo político para llegar a la pacificación de la república.

Concretando más las ideas, preguntó el periodista al Dr. Terra si, dada su manera de pensar, creía que no había otra solución que la del sometimiento por las armas.

"Tanto como eso no —contestó el Dr. Terra—; pero creo que el gobierno, sea quien sea el que lo ejerza, no puede ofrecerles otra cosa que la más amplia libertad para el ejercicio de todos los derechos que consignan nuestras leyes. Todos los acuerdos políticos anulan los principios constitucionales y subvierten el imperio de la ley, dejando latentes las causas que nos han arrastrado en más de un caso a la guerra civil. Gobiernen

los colorados o los blancos, sostengo la unidad del gobierno para presidir los progresos del país”.

II

El Dr. Terra es una personalidad muy difícil de definir. Alto y enjuto; con bigote ralisimo y cabello cortado a modo militar; tan lento en sus andares como en sus decires, de abrasileñada pronunciación; cubriendo, casi siempre, el cuerpo nervioso con correctísima levita de color gris, y cubriendo, casi siempre, un cerebro que esconde muchas ideas, con el tradicional sombrero de copa el Dr. Terra conoce, como pocos, la cuestiones más arduas del derecho civil, que explicó en eruditas y atildadas clases, hace ya algunos años, en la Universidad de Montevideo. Pertenece a aquel grupo nacionalista que fue puente de plata entre una de las fracciones de nuestro credo —no muy unido entonces— y el gobierno ruinoso del general Tajes, ocupando, en los días de aquel gobierno, el ministerio en que antes imperaba la tiesura británica del Dr. Ildefonso García Lagos.

Fue el Dr. Terra uno de los más ardentísimos impulsores del movimiento armado de 1897, llegando al ejército en representación del comité guerrero establecido en la populosa ciudad de Buenos Aires. El comité de guerra —invistiéndole con muy amplios poderes—, quiso dar a su delegado un papel parecido, en un todo, al papel que desempeñaban los delegados de la Convención francesa en los ejércitos del Rhin y de la Vendée. Pronto entre los jefes del ejército y el representante del comité surgieron diferencias que fueron agrandándose por causas nimias —porque el nimio está siempre en el fondo del fondo de la historia—. Lo cierto es que aquellas diferencias desvincularon al Dr. Terra de la gran masa de su partido, que sentía entonces, como siente hoy, un verdadero culto por el caudillo bueno y estoico del Cordobés. El Dr. Terra —por altiveces que no juzgamos— no compartió los amores aquellos, pensando que la preponderancia del hombre fuerte perjudicaba a la preponderancia que debían tener, en las luchas políticas de los días

de paz, nuestros hombres civiles. Estos disentimientos, que no mitigó el tiempo —que todo lo mitiga—, no permitieron que el Dr. Terra ocupase en las filas de nuestra causa, el sitio a que hubiera podido aspirar con derecho, siendo más hábil y siendo más justo con las necesidades de las horas aquellas y del medio en que actuaba. Su dicción —que no sobresalía por los giros retóricos— sobresalía, en cambio, por su lógica extrema y su extrema unidad, siendo amable en el trato, insinuante en sus modos y maestro en la ciencia difícil de ganar amigos. Para su desgracia y para mal del credo a que pertenecía, gastó sus fuerzas, oponiéndose a una corriente que tenía profunda razón de ser, que han justificado los hechos y que obtendrá la sanción de la historia, por ser aquellas lides —en las que el Dr. Terra no estuvo con los suyos—, como el último acto de nuestra organización republicana, como el último esfuerzo de nuestras libertades para romper los diques en que las encerraban los atávicos odios de una bandería!

En el reportaje que hemos transcrito, el Dr. Terra era consecuente con las ideas manifestadas en la Convención de Paysandú, y en algunos artículos que publicó cuando *El País* estaba redactado por el Dr. Guillermo Melián Lafinur. Por desventura, esas ideas eran impracticables. Las elecciones libres —lo mismo en 1898 que en 1901—, nos hubiesen lanzado en los despeñaderos de la guerra civil, donde se va quedando a pedazos la nacionalidad! Lo práctico era —y nosotros lo predicamos, sin ser oídos— acostumbrar al pueblo, poquito a poco, muy lentamente, a las luchas del voto, levantando, en las épocas de elección parcial, el estandarte del sufragio libre, y pidiendo al acuerdo el auxilio de sus temperancias civilizadoras, cuando las elecciones generales, las decisivas, tañesen con sonidos de somatén.

Procediendo así, el partido nacional hubiese podido avanzar con mesura, sin dar saltos mortales, al mismo tiempo que se habituaban sus adversarios a la democrática idea de la rotación de los partidos en el poder. Es injusto acusar a los partidarios de los últimos acuerdos, a los sostenedores de la sabia política cuestista, de haber sembrado vientos engendradores de tempestades. Los acuerdistas de aquellas horas, pueden decir lo que Cicerón dijo, cuando se le acusaba de haber ajusti-

ciado, sin fallo previo, a los cómplices torvos de Catilina: ¡*Juro haber salvado la patria!*

III

Repitamos lo que dijimos en el libro anterior, al hablar de la propaganda del *Diario Nuevo*. Repitamos que el buen sentido práctico llegaría a encontrar insoportable el régimen institucional, si este se aplicara del modo espantosamente restrictivo que algunos desean. Todos, rojos y azules, gritaríamos como San Columbano ante las ruinas de la ciudad de Briganzio: “Hemos encontrado una vasija de oro; pero está llena de serpientes”. La Constitución acuerda al Presidente de la República, la facultad de designar los jefes políticos departamentales; pero no dice *sin consultar los pareceres que juzgue oportuno, en vista de las circunstancias porque cruce el país*. Luego el presidente puede escuchar consejos, y atender razones, y hasta discutir ternas con rojos y azules, porque hacer aquello que la ley no prohíbe, no es violar la ley. Se dirá que también puede hacer lo contrario, por expreso dictamen de la Constitución. Nadie lo niega. Puede, siempre que olvide que —como lo ha dicho Talleyrand—: “es infinito el número de cosas que no *deben* hacer, los que *pueden* hacerlo todo”.

Una de las máximas de Confucio —citada por Amiot— dice así: “El primero de los crímenes, que no merecen perdón, es el de meditar secretamente las culpas y ejecutarlas bajo máscara de virtud”. Y eso fue lo que hicieron nuestros poderes públicos durante un año entero: meditar el modo en que una mitad del país degollase a la otra mitad, bajo la máscara de defender la soberanía de las instituciones”. Según Hippeau, “la pantomima es la figuración de ideas y de sentimientos”. Aquello era la pantomima del culto de la legalidad; pero solo la pantomima. ¡Parece mentira que cerebros tan claros como el del Dr. Terra, se pusiesen en contra de su partido, para sostener una superchería que arruinaba al país, predicando la ley de la discordia, con los lloros que engendra y los lutos que causa!

IV

¡Transigir! ¡Como si fuera tan difícil llamarse a partido! ¡Como si no estuviese en las transacciones, la clave del secreto guardado por los grandes maestros de la ciencia política! En aquellos días, ¿no veíamos al liberalismo del canciller von Buloz transigir con la mayoría del Reichstag alemán, compuesta en su totalidad de conservadores y de clericales? Se hacía mucho ruido en torno del otro *gobierno*, del *gobierno* del caudillo del Cordobés. ¡Pantomima de siempre! El general Aparicio Saravia es el hombre de trato más fácil en las horas de paz. No impuso nunca resoluciones; no tomó nunca actitudes dramáticas; nunca alzó el tono ni ante las autoridades de la nación, ni ante las autoridades civiles de su partido. Antes, por el contrario, pecó de cuerdo, escatimando sus pareceres a unas y a otras, mostrándose prescindente en muchísimos casos y desorientando con su mutismo, en muchas ocasiones, a los que llamaban a la puerta de su vivienda, como a la puerta de un árbitro todopoderoso. Jamás se vio un caudillo tan enemigo de aquellos derramamientos de sangre que —según Saint Hilaire—, “son el pago de la gloria vulgar”. Jamás se dio un caudillo que menos gustase de confiarlo todo al hierro de su lanza. Jamás se dio un caudillo que cantase a la paz los himnos de la acción, con mayores sinceridades que el caudillo del Cordobés. Aparicio pudo decir, muchísimas veces, a los hombres civiles —no siempre pacientes y resignados— lo que dijo Foción a los amigos de Demóstenes, cuando le reprochaban sus resistencias a romper con Filipo: “Yo no aconsejo la guerra, a pesar de que en ella os mandaré a vosotros, como vosotros a mí en la paz”. Este es el mejor elogio que puede hacerse de su persona, y esta es la mejor defensa que puede hacerse del otro *gobierno*, de aquel gobierno que nunca existió, del gobierno que se decía establecido en la pacífica capital del Cerro Largo.

V

El día 3 julio, el presidente de la República recibía un parte telegráfico del coronel Viera, diciendo lo siguiente:

Cuareim, Julio 2. Comunico a V.E. que entré en San Eugenio, después de haber sostenido un ligero combate con algunos insurrectos que había en los alrededores, los cuales huyeron, unos al Brasil y otros Cuareim arriba, llevándose los heridos y dejando en el campo ocho muertos, entre los cuales figura el titulado comandante Villanueva”.

El encuentro se verificó a inmediaciones de San Eugenio, y terminó dentro de la misma población.

Las fuerzas del coronel Feliciano Viera ascendían a más de mil cuatrocientos hombres, estando formadas por una división de caballería y un batallón de guardias nacionales, aquella y este del departamento del Salto, la primera mandada por el comandante Villasboas y el segundo por el comandante Aguilar. Viera tenía, además, el escuadrón de extramuros de Artigas y una columna de milicias montadas del mismo departamento, esta a las órdenes del comandante Amaro Ramos y aquel a las órdenes del mayor Israel Domínguez.

Las fuerzas revolucionarias del coronel Saavedra no pasarían de seiscientos hombres que —dirigidos con bravura y con habilidad— ninguna resistencia trataron de oponer, viendo el número de sus adversarios. La persecución fue poco tenaz, pudiendo Saavedra hacer internar sus heridos en el Brasil, mientras su columna, casi intacta, remontaba los bordes del Cuareim.

La expedición del coronel Viera tenía por objeto apoderarse de trece carretas con armas y municiones, carretas que las fuerzas revolucionarias riverenses conducían para entregarlas al ejército de Aparicio, al ejército del caudillo a quien pueden aplicarse estos dos versos de Bernárdez:

*¡Los que humilló tu brazo, te deprimen;
los que por ti son libres, te levantan!*

Las esperanzas del coronel Viera resultaron fallidas. Este, en una marcha de cuarenta leguas, había empleado catorce días,

dando tiempo a que Abelardo Márquez, separándose de Saavedra, llevase a su destino las armas y las municiones de que iban en busca las fuerzas del gobierno.

Diez hombres perdió Saavedra en aquel combate, siendo el comandante Andrés Villanueva uno de los caídos en la jornada.

De este modo contaba *El Diario de Concordia*, su valerosa muerte:

“Se hallaba Villanueva en un rancho alrededor del pueblo, solo, en espera de sus soldados, a los que había enviado en exploración del enemigo, cuando una partida gubernista de 70 hombres, entró en San Eugenio.

Avisado Villanueva, pudo escapar, saltando sobre su caballo, en pelo, como generalmente se dice, pero se puso a ensillar tranquilamente con desprecio del peligro.

En esta operación se hallaba cuando llegó la partida enemiga y le dio la voz de preso.

Villanueva no quiso rendirse y sacando su revólver hizo fuego sobre la partida, dando muerte a un soldado e hiriendo al oficial que la mandaba.

Los enemigos descargaron las armas a su vez, y Villanueva cayó herido de muerte.

A los tiros concurrieron los soldados de Villanueva, que fueron recibidos a balazos. Cayeron los más de ellos antes de que pudieran defenderse”.

VI

Aun el siete de julio —a pesar de la tremenda lección de Tupambaé—, los gubernistas daban por muy cercano el final de la revolución.

Con aquella fecha, el corresponsal viajero de un diario bonaerense, le comunicaba telegráficamente desde Concordia:

“Hablé en el Salto con una persona procedente de Montevideo y muy vinculada al presidente Batlle.

Me dijo que la guerra tocaba a su término.

—¿De veras? —le expresé, de seguro con manifestaciones de incredulidad en el rostro.

—¿Duda? —me respondió—. En estos momentos o se encuentra ya encima el coronel Galarza de las fuerzas de Aparicio Saravia, o se están batiendo nuevamente.

—¿Y dónde tiene o tendrá lugar ese combate?

—Seguramente en el límite de Florida y Treinta y Tres: combate que se espera será terminante y decisivo.

—¿Y la paz?

—¿La paz? Saravia espera hacerse de elementos de movilidad, en el centro y el sud de la República, para así pasar agosto, que es lo que anhela, y entonces continuar la guerra sobre seguro. Batlle y Ordóñez, apreciando las sobresalientes condiciones que ha revelado Galarza, le proporciona todo lo que necesita para que termine con la revolución, como lo está haciendo o lo hará de un día para otro”.

“El Diario de Concordia”, sabedor de esto, se burlaba de tan extremas credulidades; bien es verdad que su director, don Damián P. Garat —argentino tan simpático como ingenioso, personalidad joven y muy inteligente, amable y distinguida—, había abrazado la causa de la revolución, con el entusiasmo que inspira siempre la libertad a los caracteres viriles y a los espíritus llenos de luz.

El director de “El Diario de Concordia” estaba en lo cierto. Concluir la guerra con la guerra era una ilusión. Para ello se necesitaba un entrevero tan espantable, que el corazón se oprimía con solo imaginarlo, repitiéndose esta frase de Fouquier-Tinville: “Mi espíritu estaba tan poseído de horror, que me parecía —como a Dantón— que los ríos llevaban sangre en vez de agua”.

Más de mil millones de dólares producen los vergeles de Norte América, en tanto que muy poco producen las riquísimas frutas de nuestros vergeles. Muchos millones de ciudadanos concurren allí a la causa de las libertades públicas, convencidos de que el imperio de la fuerza es tan solo un fantasma, creado por la imaginación de los pueblos niños; en tanto que pocos conocen el verdadero espíritu de la historia, sus invariables rumbos, en nuestras hechiceras y fértiles comarcas.

De ahí que aún tenga, entre nosotros, muchos adoradores el poder armado, la fuerza visible, el hecho brutal, ignorando que en el presente o en lo porvenir, Dios hace siempre suya la causa de las ideas.

La causa de las ideas era nuestra causa. Con nosotros lidiaban la razón y el derecho.

Por otra parte, Aparicio no reñiría, sino sobre seguro, la batalla formidable en que confiaba el círculo oficial, rayando en tontería tenderle lazos con movimientos envolventes, de los que iba a burlarse, como siempre lo ha hecho, lo mismo en 1897 que en la primera mitad de 1904. A la tenaza alemana, a la tenaza estratégica, Aparicio opondría su fina tijera de cortar alambres, dispuesto siempre a no sacrificar la vida de los suyos, hasta después de haber hecho un pacto de alianza con la victoria. Al alzarse en armas —movido por el instinto de la conservación de sus ideales—, no pensaba salir de su papel de guerrillero, de una causa bendita. Moltke le interesa menos que Sertorio. Escipión le interesa menos que Viriato.

En las columnas de la prensa batllista y en los coloquios del círculo batllista —aún después de Fray Marcos y de Tupambaé—, se ha hablado siempre del general revolucionario con hondos desdenes, considerándolo como un caudillo inculto y audaz, como uno de los caudillos de nuestra edad de piedra. ¡Cuidado! ¡Esos desprecios cuestan siempre muy caros a los despreciadores! ¡Maroto se reía de San Martín! ¡Morillo se burlaba de Bolívar! ¡Otañete no creyó nunca en el valor de Güemes! ¡López, el gobernador español de Barinas, se encogió de hombros cuando supo que se acercaban los llaneros de Páez!

Aparicio no es lo que se figura el círculo oficial.

Aparicio Saravia no conoce la caótica energía de la imaginación, cuyo representante más alto —según Ferrero— es el pueblo indico, el que enseñó los principios de su arquitectura a la escuela de Bizancio. Aparicio Saravia no conoce la caótica energía de la imaginación, esa especialidad de los pueblos de la raza sino-japonesa, de los pueblos que creen en los milagros de los faquires, más portentosos que el misticismo estático de los brahmanes; de los pueblos que están cambiando con la forma y los colores de su cerámica, los matices y los dibujos de la ce-

rámica de la Europa. Aparicio Saravia no viaja nunca con las alas que algunos llevamos en nuestro interior, y que golpean a veces en los muros del cráneo, como si, quejándose del perpetuo repliegue a que están obligadas por lo estrecho de su prisión, lucharan por abrirse, para ir quién sabe adónde, y quién sabe a qué, y quién sabe en qué compañía...!

Aparicio Saravia razona mucho y calcula más, antes de decidir aquello que quiere hacer, siendo notables sus indecisiones, no solo por lo largas, sino por lo brusco de su final. Si se halla a pie, si es en horas de carpa y de fogón, de pronto sus ojos relampaguean, aumentan sus inofensivos chacoteos, su parla se vuelve más decisora, su andar más airoso, y cambia el giro de la conversación, como temiendo que se sorprenda el secreto del resultado de aquella consulta con su propio espíritu. Si está a caballo —en las horas de marcha—, no pocas veces, en uno de aquellos coloquios en que sus dudas se transparentan por la vaga expresión de sus grandes pupilas y por lo perezoso de sus contestaciones (que ondean y se arrastran como si le costase un esfuerzo indecible llegar a formar un frase completa), sale al galope, sin despedirse, con el poncho flotante y el sombrero a la nuca, bajo la lluvia o bajo el sol de fuego, por chircas o bañados, para dar una orden que nadie esperaba y que después resulta estratégica maravilla que —dejando a Muniz clavado junto a Melo— le permite a Aparicio conquistar una rama de laurel en Fray Marcos.

Es cierto, sí, que en la pelea —pero sólo en la pelea— se transfigura, teniendo entonces el golpe de vista certero y rápido de todos los capitanes célebres; la intuición profética de los movimientos del enemigo, y del lugar del lance donde está el desarrollo de la última escena; una electricidad en la voz y en la actitud, que fanatiza, que embriaga, que enloquece al soldado, y, especialmente, un coraje homérico, sin noción del peligro, arrebatador, que le haría comparable a Murat y a Ney, si —por ciertas singularidades de su espíritu—, no se asemejara a los grandes guerrilleros españoles como Mina y el Empecinado.

La íntima y la especial manera de ser de Aparicio Saravia, su ningún apego a lo fantástico y su enorme afición a lo prác-

ticamente útil, se echa de ver en su correspondencia, en sus cartas y en sus notas —cuando él las redacta o las dicta—, en las que todo es claro como agua de arroyo y todo es sencillo a fuerza de verdadero; en las que no huelga ninguna palabra y en las que todo va derecho al asunto, como iba derecha al blanco la saeta dirigida por aquellos diestrisimos arqueros de que hablan los romances de Walter Scott, y como iban sin desviaciones, a dar en el blanco, los proyectiles de aquellos cazadores de cabelleras de que hablan los romances de Maine-Reid.

Hállase tan lejos del idealismo Aparicio Saravia, que ni siquiera es un buscador de coronas de roble y gajos de laurel. Como no fuma ni bebe vino de ninguna clase, está libre de todas las embriagueces, ¡hasta de la divina ebriedad de la gloria! ¡La gloria! ¿Para qué? Aparicio se ríe de ella con su sonora, con su larga, con su característica risa infantil —especie de carcajada a borbotones, que tiene sello propio y que es indescriptible—. ¡La gloria! ¿Para qué? Su escepticismo —extraño compuesto de suaves indulgencias y abnegadas bravuras, de ironías camperas y de enormes desconfianzas—, adivina todo lo que no sabe. Diríase que las hadas que ocultan en el tronco de los sauces y de los molles que crecen en las orillas del Córdoba, le pintaron en las grises melancolías de los patrios crepúsculos, el cuadro verdadero de la fragilidad de las cosas humanas. Matea fuerte. Es sobrio como un hijo de la Laconia. Tesalia y Creta le hubieran negado el favor de la hospitalidad, porque las perfidias le son odiosas y profesa la religión del juramento. Su palabra vale tanto como su firma. Ha leído poco. En ciertas ocasiones tiene refinamientos en el hablar que asombran y sorprenden; pero, por lo común, gusta de los modismos de sabor arcaico y de las frases con olor a trébol. Es burlón; pero pica como la abeja y no como la víbora. No tiene la hermosura exterior que la leyenda se complace en prestarle; la hermosura de aquel coronel Maldonado, que fuera popular, por ella y por su valor, en el ejército argentino. La hermosura de Aparicio reside en sus ojos, que son muy vivos, oscuros y de largas pestañas. Sus cabellos se rizan naturalmente. Su estatura es mediana. Tiende a la obesidad. Usa bigote solo, que no es muy abundante y le rejuvenece. Como los Bonaparte, tiene el pie

diminuto y las manos de niño. Viste, en el campamento, a lo estanciero rico: terno de paño oscuro, bota de charol y espuelas de plata con adornos de oro. Lleva sombrero claro, poncho claro también y guantes de cabritilla de color negro. El apero de su caballo —rosillo en las marchas y tostado en los lances— vale una fortuna. El pretal es pesado y muy llamativo. Como jinete, no admite rival ni por la maestría ni por la apostura; es un maestro de equitación, pero a la manera como la entendían los indios aranches. Su revólver es tan temible como el revólver de Marcelo de Alvear. El general Mansilla aplaudiría con entusiasmo sus tiros de pistola. Visto, seduce; tratado, fanatiza. Lleva la misma espada que llevaba en 1897; la espada de Arbolito y de Guaviyú. Alguien le regaló la lanza del otro Aparicio. Saravia prefiere la suya. Es algo mujeriego.

¿Cómo engañar o sorprender, entonces, sin miedo a una zarpada de las que destrozan la espina dorsal, a un hombre que no se deja cegar por ningún espejismo, que tiene honda conciencia de sus responsabilidades; que conoce el país como un libro aprendido de memoria en los días alegres de la niñez, y repasado con insistente celo en las horas severas de la edad madura; que duerme poco y que sabe, lo mismo que Napoleón, que el éxito de una batalla depende de un instante iluminado por el chispazo de un pensamiento? Perdido, haría lo que Quiroga, como ya lo hizo en 1896; desbandaría a los suyos para volver, y clavar su lanza en el riñón de sus enemigos. ¡Aparicio es así, y por eso nosotros idolatramos en Aparicio!

VII

¿En qué estaban basadas las grandes esperanzas de los situacionistas?

El 11 de julio, "*El Día*" publicaba una carta de su director, don Pedro Manini y Ríos, fechada en el campamento de las Pavas y que, entre otras cosas, decía lo siguiente:

"El coronel Bouquet volvió anteayer de Nico Pérez con 500 hombres y regresó hoy con el coronel Villardino, trayendo una

columna de mil soldados, nuevas municiones y nuevo material completo de artillería y ametralladoras.

“En el momento en que escribo estas líneas están impartidas las últimas órdenes, para la marcha ofensiva que emprendemos mañana temprano, en busca del enemigo. Quién sabe cuándo tendré nueva oportunidad de escribirles, pero abrigo la creencia de que dado el ambiente que se respira en este ejército, dotado de los más hermosos entusiasmos, abrigo la creencia, decía, de que mi primera epístola será mensajera de una nueva victoria, victoria decisiva, ganada para las instituciones por las armas invencibles de este brillante ejército”.

A su vez, el directorio se preocupaba de que llegase una gran cantidad de materiales bélicos al campo de las fuerzas de nuestra causa, según se desprendía de un lacónico parte telegráfico enviado, a mediados de julio, por el coronel Gregorio Lamas, jefe del Estado Mayor de aquellas fuerzas, a uno de los nacionalistas de Bagé:

“El ejército está ya municionado, armado y vestido.

“El espíritu de la tropa es inmejorable. Todos ven en el general Saravia el triunfo de la revolución y el porvenir de la patria”.

En estas esperas y en estas andanzas se pasó el mes de julio —todo el mes de julio—, sin que se realizasen ninguno de los pronósticos del gobierno. Sus diaristas evocaban a la victoria, soñaban con ella, la hubiesen violado, a serles posible; pero la victoria no quería coronar sus votos, ni hacía caso del fervor de sus oraciones.

El 5, el general Muniz se encontraba en el norte del Río Negro, y el grueso del ejército del general Saravia en las abruptas sierras de las Cuentas.

El día 7, el humo del vivac de las fuerzas revolucionarias flotaba aún sobre los picos de las mismas sierras, y aún el ejército del general Muniz seguía extendido por los montes que bordean el Río Negro, hacia la entrada del paso de Aguiar.

Dijose el 11 que una fuerte columna, mandada por el coronel Escobar, guardaba el anchuroso paso de Carpintería, en tanto que el general Galarza, abandonando su campamento de las Pavas, movíase —al frente de 7.000 hombres— en busca

del ejército de Aparicio.

El 13, las tiendas de los revolucionarios oscilaban a los soplos del viento del campo lúgubre y glorioso de Tupambaé, mientras se proveían de caballadas en los municipios cercanos a Bagé.

El 18, el ejército nacionalista clavaba sus carpas entre el arroyo de Frayle Muerto y el arroyo de Zapallar, en tanto el ejército de Muniz se dirigía hacia el sur, en dirección a Polanco de Río Negro.

El 23 y el 24 se tiroteaban las avanzadas de Muniz con las aguerridas divisiones de Porongos y del Durazno, mandadas por los coroneles José González y Basilio Muñoz.

Sabíase el 25 una cosa difícil de creer, después de las dianas de los diarios oficialistas; sabíase que Muniz se retiraba con rumbo a la estación Tranqueras, abandonando a los revolucionarios las posiciones que ocupaba junto al Yaguari. Aparicio cubría con su retaguardia el paso de La Puente, estando sus avanzadas a las órdenes de Cayetano Gutiérrez, su izquierda al mando de José González, su centro dirigido por el coronel Lamas y su retaguardia confiada a la pericia de Guillermo García.

El 27, Saravia continuaba persiguiendo a Muniz, siempre poco dispuesto a aceptar el combate. Las tropas del gobierno habían hecho nido en los corrales de Cuñapirú, lugar iluminado por una de las victorias revolucionarias de 1897.

El 28, Muniz continuaba en Cuñapirú y Aparicio seguía estrechando a Muniz, en tanto que Galarza se detenía ante las corrientes del Río Negro, cuyos pasos estaban guardados por el ejército de la revolución.

El 29, el 30 y el 31, tampoco se verificaba aquel formidable golpe de maza, siempre levantado y nunca caído, eterna cantilena y eterno augurio de *El Día* y del *Diario Nuevo*.

VIII

A mediados de julio y cumpliendo con lo preceptuado por la Constitución, preparáronse las cámaras a clausurar las sesiones ordinarias de aquel período, no sin aumentar antes las dietas de los legisladores a diez pesos por día, en vista, sin duda, de la próspera situación del erario público y del halagüeño porvenir de nuestras finanzas. ¡En tiempos de riqueza no hay crimen mayor que la tacañería!

En asamblea general se designó también la comisión permanente — como es de práctica —, y la cámara entró en el silencio que precede a las sesiones extraordinarias, sin que al público le preocupara ni poco ni mucho la clausura del período legislativo. Aquella cámara, que eligió al Sr. Batlle contra viento y marea, sabiendo que nos entregaba al torvo paroxismo de la guerra civil; aquella cámara, que había sancionado la iniquidad de las interdicciones de los bienes nacionalistas sin que ninguno de sus miembros se arrancase la investidura para ponerla a los pies de la verdadera Constitución; aquella cámara, que vio con indiferencia, casi complacida, cómo se violaban todas las libertades, desde la libertad de imprenta hasta la libertad de entregar a una carta, con seguro secreto, los amores más santos; aquella cámara, que dejó al espionaje crecer y dejó crecer a la delación, como en los tiempos de Sila y de Tiberio; aquella cámara se creyó autónoma, cuando no era más que una de las válvulas de escape de los rencores del Poder Ejecutivo.

¡Más de una vez, sus miembros debieron darse lástima, como se daban lástima, en sus coloquios íntimos, los senadores sin voluntad de la Roma cesárea, aquellos senadores mordidos por los dientes de la pluma de Tácito! Más de una vez, cuando la sombra de las tardes de invierno salía del fondo de las cortinas del salón de sesiones, debieron creer que sonaba muy cerca de su recinto, el rumor de los pasos de un nuevo Cronwell; de aquel Cronwell a quien ellos habían ceñido con sus propias manos, el casco y la coraza del poder absoluto! Más de una vez, al morir esas tardes, cuando la palabra libertad caía sordamente, casi por acaso y como extrañada de su propio ruido, en medio de los debates, debieron decirse que la pisada de dictador so-

naba más cerca, que iba a echarles de allí, y que si alguno se atrevía a preguntarle con qué derecho, respondería con la irónica respuesta de Cronwell: "Con el de la espada, de que vosotros mismos me habéis armado!"

Muchos de ellos, los del grupo mayor, los que podían aducir la disculpa de su fe partidaria ante los ojos de la posteridad; muchos de ellos, los del grupo mayor, de fijo habrán sentido no haber hecho memoria, en el día oportuno, de aquella frase escrita por Lamartine en su *Historia de la Restauración*: "El vicio incorregible de las asambleas deliberantes consiste en que una vez clasificados en ellas los partidos, ya no se emite el voto de la razón de cada uno; sólo se emite el voto que el partido dicta". En cambio, los otros, ¡cómo habrán sollozado sobre la apostasía, lápida mortuoria de su vida pública! ¡Cómo habrán mendigado una palabra de estimación, algo como un consuelo, cada vez que las madres nacionalistas se vestían de luto y cada vez que las banderas nacionalistas iban dejando las cruces de sus muertos heroicos por las pendientes de nuestras lomas!

¡Ah! cuando llegue la hora del arrepentimiento, estimulado por la ambición, ¿qué les dirán a las sombras cubiertas de sangre, a las cunas sin besos, al país en escombros y a la fe violada? ¡Hay instantes en que la historia aparta los ojos y se llena de compasión!

IX

El 13, se reorganizaba el ejército del sur, comandado por el general Galarza.

Poco después se dijo que las fuerzas del ejército del norte —cansadas de no batirse con los nacionalistas—, se habían batido entre sí, siendo los héroes de aquella jornada, los cuerpos mandados por los coroneles Zoilo Pereira y Manuel Rodríguez. Lo curioso del caso fue que algunas avanzadas revolucionarias, a las órdenes de Abelardo Márquez, presenciaron el sangriento conflicto. Abelardo Márquez debió decirles: *Messieurs, cette soir ma place est au parterre.*

Que algo hubo de cierto en lo que se afirmaba, lo prueba el hecho de haber sido llamado el Sr. Pereira a Montevideo, quedando el coronel Rodríguez como jefe del Estado Mayor del ejército de Galarza, jefatura que había desempeñado hasta entonces el coronel Pereira. Las renunciaciones, las separaciones y las mudanzas que de continuo se verificaban en los ejércitos del gobierno, ponen de relieve el malestar y la anarquía reinantes en sus filas, completando el cuadro sombrío y lúgubre, de aquella época excepcional.

X

El 18 de Julio, efeméride que despierta nobles recuerdos, pasó sin regocijos. ¡Venía de los campos un aire de tristeza tan honda! ¡Reinaba en las ciudades tan profunda desolación!

El mismo día del mismo mes, en el año glorioso de 1830, había sido solemnemente jurada nuestra Constitución, entre sonar de parches y salvas de cañones. El 18 de julio de 1904 también los tambores llenaban la atmósfera de roncós sonidos y también se escuchaba el fragor de los truenos de la artillería. Pero, ¡qué diferencia! ¡En 1830, las bandas militares tocaban a gloria, y en 1904 las bandas militares tocaban a degüello! ¡Los himnos de 1830 eran la salutación al país que nacía sobre un altar con mantel de banderas tomadas al enemigo! ¡Los himnos de 1904 semejaban decirle un rítmico adiós a la nacionalidad, que caía —pronta a morir— sobre un lecho formado por banderas patrias, banderas en girones y teñidas de rojo por la sangre más pura de sus propios hijos!

Aquella Constitución, sancionada por una asamblea general constituyente y legislativa, a raíz del tratado que puso término, el 27 de agosto de 1828, a la guerra entre el Brasil y las Provincias Unidas del Río de la Plata; aquella Constitución, que afirmaba en las sienas de nuestro país la corona de su soberanía, fruto sagrado de los estoicismos y las bravuras, de los entreveros y las descargas de Sarandí; aquella Constitución era el pretexto de que se servían los poderes públicos, para cla-

var los colores de su secta política desde el último picacho de la más alta de nuestras sierras, hasta la sima más honda del más profundo de nuestros montaraces desfiladeros!

¡Aquella Constitución que, después de pasar por el examen del Sr. Calmon du Puy y del general Guido, comisionados del Brasil y de la Argentina, nos fue legada, desde lo alto de los balcones de nuestras casas consistoriales, como prenda de paz y como vínculo de concordia, era en 1904, una especie de látigo de cuerdas de acero, un know siberiano, con que quería someternos a la servidumbre de sus políticas arbitrariedades, el partido que más había violado sus preceptos de vida, sus cláusulas augustas y animadas por la irradiadora luz de la libertad!

Al proclamarlas, los constituyentes las acompañaron con un manifiesto, en el que decían que “la fuerza cimentaba las reacciones”, manifiesto calcado en las doctrinas más severas de la democracia; manifiesto que nos autorizó para resistir a todos los tiranuelos del futuro, al fulminar con cólera sináitica a los mandatarios que, *por la fuerza o el sufrimiento vergonzoso de los pueblos*, pretendiesen reunir en sus manos los diversos poderes que dan garantía a las libertades; manifiesto escrito con la intuición profética de lo futuro, por encontrarse en uno de sus párrafos el cuadro gráfico de nuestras desventuras, aquel cuadro en que, siendo la guerra el resultado de la arbitrariedad, “las leyes quedan olvidadas; las garantías sociales se desprecian; se rompe todo freno; las desgracias se suceden; los ciudadanos se desmoralizan; los partidos, desconociendo límites a sus pretensiones, se hacen culpables a la vez, y el país, corriendo de revolución en revolución, se precipita a su ruina”.

¿No era este el cuadro gráfico de toda nuestra vida de nación libre? ¿No era esta la fiel representación de nuestras desventuras de 1904? ¿No estaba, entonces, reinante la arbitrariedad? ¿No brillaba en las costas de nuestros grandes ríos, el fuego fatuo del vivaqueo de la guerra civil? ¿No estaban olvidadas todas las leyes y oscurecidos todos los derechos? ¿Los partidos no se abrazaban a sus enseñas, con profundos quereres y con amores apasionados? ¿No se habían roto todos los frenos? ¿No lloraban los ranchos, los lloros de la ausencia? ¿No

guardaban las novias, con un gesto de angustia, la ya inútil corona de simbólico azahar? ¿Las águilas no iban —con humanos despojos pendientes del pico—, a dormir el sopor de la plenitud en su nido de rocas? ¿No cerraba sus libros el estudiante, para empuñar la lanza y mover el fusil? ¿No gemían las madres de desespero, al encontrar un nombre, bendito por sus labios, en las últimas líneas de un parte de batalla? ¿No iba el país por un río de sangre y entre muros de llamas, a las orillas de la desolación y del desmembramiento, del desastre y la muerte?...

Nuestra Constitución —la única en el mundo que no ha sufrido una sola reforma en el largo período de 70 años—, necesita de varias modificaciones. Entre otras de no menor cuantía, hay que aumentar el tiempo de vida concedido a los poderes públicos —hay que dar a los departamentos la autonomía de que están ansiosos—, federalizando, por así decirlo, nuestra administración; hay que ampliar las funciones y establecer las responsabilidades de los ministros, navegando de pleno en el sistema parlamentario, que quita su razón de ser a las revoluciones; hay que restringir la suma de facultades que tiene el poder ejecutivo, que con extrema facilidad se convierte en tirano, por poco que le ayuden las circunstancias y por poco que forcejee para librarse del yugo de las leyes. En su nombre se han cometido faltas calamitosas y pérfidos crímenes, sin duda porque —como dijo Alberdi— “por perfecta que sea una Constitución, siempre hay en ella algún intersticio por donde puede penetrar el sofisma para violarla”. La nuestra —de la que se ha dicho que no contiene ningún defecto trascendental—, está muy lejos de responder a las necesidades de esta centuria, cuyos horizontes encierran mucho más de lo que abarcaban los horizontes del año 30. ¡Broche de oro, con que se cerró la épica leyenda de nuestra organización patriótica, bendito seas —a pesar de tus lagunas y de las lágrimas con que hemos bañado tus viejas hojas!

LIBRO TERCERO

SUMARIO. -El Salto. -La ciudad y el departamento. -Una frase de Nietzsche. -En continuas alarmas. -La voladura del Chingolo. -Once puentes destruidos. -Entre la revolución y el motín. -El Sr. Domínguez y los herreristas. -Los experimentos de Chunder Bose. -Cosas pasadas. -Compuesto híbrido. -Los herreristas y los girasoles. -Falsa posición del acevedismo. -Filipo y los desertores de Olintia. -Wallenstein y Gustavo Adolfo. -El Dr. Asdrúbal Delgado. -El comité de Concordia. -La lucha presidencial. -Cómo triunfó el Sr. Batlle. -El águila de "El Día". -Exigencias de la llamada minoría y su resultado. -Noble actitud del Dr. Mendilaharsu. -Ceguera presidencial. -La llamada minoría en la revolución de 1903. -Fuego a la bandera. -Husmeando el derrumbe. -Próximo desbande. -Por la paz. -Por los heridos. -Los doctores Golfarini, Morales y Palomeque. -El alma de Buenos Aires.

I

El 2 de julio —el mismo día que se constataba un desfaldo de más de 25.000 pesos en la tesorería de la municipalidad de Montevideo—, se terminaban los trabajos de fortificación mandados construir en la ciudad del Salto. Esos trabajos consistían en grandes trincheras de base pétreo y coronamiento arenoso. El gobierno quería evitar, a todo trance, que los revolucionarios se apoderaran de alguna de las ciudades del litoral, lo que podía darles justo motivo para pedir el reconocimiento de su beligerancia y el uso de las ventajas que ésta proporciona. ¿Qué ciudad —en el litoral o en el interior—, podía ser tan codiciada como la ciudad del Salto? Enrique IV dicen que decía: "Entrar en París bien vale una misa". A la revolución podía ocurrírsele que entrar en el Salto, bien valía la pena de correr los azares de una batalla. El Salto es la segunda de las poblaciones de la república, por su importancia comercial, por su cultura y por el número de sus habitantes. Está circundada de saladeros, su biblioteca es digna de mención, abundan en ella las escuelas públicas, su arquitectura es de moderno es-

tilo, sus fiestas sociales se distinguen por lo hechizado de la cortesía, los extraños la ensalzan por lo noble de su hospitalidad y los nativos se vanaglorian de la esplendente belleza de su cielo. El Uruguay la arrulla con el cántico de sus olas y la sana con el perfume de sus húmedos hálitos; sus hijas tienen el don de la gracia y sus hijos la virtud del coraje; los vapores de flotante penacho y de crujientes ruedas, la ponen en contacto continuo con la tierra argentina, y las locomotoras, de pupila de ciclope y de pulmón robusto, la enlazan fuertemente a su propio país. Por sus muelles se exportan todos nuestros productos, desde la lana fina hasta el ganado en pie, desde el cuero al tasajo, desde la fruta de oro del naranjal hasta el azucarado racimo de la vid. Como sabe que la vida es milicia, como no ignora que la vida es acción, como conoce que la luz y el calor y el sonido no son otra cosa que movimiento, manda por encima de los cerros y colinas que la custodian (como los dragones de las fábulas guardaban los tesoros de los príncipes que un genio apadrinó), su sed de trabajo, su afán de grandeza y su hambre de cultura, a todo el departamento de que es capitana —lo mismo que el cerebro manda a todos los músculos—, las dictadoras leyes de su voluntad. Y todo el departamento vive a su imagen, con sus fiebres de lucha procreadora y su viril empeño de civilización, explotando, bajo un clima que tiende a la calidez, el maderamen de sus viejos montes, el ónix policromo de sus canteras, la refinada selección de su ganadería y la asombrosa fertilidad de sus tierras de labrerío, donde el pámpano de las vides hace resaltar, con lo verde de sus reflejos, el matiz bronceado de los cereales, ricos en gluten y pródigos de savia. A los que le preguntan cómo se hace para llegar más pronto a la cima del monte, el Salto les responde con la valiente frase de Nietzsche: “¡No preocupándose y subiendo siempre!”.

II

Durante el mes de julio, el Salto vivió en continuas alarmas y entre frecuentes movimientos de tropas. Explica este alarmismo —que llegó a crónico—, la tentativa revolucionaria hecha en los albores del mes anterior sobre la ciudad, a cuyo recuerdo vino a unirse, en los primeros días de julio, la voladura de un pequeño puente llamado *el Chingolo*. Este tiene una extensión de ocho metros, y forma parte de la vía férrea que enlaza a la ciudad salteña con la ciudad montevideana. Atribuyose, por algunos, el hecho aquel a las furias del río que cruza el puente; pero, según las manifestaciones de Mr. Darton, administrador de la vía citada, a uno de los corresponsales que la prensa argentina tenía en Concordia, la única autora de lo sucedido fue la dinamita. Tres estribos del puente quedaron hechos pedazos y el tren, que lo atravesaba en los mismos instantes de la explosión, sólo por milagro logró salvarse. Al ver el peligro, los conductores saltaron al suelo, parándose la máquina a consecuencia de lo recio de la sacudida y de las averías que el choque le ocasionó. Por fortuna, los cuatro vagones de pasajeros de que el tren se componía iban vacíos, y los dos vagones de carga, que completaban el corto convoy, no sufrieron mucho. El 13 de julio, la reconstrucción del puentecito estaba terminada, y la atención distraída por otras novedades. Según Mr. Darton, la empresa —de que es administrador—, tenía —en aquel entonces—, once puentes volados por la dinamita revolucionaria.

Entre tanto los rumores alarmistas crecían y se agigantaban, afirmándose haber sido avistadas algunas fuerzas revolucionarias en el departamento. El 13, los díceres tomaban forma concreta y se aseguró que las fuerzas avistadas se encontraban en las puntas de Itapebí, acuartelándose la guarnición y reforzándose el servicio de vigilancia establecido en los alrededores de la ciudad. El 16 se suspendían, por orden de la comandancia militar, las fiestas consagradas a la Virgen del Carmen, y el 17 partía para Montevideo, en misión oficial, el jefe del 5° batallón de guardias nacionales, don Justo R. Pelayo. Por el mismo tiempo, se producían algunas deserciones

en las fuerzas de la plaza, lograba escaparse el mayor revolucionario, don Fructuoso Rodríguez —hecho prisionero a principios de la campaña—, y se ponía fin a la investigación mandada practicar sobre los procedimientos administrativos del coronel Gaudencio durante su permanencia al frente de la comandancia del Salto y de Artigas —investigación que fue satisfactoria y probó la rectitud habida en el manejo de los fondos administrados.

El 25, la alarma fue mayor todavía, hablándose de un despacho del presidente Batlle al coronel Domínguez, despacho en que se anunciaba la aproximación de una gruesa columna nacionalista, destacada por Saravia, sobre el litoral, para recibirse de un cargamento de armas y municiones, enviado por el directorio de Buenos Aires. La guarnición volvió a acuartelarse y fuertes patrullas recorrieron durante la noche, las calles de la ciudad. El 26 llegó al Salto —en el vapor Artigas y con procedencia de Santa Rosa—, el batallón 2° de la guardia nacional del departamento. En el mismo día, se dio orden a la escolta —formada por un escuadrón al mando del coronel Latapí y acuartelada más allá de los suburbios—, de guarecerse dentro de las trincheras, y se colocó al 6° de guardias nacionales de Montevideo en el edificio de la aduana, cuya altura domina el puerto y permite defenderle de un modo ventajoso. El 27 se dijo que iban sobre el Salto más de 5.000 hombres, cuyas vanguardias se habían hecho sentir en las costas del Daimán, cerca del paso de Perico Moreno —agregándose que ya las partidas exploradoras habían pasado de la altura de los Laureles—. Estos rumores dieron lugar a que se asilaran en el Salto algunos de los habitantes de San Antonio —comarca vitícola muy cercana—, siguiendo su ejemplo la familia del coronel Feliciano Viera, que habita en los alrededores de la ciudad.

¡Y así se vivió durante los treinta y un días del mes de julio! ¡Así se vivió, si es vivir escuchar, en las horas del sueño, al rumor levantado por las patrullas, y saber, cuando el día os abre los párpados, alguna nueva noticia desoladora! ¡Así se vivió, si es vivir angustiarse en la espera de la paz bendita, que no os hará temblar por la vida del hijo y que os permitirá retornar a los goces del trabajo fecundo! ¡Así se vivió, si es vivir

removerse entre eternas nerviosidades, privaciones crecientes, aumento de zozobras y la triste sospecha de un mañana peor! ¡Así se vivió, mordiéndose de ira y maldiciendo la implacable tenacidad de un hombre, cada vez que llegaba a saberse que había fracasado una nueva negociación! ¡Y la gente concluyó por odiar el sometimiento, por encontrar gallarda la resistencia, por sentirse pródiga de civismo, y por ansiar que llegase la hora del asalto! ¡No faltarían votos fervorosísimos por el triunfo de los sitiadores!

III

El 28, el coronel Domínguez recorrió las afueras de la ciudad, no siéndoles posible a las tropas que la guarnecían llevar muy lejos sus reconocimientos de exploración, por el pésimo estado y el corto número de sus caballadas. Las partidas revolucionarias —según los díceres del día aquel— estaban solo a ocho leguas del Salto. El 29 se aseguró que el presidente Batlle había telegrafiado al coronel Domínguez, comunicándole que era cosa resuelta el retorno al Salto para reforzar la Plaza del batallón móvil número 1 que, a las órdenes del comandante Leal, se encontraba en el ejército del Norte. El enemigo seguía en los Laureles, siempre a ocho leguas. El 30, la atmósfera alarmista también fue de colores plumizos, cerniéndose a manera de fúnebre presagio sobre la ciudad, sobre aquella ciudad encajonada, como una pila de metales preciosos, entre lo azul de las olas que la canturrean y el verdor de los cerros que la custodian. El 31, tampoco se aquietó la capital salteña, la capital a quien sirve de cerca primorosa un paisaje que encanta y acaricia los ojos, que es agreste en las cumbres, apacible en los valles y lleno de la quietud del bienestar en los caseríos. Así, todo el mes de julio vivió encerrada en la máquina neumática de los temores oficialistas, una de las zonas donde más fácilmente pueden observarse el trabajo y el esfuerzo del alma nacional, desparramada allí en el bosque, en la campiña, en la cumbre, en la costa, do quiera que se vuelva la vista y do quiera que el espíritu pare su vuelo de pájaro emigrador. La población

del Salto podía contestar a las guardias nacionales que se reían de su irritabilidad y de su impaciencia, con estos versos de la *Discreta enamorada* de Lope de Vega:

“No sabéis lo que es tener
 En la huerta y en la casa,
 Un enemigo de día
 Y por la noche un fantasma”.

¡Enemigos y fantasmas eran aquellos diceses y rumores, nunca calmados y siempre crecientes!

IV

Otra causa, no menos enojosa, contribuía al malestar de tan tristes días. La guarnición estaba anarquizada, según unos, por la mala calidad de los viveres dados a las tropas; según otros, por el ningún amor que inspiraba a los herreristas salteños, la comandancia militar del coronel Domínguez. Este trataba a los restos flotantes del naufragio colectivista con cierto despego, pagándole los náufragos en la misma moneda o en moneda peor. Pocos ignoran ya que la materia inorgánica es tan excitable como la materia del mundo zoológico y del mundo botánico. Chunder Bose, catedrático de la universidad de Calcuta, demuestra que la acción de los narcóticos aumenta o disminuye, según la dosis, la sensibilidad de los metales. El mismo sabio nos ha hecho conocer que las materias tóxicas matan por entero esa sensibilidad, ocasionando un desorden molecular muy parecido al terrible desorden fisiológico que el ácido prúsico o el ácido oxálico producen en ciertas plantas. En el mundo moral se observa el mismo fenómeno. No hay epidermis más sensible a todas las variaciones de la estimación, que la epidermis de los que parecen burlarse de la buena fama, con los chistes de su escepticismo o con lo enorme de su desdén para el tribunal de la multitud. Por otra parte, las disidencias entre el coronel Domínguez y los herreristas venían de muy lejos. El coronel Domínguez, de poca estatura, delgado y tieso, de ánimo

varonil y pupilas no blandas, de condición altiva y algo imperiosa, ducho en política, jefe de uno de los batallones vencidos en el Quebracho y periodista de oposición en la época del general Tajés; el coronel Domínguez, había sido uno de los colaboradores más eficientes del golpe de estado del mes de febrero de 1898 y tal vez la persona que más contribuyó al ruidoso fracaso del célebre motín del 4 de julio. Fue tal su actitud en las horas en que el militarismo colectivista ametrallaba a Montevideo, que su prestigio se remontó a las nubes, convirtiéndose en aquel probable dictador con que siempre sueñan —en los días revueltos—, los corazones flojos y los espíritus apocados. Desde entonces, desde el 4 de julio, venía manteniéndose el antagonismo entre los herreristas y el coronel Domínguez. Calcúlese ahora cómo viviría la capital del Salto, durante todo un mes, entre las amenazas de un ataque de la revolución y las sospechas de un posible motín!

Una de las singularidades más características de la época que historiamos, es lo profundo de la disparidad en los propósitos y en las ideas de los elementos componentes de la situación. Ni las brujas que salieron al encuentro de Macbeth, ni las brujas que visitó el doctor de Maguncia, hubieran podido cocer en sus retortas y purificar en sus alambiques, tan híbrida mezcla, tan raro compuesto. Por allí andaban, unidos de la mano y sonriéndose con afabilidad, los *municipistas* y los *acevedistas*, los *herreristas* y los *cuestistas*, como si siempre hubiesen comido en el mismo plato y dormido en la misma posada. Los lobos acariciaban a las ovejas y las víctimas a los victimarios. En el fondo no se querían bien. Aún flotaban en el aire las acusaciones con que recíprocamente se habían agasajado. Los herreristas no podían olvidar el fracaso sufrido ni perdonar lo enorme de la humillación, volviéndose con el pensamiento hacia un ídolo que no era el presidente de la República. La imagen no borrada del esplendor perdido producía en su espíritu una impresión tan dulce y melancólica, como la impresión que produce una música callejera en el espíritu de los aficionados al opio de los sueños. Eran los herreristas a modo de girasoles, cuyas corolas tendían en busca de los últimos reflejos de un astro que se iba hundiendo en un crepúsculo silencioso. Los

acevedistas sentían lo falso de su situación, mirando al Sr. Batlle con la inquietud que les inspiraba su propia caída moral. Comprendían que se levantaban como un obstáculo entre el gobierno y la paz del país. No se les ocultaba que el Sr. Batlle debía haber usado para con ellos, el mismo proceder que usó Filipo de Macedonia con los que le entregaron la ciudad de Olinthia. Cuando Filipo le puso cerco, dos de sus habitantes pidieron verle, descubriéndole el modo de tomar la ciudad. Una vez que entró en ella, Filipo esquivó la presencia de los que le habían proporcionado tan fácil triunfo. Estos, un día se pusieron al habla con el rey macedónico, quejándose de que los vencedores —¡los mismos vencedores!— les reprochaban su deserción. “¡Agregan, dijeron, que hemos hecho matar a nuestros hermanos!”. Filipo les respondió, mirándoles con dureza: “Tened paciencia. Los macedonios llaman a las cosas por su nombre y yo no puedo castigarles porque tengan el culto de la verdad. ¡Expiad vuestra falta y no volváis a verme!”.

¿Este ejemplo no agrada? Busquemos otro. Durante la guerra de los treinta años, cuando Gustavo Adolfo conmovía con su tenacidad y con sus proezas el norte europeo, Wallenstein ofreció sus servicios al héroe de Suecia. Gustavo Adolfo le respondió: “El que falta a la fidelidad que le debe a su rey, no puede inspirarme confianza alguna”.

¡Cuánto hubiera ganado la patria si el Sr. Batlle hubiese procedido, en marzo de 1903, como Gustavo Adolfo y como Filipo de Macedonia!

V

En compañía de su hijo Asdrúbal, herido en la batalla de Tupambaé, llegó a Concordia, el 29 del mismo mes, el Sr. Don Julio Delgado.

El Dr. Asdrúbal Delgado se hizo querer en el campamento nacionalista, por su altruismo, por su generosidad, por su perseverancia y por su valentía. Compartió con los desnudos su poncho de invierno y con los pobres su bolsillo de acomodado.

No rehuía ninguna de las faenas del fogón, gustó de los riesgos de la pelea, y supo animar, con la alegría de su juventud, las veladas de invierno y las horas de marcha.

Antes de la guerra, ya el Dr. Delgado se había distinguido, en los clubs nacionalistas, por su elocuencia, y entre la juventud aficionada al arte, por las rimas que dedicó a sus amores de adolescente.

La sangre que ha vertido, le consagra caballero del Ideal.

VI

En Concordia, respondiendo a la acción del directorio de Buenos Aires, y cooperando, con firmeza decidida y voluntad muy amplia, al buen éxito de los planes de aquel, en el envío de contingentes y en la penosa rebusca de recursos, vivía un grupo de distinguidos correligionarios, a quienes no dejaban ni a sol ni a sombra, las arañas velludas del espionaje. Ignoro, y lo lamento, muchos de sus nombres. No me es posible buscar informaciones, dada la premura de este somero estudio. Solo sé que formaban como el centro de aquel grupo patriótico, como el cerebro de aquel organismo en actividad, los señores Diego Martínez, Alfonso de Salterain, Eduardo Lamas y Julio Delgado.

El primero, periodista de nota en su adolescencia, abogado muy docto en su juventud y tribuno parlamentario de grandes dotes en su edad viril, ocupaba un sitial legislativo al estallar la guerra. Obediente al deber, se desprendió de su investidura y se puso al servicio de la revolución. Pertenece el Dr. Diego Martínez a esa raza de hombres que no venden jamás la primogenitura de su castidad política, al Jacob de las pequeñas ambiciones personales. El Dr. Alfonso de Salterain, que ocupa en el foro salteño lugar preminente, que es de una generosidad incansable y de una cortesía capaz de desarmar a los caracteres de peor acritud, muy claro y muy lógico en sus dictámenes y en sus opiniones, no hacía con aquel acto de fidelidad a la causa, sino continuar la conducta observada siempre, lo mismo

en las convenciones de nuestro partido que en las batallas electorales y que en todos los días de prueba para el credo. El Dr. Eduardo Lamas, hermano de Diego y hermano de Alfonso, tiene las virtudes que parecen ser la característica de su apellido: el valor, la firmeza, la caballería, la cordura y el propósito noble. Formó en las filas del ejército de la revolución, en su calidad de médico y en su calidad de nacionalista. Alejado de allí por una enfermedad, por una tifoidea que casi le cuesta la vida, vino a ponerse a las órdenes de las autoridades civiles del partido, con la misma decisión con que se había puesto a las órdenes de su jefe militar. El Dr. Lamas estuvo en el ejército desde el principio de la campaña, hasta mucho después del Paso del Parque. El Sr. Julio Delgado, también miembro de primera fila de la sociedad salteña, había formado parte de las comisiones nacionalistas de aquel departamento, en las horas del voto y en las horas tranquilas de la predicación. Es ilustrado, prestigioso, muy cuerdo y de relevantes condiciones morales. Obligado a permanecer, en bien de la causa y durante la guerra, en el litoral, por lo útil que podía sernos su influjo allí, pagó sin embargo su tributo de sangre a la revolución, dejando ir a ella, lo mismo que el Dr. Salterain, a uno de sus hijos. ¡En el partido, que el Sr. Batlle obligó a levantarse en armas, abundan las virtudes y son moneda diaria las abnegaciones!

VII

Aquella sorprendente alianza de lo heterogéneo, de que hablábamos en uno de los párrafos anteriores, se había formado al calor de la candidatura presidencial del Sr. Batlle. ¿Quién no recuerda cómo surgió esa candidatura? Casi todos los legisladores nacionalistas batallaban por el triunfo del Dr. Juan Carlos Blanco. El Dr. Blanco tenía, en la asamblea, seis votos colorados. El Sr. Batlle contaba con dieciocho votos colorados y ocho votos nacionalistas, a pesar del compromiso firmado por los legisladores de nuestro credo, de votar todos juntos al candidato que tuviese, entre ellos, mayor número de adhesiones. Los que rompieron el compromiso se apoyaban en

que ya se habían contado y recontado esas adhesiones, antes de que ellos firmaran el convenio. A su entender, habían caído en un lazo, en una trampa. En verdad de verdades, desmintieron la fe de su firma, en primer lugar, porque la candidatura del Sr. Batlle no hubiese reunido jamás la pluralidad de los votos de los legisladores de nuestra causa, y, en segundo lugar, porque, sin su actitud, las pesas se hubieran inclinado, después de algunos balanceos, a favor de la candidatura del Sr. Mac Eachen, que era la *bête noir* de la mal llamada minoría nacionalista. Ya dijo Thiers: “Nunca les faltan buenas razones o espaciosos pretextos a los que quieren violar un pacto de honor”. El Sr. Mac Eachen contaba con el resto de los sufragios de la legislatura colorada y con algunas simpatías entre los legisladores nacionalistas. Esas simpatías se sacrificaron, con mucha pena, en el altar de la palabra empeñada, suscribiendo la proclamación del Dr. Blanco, hecha por la mayoría de los legisladores de nuestro credo. Los partidarios del Dr. Blanco aspiraban a lo mejor, los mac-eachistas a lo posible, y los otros... ¡los otros alimentaban con cántaras de leche, para que apresurase su desarrollo, al víborezno de la guerra civil...

El presidente Cuestas, cuyo candidato íntimo era don Eduardo Mac Eachen, se encolerizó al ver los obstáculos que le oponíamos. Separó al Dr. Roosen —personalidad cultísima, de antecedentes probos, de alta vida social, muy vinculada al credo y muy vinculada al cuerpo diplomático, con el que vivió en constante armonía y del que mereció sinceros elogios —del ministerio de Relaciones Exteriores—. No contento con esta ruda advertencia, el presidente Cuestas les dijo, una noche del mes de febrero, a los señores Abelardo Márquez y Pedro Etchegaray: “El partido nacional persiste en la candidatura del Dr. Blanco. Se engaña. La candidatura que triunfará, si los nacionalistas no ceder, es la del Sr. Batlle”. Y así fue. Los cuestistas y los batllistas se unificaron, uniéndose a sus votos, los votos de los que abandonaban a su partido en aquel instante difícil. En vano éstos escribieron que el Sr. Batlle les había ofrecido no sabemos qué cosas, que después se verían, para la causa. ¡Queremos creer que no les prometió nada de lo que, en año y medio de presidencia, les ha dado con extraordinaria gene-

rosidad, al país y al partido! De este modo, por una de esas coaliciones parlamentarias de que habla el Dr. Aréchaga en su notable libro sobre la libertad política; de este modo, por un capricho de la suerte, que es ciega y que es mujer, se ciñó la banda presidencial, el candidato que contaba con menos opinión en la legislatura. Pocos días antes de estos sucesos, apareció un águila en la azotea de la imprenta del Sr. Batlle. Muchos vieron, en aquella aparición, un signo de victoria. Otros se contristaron, recordando lo que las grandes carniceras vienen a ser en el mundo zoológico. Michelet ha escrito una página muy hermosa, refutando lo que de las águilas dice Buffon. ¡El ave de presa, la de pico corvo y arranques crueles, estaba bien en el prefacio del poema siniestro de la guerra civil!

VIII

Defraudado en sus generosos planes con la elección del Sr. Batlle, que se había señalado por sus opiniones adversas a la coparticipación de los partidos en el poder, y por un discurso de ingrata memoria contra el mantenimiento de las posiciones legítimamente adquiridas por el partido nacional, este --por amor a la paz y representado por sus autoridades--, hizo pública manifestación de acatamiento al nuevo gobierno, confiando en que el señor Batlle se colocaría al nivel de su misión presidencial.

Pero en tanto que la mayoría, o sea el partido, para evitar la guerra civil, trataba de acercarse al Sr. Batlle, los otros echaban sarmientos en la hoguera y le pedían dos jefaturas, sabiendo que aquello era lo mismo que arrojarle un guante al porvenir, que iba a vengarse del reto aquel, humillando todas las soberbias y todos los despechos en las llanadas de Nico Pérez.

Estábamos una noche, como todas las noches, en el consultorio del Dr. Baena, cuando entró la simpática y conciliadora personalidad del Dr. Mendilaharsu. Díjonos lo que se pensaba respecto a las jefaturas de Rivera y de San José, con la expresión del patriotismo que se contrista ante las demencias que no puede evitar. El Dr. Baena y el que escribe este

libro ya lo sabían. El círculo oficial a nadie lo ocultaba. Circulaba la nueva, desde el crepúsculo, por todas las calles y por todas las plazas de la ciudad. Y en todas las calles y en todas las plazas se oía un gran murmullo de descontento. La deserción nace condenada a no tener amigos.

El Dr. Baena, como él sabe hacerlo, y el autor de estas páginas, con la vehemencia de la sinceridad, le dijeron al Dr. Mendilaharsu que aquello se tomaría como una provocación por todas las clases del partido nacional. El Dr. Mendilaharsu, que debió creerles, hizo hasta lo imposible, con intención patriótica y que obliga al partido, para cambiar la ruta de los poderes públicos; pero la llamada minoría hizo más de lo imposible para engañar a aquellos poderes, escribiendo en su diario y diciendo en sus coloquios que el partido era ella y que ella bastaba para atar al carro del batllismo vencedor, todas las heroicidades y todas las abnegaciones de los soldados de Tres Arboles y de Tarariras.

El Sr. Batlle creyó a la minoría; le adjudicó, en remate de votos, dos jefaturas, y se alzaron al viento las banderas revolucionarias de 1903.

¡Y entonces fue el crujir de huesos y el rechinar de dientes! La llamada minoría se embraveció. Sus directores se enloquecieron. ¡En su odio a la causa, que les dio los cargos en que la sacrificaron a sangre fría, pidieron comandos en la guardia nacional, dispuestos a dirigir el fuego contra la bandera que los hizo hombres públicos, entresacándolos de la masa, menos tornadiza y con mejores sueños! ¡En su odio a la causa, que les dio los cargos es que la hirieron a sangre fría, intentaron congregarse contra ella a la juventud, que no los escuchó, como si se pudiera resistir a las cóleras augustas de un ideal que tiene todos los arrojos de Kleber y todas las audacias de Danton!

Hoy, pronto a romperse el lazo que los asociara, con la caída del gobernante encumbrado por ellos, se pelean, se divorcian, buscando rumbos y tratando cada cual de aligerar su fatídico lote. El sumo pontífice de la secta, calentándose al mismo sol en que se calentaron las virtudes de Washington y la incorruptible lealtad de Jefferson, ya promete disculpas para cuando termine la última escena de este drama esquiliano. El segundo

santón de la cofradía, el Dr. Juan Gil, arrastra su dolorido cuerpo por no sé qué villorrio de la vieja Europa. El Sr. Vargas, que inauguró sus labores de diputado con una ardiente arenga, condenadora del saravismo, ya no sabe congregar a las muchedumbres para la cruzada contra el caudillaje nacionalista. El Dr. Mario Gil ha desaparecido como tragado por un escotillón. De lo que fue don Lauro V. Rodríguez no queda ni la sombra de la sombra de la sombra de la personalidad. Todos titubean y quisieran, aunque no lo dicen, retroceder. ¡Está tan enfermo el gobierno del Sr. Batlle! Así lo que se asoció sin propósito definido ni ideal visible, se cae a pedazos, como se desmorona un cuerpo canceroso. Diríase que los torrentes de sangre vertida por las venas del partido nacional, sofocan las voces y paralizan los movimientos de lo que fue circulito liliputiense y aspiró a ser cónclave directriz. Llega un día en que la sangre de Danton se anuda, estrangulándolo, a la garganta de Robespierre. ¡Hay que creer en la existencia de lo Invisible! ¡Dejemos que pase, vengando a los muertos, la justicia de Dios!

VIII

Volvamos los ojos hacia un horizonte más lleno de luz.

Desde el principio de la guerra, Buenos Aires se había conmovido. Un grupo, en el que entraban muchos de sus prohombres, se esforzó por llevar a la práctica, sin resultado, una de las primeras tentativas en favor de la paz. Algunas de las damas más distinguidas de Buenos Aires trataron de ganar, para la causa de la quietud y de la compasión, el espíritu y la ayuda de la esposa del Sr. Batlle. Esta les respondió, en términos sumamente corteses, que las cuestiones políticas le estaban vedadas a la mujer. ¡Pero la piedad nunca le está vedada! ¡La piedad es su oficio, su deber, su aureola y su glorificación!

No se puede censurar a la compañera del Sr. Batlle por no haber intervenido en el trágico pleito de los colores; pero para las damas argentinas será siempre un timbre de honor, haberse atribulado por las madres y por las esposas, a quienes enlutaba

la saña de los combatientes. ¿Qué haría en este mundo la misericordia si le faltasen, para persuadir, la hechizadora gracia y la suave ternura de la mujer?

El Dr. Palomeque, tan sabio como buen caballero, dio una conferencia a beneficio de los heridos, por los cuales se habían interesado ya muchos corazones, entre ellos los corazones del Dr. Juan Angel Golfarini y el del Ing. Carlos María Morales. ¡Cuándo no habían de intervenir en una acción santa, esos dos nobilísimos compatriotas! ¡El primero acompañó a mi padre, al buen anciano enfermo, hasta su última hora, con una abnegación que aún me hace llorar de gratitud! ¡Gracias al segundo, los restos del que fue mi primer maestro y mi mejor amigo, duermen, al amparo del anónimo y de la lluvia, junto a los restos gloriosísimos de Olegario V. Andrade!...

Cada vez que se anunció una fiesta a beneficio de los heridos, la sociedad porteña concurrió en masa. El alma de Buenos Aires será siempre así: refugio para la expatriación y balsámico unguento para los dolores. Se dirían escritos, pensando en ella, estos preciosos versos de Manuel del Palacio:

¡Sublime caridad, virtud preclara,
De todo eres capaz, y si algún día
El sol que nos alumbra se apagara,
La llama de tu amor lo encendería!

LIBRO CUARTO

SUMARIO.-Renta aduanera. -Paralización comercial. -Un convoy sanitario. -Hospital en la línea fronteriza. -El Sr. Batlle y los médicos en campaña. -El Dr. Morelli. -El Espionaje. -Luis Ponce de León. -La libertad de la prensa. -El proyecto del Sr. Rodó. -La suspensión de "El Tiempo". -La propaganda de "El Día". -Una frase de Tucídides. -Causa primordial del movimiento de 1897. -El pacto de la Cruz como interés social. -El pacto de la Cruz y el sentimiento de la justicia. -Causas de la revolución nacionalista de 1903. -El pacto de la Cruz y los acuerdos electorales. -El pacto de Nico Pérez. -Los sucesos fronterizos de 1903. - El Sr. Batlle y la doctrina de Grocio. -El Sr. Batlle y la doctrina de Tomás Hobbes. -Los regimientos de Rivera. -Lo que pensó hacer el directorio nacionalista. -La revolución decretada por el gobierno. -Medidas agresivas. -Galarza principiando la guerra sin cuartel. -El espíritu del pacto de Nico Pérez. -Su falseamiento. -Culpabilidad de C. Legislativo. -Los derechos individuales y la interdicción de los bienes nacionalistas. -La expedición del Dr. Piñeiro del Campo. -El Sr. Batlle y los heridos nacionalistas. -La Cruz Roja y el Sr. Batlle. -Una observación de Crispi. -En Laguna Bonita. -El coronel Saavedra. -El Arazatí. -Cañoneo a los árboles. -El Rincón de Barbat. -El degüello. -Lo que piensa Aparicio. -El asesinato político. -Ejemplos históricos. -Ascensión al ideal.

I

Súpose el día 5 de julio, que la renta de la aduana, en el mes anterior, había producido 708.939 pesos, cantidad de importancia, dada la situación porque atravesaba el país y dado el estancamiento de todas las transacciones comerciales.

El cuadro que ofrecían nuestras actividades productoras, angustiaba los ánimos, ennegreciendo la visión del futuro. No hay nada más asustadizo que el capital. Cuando pierde la confianza, cuando no se siente seguro y protegido, se retrae y se esconde de tal manera que parece haber encontrado —para asilo y guarida— una de aquellas cuevas de que nos hablan los cuentos árabes. El capital, nacido en el siglo XVI, cuando la producción mercantil y el trabajo comercial alcanzaron cierto grado de desarrollo, tiene, como punto de partida y como causa de crecimiento, la circulación de las mercancías. En el mes de julio de 1904, esa circulación estaba casi completamente paralizada. Entre el cerebro y las extremidades de la república, eran len-

tas, intermitentes y peligrosas las comunicaciones. En el interior, las casas de negocio estaban desprovistas de los artículos más comunes, escaseando hasta el azúcar y la yerba mate. Muchas de las familias de nuestros rancheríos vivían a crédito, embarazando así, no solo el pago de las compras a realizar, sino también el pago de las compras pasadas. Unase a esto, una muy enorme escasez de brazos en nuestras campiñas; los perjuicios causados, en las haciendas y hasta las granjas, por el constante paso de los ejércitos; las dificultades, siempre crecientes, de llegar a un convenio que desarmara a las fuerzas en lucha, y se comprenderá lo grande del desánimo y lo terrible de la zozobra que experimentaban —en julio de 1904—, estos comerciantes, nuestros ganaderos y nuestros agricultores.

II

Túvose conocimiento, por aquellos días, de que la expedición sanitaria, salida para Melo, bajo la dirección del Dr. Botaró, se encontraba aún por los alrededores de Cerro Chato, a causa de lo dificultoso de los caminos que enlazan a Nico Pérez con la capital de Cerro Largo. Súpose igualmente que el barón de Río Branco —ministro de Relaciones Exteriores del Brasil—, había concedido —en nombre del gobierno federal— la autorización necesaria para que los revolucionarios pudieran establecer un hospital de sangre más allá de la línea fronteriza, y bajo el resguardo de la bandera de aquel noble país. Debíase esto último a la extrañísima actitud observada por el Sr. Batlle con los médicos nacionalistas, con los médicos, que en cumplimiento de su misión y fieles a sus amores partidarios, acompañaban, en su heroica peregrinación, al ejército de Saravia. Ya mucho antes, el Dr. Lussich, que se encontraba dirigiendo el hospital instalado en Rivera después de la terrible acción del Paso del Parque, había sido detenido por orden del general Muniz, a pesar del generoso celo y la científica maestría con que el Dr. Lussich atendió a los heridos del ejército del gobierno, en aquella misma ocasión y con motivo de aquella misma ba-

talla. En julio, a la detención del Dr. Lussich vino a unirse la detención del Dr. Morelli, hecho prisionero después de Tupambaé y en el hospital instalado en el almacén del Sr. Fascioli, que se halla en las cercanías del lugar de combate. Llevado a Montevideo, el Dr. Morelli fue sometido a la más rigurosa de las incomunicaciones, en uno de los cuarteles de la ciudad, trasladándosele más tarde a la isla de Flores —isla volcánica, sin rastros de vegetación, batida por todas las olas del océano y por todos los vientos de la rosa náutica, asilo de epidémicos y prisión de cuarentenarios, ¡pedazo de roca perdido en la soledad de las aguas, para espiar el paso de los buques de bandera amarilla!— En vista de esto y emocionado por las quejas del cuerpo médico montevideano, el Dr. Figari se acercó al Sr. Batlle, tratando de obtener de su generosidad lo que no podía obtenerse de su anestesiado espíritu de justicia. ¡Tiempo perdido! El Sr. Batlle contestó que reflexionaría; que el Dr. Morelli era miembro del directorio del partido en armas; que al Dr. Morelli no le alcanzaba aquella inviolabilidad que los códigos guerreros de todas las naciones cultas conceden, no solo a las personas, sino también a los útiles profesionales del médico en campaña, y concluyó por despedir al Dr. Figari, sin respuesta concreta y haciendo gala de la férrea tenacidad que durante toda la lucha manifestó, tenacidad que no es una virtud, sino un defecto, cuando el que la ostenta es piloto de pruebas y guardián de libertades. En el Brasil y en la Argentina fue ocasión de censuras, no poco severas, aquel desconocimiento de todas las leyes humanitarias dadas al mundo entero por los convenios internacionales de Ginebra y de San Petersburgo. Un médico, revolucionario o no; un médico, cuyas armas son el bicloruro, que desinfecta, y el bisturí que ensancha la herida para que salte la sangre corrupta; un médico, sorprendido en el ejercicio de sus funciones, no puede ser tratado sino con el respeto que su misión merece y que su ciencia inspira. Cada uno de los actos del Sr. Batlle, visto a la luz de la crítica histórica, pone de manifiesto que era la venganza de lo pasado y el odio a los nacionalistas, lo que se ocultaba bajo la máscara de su amor a la verdad institucional, ¡cómo si la verdad institucional fuese enemiga del derecho de gentes!

Son infinitos los rasgos que sombrean aquella situación. El Dr. Morelli había sido, hasta el día en que estalló, por orden del gobierno, el movimiento nacionalista, el médico de la familia del Dr. Romeu, Ministro de Relaciones Exteriores del Sr. Batlle. ¡Y qué médico! Afectuoso, completamente desinteresado, pronto al sacrificio de todas sus noches, nunca reacio al llamado de los que sufren, amante del estudio hasta lo inverosímil y conocedor de todas las novedades que exaltan la atención del mundo científico. El Dr. Morelli os explica la historia del cielo como un astrónomo; sabe de las virtudes de los simples como una hechicera del medioevo; maneja el microscopio, como si de lo pequeño dependiese su salvación; os cita cuanto nombre eslavo y alemán se lee en las revistas o se escribe en los libros; todas las enfermedades le han costado vigiliadas a la luz de la lámpara y a todos los dolores ha buscado consuelo, con un ardor en el que se confunden estrechísimamente las piedades del hombre y la nunca saciada curiosidad del sabio. De mediana estatura, amorenado por el ciervo y el sol, pelinegro y con algunas hebras de plata en la barba revuelta, siempre locuaz y con el rostro cruzado de continuo por el relámpago de los nervios, movedizo y ágil, de tórax robusto y anchas espaldas, vestido con un traje de pana de color marrón y con altas polainas de paño oscuro, con chambergo o boina de matiz claro, con la cartera profesional cruzada sobre los pectorales y con el poncho en los tientos de la grupa de su caballo, pésimo jinete y muy corto de vista, nada habituado a la vida campera, el Dr. Morelli halló en la fuerza de su voluntad lo que otros encontraban en la fuerza de la costumbre, y fue, en los campamentos, motivo de envidia y causa de asombro por lo inagotado de su buen humor, por lo indescriptible de su fe en el triunfo, por su rapidez en el esparcimiento de las noticias halagadoras y por el gesto de desdeñosa duda con que recibía las noticias mortificantes. El frío y la niebla no le amilanaron; las privaciones y las largas marchas se estrellaban contra lo grande de su estoicismo; todos los enfermos le merecieron solicitud y a todos los heridos les ganó el alma con lo afectuoso de sus cuidados. No cambió su carácter, el carácter agreste, de roca de piratas, de la isla de Flores. Se procuró revistas y aprendió

de memoria muchas de sus páginas; dióse a la pesca y jugó a la pelota, para vigorizar su paciencia y sus músculos. ¡Soñaba a todas horas, despierto y dormido, con el triunfo de la revolución! En la isla se encontraban también, en calidad de presos, los comandantes nacionalistas, Juan M. Miranda y Eusebio Carrasco.

III

A raíz de la batalla de Tupambaé, en la primera semana de julio, el espionaje recrudeció. Uno de los corresponsales de *La Prensa* de Buenos Aires, decía lo siguiente:

"Aquí recrudece el espionaje y ya se hace casi imposible recibir recortes de diarios argentinos, pues la policía no se para en miramientos de ninguna clase para registrar domicilios, aprehender ciudadanos, perseguir a vendedores de diarios, vigilar cafés y clubes, imprentas y casas particulares, haciendo sentir, en fin, por todos los modos más violentos y vejatorios, el régimen del terror a que parece recurrir el gobierno, para impedir a todo trance que el pueblo se entere de lo que verdaderamente ocurre, tanto por lo que se refiere a las operaciones de guerra, cuanto por lo que atañe a las intrigas políticas y a los trabajos de paz".

Los que tanto habían gritado en folletos y libros, discursos y periódicos, contra el tirano Rosas ¿que hacían sino imitarle en sus desaciertos? El cuadro salido de la pluma del corresponsal, ¿no era una copia fiel del cuadro que ofrecía, en 1841, la ciudad de Buenos Aires? ¿Se perseguía, acaso, con más tesón, por la policía rosista, a los que contrabandeaban aquel célebre semanario redactado, en Montevideo, por los doctores Juan María Gutiérrez y Miguel Cané? ¿Perseguía, por ventura, con más empeño la policía rosista, en aquella época de matices trágicos, a las composiciones unitarias de Ascasubi, de lo que perseguía la policía batllista, en el mes de julio, a las crónicas de la guerra publicadas en los diarios argentinos? Y adviértase que desde 1841 hasta 1904 había transcurrido más de medio siglo, medio

siglo en que los corazones latieron en un ambiente de libertad y se educaron las inteligencias en la práctica de la democracia.

En lo que atañe a la palabra escrita, si algún tirano perdía en la comparación, no era el tirano de 1841. ¡Da miedo pensar en lo que hubiera hecho el Sr. Batlle si las publicaciones, perseguidas por él, le hubiesen dicho la mitad, solo la mitad, de lo que José Mármol y Luis Domínguez dijeron a Rosas!

IV

En su cautividad, el Dr. Morelli no soñaba solo. Compartía sus sueños el Dr. Luis Ponce de León, herido en la batalla de Tupambaé y hecho prisionero, lo mismo que el Dr. Morelli, en el almacén del Sr. Fascioli.

Rubio, de un rubio acastañado; blanco, hasta desafiar la luz de febrero y los cierzos de agosto; alto y lleno de flexibilidades; con un poco de desgarbo en el andar y un poco de desmanejo en el decir; con mucha expresión en los ojos azules, salpicados de diminutas estrías doradas; partido en dos el rostro por un bigote, que empezaba a espesarse, sin perder sus finuras de seda; valiente y lealísimo; bien quisto por todos y frisando en el último tercio de la primera juventud, que es la mejor y la inolvidada; poeta a ratos, con ansias de prestigio oratorio, de fácil alance cuando se cree en lo que se dice y se tiene la pasión del estudio; discreto hasta la rareza y con una epidermis moral de sensitiva; católico como un cruzado del siglo XI y creyente como los creyentes de las catacumbas de la Roma pagana, Luis Ponce de León debió merecer a las situacionistas todo género de atenciones, en pago de las atenciones que Ponce tuvo con los prisioneros hechos en Fray Marcos. A un herido, por satisfactorio que sea su estado y por segura que parezca su curación, no se le manda a una isla cuarentenaria, batida por los vientos del mar y sin ningún verdor, como la isla de Flores.

Luis Ponce de León fue uno de los fundadores de "El Nacional", diario que más tarde se convirtió en la tribuna del Sr.

Acevedo Díaz, y fue uno de los fundadores de aquel club político que, bajo el nombre de Bernardo P. Berro, congregó a la juventud nacionalista en las horas que precedieron a la revolución de 1897. En las reuniones populares celebradas en el Durazno, en la Florida, en Minas y en San José, antes de aquel movimiento, Luis Ponce de León tomó parte activísima, pronunciando, unas veces, discursos llenos de unción patriótica, y leyendo, otras veces, décimas bien cortadas, muy musicales, muy armoniosas, y que evocaban la visión de los viejos lanceros de golilla celeste, de los rudos lanceros de Manantiales. En 1897, fue el abanderado del general Saravia en Arbolito, en Arroyo Blanco, en el Hervidero, en Guaviyú, en Aceguá, en Tarariras, en todas las batallas donde la revolución lloró un desastre o ganó un laurel. Siempre sostuvo con honor el puesto de abanderado de una bandera que más de una vez desgarraron las balas. En los campamentos, llenan todas las horas de Luis Ponce de León dos grandes amores: la patria y el partido; aquella antes que este, en tanto le sonríen, flotando sobre los paisajes que dora el sol o chispeando entre los hormigueos de las estrellas, dos pupilas muy verdes que han sido, desde la niñez, el idolátrico culto de su alma varonil. Hecha la paz, Luis Ponce de León se dedicó al estudio, doctorándose pronto, sin dejar por eso de ejercer una gran influencia en los clubes y en las decisiones más arduas de su partido. Estuvo con nosotros en la redacción de "La Patria", diario que combatió la candidatura presidencial del Sr. Cuestas, por entender que el pasado de este no era prenda de rectitud administrativa ni podía ser prenda de libertad. Mucho después, cuando el Sr. Cuestas defraudó felizmente el pesimismo de aquellos pronósticos, el Dr. Luis Ponce de León combatió a nuestro lado, en la convención de la Florida, a favor de la libertad electoral, para aquellos comicios que le dieron a nuestra causa las senaturías de Rivera, Treinta y Tres, Flores, Rocha y Río Negro. Cuando tuvimos que separarnos de la dirección de *El País*, después de una arriesgadísima propaganda, Luis Ponce de León fue uno de los que nos ayudaron, con mayores empeños, a fundar *El Deber*, diario al que le estaban reservadas muy ardientes polémicas en defensa del credo. En 1901 sostuvo en la convención de Paysandú,

lo mismo que nosotros, la causa del acuerdo, convencido, como nosotros lo estábamos también, de que lo que había sido libertad en una elección parcial, nos conduciría, en unas elecciones generales, a los trágicos sacudimientos de la guerra civil. Los pueblos, lo mismo que los niños, solo aprenden a andar poco a poco. No se hace en un día el aprendizaje de la libertad. La ciudadanía no es una ciencia innata; es una ciencia que se adquiere por la práctica gradual del derecho. Ya, por aquel entonces, Luis Ponce de León tenía establecido su estudio de abogado en la ciudad de Melo, siendo uno de los íntimos y uno de los confidentes del general Saravia, cuyo cariño supo captarse con lo moderado de sus consejos, el ningún servilismo de su carácter y lo sinceramente probo de su conducta. Es generoso hasta el sacrificio de sus conveniencias; pero cuando da, oculta lo que da, lo mismo que Brion, cubriéndolo de rosas. Obliga doblemente al agradecimiento, por la delicadeza con que presta el servicio. En Melo se le tiene en mucha estimación por estas condiciones y por lo caballeresco de su cortesía. Después, en los congresos electores de directorio de 1901 y de 1902, hemos ganado juntos muy nobles victorias. En las ardientes horas de la lucha presidencial, en los vertiginosos días que precedieron al primero de marzo de 1903, el Dr. Luis Ponce de León estuvo con los suyos, con los más, con los que representaban la opinión del partido, como estuvo con los suyos en el movimiento armado del año aquel, y como estuvo con los suyos, siendo secretario general del ejército nacionalista, en la revolución cuyos clarines tocaron a gloria en el campo de Tupambaé. En la isla de Flores se consolaba de su cautividad, soñando, como el Dr. Morelli, en el próximo triunfo de la bandera que tantas veces hizo flamear al lado de Aparicio Saravia.

V

El 5 de julio terminó, en el Senado, la discusión de los proyectos de ley sobre la libertad de la prensa. El proyecto de la comisión de legislación —que defendían los señores Lenzi y Es-

palter— sufrió una repulsa, obteniendo los honores de la victoria —por solo seis votos—, un proyecto del Sr. Rodó, que había sido sancionado ya por la Cámara de Representantes.

Por el proyecto del Sr. Rodó, la prensa podía ocuparse de todo lo que fuera compatible con el sigilo que requieren las operaciones de los ejércitos en campaña. Por el mismo proyecto, la prensa podía —del mismo modo— pedir la paz, pero siempre que esa paz estuviese en armónica relación con las prescripciones constitucionales.

La primera víctima de la ley sancionada el 5 de julio, fue el diario “El Tiempo”. El 7 se le comunicó, por la jefatura de policía, que quedaba suspendida su publicación por el espacio de cinco días. El director de “El Tiempo” había dicho en su editorial de aquella mañana, lo mismo que durante el mes de julio dijeron los comerciantes salteños a los corresponsales de los diarios de Concordia. El Dr. Mendilaharsu había dicho que era forzoso hacer la paz a toda costa. Los comerciantes del Salto decían que era preciso hacer la paz, aunque esa paz costara todo género de sacrificios.

El Sr. Rodó, no conforme con la interpretación dada a la ley por los poderes públicos, obtuvo que la Cámara de diputados llamase a su seno, en demanda de explicaciones, a uno de los ministros del Sr. Batlle. Súpole mal a “El Día” lo sorprendente de esta actitud, reveladora de que el Cuerpo Legislativo vivía aún, aunque en estado agónico, y le dijo a su vez al Sr. Rodó:

“Si la ley prohíbe que se haga propaganda en favor de arreglos de paz que limiten las facultades constitucionales del Poder Ejecutivo, prohíbe al mismo tiempo que se ataque y desprestigie al Poder Ejecutivo por la defensa que hace de la integridad de esas facultades.

“Luego, prohíbese que se califique esa defensa de estéril y bárbara. Luego, *El Tiempo* al hacer esa calificación, ha violado la ley. Esto es evidente. Si además, en momentos en que la insurrección exige para deponer las armas que el Poder Ejecutivo acepte una limitación de sus facultades constitucionales, y en que todo el problema de la paz y de la guerra se plantea alrededor de esa exigencia, sale *El Tiempo* afirmando que la

paz debe hacerse a toda costa; es evidente, entonces, que proclama y pregona la aceptación de parte, o si fuera necesario, de todas las exigencias de la insurrección; pues una paz institucional no podría calificarse, sin absurdo, de paz a toda costa.

“El Poder Ejecutivo colegisla como el Sr. Rodó, y con una intervención constitucional mucho más importante que la que a él le corresponde.

“Pues bien: el Poder Ejecutivo al aceptar y promulgar la nueva ley de imprenta, la entendió como ahora la aplica, y de lo contrario, no habría dejado de observarla. Están, pues, enfrente, la interpretación forzada del Sr. Rodó, que ha contribuido a formar la ley, y la interpretación natural del Poder Ejecutivo que ha contribuido a formarla mucho más que el Sr. Rodó”.

Se deduce de lo anterior: 1° - que la opinión sensata de los montevidéanos calificaba de *estéril y bárbara* la ciega terquedad del Sr. Batlle. 2° - que el Poder Ejecutivo sabía mejor el alcance de la ley que el autor del proyecto sancionado por la Cámara.

No contento con esto, el 11 de julio agregaba “El Día”: “El gobierno, cuando prestigió el proyecto de ley en vigencia hoy, retirando el suyo, lo hizo con el convencimiento de que él ponía al país a cubierto de una propaganda del género de la que ha iniciado *El Tiempo*. Si no lo hubiera entendido así, no solo no habría prestigiado ese proyecto, sino que, llegado el caso, habría vetado la ley.

“Y habría procedido, sin duda, sin vacilaciones y con la energía con que procede el que tiene el íntimo convencimiento de la verdad de su derecho, puesto que el presidente de la República tiene la más absoluta persuasión, perfectamente fundada, por otra parte, de que en estos supremos momentos de la vida nacional, es de todo punto indispensable evitar que la funesta causa de la insurrección cuente con el apoyo directo o indirecto del periodismo equivocado o malevolente”.

De este párrafo se deducirá: 1° - que el Poder Ejecutivo estaba dispuesto a vetar todas las resoluciones legislativas que tendiesen a quitarle a la prensa la mordaza que oprimía sus labios; 2° - que el Poder Ejecutivo estaba dispuesto a no hacer

caso alguno de los portavoces de la opinión pública, cuyas manifestaciones genuinas, claras, evidentes, eran contrarias a sus partidismos apasionados y 3° - que la única paz posible para el Sr. Batlle, era el sometimiento incondicional de la revolución.

Tucidides escribió, ocupándose de los conflictos domésticos de la Grecia: "Las grandes enemistades sólo pueden terminar con una paz duradera, cuando el vencedor es generoso e impone a los vencidos, condiciones moderadas". El Sr. Batlle, a juzgar por la prédica de su diario, no conocía la moderación; ¡era más tiránico que nuestros dictadores de bota charolada y espuela domadora!

VI

"El mal de nuestra época es la mentira" ha dicho el Dr. López.

Juan Carlos Gómez, llevando en sus cabellos todas las nieves de los caminos de una vida larga; Juan Carlos Gómez, con la voz apagada, pero con la inteligencia vigorosa aún, decía a sus discípulos de Buenos Aires, al empezar sus brillantes conferencias sobre la filosofía del derecho: "Todos despliegan la bandera del derecho: es en nombre del derecho que se usurpa; es en nombre del derecho que se oprime".

Estas palabras pueden aplicarse completamente a la época batllista, época de mentira, en que se usurpaba y se oprimía en nombre del derecho.

Desde la caída de Paysandú, el partido colorado se adueñó del poder, sin someterse jamás al control del voto, única sanción que legaliza el ejercicio de la autoridad en los países republicanos. La revolución de 1897, como todas las revoluciones que, desde la caída de Paysandú, perturbaron la atmósfera de la patria con el estampido de los fusiles, tuvo por base y justificativo, esa falta de sanción popular.

En 1897, los partidos depusieron las armas en virtud de un contrato. Ese contrato especificaba que, en tanto no se verificasen unas elecciones generales con escrutinios probos y sin ninguna violencia coercitiva, el partido nacional conservaría

las jefaturas políticas de seis departamentos.

El contrato, según la definición jurídica consagrada, es el acto por el cual dos personas consienten en crear, modificar o extinguir derechos. El interés social es el que da fuerza obligatoria a los contratos, y el honor de los contratantes es el que hace imperioso su cumplimiento. El pacto de 1897 tenía la fuerza obligatoria que le daba el interés nacional, cansado de moverse fuera de la legalidad, y estaba interesado en su cumplimiento el honor del partido de la Defensa, que había visto a sus enemigos deponer las armas ante una promesa de los poderes públicos colorados. El pacto de 1897 creaba derechos, que solamente entonces pudieron ser rechazados en nombre de la Constitución, basándose en el aforismo de que "no hay derechos contra derechos". Pudo gritarse, entonces, que aquel pacto violaba las prerrogativas presidenciales; pero no después, cuando las cámaras legislativas y el país mismo aceptaron los derechos que el pacto creó, buscando un modo de reconciliar a los adversarios de muchos lustros y de hacer posible la estabilidad de la paz. Los adversarios del pacto de la Cruz, ni siquiera podían alegar que el pacto era injusto. ¿Por qué no lo era? Primero porque reparaba las injusticias cometidas con el partido nacional desde el heroico martirio de Paysandú. Después porque si, como piensa el Dr. Magnasco, "es forzoso considerar, en derecho positivo, justo lo útil", tenía que ser justo un acto que encadenaba, con sólidos grilletes, a la hiena insaciable de la guerra civil. "El derecho, sostiene el mismo Dr. Magnasco, si no es la justicia en sí, es el sentimiento de la justicia". El pacto de la Cruz contaba con el apoyo de ese nobilísimo sentimiento. El país en masa había comprendido que la permanencia del partido colorado en el poder, sin demostrar en unas elecciones la bondad de sus títulos, era una usurpación, una arbitrariedad, un desconocimiento de nuestras leyes institucionales más democráticas.

Ahora bien, la autoridad de los poderes nace, según dice el Dr. Escalante en la pág. 77 de sus lecciones de *Filosofía del Derecho*, "primero, de la necesidad que hay en las sociedades, de aclarar el derecho en los casos dudosos y, después, de la necesidad de encerrar a cada uno dentro de la órbita de los de-

rechos que le corresponden". El Dr. Escalante pregunta: "Si no hubiera una autoridad que aplicara el derecho, ¿qué defensa tendría aquel cuyo derecho fuera invadido?". Y se responde el mismo Dr. Escalante: "Para repeler la invasión, no tendría sino el uso de la fuerza". ¿Qué se deduce de esto? Maguer todos los sofismas que se inventen, se deduce que, cuando es la autoridad la que invade el derecho o la que protege su usurpación, a las sociedades no les queda otro camino que el uso de la fuerza. En 1903, el Sr. Batlle, al violar el pacto de la Cruz, invadió derechos, intentando proteger las usurpaciones de lo que se llamaba minoría nacionalista. Por estas causales, en marzo de 1903, Aparicio Saravia levantó la bandera de la revolución y juntó a su partido en las cuchillas alfombradas de trébol.

¿Y los acuerdos electorales? Haberlos rechazado, si se quería llegar de una vez al imperio de la legalidad. Cuando el Sr. Batlle no los rechazó, sería, sin duda, porque la legalidad le interesaba poco. Su presidencia es hija de aquellos acuerdos, que en nada desfibraban el pacto de la Cruz, desde que, para la cesación de este, se necesitaban unos comicios generales; pero unos comicios tan probos y tan libres como los desea y los estatuye la Constitución.

VII

Sorprendido por la rapidez y por la importancia de la revolución de marzo, el Sr. Batlle contrató nuevamente, con las autoridades nacionalistas, la quietud del país. También aquel pacto limitaba las prerrogativas presidenciales y también concedía posiciones de fuerza al partido en armas. El señor Batlle prefirió, en marzo de 1903, salvar las colonias a salvar los principios, a pesar de lo fanático de su culto por la Constitución. En enero de 1904, si el Sr. Batlle arriesgó las colonias por los principios, fue porque se creía lo bastante fuerte para salvar aquellas y estos. El pacto de Nico Pérez, que era a sus ojos una humillación y que le pesaba como una cadena de gruesos anillos, le permitió mirar sin ceño y con júbilo la actitud de las

autoridades fronterizas brasileñas, que reclamaron, a toda costa, la libertad de Gentil Gómez, mandado detener por orden de un juez de Rivera. ¡Cuánta importancia no dieron los diarios situacionistas, a aquel desgraciadísimo acontecimiento! Los tiros disparados junto a los marcos y la sangre de que los marcos se tiñeron, favorecían al círculo oficial, pues le proporcionaban, gracias a nuestro patriotismo y a nuestra buena fe, una oportunidad para meterse en las entrañas de la más importante de las administraciones nacionalistas. Dos regimientos de caballería fueron a Rivera. ¿Se retiraron, acaso, cuando la aparente gravedad de las circunstancias desapareció? ¡No! ¡Clavaron su tienda, como en país conquistado por medio de una astucia, en el departamento que servía de trazo de unión a nuestro partido con el partido republicano de Río Grande! Después, con el beneplácito de los legisladores enemigos del partido nacional y con el visto bueno de los legisladores desertados de nuestras filas, el Sr. Batlle creó una comandancia militar en el corazón de la república entregándola a uno de nuestros tránsfugas, al zahareño y sombrío general Muniz. En nombre del principio de Grocio, en nombre de aquel principio que dice *injustus est quod natura societatis repugnat*, el Sr. Batlle había contratado la paz en 1903, encontrando que aquella paz no repugnaba, sino que era, por el contrario, tan agradable como provechosa a la sociedad por su círculo dirigida. En 1904, se preparaba a perturbar la paz, con arreglo a la doctrina de la escuela de Hobbes, para la que el principio del derecho es la fuerza y la ley del derecho consiste en el combate de todos contra todos, adjudicándose cada uno la mayor suma de bienestar posible. Así, con una teoría para cada conveniencia, el Sr. Batlle esperaba el advenimiento del período electoral, teniendo ya, a su absoluta disposición, un resorte de fraude en el departamento de Rivera, y un resorte de arbitrariedad en el departamento del Durazno.

El directorio del partido nacional, apercebido de todo esto; sobreexcitada su atención por las frecuentes remesas de armas que los poderes públicos recibían de Norte América; no encontrando explicable aquel nombramiento, cinco veces antipolítico, del general Muniz, resolvió solicitar del presidente Batlle el re-

tiro de los regimientos que estaban en Rivera. Dos causas nos obligaban a ello: en primer lugar la aproximación de la época de la apertura de los registros cívicos, y en segundo lugar, la conveniencia de conocer los propósitos verdaderos del Sr. Batlle. ¡Pronto supieron las autoridades nacionalistas lo que deseaban! Una indiscreción enteró al Sr. Batlle de lo que iban a pedirle las autoridades de nuestro partido, y antes de que éstas intentaran entrevistarle, antes de averiguar, a ciencia cierta, el alcance de su solicitud, tomó tales medidas y tales precauciones; permitió a su prensa asumir actitudes agresivas tan desenmascaradas; movió de tal manera sus cuerpos de línea sobre los departamentos por nosotros administrados; rodeó a nuestros jefes con una vigilancia tan extremosa; se mostró tan dispuesto a pedir a las armas lo que no podía pedir al pacto de Nico Pérez, que —a placer suyo y por causa suya—, estalló la revolución de 1904. No fue la llanura la primera que levantó el estandarte de la guerra civil. Fue la montaña la primera que arrojó sus pedruscos sobre la paz. Los sublevados fueron los poderes públicos que, cuando nadie los atacaba, echaron un zarzapazo sobre las administraciones nacionalistas. Juan José Muñoz, el prototipo de la lealtad, casi fue sorprendido en el heroico departamento de Maldonado, como un lobo en su cueva, por los regimientos de caballería que, para cazarle, salieron de Rocha. El coronel Galarza cayó sobre el intrépido coronel González, marchando hacia Flores como un torbellino, cuando González discutía aún las probabilidades de un rompimiento —en el que no creía—, sentado tranquilamente en una oficina de la jefatura política de Porongos. ¡Y Galarza fue el primero que degolló, para dar a la guerra un carácter de guerra sin cuartel, sin piedad, sin altura, sin civilización! El coronel Marín, que reúne la viveza al valor y la energía a la lealtad, solo en la noche del 3 de enero, decidió refugiarse —al saber que trataban de detenerle—, en el rincón de Burgos. Al comandante Bastarrica —modelo de virtudes y sensateces—, lo sacaron a balazos de su casa de San José. El gobierno quería la revolución y la sembraba a tiros. ¡Por si acaso los tiros no eran bastante, la gente de Galarza apeló al degüello! Y todo esto se hacía, sin más causa ni más razón que la de *haber oído decir* que las

autoridades nacionalistas *iban a solicitar* el retiro de los regimientos que estaban en Rivera. ¿Hubiese sido justa aquella *no presentada* solicitud? El pacto de Nico Pérez —hijo legítimo del pacto de la Cruz—, no consentía ni podía consentir el acampe de las tropas de línea en los departamentos por los nacionalistas administrados, desde que esas tropas habían sido siempre —a las órdenes de los poderes públicos—, medio de fraude y medio de presión, en los días de las grandes batallas del sufragio. Siendo el objeto principal —tanto del pacto de la Cruz como del pacto de Nico Pérez—, garantizar a los partidos la libertad del voto, ¿cómo podían aceptar aquellos convenios una medida que contrariaba el más alto de sus propósitos y el primero de sus fines? La legislación romana —madre de todas las legislaciones—, atiende más al espíritu que a la letra de los contratos, para evitar que sea sorprendida la buena fe de alguna de las partes. Es indiscutible que, aunque la letra nada dijese, estaban a favor nuestro el espíritu del pacto de la Cruz y el espíritu del pacto de Nico Pérez. El Sr. Batlle objetaba que nunca soñó en desprenderse de sus prerrogativas constitucionales. ¡Extrañísima excusa! ¿No se había desprendido de la casi principal de esas prerrogativas, al aceptar el convenio que puso fin a la revolución de 1903? Si creía lo que afirmaba creer, ¿cómo no destacó jamás ninguna fuerza armada con rumbo a los departamentos nacionalistas, hasta que fue demandado ese envío de tropas por uno de los jefes políticos de nuestra causa? Con un harnero no se tapa la luz zodiacal. No se oscurece la verdad con una comedia. Lo que se deduce de todas aquellas precipitaciones claramente agresivas del Sr. Batlle, es que el Sr. Batlle se sintió fuerte y quiso abusar de su fortaleza. ¡No conocía aún toda la fortaleza del partido nacional! No era sólo el presidente de la república el culpable de lo que sucedía. Mucha culpa le cupo, por aquellos sucesos, al cuerpo legislativo, que le permitió armarse y le votó la comandancia militar de Muniz. Dice bien cuando dice un abogado argentino de notoriedad: “Un legislador ignorante es como un niño: arroja la piedra sin saber los estragos que va a causar”. Aquella cámara había oído decir, sin que aquellos decires le arrancasen un grito, que la correspondencia se violaba. Leemos en Aureliano Scholl: “Si hay

en el mundo algo de sagrado, ese algo es, sin ningún género de duda, la correspondencia. El secreto de las cartas es, para el director de correos, un asunto de honor, como el secreto profesional para los médicos y el secreto de la confesión para el sacerdote. El gobierno dice a todos los ciudadanos: "me encargo de transportar desde un extremo a otro del país, y hasta fuera de éste, vuestros pensamientos, vuestras confidencias y vuestras fortunas. Este modo de impuesto es, al mismo tiempo, un beneficio para la sociedad. Lo que vosotros no confiaríais a un particular, podéis, con toda seguridad, confiarlo a una administración únicamente mecánica. El correo no conoce a los signatarios; recibe un depósito y lo remite a la dirección indicada. No tiene otra misión".

Pero ¿qué podía esperarse de unas cámaras que aprobaron, sin escrúpulos, la interdicción de bienes? La propiedad es un derecho individual. Pues bien, el más lego en materia jurídica sabe que los derechos individuales deben ser inviolables y deben ser seguros, porque dejarían de ser derechos si les faltaran esos caracteres. Entre todos los legisladores de todas las asambleas del mundo actual, sólo los legisladores de mi país ignoraban que en la inviolabilidad de los derechos individuales se encuentra el origen ético del Estado. Eso explica su falta de virilidad para resistir a los impulsivos engeguencimientos del Sr. Batlle.

VIII

Por el tren de Nico Pérez llegaron a Montevideo el 11 de julio, los señores Alejandro Beisso y Juan Carlos Blanco Sienna, segundos jefes de la expedición número 14, enviada por la junta central de auxilios a la ciudad de Melo, para asistir a los heridos de la batalla de Tupambaé. El Dr. Luis Piñeiro del Campo —jefe de la expedición—, no volvió con ellos, por causas que honran a la ciencia del sabio y al corazón del hombre. Al llegar a Melo, supo el Dr. Piñeiro del Campo que el presidente de la República había dado la orden de tratar como prisioneros de guerra a todos los heridos que, encontrándose en

asistencia en los hospitales de sangre, cayesen en poder de las tropas gubernistas. En vista de esto, el Dr. Piñeiro del Campo resolvió cumplir con los deberes que le imponían el sacerdocio de su carrera y los dictados de la humanidad, acompañando a los heridos nacionalistas hasta Bagé. Pisó territorio brasileño el 22 de julio con su doliente y glorioso convoy, latándole el alma de noble alegría al ver, conservados para la vida y para la libertad, a los bizarros combatientes de Tupambaé. Sólo el 29 del mismo mes pudo pasar —de regreso del Brasil—, por la progresista ciudad de Concordia, donde fue recibido con entusiasmo. Venían con él algunos practicantes, a quienes también alcanza el honor de aquella jornada de humanidad. Durante su ausencia de Montevideo, la actitud del Dr. Piñeiro del Campo fue censurada por la prensa oficial, que no comprendía que se pudiese usar de tantos miramientos con los heridos nacionalistas. Salió en su defensa, hablando en nombre del deber y en nombre del derecho de gentes, el Dr. José Irureta Goyena.

IX

La actitud del Sr. Batlle para con los médicos y con los heridos, se avenía perfectamente con la actitud observada por el mismo señor con nuestra Cruz Roja, institución oficial y adherida al convenio de Ginebra desde el mes de abril del año 1900. El Sr. Batlle opuso toda clase de obstáculos a esa generosísima institución y creó corporaciones rivales, pero de una dudosa neutralidad, obligando al comité central de la misma a descalificar las insignias imitadoras de su noble insignia de amor al caído. La conducta de las autoridades de nuestra Cruz Roja mereció el beneplácito del Comité Internacional de Ginebra, lo que no ha de haber enaltecido al Sr. Batlle, como tampoco ha de haberle enaltecido el hecho de mandar suspender la publicación del boletín de aquella sociedad humanitaria, por haber dicho que desde el 1° de enero hasta el 31 de marzo, entre los heridos hospitalizados por ella, 780 pertenecían al ejército gubernista y sólo 309 pertenecían al ejército revolucionario. ¡La clemencia y la estadística no le complacían al Sr. Batlle, salvo

en los casos en que la estadística y la clemencia se ataviaban de rojo!

Siendo muy malo lo que antecede, aun es más inicuo, más injusto, y más brutal, que los enfermos y los heridos nacionalistas, una vez curados, tengan que hacer armas contra nosotros. La conciencia del ciudadano merece respeto. El trabajador, que abandona el arado y los bueyes, para contribuir, con el riesgo de su sangre, al triunfo de una idea, no puede servir a la idea contraria sin convertirse en cosa, sin que naufrague su dignidad, sin que se anestesie su pensamiento. No se arma a los hijos contra la madre: las ideas ejercen sobre nosotros una especie de maternidad moral. La tiranía ejercida sobre las convicciones, es la más salvaje de las tiranías. Si es un crimen contra la naturaleza martirizar el cuerpo, martirizar el alma es un crimen contra Dios.

El ave del espíritu, como el churrinche de nuestros montes, nació para ser libre. El pensamiento es el cristal donde se refleja la luz de lo Incognoscible de que hablaba Spencer. El pensamiento ni puede ni debe hacer armas contra sí mismo. ¡Bendito sea el ejército nacionalista, donde ni se viola la convicción ni se fuerzan las voluntades; aquella gran familia de ciudadanos y de hombres libres; aquella asociación de músculos y de corazones, de cerebros y de heroísmos, todos avasallados por la santa belleza del Ideal!

X

La primera parte de la campaña de Eritrea, campaña que ilustran la defensa del fuerte de Mascallé y el homérico episodio de la brigada del general Da Bormida en las vertientes del Marian-Sciavitú; la primera parte de aquella campaña, convertida en dolorosa tragedia histórica por los horrores a que dio lugar la batalla de Adua, motivo del proceso de Baratieri; la primera parte de aquella campaña, ruidoso fracaso de la política colonial de Crispi, arrancó a este, jefe en aquel entonces del gabinete italiano, una durísima observación. "Esto, dijo, no es una guerra; esto es una tisis militar". Puede aplicarse

esta frase, sin injusticia alguna, a la inercia de los ejércitos gubernistas en julio de 1904. Referiremos, sin embargo, algunos insignificantes hechos de armas.

El día 24 el gobierno dio a la publicidad un telegrama del general Muniz. Decíale este que, en el departamento de Rivera y en el paraje denominado Laguna Bonita, el coronel Ventura había derrotado a un grupo revolucionario. Después de un largo tiroteo, nuestros amigos lograron internarse en el Brasil, a pesar de la superioridad numérica de las fuerzas que iban a las órdenes del coronel Ventura. Sólo quedaron en poder de las tropas situacionistas diecisiete fusiles, tres carpas y algunos caballos ensillados. Según el general Muniz, los revolucionarios dejaron ocho cadáveres sobre el campo de la acción. Según el mismo general, el jefe batllista tuvo un muerto y cuatro heridos. El día 26, el gobierno daba a la prensa el parte del coronel Carmelo Ventura, jefe del 1° de Cazadores, ratificando lo dicho por el general Muniz.

“El Día”, al publicar ese parte, afirmaba que las fuerzas nacionalistas mencionadas en él, eran las del coronel Saavedra, haciendo resaltar que dichas fuerzas fueron batidas “primero en el Salto, enseguida en Guayabos, donde perdieron el parque de Márquez; después en San Eugenio, por el coronel Feliciano Viera; en Masoller, límite del departamento de Rivera, por las fuerzas de Luis Estévez, y por último en Laguna Bonita, por el coronel Ventura”.

¿Qué mejor alabanza podía hacerse de aquel grupo de valerosos?, ¿qué mejor elogio de su constancia y de su firmeza? Siempre perseguidos por fuerzas mayores, batiéndose siempre con desventaja, siempre defendiendo palmo a palmo el terreno, burlándose siempre de la numérica superioridad de sus adversarios, haciéndoles inútiles todos los triunfos, incansables por la fe patriótica y el denuedo laconio, salvaban, al fin, su bandera, sus armas, su brio, sus vidas, de los que a cada instante creían tenerles entre sus manos y nunca consiguieron concluir con aquel puñado de bazarrias. Saavedra, hercúleo, casi barbilampiño, trigüeño, de fibra dura, de gran corazón, buen militar, habituado a los lances de más empuje y moviéndose en los entreveros como el pez en el agua, maestro en el arte de man-

dar guerrillas y maestro en la ciencia de no rendirse, apasionadísimo de su causa y leal como los que tienen el culto del honor, ¡Saavedra merecerá bien de su credo y de su país durante toda la revolución de 1904!

XI

El 24 salían con todo sigilo de Montevideo, a las órdenes del señor Bernasa y Jerez, el escuadrón de seguridad, un escuadrón de artillería y el 1°, el 7° y el 12° de guardias nacionales, formando un total de más de 1.200 hombres. Una parte del cuerpo de bomberos los acompañaba. ¿A dónde iban aquellas fuerzas? Iban a desalojar de los montes de San José a la columna revolucionaria del comandante Gil, muy parecido, en lo físico y en lo moral, al coronel Saavedra. Gil también es alto y nervudo; también ama a su causa con idolatría y también ha expuesto muchas veces su vida por el honor de la bandera del partido nacional. Gil acababa de recibir, en aquellos días, un valioso contingente de armas y treinta mil tiros. Pero más que los remingtons y que las municiones valen los laberínticos montes del Arazatí, montes vírgenes, espesos como copiosa cabellera de mujer, con esterales tostados por el sol de muchos estíos, llenos de islas de picadas secretas y bordeados por arroyos infranqueables. En aquellos montes, donde las enredaderas, subiendo por los troncos robustos, forman como lóbregos túneles e inexplorados pasadizos; en aquellos montes, donde brilla el rojo vivísimo de la caperuza del federal y donde coquetea la gentil calandria, donde roen a su gusto los aperiaés y donde los quirópteros pasan rozando las copas de los árboles, cuando la noche media y se relatan cuentos de aparecidos entorno del fogón; en aquellos montes, un puñado de hombres puede defenderse contra un ejército.

Los bomberos del Sr. Bernasa y Jerez arrojaron petróleo sobre los esterales, pero las pajas bravas se negaron a arder. Entonces las fuerzas del gobierno empezaron a cañonazos con el Arazatí. Sólo respondieron al bombardeo, las mal heridas hojas de los árboles, con ese ruido característico que hace el cu-

chillo cuando corta los pliegos del papel de imprenta. Ochenta proyectiles fueron a perderse en las verdes entrañas del bosque virginal. El comandante Gil ya no estaba en el monte. La isla en que Gil se había reconcentrado, da sobre las olas del Río de la Plata. Por la noche, con la baja marea, se deja ver el fondo arenoso de la playa. Esa especie de banco de arena se interna en el mar a flor de agua, y hace luego una curva que termina en uno de los extremos del Arazatí. Hecho con precaución, el trayecto no ofrece dificultades. Por aquel arenal desfilaron, uno a uno, los compañeros del comandante Gil. Este pasó el último. ¿No se diría, leyendo este relato, que estamos en Mesenia y en los tiempos de Aristodemo?

XII

Después del cómico cañoneo del Arazatí, se tuvieron noticias del macabro drama del Rincón de Barbat. El Rincón de Barbat se encuentra en el departamento de Tacuarembó, en el departamento donde Artigas sostuvo su última batalla, su batalla de desesperaciones de león, dejando ochocientos cadáveres tendidos en el campo. Los nacionalistas de Tacuarembó, a quienes tengo el honor de representar en este período legislativo de 1904, son el tipo acabado del desnudo civil. Chagas y Barrios, dos panteras cebadas, merodeaban, en julio, por el departamento de Tacuarembó. ¡Nunca han hecho otra cosa! Pertenecen esas dos hienas a la llamada, con usurpado nombre, minoría nacionalista. El partido nacional es uno e indivisible. Antes de la guerra civil, pudo tener sus corrientes de bajo fondo. Durante la guerra, se ha estado con el partido o contra el partido: con el partido, en las cuchillas o en el destierro; contra el partido, en los cargos que paga el oro colorado. Ha habido transfugas; no minorías. Podrá arrancarse la lengua de los que lo digan, podrá machacarse el cráneo de los que lo piensen, podrá destrozarse el corazón de los que lo sientan; pero la verdad flotará sobre las aguas y llegará al futuro. Es tal la naturaleza de la culpa, de todas las culpas, que si fuera posible retratarlas, jamás el culpado aceptaría como exacta la imagen.

“¡Ese no es mi retrato! ¡Hágame Ud. otro!” diría al fotógrafo. ¡Inútil empeño! Hasta los hijos del que protesta exclaman: “¡Qué desventura! ¡El fotógrafo tiene razón!”. ¡Lo mismo que los hijos, pensará la posteridad!

XIII

El Rincón de Barbat es una isla montuosa, medio selvática. Se habían ocultado, entre sus follajes y al empezar la guerra, algunos desertores del ejército gubernista y algunos ciudadanos a quienes asustaba la visión de la leva, de la caza de hombres. Estos últimos eran nacionalistas. Cada vez que se les atacaba, los asilados se defendían. Al puma no le agrada que le molesten. En uno de aquellos ataques infructuosos, tropezó con la muerte un hermano de Barrios. El Rincón de Barbat está protegido por un bañado que las lluvias de invierno ponen infranqueable. Así lo pensaban los asilados. Pero Chagas y Barrios forzaron el pasaje y los sorprendieron. Algunos dormían. Las tareas del fogón preocupaban el ánimo de los otros. Las calderas empezaban a hervir y el churrasco a dorarse. Era la hora suave del amanecer. La niebla de los valles escalaba las cúspides, irisando sus blondas a los róseos fulgores del primer sol. Las palomas monteses, de collarcito negro y de traje plomizo, pasaban con su vuelo de rapidez de flecha. Los árboles volvían la palma de sus hojas hacia el horizonte de abanico japonés, hacia la policroma curva del oriente. ¡No se dio cuartel! Chagas y Barrios mataron, a bala, a una pequeña parte de los allí escondidos. Después hicieron degollar, degollar friamente, a una centena de desarmados, de suplicantes, de prisioneros!

En los principios de la edad media, en aquella edad en que un conde de Nevers tuvo sus posesiones en acción de guerra durante cincuenta años; en aquella edad en que los torneos eran como la imagen de las batallas, muriendo hasta sesenta caballeros en una liza celebrada en Colonia; en aquella edad en que hasta los poetas, como Bertrán de Born, trovan el placer que

produce el combate, el alegre espectáculo de los escudos y los yelmos rotos a lanzadas; en aquella edad en que se saquean los monasterios y se desnudan los cadáveres de los reyes, como el monasterio de Cluny y el cadáver de Guillermo el Conquistador; en aquella edad en que Felipe Augusto convierte, bajo el casco de su caballo, en un desierto la Lombardia; en aquella edad, ya los condes de Anjou respetaban la vida de sus prisioneros; ya Federico de Hohenstaufen concedía a los suyos la libertad, después del terrible sitio de Creme; ya, concluida la batalla de Poitiers, los vencedores llenaban de agasajos a los vencidos, y ya un cronista, uno de aquellos cronistas que apenas sabían escribir, censuraba agriamente a un soldado que ultrajó, al mirarle en cadenas, al cruel Ezzelino, tirano de Padua. ¡“El Día”, en cambio, defiende a Chagas y disculpa a Barrios! ¡El Sr. Batlle, en cambio, hace que se suspenda la aparición de “El Siglo”, porque “El Siglo” le pide que se aclaren los hechos del Rincón de Barbat!

XIV

Nosotros somos una raza valiente por la ley de la herencia. Los charrúas y los españoles nos han legado sus heroísmos y su estoicidad; pero somos también una raza de pasión, como todas las razas del mediodía. Es necesario educar la pasión del coraje con el contacto de la pasión del bien. Descuret ha dicho que la pasión es como un torrente. Aceptamos el simil. He leído hace poco que en la artística Italia, en el país de Dante y del Ariosto, que es al mismo tiempo el país de Volta y el de Galvani, el profesor Ascoli demostraba todas las maravillas que pueden obtenerse de la *hulla blanca*, como fuerza motriz, como fuerza hidráulica, como fuerza de trabajo civilizador. Pues bien, si pueden transformarse en armas de progreso, el ciego empuje de las cascadas y el impetuoso correr de los ríos, ¿cómo no ha de poderse convertir la pasión del coraje, que viene del alma, en una fuerza que nos ayude a la edificación de la ciudad, sin lacerias morales, de lo porvenir? Afirma Jorge Elliot que las ideas nobles no entran en algunos cerebros sino a martillazos,

como los clavos en la pared. Pues bien, ¡convirtámonos en martillo! ¡Prediquemos sin hora de descanso ni minuto de desfallecimiento, la ley de la clemencia, la ley de la piedad, la imprescriptible ley del respeto al vencido!

XV

De esta suerte se habla en el ejército de Aparicio. Aparicio no permitiría hablar de otro modo. Cuando se produce algún hecho aislado, el general se irrita y se embravecen las divisiones. ¡Aquello es un ultraje hecho a la bandera! Arturo Berro, Luis Ponce de León, Lidoro Pereyra, Febrino de Vianna, el nobilísimo José Villamil, los más íntimos allegados del general, comentan con tristeza lo sucedido. El general, que cada vez se pone más hosco, sumaria y castiga. ¿Cómo no castigar? El degüello a la criolla, es peor que la guillotina, y, sin embargo, ¿quién no recuerda que en 1793, el verdugo cambiaba de continuo los cestos en que caían las cabezas de los ajusticiados? ¿Quién no recuerda que aquellas cabezas, completamente separadas del tronco, mordían, crujiendo los dientes, las nauseabundas paredes de mimbre de los grandes cestos? Hay que ver la indescriptible expresión de angustia, la inenarrable noche de terror que queda en los ojos del degollado, para darse cuenta de lo que es ese crimen. Si no fuera por las ropas, la identidad de las víctimas sería difícil de establecer. ¡Tanto cambia el semblante! El que degüella una vez no debe rezar más. Dios aparta de sus labios, con repugnancia, la copa que contiene aquellas oraciones. ¡Las hieles de esa copa emponzoñarían hasta los mismos labios de Dios! Así se piensa en el ejército nacionalista. ¡Bien es verdad que, durante las noches, recorre aquel ejército, vigilando sus guardias y arreglando los ponchos de los dormidos, cuando el frío hiela, la generosa sombra de Diego Lamas, la sombra del magnánimo vencedor de Tres Arboles!

XVI

En la mañana del mismo día en que escribo las líneas que anteceden, 8 de agosto, los diarios montevideanos me tranquilizan.

Se va poniendo en claro que no se debe a los nacionalistas, como insinuaba *El Tiempo*, la explosión de la mina de que se salvó el presidente Batlle. Para honor suyo, el partido nacional no ha hecho nunca del asesinato un arma política. Ni la bala de Ortiz, ni la bala de Ravecca, ni la bala de Arredondo le pertenecen. Podrá ser tan bravío como se quiera, podrá tener empecinamientos aragoneses en la defensa de sus derechos; pero es más aficionado a las revoluciones que a las conjuras, a los combates que a las emboscadas. Sus armas favoritas son la lanza y el remington; el puñal no le place. No hay heroísmos en el puñal. Santos fue herido y muerto Idiarte Borda por manos que no eran manos nacionalistas. El mismo asesinato del general Flores no puede achacárseles sin incurrir en grave peligro de calumnia. Se ha hablado mucho; pero los habladores se contradicen y no dan pruebas. ¡La verdad de aquel crimen sigue siendo el secreto de Dios!

Dírase que algo íntimo les dice a los míos que el asesinato político es contraproducente, que no da fruto de bendición y que sirve tan sólo para honrar a la víctima, cimentando el poder de su casta o de sus ideas. Ahí está, comprobándolo, toda la historia —desde la cruz de Cristo—, espléndido pórtico hecho por los gentiles para la entrada triunfal de la religión nueva, hasta la hoguera en que se retuercen los miembros de Huss —cuyas cenizas, llevadas por los vientos, siembran a la distancia los gérmenes fecundos del pensamiento libre—; desde el asesinato de César, en los idus de marzo, que abre a las púrpuras imperiales las puertas de Roma, hasta el asesinato de Enrique de Valois, que abre las gradas que conducen al trono a Enrique el Bearnés; desde el asesinato del príncipe de Orange, causa de la victoria definitiva de los humildes marineros de Holanda sobre todo el poder de Felipe II, hasta el asesinato del príncipe de Berry, que prolonga, por el divino influjo de la piedad, los últimos instantes de una dinastía. ¡Ahí está, sí, para compro-

barlo, toda la historia! Desde el patibulo de Carlos I, que engendra a Cronwell, hasta el patibulo de Luis XVI, que engendra a Napoleón; desde el asesinato de Mariana Pineda, que vigoriza con el hierro de su sangre las raíces del constitucionalismo español, hasta el asesinato de Camila O'Gorman, que convierte una torva cuestión política en una interesante cuestión de humanidad; desde la muerte del general Dorrego, que desata torrentes de enconos, hasta la muerte del general Lavalle, que desata torrentes de exterminio!

Un partido, cuyos hombres piensan así, no asesina a sus adversarios. Los mata a balazos, en las cuchillas, cara a cara, lealmente y a plena luz de sol; nunca tendiendo lazos y esquivando riesgos!

XVII

El mundo está movido por la idea del bien. En el fondo de todas las escuelas filosóficas palpita el sentimiento de la moral. Anaxágoras, que cree que la armonía del universo es el producto de una organizadora fuerza divina, enseña con el ejemplo de su vida sin mancha, la moral del deber. El cinismo de Diógenes, el misántropo del tonel y el farol, no es el cinismo de nuestro tiempo: rechaza las mercedes de los poderosos y se ríe de la burla de las multitudes; para dormir tranquilo, en su cueva de perro, le basta la sanción de su propia conciencia. Sócrates sube más, porque sube hasta la montaña de la justicia, conversa con ella y vuelve trayéndonos el dogma de las eternidades del espíritu. Platón se perfuma en la onda de las esencias suprasensibles, percibiendo tras de aquella aromática nube, el jardín en que crecen los rosales del bien y la hermosura. Para Aristóteles, el progreso es la ley universal. Cicerón entiende que el vínculo de las sociedades se encuentra en la indulgencia y en la tolerancia: las gentes están hechas para amarse y favorecerse. Para Séneca, el esclavo es un hombre y el extranjero es un hermano desconocido. Para Plinio la guerra es un crimen. Para Epitecto no se debe decir: "he perdido esto"; se debe decir: "Lo he restituido", porque todo es de Dios. Para Marco

Aurelio, el ideal de la filosofía es el altruismo; el amor a los otros debe ser el lazarillo de la humanidad. Después, las abejas del alma van a libar, en el romero de las parábolas, la miel de la dulzura más inefable: la viuda pobre y la oveja perdida, la adúltera y la samaritana, el hijo pródigo y el ladrón contrito, se duermen a la sombra tutelar de la cruz. Más tarde San Francisco —predicando la ley de la pobreza y el horror de la propiedad privada—, pone el germen del orgullo en el espíritu de los humildes y estigmatiza —sin darse cuenta—, todos los señoríos territoriales, como una usurpación hecha a los que sufren las angustias de la falta de pan. Las comunidades religiosas originan y favorecen el movimiento comunal del siglo XII, despertándose por doquiera el espíritu de asociación, el espíritu de resistencia contra los privilegios del casco que remata en una férrea corona de baronía. Más tarde aun, los legistas, saliendo de Bolonia, esparcen por el mundo la ciencia romana, oponiendo a la fuerza de las armas, en que se apoyaba la barbarie feudal, la fuerza del derecho, en que se apoyará la humanidad futura. ¿Para qué continuar? Lo que sigue es como lo que antecede: ¡una ascensión, gradual y fatigosa hacia el desprendimiento, hacia la justicia, hacia la clemencia y hacia la verdad!

No hay que anteponer el hecho al apostolado. Este se acurruca en el nido de aquel, y el tiempo le convierte en el señor absoluto del nido. La predicación es la vencedora en la última batalla, en la decisiva. Anaxágoras es el maestro de Pericles. Sócrates civiliza en el atrio de Aspasia y conversa de lo infinito con Alcibiades. Cicerón pertenece a los tiempos de César y de Décimo Bruto. Con Séneca, los césares arrastran sus púrpuras por las ergástulas, haciendo, sin saberlo, labor de demócratas. El fulgor de la diadema de Marco Aurelio no alumbraba tanto como el fulgor de su filosofía, que es una paloma por la humildad y que es un desposorio por el amor. La cruz del Calvario, al rehabilitar el signo de los suplicios infamadores, rehabilita al esclavo y al paria. San Francisco, con su doctrina de la renunciación, alienta a los soñadores de la igualdad, a los soñadores del claustro y la vida civil. Los municipios, perseguidos por los reyes, como Luis el Joven y Enrique el Pajarero,

anatematizados por los pontífices, como el gran Inocencio y como Martín IV, continuarán su obra, sin desaparecer hasta que estén fundadas las nacionalidades. Los legistas, en fin, convirtiendo los códigos en arietes, desmoronarán las graníticas bases de los castillos, para esculpir los primeros principios de la equidad sobre los escombros de sus torreones. La ciencia agrandándose, la medicina presagiando la histeria, trocarán en martirio el enjuiciamiento de las brujas de Vaud. ¡Y siempre así; siempre del mismo modo, en la lenta ascensión de los siglos! ¿No irá más lejos, esta centuria nuestra, que sus predecesoras? ¿No se abrirá camino, en este siglo veinte, la depurante llama de la filosofía? ¡Sí, se abrirá un sendero para llegar al fondo de todas las conciencias, borrando el crimen del degüello y la locura del asesinato político, perjudiciales hasta para el propio ideal que quieren defender, del libro de la historia de la humanidad!

Hegel decía: "la guerra no es otra cosa que un cambio sangriento de ideas". ¡Que la barbarie de la crueldad y la ignorancia del derecho de gentes, no manchen las ideas escritas en la túnica metálica del proyectil!

LIBRO QUINTO

SUMARIO. -Resumiendo. -El mundo zoológico y el mundo político. -Un partido se descompone y el otro se depura. -Sila y Valeria. -"Pro aris et focis". -Las dos juventudes. -La revolución de 2897. -La política de los acuerdos. -Diego Lamas. -El nacionalismo y la paz. -Desarrollo de la influencia nacionalista. -Reuniones públicas. -Los partidos políticos y el cuerpo humano. -Saravia en 1897. -El Sr. Batlle y las elecciones de Río Negro. -Un discurso del Sr. Batlle. -1904 es hijo de 1901. -Aparición de la flor en la tierra. -Aparición del derecho en la historia. -Misión del partido nacional.

I

Resumamos la historia política de que tratan las páginas anteriores.

Lo decíamos hace mucho tiempo. Lo repetimos hoy, el partido nacional es el partido de la hora presente.

En la historia de las colectividades políticas pasa lo mismo que en la historia de la creación: cada tipo específico corresponde a una época, como cada partido tiene su tiempo.

En tanto flotan las brumas sin límites del mar jurásico, la zoología no crea sino reptiles, renovándose de continuo sobre el molde del saurio. El ala aparece cuando hay que volar de islote en islote, trasponiendo arroyos y salvando arboledas y elevándose por encima de las montañas, como aparecen el camello con el arenal, la nutria con el río y el búfalo con la pradera verde.

Así, los partidos políticos son, en su cuna, baluceo y arrastre, porque las nacionalidades embrionarias solo pueden crear tipos embrionarios. Los partidos se perfeccionan a medida que las naciones avanzan, venciendo transitoriamente, el partido más apto para satisfacer las necesidades de cada época. El partido vencedor no nace de pronto, ya existía y ya batallaba; pero no se deja sentir de un modo eficaz, hasta que su aparición es necesaria para que se cumpla la ley del progreso.

En la actualidad, en este período histórico que se distingue

por lo democrático, el partido nacionalista sobresale y se impone, porque es el único que predica, de buena fe, la máxima de Francisco Bilbao: "La libertad debe respetar a la libertad hasta en sus enemigos".

El partido colorado —que fue, en su origen, más liberal que el partido nuestro— tiró su bandera. El nacionalismo la recogió, desplegándola con energía, mientras el partido colorado no ha tenido, en la altura, ningún ideal que le salvase de los derrumbes con que llenó las páginas de nuestra historia. Económicamente consideradas, sus administraciones han sido una ruina; políticamente considerados, sus gobiernos han sido gobiernos de círculo. Aun hoy, en medio de la lucha, la anarquía lo despedaza en múltiples pedazos. Sus grupos están manejados por ambiciones y no por principios, por individualidades y no por programas, por acontecimientos y no por ideas. Es herrerista, tajista, batllista y todo lo que se quiera, menos una agrupación con definidos propósitos de cultura. El aire de la montaña le ha sido fatal y perece por descomposición; en tanto que nuestros pulmones se han oxigenado con el aire de la llanura, con lo largo de nuestro martirio por el derecho y con nuestra constante comunión con la multitud. Así la causa nuestra se ha ido apoderando del espíritu público, que nos vea enriquecernos en el trabajo y vivir probamente, sin que nada doblese nuestra fibra y sin que nada manchase nuestra bandera.

El partido nacional, en la expatriación y en el alejamiento de la vida pública, llegó a reunir los estoicismos superiores de Régulo y las modestas virtudes de Cincinato.

II

Cuentan los historiadores de la antigua Roma, que allá, en los tiempos en que dirigió los destinos de la república, aquel dictador de pupilas azules y de cabellos rubios de que nos habla Drumann; cuentan los historiadores de la antigua Roma, que cuando el mundo temblaba ante el tirano que venció a Yugurta y venció a Mitridates, bastaba con que los ojos hermo-

sísimos de Valeria Mesala se volvieran hacia el palco dictatorial de Sila, para que Sila mandase cesar el degüello de los gladiadores caídos, en académica actitud, sobre el anfiteatro donde riñeron cuatrocientas panteras por orden de Pompeyo y tres mil elefantes por orden de Augusto.

Pues bien, mientras en el anfiteatro de nuestra trágica vida pública, el partido colorado se descomponía en una lucha de estériles ambiciones de círculo, el influjo de nuestra causa sobre los nacionalistas era tan poderoso, como el influjo de la hechizante matrona romana sobre el espíritu del dictador latino. Y es bueno advertir que los nacionalistas supieron amalgamar, formando un todo armónico, los intereses del país y sus propios intereses, de modo que, al obedecer a la mística musa de su credo, obedecían a la deidad que lleva en su frente una corona de lauros de nuestros montes, y lleva una cinta cuajada de esmeraldas, hechas con el verdor más verde de nuestras costas, en las sandalias de sus nacáreos pies. Esa divinidad, que es sol de justicia y venero ingotable de nobles promesas, ha dirigido, por más de dos lustros, los ensueños de la juventud, la bravura de los soldados, la prédica de los evangelistas y la sabia acción de las autoridades del partido nacional. ¡Durante esos dos lustros, han flotado sobre nosotros, como lenguas de fuego, aquellas fiebres de austero patriotismo que, plagiando una frase de Longfellow, harán que se escuche perpetuamente, en los corredores de la posteridad, el eco de las pisadas de nuestros maestros, de nuestros amigos, de nuestros constituyentes de 1830!.

III

Desde 1875 hasta 1896, el partido nacional vivió en el retiro, aunque no ignorara que, como ha dicho el Dr. Aréchaga en *La libertad política*, “los partidos se forman para la lucha y perecen en la abstención”.

En tanto que la juventud del partido colorado se elevaba al calor de los puestos públicos y aprendía a transigir con to-

dos los errores, la juventud de partido nacional se elevaba al calor tonificante de la ayuda propia, aprendiendo la práctica de las virtudes cívicas en el ejercicio de las virtudes del hogar. De ahí que la juventud nuestra se mantuvo pura y la juventud colorada se avino con todo. Julio Simon ha dicho que la moral es una y la misma para el hombre privado y para el hombre público. La teoría de las dos morales, según el autor francés, se burla de la ley moral, porque "si le rinde culto en el hogar, la echa, en cambio, del foro".

En consecuencia, nuestra juventud acendró su carácter, en tanto que la juventud colorada enervaba el suyo. El carácter es la armadura de hierro del deber. Cuando la juventud de un partido tiene carácter, ese partido es el triunfador de las horas que vienen. Extrañado Luis XIV de la resistencia que le oponían los holandeses, le preguntó a Colbert: "¿Qué diablo tiene en el cuerpo ese pueblo tan chico". Colbert respondió: "¡Ese país tan chico tiene un gran carácter!" Alvarez, el defensor de Gerona, no era otra cosa que la personificación del carácter de la España de 1808. Wellington, en la jornada de Waterloo, no era otra cosa que la personificación del carácter de la vieja Inglaterra. ¿Cómo podíamos dudar de nuestro destino en 1897? La juventud colorada se había formado al calor de los puestos públicos y la nuestra había crecido leyendo y practicando los libros de Smiles.

IV

Vino después la revolución de 1897. ¿Cuáles fueron sus causas? ¡Que llamen a juicio a la libertad del voto crucificada y a la honradez administrativa puesta en tortura! ¡Por la pureza del voto y del manejo de los dineros públicos, vibraron nuestras lanzas en Arbolito y se batieron nuestras guerrillas en Arroyo Blanco! ¡Era el himno de la resurrección de la primera, el himno de nuestro clarines de Tres Arboles, y era el himno que rompía los cordeles de la segunda, el himno de nuestros clarines en Aceguá!

En efecto, al iniciar el movimiento de 1897, el partido nacional, consecuente con las declaraciones de su programa de 1872, dijo, en sus manifiestos, que se armaba en defensa de la honradez administrativa y de la libertad de sufragio. Las bases preliminares de la paz, suscritas en las sierras de Aceguá, y las bases definitivas, firmadas en los campos del Talita, exigían que todo el edificio de lo futuro se levantara sobre la piedra angular del voto libre y del gobierno probo. Al tratarse los acuedos celebrados después, como dolorosos sacrificios hechos en las aras de los intereses del país, el partido declaró siempre que solo los aceptaba como una medida transitoria y como un modo de cooperar al mantenimiento de una situación honesta, afanándose porque se depuraran los registros cívicos e impulsando a los nacionalistas al cumplimiento de su deberes electorales. ¿Hizo mal cediendo a las exigencias de la opinión pública? No lo creemos. Los partidos tienen a esa opinión por moderadora, como el agua modera los actos del pez y la atmósfera modera los actos de la luz. Nada se libra de la influencia del medio ambiente, porque hasta el vuelo del águila caudal depende, en gran parte, de la fuerza del viento y de la dirección de la granizada.

Uno de los más decididos partidarios de aquella política conciliadora, que tranquilizaba a todos los intereses, fue Diego Lamas. El coronel Lamas, nacido en Salto en 1859; el coronel Lamas, que emigró a Buenos Aires cuando el vaho santista emponzoñaba la atmósfera del país; el coronel Lamas, soldado del Quebracho, así que el espíritu público sacudió su lepra; el coronel Lamas, uno de los expedicionarios contra los toldos del Chaco Austral, uno de aquellos que sintieron agrandarse los límites de la civilización bajo el galope de su caballo; el coronel Lamas, revolucionario contra Juárez Celman, porque la libertad es el sueño de todos los hombres justos en todas las patrias; el coronel Lamas, que extendió el cendal de la misericordia sobre los vencidos de Tres Arboles; el coronel Lamas, que regó con su sangre la meseta más alta de Arroyo Blanco; el coronel Lamas predicó el acuerdo y el coronel Lamas no podía aconsejar un crimen.

Si aquellos contratos fueron un error, el partido se vindi-

cará, ante los ojos de lo porvenir, con la pureza de sus intenciones, porque ni antes del conflicto, ni en medio de la lucha, ni después de la guerra, se dejó alucinar por la insana codicia del poder. El poder significa muy poco para un partido cuyos veteranos encanecieron en la pobreza, cuyos tribunos gastaron su savia combatiendo a los fuertes, cuya juventud se educa en la escuela del trabajo continuo, y cuyo programa ofrece al adversario —siempre que este lo deposite en manos limpias y lo haga usar por nobles caracteres— el ejercicio de la magistratura presidencial, ¡que a tanto llegan el patriotismo y el desprendimiento de nuestro programa de 1872!

El partido nacional no mentiría al decir, imitando a Cyrano de Bergerac: ¡Puedo presentar a los ojos de Dios, sin una sola mancha, el penacho blanquísimo de la cimera de mi armadura!”.

V

El partido nacionalista gusta de la paz, como todos los partidos que no se embriagan con las regalias de cuño oficial. Ni cuando el conato de revolución del coronel Tezanos, que apenas perturbó el departamento de la Colonia, ni cuando el motín del 4 de julio —en que Montevideo se convirtió en una ciudad bombardeada por su propio ejército—, el partido nacional tuvo el mal ensueño de aprovecharse de las circunstancias, para apoderarse del poder o para exigir un aumento de posiciones. Lo ha dicho siempre y siempre lo ha practicado: quiere la paz mientras esa paz no le cueste ni un girón de decoro, porque su encumbramiento le parecería una grandeza muy triste si, para alcanzarla, tuviera que sacrificar la quietud de las madres y la jubilosa quietud de las cunas. Quiere la paz, aunque algo sufran sus intereses (nunca su decoro), porque sabe que la paz es tan necesaria a la prosperidad de las patrias, como a la vida de la hiedra le es necesaria la savia del árbol en que se apoya. Quiere la paz, ¡pero siempre que esa paz no debilite a la patria, como la hiedra debilita al árbol!

En bien de la patria, aceptó, a pura pérdida, los acuerdos

electorales. El país le ha agradecido esta actitud paciente y desinteresada. El litoral, que en otros tiempos no fue nacionalista, se acercó a comulgar en los altares de nuestra fe patriótica, después de las jornadas de 1897. El norte, que en otro tiempo no estuvo con nosotros, ha evolucionado también y hoy se agrupa en torno de la inmaculada divisa de Berro. El sur, que ya era fanático de nuestra enseña, pertenece por casi todas sus energías y casi todas sus probidades, a nuestra causa, a quienes sirven de columnas de pórfido, en la zona meridional, San José, Flores, Treinta y Tres, Minas y la fértil región donde se eleva el monumento de la Agraciada.

¡En toda la república, desde el rancherío oculto entre las sierras hasta la ciudad extendida en el valle, predomina mi partido, porque la ciudad populosa y el rancho zahareño le han visto resistir a las voces hechizadoras de la ambición, como los navegantes de la epopeya de Camoens resistieron al armonioso canto y al dulcísimo arrullo de las sirenas de los mares del Asia!

VI

En tanto el Sr. Cuestas tenía que precaverse mucho más de los Tezanos y los Simón Martínez que del general Aparicio Saravia, a pesar del coloradismo de los primeros y de ser el segundo de buena cepa nacionalista. En tanto, las fracciones coloradas jugaban a quien se sienta en el sillón presidencial y no podían congregarse sin dar un escándalo, como los mal sonantes gritos de la asamblea de Colón o la riña de gallos de la Stella d'Italia, nuestro partido fundaba clubs ciudadanos y celebraba reuniones al aire libre, discutiendo todos los asuntos de importancia notoria en sus convenciones, recordando que —como ha dicho Jeremías Bentham—, “en el pueblo que haya tenido asambleas públicas por mucho tiempo, el espíritu de la multitud habrá llegado a una altura más elevada, serán más comunes las sanas ideas y tendrán menos predominio las preocupaciones nocivas”. Bentham no se equivoca. Sus convenciones fueron tan útiles al partido nacional, como son útiles a la

democracia yanqui aquellas públicas asambleas de que habla Luis Jacolliot en su *Voyage au pays de la liberté*. Por ellas estábamos en relación constante con el alma de nuestros departamentos, conociendo a ciencia cierta sus impresiones, y gracias a ellas, lo que se resolvía, de verdadero interés político, en la capital de la república, contaba ya con el beneplácito de los nacionalistas de todo el país. Tendrá defectos, pero el partido le debe mucho a su Carta Orgánica.

No contento con democratizarse y entrar en la masa, por la comunión del pensamiento y del propósito, el partido nacional, al ver que sus adversarios se disgregaban, se concentró e hizo cuanto estaba en sus manos para formar a modo de falange macedónica. Sus adversarios le reprochaban lo férreo de la disciplina y los díscolos se desmonetizaban al chocar con ella, a modo de aves locas que se despluman contra los hierros de su prisión, sin advertir ni aquellos ni estos, que nuestra disciplina obedecía a un principio científico, porque las colectividades políticas, bien organizadas, deben parecerse al organismo humano.

Según Haeckel, las células cerebrales o gangrionales desempeñan el papel más importante en la vida psíquica de los individuos. Esas células son como la oficina telegráfica central de la gran red nerviosa de nuestro cuerpo. Si tocamos la piel de una de nuestras manos con la punta de un alfiler o con un pedazo de hielo, los nervios de la piel transmiten al cerebro lo que han sentido. Heridas por el rayo de un foco brillante, las células psíquicas del cerebro realizan el trabajo que se llama la idea, enviando a las oficinas nerviosas inferiores un telegrama ordenándoles que se rebelen o acaten la sensación.

En los partidos sucede otro tanto. Cuando se produce un acontecimiento que les interesa, los miembros inferiores del organismo político transmiten al directorio, por el órgano de la prensa o por el órgano de sus tribunales, la impresión recibida, que, una vez avalorada por el directorio, sirve a este para trazarle rumbos al partido. Trazados esos rumbos, nadie tiene en derecho de rebelarse, porque resistir es atentar a la vida del partido, como atentaría a la vida del ser humano, el órgano que se negase a desempeñar las funciones que le dicta el cerebro.

Con esta organización, practicada incesantemente, ¡calcúlese qué poder no sería, durante más de un lustro, el poder del partido nacional!

Nuestros adversarios nos reprochaban también el que tuviésemos un caudillo. Ellos no le tienen y esa es la mejor prueba de que ha finalizado su misión histórica. Un caudillo, para ellos, es algo parecido a aquel cometa descrito, en 1528, por Ambrosio Paré, cometa compuesto de cabezas truncadas, y globos de fuego, y yataganes turcos. En el fondo, nos envidian al nuestro y sienten la nostalgia de los que ellos tenían en otras épocas, murmurando este verso delicadísimo de Guy de Maupassant:

¡Allons, n'y pensons plus! ¡Il est un temps aux roses!

En su despecho, sienten no poder escribir sobre la puerta de la morada del caudillo probo y clemente, lo que Fonviele decía de la casa del príncipe Pedro Bonaparte: “No entréis, porque aquí se asesina a los hombres”. Lo lamentamos, por el círculo del Sr. Batlle, pero el caudillo es útil y el caudillo es honesto.

Estrada, para demostrar lo flaco de la vida y lo efímero de la idea de los comuneros del Paraguay, dice que estos “no lograron engendrar un caudillo”. En ciertas circunstancias, en ciertas épocas, el caudillo es como la encarnación de los mejores sueños de la multitud. ¿Qué fueron los Gracos? ¿Qué fueron sino caudillos, más que capitanes ilustres, Berenguer d'Estenza y Juan de Padilla? ¿Qué fue Juan Lorenzo, el alma medieval de los tejedores de Segovia? ¿Qué fueron Mina y el Empeinado? ¿Qué fue el mismo Güemes? ¿Qué fue nuestro Artigas, el de las bases del año 13, el espíritu de los vencedores de Santa María y el espíritu de los acuchillados en Catalán?

¡Y qué caudillo el nuestro! Copiemos otra vez el retrato que tantas veces trazó nuestra pluma.

VII

Aparicio Saravia, nacido en el departamento de Río Negro, entre el ruido de plata del arroyo del Cordobés, había luchado ya por la divisa blanca en el año 70, prestado el apoyo de su brazo potente a la Tricolor y enfrenado su lindo flete de carrera para acudir en auxilio de la buena causa vencida en los palmares de Puntas de Soto!

Cuando Gumersindo, el bueno y el bravo, cruzando selvas vírgenes en que el calor es llama que calcina el pulmón y hace que los ofidios siempre estén en celo, invadió Río Grande, Aparicio era el jefe de la vanguardia de los invasores. Junto a Gumersindo, Aparicio renueva todas las proezas de los tiempos heroicos. Tiene siempre la punta de su lanza muy cerca del riñón de sus enemigos. Fatiga a la victoria y la marea, no dejándola descansar un instante. Si alguna vez la victoria, abrumada de sueño, no acude a su llamado, espera a que despierte y a que le escuche, entrando hasta las últimas filas enemigas con su moharra en ristre y sus ojos llameantes de bizarria desenfrenada. Pero lo que hace más hermoso a aquel héroe no es su heroísmo, sino su piedad, porque en aquella brega donde el degüello es una obligación, Aparicio Saravia sale de los combates sin que la sangre de ningún prisionero deslustre, por la orden caída de sus labios, las nueve listas azules y blancas de su bandera!

En una de aquellas cargas bravías, cuando a punta de lanza deshace a un enemigo que cinco veces le supera en número, Aparicio Saravia cae de rodillas junto a una parihuela de ramas montaraces, en donde espera el frío beso de la noche sin fin, su hermano Gumersindo. ¡Es allí, en esas horas de angustia infinita, junto al lecho regado con una sangre que Aparicio prefiere a la sangre que bulle en su corazón; es allí, en aquella hora de triunfo doloroso, que el caudillo recibe la corona de espigas de su generalato! Lloro y reza un instante, así que el moribundo deja de hablar; pero seca, después de aquella plegaria santificada por el jugo de sus sollozos, con el dorso de la mano del cadáver amado sus ojos húmedos, y puesto a la cabeza de sus valientes, venga en escaramuzas que aumentan su fama de mon-

tonero nunca vencido, al muerto a cuyas órdenes aprendió a luchar, coronando la historia de sus proezas con la carga famosísima de la Cerrillada!

¿Qué hace Aparicio en tierra del Brasil? ¡Aprende a guerrear, para que su partido tenga un general y tenga un veterano cuando llegue la hora de la redención! Aprende a guerrear a la manera boer, aprovechando el matorral y el risco, el vado del arroyo y el crestón de la loma, para el día en que llegue la cruzada santa! ¡Aprende a guerrear, pero no con los ojos fijos en el Brasil, sino con los ojos impregnados con la eterna visión de nuestro Uruguay, con las pupilas preñadas con todas las brumas de los declives de las sierras de Minas y de Tacuarembó, brumas que rasgan, en aquellos espejismos de su amor patrio, con cuchillos de oro, las recordanzas de los trigales de Canelones y de San José!

Vino, más tarde, la revolución de 1897.

¡En 1897, el poncho de Saravia es una bandera! Esa bandera cubre a todos los nacidos en los valles nuestros, donde la vid verdea y en las lomas nuestras, donde los macachines labran su azúcar; en los ríos nuestros, que hacen con sus espumas una escalera al iris para que suba al cielo y en los bosques nuestros, donde nunca enmudecen los cantos de calandria!

Tiene el instinto de la justicia y lo mismo que quema los cercos del vecino, a fin de que las tropas sientan el beso de las llamas en las noches de invierno, quema también los cercos de sus propiedades, porque sus propiedades, más que las del vecino, deben pagar tributo a las ideas nobles que simbolizan la legión que pasa. No le pidáis odios al caudillo modesto; pero pedidle desde la virtud de la sobriedad hasta la virtud del desinterés, seguros de que todas las hallaréis acurrucadas en su corazón, como a los tordos en su nido del molle, y seguros también de que a vuestro llamado las virtudes más grandes saldrán de allí, moviendo las alas enardecidas, lo mismo que los tordos dejan el molle al sentir los alertas de la aurora que viene. Guerrero a quien le es fácil ganar batallas, no quiere guerrear sino en bien del derecho, desprecia los galones que otros codician y prefiere la paz, si la labor la ilustra y la ley la aconseja, a esparcir, por cañadas y por boscajes, la bravura sonriente

de que está llena su alma de ciudadano!

Las balas le conocen. Siempre le han visto en el lugar más recio de la batalla. Donde estaba la humareda más sofocante, donde el cañón voceaba más fuerte, donde más se moría, donde el clarín tocaba sus himnos más roncós, allí le encontraron; lo mismo en Arbolito que en Arroyo Blanco, lo mismo en Aceguá que en Tarariras!

Se cuenta de don Bernardo Prudencio Berro que al bajar del poder, como bajó muy pobre, cultivó con sus manos la tierra de una chacra que le pertenecía. El general Saravia, después del desarme, pidió al trabajo rudo el bienestar que todo el país le hubiera ofrecido, a cambio de los servicios prestados al país en las épicas horas de 1897. ¡Este es el hombre, este es el ciudadano, este es el caudillo, y este es el primero de los porta-estandartes del generoso Partido Nacional!

Los que rodean al Sr. Batlle ¿ya han olvidado todo lo que antecede? Es muy extraño, porque si los mismos que hoy combaten al lado de Aparicio, son los que le acompañaban en 1897, los que hoy combaten en contra suya, también son los mismos a quienes impuso el respeto a la ley y a la probidad administrativa con el pacto de la Cruz.

¡Entonces, como hoy, Aparicio se burlaba de Galarza y Muniz! ¡Entonces, como hoy, Aparicio predicaba el derecho a balazos y predicaban los otros, a balazos también, la omnipotencia de las banderolas del partido de Venancio Flores!

VIII

No siempre primó la teoría de los acuerdos. En 1900 se verificaron, con entera libertad, las elecciones senatoriales de seis departamentos. La lucha fue reñidísima en el de Río Negro, triunfando los nuestros por muy pocos votos. Un hermano del Sr. Batlle intervino en Río Negro, siendo, según pública voz y fama, el principal instigador de algunos de los fraudes cometidos allí. El Sr. Batlle encontró bueno lo hecho por su hermano Luis, y atacó la pureza de los poderes que presentaba

el senador nacionalista por Río Negro. La legitimidad de esos poderes triunfó en el debate.

El Sr. Batlle era, entonces, candidato a la vicepresidencia de la república. El Partido Nacional le retiró sus votos. La actitud del Sr. Batlle explicaba nuestra actitud. Su diario era una brasa encendida y, en las asambleas de tinte más rojo, no faltaba jamás la presencia del Sr. Batlle.

El mismo día en que los senadores nacionalistas eligieron vicepresidente de la república a un ciudadano que no era el Sr. Batlle, este dijo, desde la puerta de su diario, a una manifestación colorada que, con motivo de aquellos sucesos, pasó a victorearle:

“Para la próxima lucha electoral no habrá compromisos y no siendo verdaderamente lógicos, dentro del funcionamiento regular de las instituciones, sino los gobiernos de partido, pues no es posible que las colectividades políticas triunfantes realicen sus ideales en el poder por intermedio de los hombres de otras colectividades, sino cuando existe comunidad de tendencias y completa sinceridad de propósitos, la aspiración de la próxima lucha electoral DEBE SER EL GOBIERNO DE PARTIDO”.

“La consecuencia necesaria del triunfo de este principio SERA LA RECONQUISTA DE LOS DEPARTAMENTOS; la cesación de ese estado anormal que de día en día, a pesar de TODAS LAS TOLERANCIAS Y COMPLACENCIAS DEL PARTIDO COLORADO, ha ido agravándose, y que divide a la República en dos fracciones, casi en dos países distintos, uno colorado y otro blanco”.

Estas palabras, publicadas en las reseñas que de aquella manifestación hicieron los diarios de Montevideo en los días 16 y 17 de febrero, demuestran que el plan desarrollado por el Sr. Batlle a principios de 1904, empezó a incubarse a principios de 1901.

Ese plan no se realizará. No puede realizarse... ¡Dios no quiere que se realice!

IX

Cuentan los paleontólogos que allá, por las épocas primaria y secundaria, existían como unas treinta mil variedades de insectos. Obligados a roer la madera de los árboles muertos de las selvas primarias o a devorar las carnes de las especies nacidas en los bordes de los mares cretáceos, aquellas libélulas tan cerúleas, tan frágiles y aquellos buprestes de cota de zafiro, de traje de esmeralda, surgían de los laboratorios de la naturaleza, armados con cien armas destructoras, con tenazas y limas, con sierras y cuchillos. Más tarde, en la alborada de la edad siguiente, pasa sobre la selvas algo que las deslumbra. En vez de los coleópteros acorazados con corazas que brillan como diamantes; en vez de los coleópteros provistos de taladros y de barrenas, cruzan el bosque inmenso las cuatro grandes alas de las mariposas, las rubias caravanas de las avispas, los insectos armados con un alarga trompa que es un hilo de seda en forma de espiral. ¿Qué ha sucedido? Que a la vegetación durísima de los criptógamos siguieron los árboles, en cuyas ramas el viento balancea copas de ambrosía, vasos llenos de azúcar. Ha sucedido que apareció la flor, sonrisa de la tierra, con su corola festoneada y su cáliz henchido de un polvo nectárico. Ha sucedido que, al despertar el alba y al caer la tarde, las estrellas escuchan el himno del perfume, mientras envuelven en el cendal de sus rayos de hebras de plata, los desposorios de los estambres y los pistilos. Ha sucedido que los insectos no necesitan ya de dardos ni de pinzas para libar las mieles de las hijas del aire de la edad terciaria, respondiendo al aroma de la flor que se cimbra en las hamacas verdes, las bocas desdentadas y los zumbos cantadores de los heminópteros. Pues bien, las sociedades, como los insectos, tienen dos períodos, el período que precede y el período que sigue a la aparición de la flor del derecho. Antes de que esta brote circundada de mirra y vestida de raso y repleta de mieles, las multitudes torvas se sirven de sus armas contra los señoríos y las dictaduras, sin dejar un instante ni la prudente vela ni el puntiagudo acero, igual que los coleópteros que roían la leña de durezas de bronce en los siglos jurásicos. En cambio, cuando surge la flor del de-

recho e impregna con su aroma a todas las conciencias, los espíritus se desarman y las costumbres se dulcifican, espaciándose las esperanzas de los partidos por el éter de la libertad, como los nublados de abejas por el éter azul que coronó los montes de la edad terciaria.

Nosotros nos acercamos a esa última época. Este esfuerzo es el último esfuerzo. Este desangre es el último desangre. ¡Pero la flor del derecho no perecerá! ¡Nosotros, los nacionalistas, los perseguidos y los calumniados, los pacientes cultivadores de esa flor, conservaremos intacto su cáliz, para que las abejas espirituales de todas las generaciones, que están en camino, puedan libar la ambrosía deliciosa y la sacra hidromiel de las libertades públicas!

Queremos que cada ciudadano pueda decir, como el P. Larcordaire: “¡Yo soy una libertad!” Eso no se logra sino en las patrias donde realmente existen las grandes riquezas nacionales que se llaman: libertad de tránsito, libertad de voto, libertad de morada, libertad de trabajo, libertad de asociación, libertad de creer, libertad de escribir, libertad de hablar y amplia libertad de ser libre.

¡La flor del derecho, que les guardamos, impregnará con el perfume de todas esas libertades, el cielo de los astros y el cielo de las almas de lo porvenir...!

LIBRO SEXTO

SUMARIO. -El directorio. -Dificultades con que tropieza. -Alegrijos y penas. -Su composición. -Un párrafo de Mirabeau. -Aparicio Saravia. -Su sencillez. -Su actividad. -Sus relaciones con los jefes divisionarios. -Su sueño. -Su memoria. -Su poder de adaptación. -Su actitud en las retiradas. -Las últimas guerrillas. -Ojeada al ejército. -Elementos que lo constituyen. -Su vida habitual. -Modo de acampar de los revolucionarios y de los gubernistas. -El caballo criollo. -El sentimiento de la abnegación. -El parque y su jefe. -En los pasos. -La víspera de las batallas. -Lo que Saint-Cyr pensaba. -Después del combate. -El cuerpo médico. -Una conversación con el coronel Lamas. -Río Grande en 1836. -Por cada gusano nacen dos rosas. -Las banderas nacionalistas.

I

Después de la batalla de Tupambaé, y al acercarse a la frontera el ejército de Aparicio, el directorio trató de aglomerar en aquellos parajes, los muy valiosos recursos en equipos y en armas, que, con una labor improba y nunca lo bastante apreciada, venía amontonando, en espera de una oportunidad favorable a su remisión. ¡Medio millón de tiros, lo necesario apenas para un combate que dura algunas horas, cuesta la enorme suma de diez y ocho mil pesos, en monedas de oro, en monedas de cuño de buena ley! ¡Y hay que hacer pasar ese medio millón de tiros, la vida de doscientos centenares de hombres, quién sabe de qué modo y con qué precauciones, por un puesto estratégico de la costa! ¡Y hay que luchar después con la malquerencia de las autoridades federales de la frontera, que entienden a su modo la neutralidad y que nos abruma con lo enorme de su vigilancia! ¡Cuántas zozobras, cuántas angustias, cuántos trabajos, cuántas noches pasadas en apenado insomnio, significa ese envío, esa ayuda mandada desde lejos, a la causa que gallardea de cuchilla en cuchilla! ¡Qué entusiasmos frenéticos, qué animados coloquios, qué íntimos regocijos si el envío llega! ¡Qué desfallecimientos, qué cólera profunda, qué dudar de la suerte, cuando lo decomisan o no llega a tiempo! ¡Qué medir distancias y calcular probabilidades, antes de la

partida! Después de la partida, ¡qué leer de diarios y qué aguardar la hora de la correspondencia!

II

La presidencia del directorio pertenece al Dr. Alfonso Lamas, agregado al ejército en calidad de cirujano mayor de sus divisiones. El Dr. Lamas tiene no solo el prestigio de su apellido, sino también el prestigio de su sapiencia profesional. Todo lo ha abandonado para ir a correr la odisea homérica de su credo: familia, clientela, comodidades, presente bonacible y porvenir seguro.

En el directorio figura también el Dr. Carlos A. Berro. El Dr. Berro (hijo de aquel don Bernardo Prudencio Berro que honró, con lo muy grande de su probidad, a su país y a su partido y a su propio nombre), va y viene, trayendo notas y llevando instrucciones, asesorando planes y anunciando remesas de proyectiles, de Buenos Aires al litoral, de este a la frontera, de la frontera al ejército nacionalista, tejiendo con una actividad, reñida al parecer con lo voluminoso de su abdomen y con sus costumbres de hombre de consejo, una nunca acabada tela de Penélope. En ferrocarril, en vapor, a caballo y en coche, se ha zarandeado horas y horas, días y días, la alta personalidad política y forense del Dr. Berro, hablando el portugués lo mismo que Pimentel, el autor de *La princesa de Boivao*, y calzando resonantes espuelas, igual que un caballero de los que triunfaban en las famosas lides que narró Camoens, en el sexto de los cantos de sus *Lustadas*.

También del directorio forma parte el Dr. Aureliano Rodríguez Larreta, dotado de todas las mágicas dotes de la insinuación, de extraordinaria habilidad para mover hombres y para mover cosas en bien de nuestra causa. Ninguno más apto para ganarse el parecer de los argentinos y apoderarse por entero de sus simpatías, no siendo, sin embargo, este empeñoso trabajo de propaganda, su único trabajo, pues presidía, por lo común, el consejo de los directores y organizaba la mejor ma-

nera de llevar a la práctica lo resuelto. Firmó, en primera línea, todos los documentos cambiados en las tentativas de paz hechas hasta julio, interviniendo, también en primera línea, en la confección de todos los manifiestos que el partido dio a luz en aquellas terribles horas de brega. No tuvo instante de desfallecimiento ni minuto de duda, convencido de lo muy justo de la empresa revolucionaria y convencido de que la victoria coronaría las sublimes abnegaciones de nuestros soldados. El Dr. Larreta dio nervio a los tímidos, animó más a los animosos, no permitió a ninguno entregarse al descanso y contaminó a todos con lo incansable de su voluntad.

Figura también en la primera autoridad civil del partido, el Dr. Alfredo Vázquez Acevedo —a quien tanto debe la Universidad de Montevideo y que con tanto brillo acababa de ocupar la banca de senador por Flores—. La presencia del Dr. Vázquez Acevedo en el directorio, es la mejor prueba de que la guerra civil actual no es una guerra atávica ni un caso de partidaria piratería. El Dr. Vázquez Acevedo ha sido un constante apóstol de la paz, un apasionado tribuno de la concordia, un enemigo de todos los derramamientos de sangre fraterna, constituyendo su actitud de 1904, uno de los más poderosos motivos de reflexión para los historiadores de lo porvenir. Un ciudadano de tan relevantes condiciones morales y tan dispuesto a sacrificar en los altares de la unión nacional —unión siempre bendita y siempre fecunda—, todos los apasionamientos que el cintillo engendra y todos los amores que el ideal partidario inspira, no se convierte en el sostenedor de un credo alzado en armas, sino cuando ya se han cerrado todos los caminos de la legalidad y no le queda al honor ningún otro ambiente que el ambiente de las cuchillas.

Acompaña a los anteriores en su misión de riesgo y responsabilidad, el Dr. José Luis Baena, que desde niño vivió para el partido y sólo para él. Nuestra bandera —manchada con la sangre de uno de los suyos durante las horas de la defensa de Montevideo—, le vio siempre batallando a su sombra, ya en las arduas decisiones de nuestros directorios, ya en los misteriosos conciliábulos de las horas de abstención, ya en las grandes batallas legislativas de estos últimos años, ya al frente de

algunos de nuestros hospitales de sangre, como en el movimiento de 1897. El Dr. Baena une a todos los servicios que prestó en lo pasado, este servicio nuevo, como un millonario que nunca se cansa de dar, por lo mismo que sabe que su riqueza no tiene fin. Lo que fue idolatría de la niñez y apasionamiento de la juventud, sigue siendo en 1904, el culto del alma del Sr. Baena.

Figura igualmente en el directorio el Dr. Rodolfo Fonseca, que —lo mismo que los anteriores—, todo lo ha abandonado para seguir la epopeya revolucionaria. Espíritu ilustrado, voluntad decidida, corazón nobilísimo, carácter firme y conciencia proba, el Dr. Fonseca está bien en su puesto, en aquel puesto de abrumadoras responsabilidades.

El Sr. Francisco Haedo Suárez no es de los que menos han sacrificado a la causa, en el directorio de sacrificios de 1904. Hacendado riquísimo —con la fortuna que da la herencia, aumentada por el trabajo y por la honradez—, cayó en el monstruoso proyecto de la interdicción de bienes. ¿Qué le importa? Ha sido por la causa buena, por la causa que sus padres tuvieron por santa, por aquella causa que aprendió a querer en los tiernos coloquios de las peonadas de sus haciendas rionegrenses, durante las horas fugaces y risueñas de la mocedad. El Sr. Batlle se equivocó. Para que hiriese bien, la flecha debió dirigirse un poco más alto. ¡Al corazón! ¡a las afecciones! ¡no hacia los bienes materiales, que una ráfaga da y una ráfaga quita! El Sr. Batlle no conoce a los hombres. A los nacidos en el hogar de los Haedo Suárez, no se les hiere así. ¡La herida es muy pequeña, es muy superficial y no causa dolor!

Era secretario del directorio, desde 1902, el Dr. Jacinto D. Durán, un hombre joven, afabilísimo, buen compañero, partidario leal e infatigable trabajador. Dotado de una memoria más que feliz, sus actas fueron siempre un modelo de corrección y de exactitud, actas taquigráficas y que, sin embargo, el Dr. Durán redacta sin apuntes previos. Da placer verle manipulando notas, respondiendo a cartas más longitudinales que una novela a lo Montepin, y ordenando papeles como el archivero del archivo de Salamanca. Es el primero en saber las noticias y el primero en darles circulación, poniendo el alma entera en el

comentario, que repica a gloria o tañe a difunto, con arreglo a la especie de lo ocurrido. Vive en continua brega, sin otras distracciones que el recuerdo tenaz de los que batallan en las cuchillas, sufriendo con su frío en las noches heladas y asistiendo con la imaginación a todos los combates.

Trabajando en la sombra, sin dejarse ver, refuerzan la acción del directorio, algunos orientales establecidos, desde hace muchos años, en la populosa capital argentina. No han querido ni intentado romper los lazos que les unen al país de su nacimiento y a la causa que fue siempre la causa de los suyos. Han puesto al servicio de la revolución, los unos sus generosidades de hombres de fortuna, los otros sus sabias reflexiones en el consejo de los días arduos, —reflexiones en que brilla la lucidez que da la lejanía del teatro de los sucesos, y la lucidez engendrada por las grandes tolerancias de este mundo argentino, donde la política ha perdido el empuje de su edad de piedra—; empuje que nosotros conservamos y que da sello propio a nuestra siempre batalladora nacionalidad. Es algo arcaico, algo que no a todos les sabe bien; pero que no deja de producir cierto goce orgulloso, cuando se reflexiona que —a pesar de las sacudidas y de los derrumbes—, el carácter nativo no sufrió mermas, ni entiende de dobleces, y se conserva entero. ¡Aún sabemos matarnos por una idea, aún sabemos morir por una pasión noble, aún no hemos olvidado la religión del sacrificio por el deber —lo que no es poco en este siglo de desfallecimientos y de desesperanzas!

III

Después de este bosquejo —a grandes pinceladas—, del directorio nacionalista, es justo que dediquemos algunos párrafos al ejército de la revolución. La materia sobra; pero el pintor no sirve y el lienzo es pequeño. Otros completarán lo que nosotros apenas empezamos. ¡Felices los que puedan rematar esta obra de justicia y de gratitud!

Por lo que toca a lo que decimos del directorio, no faltará quien nos acuse de adulación. ¡Peor para el que ignore la im-

pagable ventura de no sentirse enfermo del mal de la envidia! Mirabeau exclamaba en la asamblea constituyente, al discutirse los honores discernidos a Bailly y a La Fayette: “No temamos demostrar equitativo reconocimiento. Enseñemos lo que debe hacerse a esos hombres —de un dudoso republicanismo—, acostumbrados a desconfiar de la intención de las leyes y de la virtud de los ciudadanos. Enseñémosles que uno se honra a sí propio, respetando a los jefes que uno propio eligió. Enseñémosles que el celo de la libertad no es envidiar los cargos y las reputaciones. Enseñémosles que no hay altura ni hay conveniencia en hacernos eco de todos los diceses, de todos los reproches y de todas las calumnias de que se sirve la ambición fracasada”.

IV

No es posible bosquejar el ejército, sin ocuparse de Aparicio Saravia.

Al historiar la campaña de Helvecia y hablando de Masena, dice Eduardo Gachot: “Lo que explica lo extremo de la confianza de sus soldados en este conductor de hombres, era su extraordinario golpe de vista para elegir el campo de batalla, lo grande de su audacia para atacar, su mucha prudencia en las situaciones peligrosas, lo infatigable de su cuerpo y una energía que jamás consintió desfallecimientos en torno suyo”. ¿No es este retrato, el retrato militar de Aparicio Saravia?

Apasionadísimo de la vida del campo, Aparicio no gusta de las ciudades. No conoce la ostentación; no le agradan los títulos; no sale en busca de los aplausos. Cuando entró en la Florida, la multitud se apeñuscaba en torno de su caballo y las flores caían a los pies del jinete escultural, del centauro de las edades mitológicas, como si las ninfas de todos los idilios anacreónticos hubiesen desparramado los capullos de sus cabellos y las guirnaldas de sus talles, para alfombrar el camino de aquel vencedor. Aparicio no se detuvo en la ciudad. La cruzó rápidamente. Solo quería demostrar que su ejército era un verdadero ejército, por el número y la disciplina. Las aclamaciones

le emocionaron y más de una vez sacudió la cabeza, espantando a las lágrimas; pero aquellos víctores no le inspiraron la sed de oírse victorear de nuevo. Tanto es así que sólo las reiteradas súplicas de algunos vecinos de la ciudad de Minas, a los que quiere mucho, y las acertadísimas reflexiones del coronel Lamas, en quien mucho confía, lograron, después, que dejase a su ejército desfilar por las calles de la gloriosa cuna de Lavalleja. Aparicio es sencillo, como es sencillo todo lo grande. La verdadera grandeza es la que a sí misma se desconoce.

Esa sencillez es madre de acciones que asombran y que entusiasman. En las abruptas sierras del Rincón de Aurora, sierras que recuerdan los desfiladeros con que Doré ilustró la *Divina Comedia*, Aparicio aguijoneando a los fatigadísimos bueyes del parque, trabajó más que todos los conductores juntos. En el primer pasaje del Río Negro, cuando el ejército salió de Rivera, Aparicio cruzó por repetidas veces los espantosos bañados de Aceguá, martirio de jinetes y de cabalgaduras, ordenando todas las acampadas y presidiendo todos los salvatajes. En la noche que antecedió a Fray Marcos, Aparicio salió, sin más escolta que un pequeño grupo, a reconocer las posiciones del enemigo, y el enemigo, oculto en un maizal, le hizo una descarga a menos de cien metros. Se le ve en las guerrillas, como en las diezmadas guerrillas de Mansavillagra o en las mortíferas guerrillas del Paso de los Carros, porque Aparicio entiende que hay que dar el ejemplo, para tener el derecho de exigir que no se retroceda. En mitad de la noche, cuando Nepomuceno o Mariano están de vanguardia, se aparece, en demanda de un mate, a Mariano o a Nepomuceno. Al rayar de la aurora, si van de servicio, a dos y a tres leguas del ejército, Cayetano Gutiérrez o Basilio Muñoz, se presenta, como por arte de encantamiento, a Muñoz o a Gutiérrez. En las horas de marcha, suele acercarse a las divisiones que tiene más próximas aquel día, para hablar de los tiempos de Oribe con el viejo Amilivia; de balística con el noble coronel Visillac; de lo que son los viajes a Europa, con el caballeresco Guillermo García; de artillar bien la costa de Maldonado, con el bizarrísimo Juan José Muñoz; con Moreira, de los heroicos anales de Paysandú; con López Jauregui, de la conveniencia de tomar el Salto; de nuestro des-

file por la Florida, con Antonio María Fernández; de la opresión en que vivió casi siempre el Durazno, con el afectuoso coronel Aldama; con Gabino Valiente, de las industrias saladeriles de Río Negro; de la hermosura de las mujeres de San José, con el bravo Marín; de la proverbial rectitud de otras épocas, con don Bernardo Prudencio Berro; de nuestro paso por el departamento de Treinta y Tres, con Francisco Saravia; y de lo agradables que son las veladas de Melo, con la bondad, con la hidalga bondad de don Enrique Yarza.

Aparicio es infatigable. Sus ayudantes, los más resueltos de sus ayudantes, como Rodolfo Ponce de León y como Mercader, muerto heroicamente en el glorioso campo de Tupambaé, se cansaban de perseguirle a lo largo del ejército en marcha. El general está en todas partes: exhortando a los rezagados; defendiendo las chacras de los vecinos, dirigiéndose para castigarlos, a los que carnean por cuenta propia: afanándose porque no se destrocen las caballadas; interviniendo en la confección de las notas y tratando siempre de que sea justa la resultancia de los sumarios; viendo los caminos que eligen las carretas y el modo como se hace el tocador diario de la artillería; preocupándose del cuidado de los enfermos y de los heridos; vigilando por sí mismo el frecuente recuento de la munición; siendo el primero que cruza los pasos difíciles y el último que acampa.

Es muy cuidadoso de su persona. Lleva cuellos y puños que dan envidia, allí donde es ley, en los más elegantes, olvidarse de que existe la ciencia del planchado. Tiene una de las condiciones de Napoleón: le bastan unos breves instantes de sueño para recobrar toda la vivacidad de su inteligencia y toda la plenitud de su fuerza física. Cuando los que viven cerca de su persona le presumen dormido y comentan sonriendo los hechos del día, el general se acerca al calor del fogón y sazona con su filosofía inmensamente práctica, de psicólogo muy vivido, los hechos que se cuentan, inclinándose más a los pareceres cuerdisimos de Juan Urtiaga —tan valeroso como servicial—, que a las patrióticas vehemencias de Abelardo Apolo, para quien un cabello de la causa nacionalista es preferible a todas las piedades humanas y a todos los esplenden-

tes mundos del espacio. Aparicio nombra, por sus propios nombres, a los indios más bravos de José González y de Antonio Mena, y habla de teatros y de folletines, sin demostrar tedio, con la mozada culta de que se rodean Lidoro Pereyra y Gregorio Lamas, el Detall y el Estado Mayor.

En Aparicio es innata la virtud de la adaptación. Se parece a esos árboles, rarísimas especies que los botánicos señalan con asombro, que en todos los climas encuentran la temperatura que necesitan para reverdecer, y en todos los terrenos succionan sin trabajo los jugos que precisan para su nutrición. El espíritu de Aparicio es a modo de planta, que lo mismo se desarrolla a las crudezas del aire libre, que en la atmósfera tibia de un invernadero. Esta es la causa principal, la principalísima, del imperio que ejerce sobre las voluntades. Aparicio celebra, de vez en cuando, lo grosero de los chistes de Camundá, y Camundá se vuelve loco de júbilo; pero Aparicio sabe prestar una atención complacida y profunda, cuando conversa, en las horas propicias para hablar del futuro, con Bernardo García o con Julián Quintana. Su tono es uno para Villamil, Luis Alberto de Herrera y Vicente Borro; pero lo modifica, hasta estropear palabras, cuya ortografía conoce perfectamente, cuando habla con esos paisanos ricos en bravura y en buen sentido, como Abel Sierra, como Lino Cabrera y como tantos otros sostenedores del hermoso ideal que persigue Saravia. Aparicio se achica, sin ningún esfuerzo, para saborear una anécdota de su hijo Ramón, el más epigramático de sus ayudantes; pero asciendo también, sin esfuerzo alguno, para que no se aplasten, bajo el criollismo que el medio les impone, Vicente Ponce de León y Javier de Viana, el autor de *Guri*, el autor de *Gaucha*, el autor de *Campo*, el intelectual fino y observador, a quien debieran abrir muy amplio sendero, para utilidad propia, nuestros amigos de Treinta y Tres.

Así se hace querer, el general Saravia, por millares de hombres; por este medio se convierte en la rueda central de todo el engranaje de la revolución, y por eso es tan fuerte, tan armónica, tan compacta, la falange nacionalista de 1904.

Hay que añadir a lo que antecede, para completar este rápido diseño de Aparicio, una gran dosis de honradez, de tole-

rancia, de compañerismo, de sentido común y de buen humor. ¿Son estas las únicas razones de la confianza que inspira a sus soldados? No; ciertamente no. La principal causa del culto que le tienen es que ese general, hecho en la escuela de la práctica y nacido para enloquecer a los generales hechos en la escuela de la teoría, no es sólo un general, es un salvador. El mismo Aparicio dice, con una inmensa llamarada de malicia en los ojos: "Reconozca, mi amigo, que hay que tenerme fe para las retiradas". En estas es asombroso lo que Aparicio hace. Con pocos fusileros, con algunas centenas de tiradores, detiene al adversario, y mientras suenan, a la distancia, el tañer de los clarines y el estrépito de las descargas, se mueve perezosa, sin precipitaciones, como todos los días, entre grupos dispersos y caballadas que van al trote, la larga columna, la interminable fila, la serpiente arrastrante de las divisiones, zahumadas por el humo y llenas de cansancio. Aparicio señala el rumbo; pero desaparece cuando la marcha empieza. ¿Donde está? En las guerrillas, donde se pelea, donde se muere; pero donde se asegura, a fuerza de heroísmos, el éxito acabado de la retirada. Y no hay quien rompa el muro que Aparicio levantó en la cuchilla; no hay quien pueda con aquellas centenas de tiradores; todos parecen inflamados por el valor que relampaguea en las pupilas del caudillo indómito, y ni uno se mueve si el caudillo no inicia el movimiento de retroceso. Poco después, al cabo de una hora de marcha, Aparicio atraviesa, entre vivas frenéticos, las grandes columnas; a todas las sonríe; las tranquiliza a todas con la quietud de alma que refleja su rostro, y, poniéndose al frente del estado mayor, espera a que principien las sombras de la noche. Con la noche, cuando se enciende la blanquecina luz de los astros, se encienden las hogueras del campamento. Atrás quedaron Nepomuceno, o Mariano Saravia, o Basilio Muñoz, o Antonio Mena, o José González, o Cicerón Marín, cualquiera de ellos, con una sola, con una única división, pero con una división que no flaqueará. Y el ejército duerme tranquilo. Al día siguiente, ya ninguno se acuerda de la batalla, sino para lamentar a los que cayeron y burlarse del fracaso de los perseguidores. ¿Se quería pasar un arroyo? Pues se pasó. ¿Se quería ir al sur? Pues hacia el sur se va. El general ha logrado su ob-

jeto y se tendrán dos meses de quietud perfecta. El adversario quedará a treinta leguas y sin caballadas. Durante esos dos meses, habrá algún tiroteo insignificante. La revolución perseverará, y la perseverancia, en las guerras civiles, es seguro pronóstico de victoria. Pero ¡cuidado! Un día el general se levanta con el deseo de tomar la ofensiva, y aquel día... ¡aquel día los clarines de la revolución tocan a triunfo, como en la Terrena, como en Fray Marcos y como en Tupambaé!

V

En torno del caudillo se agrupan, complacidas, las divisiones.

Con el chambergo sobre los ojos o hacia la nuca, según el gusto de cada uno; con el pañuelo celeste o blanco, más blanco que celeste, en el cuello hercúleo; con camisa o sin ella, que también en esto hay sus pareceres; unos con flamante saco ceñido y otros con saco que es un deshecho; con el poncho a los tientos, anudado al talle, pendiente del hombro o flotando a capricho; con el cinto en que brillan el revólver o la pistola, sin que falte el puñal, a menos de que el machete lo sustituya; ataviados los unos con bombacha fina, y vistiendo, los otros, pantalón burdo, que deslució el arrastre por los fogones y perdió su limpieza en los trajines de la carneada; con alpargata o bota en el pie infatigable, que a veces marcha leguas para aliviar a la cabalgadura; con lanza, o tercerola, o rémington, o máuser, o alguna carabina bien empavesada y de repetición, se mueven los héroes de la caravana de lo heterogéneo, ofreciendo a los ósculos del aire y del sol, ya el cutis nacarino de la raza caucásica; ya los tintes trigueños del pastor asiático; ya las fisonomías que descubren lo áspero de la estirpe charrúa; ya la faz del mestizo, con vivacidades de ardilla asustada; o ya los trazos de un rostro de color tan oscuro, como la noche de la peregrinación terrena de toda una raza. Nada les preocupa, con todo gozan y a todo se avienen, estos centauros de los lances del lazo y las boleadoras. Manejan la lanza como un juguete. Nadan como un sollo, en los ríos más recios y de más arrastre.

Experimentan un singularísimo placer en vistear y amansan, entre chistes, la cebra más indómita. Supersticiosos y conocedores en agüerías, se despiertan hoy con ánimos de burlas y zahareños mañana, haciéndose un festín con una piltrafa, que los cuervos desechan, en los días de ayuno. Tienen el instinto del ave que emigra, pero siempre cerca y siempre segura de poder volver. Entran en el combate como una banda de leones en celo, siendo insensibles a los golpes y a los fracasos, como viejos clientes de la desventura. Más capaces de enamorar que de enamorarse, la guitarra los apasiona y adoran las voces de esa amiga del paisano en las tristezas de la soledad, en las melancolías crepusculares del horizonte, que corta bruscamente un brazo de cuchilla, con un grupo de ombúes, centinelas eternos, enfilados a lo largo de la sien de la loma. Al oír las cadencias de la soñadora caja de madera con curvas de mujer; al oír el ronqueo profundo del sollozo de los bordones y el agudo sonido de cristal con que cantan las primas; al oír que se eleva suavísimamente, buscando las lejanías de la tarde, donde flota un lucero, el quebradizo acorde de una mazurca o los vertiginosos giros de un vals, corren a formar coro y a escuchar al que tañe, muchos de aquellos héroes de mirada zahareña; pero que son poetas, poetas a su modo, como los beduinos de los desiertos y como los cosacos de las estepas. ¿En qué piensan las almas solitarias, mientras sube la música y baja la noche? Nada nos dice lo vago de la expresión de sus ojos sombríos y la inmovilidad de sus semblantes con durezas de acero; pero en la comisura de aquellos labios hay algo que se angustia, que recuerda y que vibra al compás de la música quejumbrosa.

Y perdida entre esta multitud pintoresca y abigarrada vaga otra multitud, más pulcra en sus decires, con otros atavíos y con aires puebleros pero no menos pronta al heroísmo de las guerrillas y a la molicie de las acampadas. Los doctores y los hijos de los estancieros —los criados en paños de fina urdimbre—, los que no van a las tertulias de la escasez ni conocen el miedo, el angustioso miedo del mañana, también andan y viven en el grupo grande, codeando rudezas y cambiando grajeos; haciéndose una gloria con el color dorado de las tortas calientes, amasijo de harina en hervores de grasa, y con el bronce

a fuego del maíz que acompaña, en los días de días, al no fatigador y codiciadísimo corre-ve-y-dile de los mateos. Aquella es la igualdad de todas las clases, basada en la igualdad de todos los sacrificios. Allí el fuerte y el débil, el guasón y el misántropo, el grande y el chico, el cortés y el grosero, el dadivoso y el guardador, el hábil y el torpe, el ingenuo y el sin ingenuidad; el hidalgo y el ruin, se sufren, y se avienen, y se asocian, y se amalgaman, y llegan a estimarse, por la fuerza de la costumbre, por la ley de la obligación, por lo recíproco de la ayuda y por la comunidad en el riesgo de cada día.

Todo esto ensilla antes que el sol despunte y a toque de clarín. Todo esto enciende fuego, y apronta la caldera, y prepara el churrasco, y hace su tocador, cuando aún la luna nieva su helada de luz y cuando en el oriente se dibuja una línea de tonos indecisos. Todo esto monta y marcha, siempre a son de clarín y entre agudos diálogos, que interrumpe, de pronto, alguna interjección de cuño muy criollo y áspera resonancia. Todo esto culebrea, camina cinco largos kilómetros por hora, y se detiene, a ratos, para dar un respiro a las cabalgaduras. Todo esto va y se surte en las ventas situadas sobre el camino, pagando lo que compra con religiosidad y a precios usurarios. Todo esto a las doce, cuando el chingolo busca la sombra de los árboles y el cántico del agua, acampa en las cuchillas o en los montes costeños, aprovechando, cada uno, del acampe aquel con arreglo a sus gustos, para comer de nuevo, o dormir la siesta, o leer un diario, o remendar su traje, o entregarse al aseo de la ropa interior, o redactar el libro de sus impresiones, o reñir con las últimas mañas del potro, o poner en las armas bruñidas de espejo, o seguir el diálogo que interrumpió el acampe, o visitar al jefe en busca de noticias. Todo esto, hacia las tres, vuelve a ponerse en marcha, con hondo regocijo, cuando no lueve, y entre lamentaciones, si el sol se nubla. Todo esto, cuando canta la calandria los himnos de los atardeceres, vuelve a acampar de nuevo, y a encender los fogones, y a desplegar las carpas. Todo esto se desvive, buscando gramillares para el caballo, a quien llega a querer con hondos quererres, aunque hay bestias muy brutos en todas partes. Todo esto hace tertulia en torno del fogón, cuando la noche cierra y los clarines

tocan las salves del silencio, para hablar de los suyos y hablar del trabajo y hablar de la patria, bajo las estelares oscilaciones de la noche infinita. Y todo esto se duerme, sobre los cojinillos y embozado en el poncho, con los grandes cansancios de la brega del día, y sueña con la paz que avalora las mieses que oscilan a la puerta del rancho bendito. ¡Ráfagas perfumadas de los días de octubre; horas en que se arruga la corteza del árbol, para formar el brote; tibiezas del ambiente, que presidís la abertura triunfal de los rojos capullos del plebeyo clavel; estación en que vuelven las golondrinas a poblar el alero; ánfora en que residen los mágicos unguentos de las resurrecciones del trigo y de la vid; murmullos de las aguas y nupciales transportes de la primavera, apresurad el paso, para que las ventiscas cierren el vuelo; para que se concluyan las noches largas; para que no amanezcan los trebolares mustios y tristes; para que encuentre el potro, yerbas nacientes que mordisquear; para que el sol les sirva de abrigo a los desnudos, y se colore el pálido semblante de los enfermos con la ráfaga alegre de una sangre nueva!

VI

¿Por qué los caballos del ejército del gobierno no resisten lo que resisten los caballos de la revolución?

Porque, en las acampadas, el ejército del gobierno ocupa, a lo sumo, el espacio que ocupan tres divisiones nacionalistas. El ejército del gobierno se aglomera y se sofoca, encajonado en un círculo de rondines, por temor a las deserciones, por miedo al desbande.

Hombres y caballos están incómodos. Los primeros no pueden salir ni de la cuadra, sin permiso previo. Los segundos encuentran pisoteado el pasto y no duermen tranquilos. Les falta amplitud. En el ejército de la revolución se va y se viene, se cambian visitas, se acampa en un espacio de algunas leguas. El que quiere irse no necesita apelar a la desertión. Como es un voluntario, como está allí porque así le place y así se le antoja, deja el servicio el día en que se le concluye la voluntad. Ni los jefes le inquietan ni le mortifican los compañeros. Cada

cual tasa el límite y regula el alcance de su sacrificio. Se atan los caballos a todo lo que da el maneador y se muda la estaca por repetidas veces durante la noche. Nadie se preocupa de las sorpresas. ¿Quién sorprende a un ejército, de veinte mil hombres, acampado así? Y por eso, hay caballos en el ejército de la revolución, que han acompañado al ejército en todas sus correrías. Tratándole con un poco de cariño y de esmero, ¿qué no es capaz de hacer el caballo criollo? Resistente, pacientísimo, sobrio, amigo del hombre, lleno de valor y de inteligencia, nuestro caballo, hijo legítimo del caballo español, que es, a su vez, hijo legítimo del caballo árabe, vale su peso en oro, mucho más que su peso, para todos los lances de una larga campaña militar.

Maeterlinck nos ha escrito un largo volumen sobre la vida de las abejas; Hoeker nos habla, con acento maravillado, de lo que puede hacerse con la docilidad de los elefantes; Brhem nos refiere, con delectación, las curiosas costumbres de los cuadrumanos; Hauteville nos historia todo lo concerniente a las aves alpinas; Vogt nos ocupa, durante largas páginas, con sus experimentos educativos de los delfines; conozco un libro entero acerca de los milagros de orientación que hacen las palomas; y conozco otro libro dedicado tan solo a la arquitectura de los hogares que, pendientes de las ramas, se balancean a los cálidos soplos de la época estival. Sé lo que Michelet dice del carpintero y el gorrión parisién. No ignoro que Burdach ha hablado del talento de las cornejas. He seguido, guiado por Manjin, el rumbo de las caravanas emigradoras del pájaro europeo, y Theuriet me ha narrado los prodigios de astucia del perro vagabundo de las ciudades. El caballo nuestro, el caballo que habla más con los ojos que con los relinchos, prueba al que sabe ver y saber observar, mejor que los libros de esos autores, que los animales tienen un alma que siente, que juzga y que delibera, destruyendo la miope y anticuada doctrina del instinto, combatida con tanta sapiencia y tanta autoridad por Darwin y Büchner.

VII

En el ejército del gobierno abundan las mujeres; del ejército de la revolución están desterradas, por orden especial, todas las polleras. Allí no hay más desgaste que el que ocasionan la ardentísima pasión de la patria y el fervoroso culto del deber.

En el ejército del gobierno, los jefes se pelean y se envidian el mando. En el ejército de la revolución no faltan injusticias, ni siempre ocupa cada uno el lugar a que tiene derecho indiscutible. También hay allí imbéciles que, por haberse visto en algunas peleas, se suponen iguales al talento, condición de muy pocos, y al coraje civil, que es el más difícil. También hay, en las filas de nuestro ejército, envidiosos que desconocen los servicios prestados a la causa común. Pero todas las consideraciones se sacrifican a las plantas del credo y nadie murmura, aunque muchos se duelan y lloren hacia adentro. El coronel Lamas —el que fue jefe del colegio militar de Montevideo y en que se crió con el mismo jugo con que se crió el generoso vencedor de Tres Arboles—, el coronel Lamas le dijo a Aparicio, al incorporarse a la revolución: “No vengo en busca de jerarquías: solo quiero un fusil y un puesto en las batallas”. El general Amilivia —que a los quince años ya se batía en las montañas éuskaras, contra los ejércitos del gobierno español y a las órdenes de Zumalacarregui— le respondió a Saravia, muy poco deseoso de exponerle a los riesgos de la guerra civil: “Si se tratara de un paseo triunfal, no hubiese venido. Pero ¿quién sabe si la hora será hora de desventuras? La sangre que me queda, se la debo a los míos. Haga Ud. de mí lo que se le antoje, porque lo mismo sé mandar un batallón que obedecer a un cabo”. Yo he visto, con mis ojos, a estudiantes a quienes casi sólo faltaba el examen de tesis —como el modesto y bravo Salvador Estradé—, y he visto a intelectuales de familia muy alta —como el intelectual Guillermo L. García—, inclinar la cabeza ante una orden dada con brusquedad, por quien era inferior, muy inferior a ellos, en los días tranquilos. ¡No todos, en la heroica división maragata tenían —como el viejo coronel Marín—, el tacto de tratar a los hombres con arreglo a su clase y a sus merecimientos!

El general Aparicio —a quien basta una ojeada para calar al que le presentan— le dio a Gregorio Lamas la jefatura del Estado Mayor. Gregorio Lamas organizó el ejército. El mismo general colocó a Amilivia al frente de la inspección de armas. Hoy brillan como espejos los fusiles de los soldados de la revolución.

Así se ha formado esa admirable máquina militar, contra la que se estrella el gobierno del Sr. Batlle: por la inteligencia, siempre acertada, del comando superior, y por las infinitas abnegaciones de todo aquel ejército de voluntarios.

VIII

El parque va siempre por los caminos o por lo alto de las cuchillas. Tiene su escolta. Un brillante centenar de lanceros y todo el batallón disciplinario, que es un buen batallón de infantería. El mayor cuidado del jefe del parque son las boyadas. No le importa que los bueyes abunden. El campo no le falta y no es el trabajo lo que le preocupa. El jefe del parque es un paisano hercúleo, macizo, musculoso, grandote, muy dicharachero, con un humor variable y con muchos bríos. Dirigido por él, aquel largo convoy de carretas camina y camina por arte de magia, sin que sea jamás un estorbo y sin que dé jamás motivo a las columnas para detenerse. Trepas por cerros, que parecen cortados a pico, y atraviesa pasos, donde hay un remolino por cada metro; sube por barrancas, donde el fango abunda, y baja por declives que producen mareo. Con el parque trepa, cruza, sube y desciende Lino Cabrera —coronel y jefe del convoy aquel—, renegando unas veces; chacoteando otras; hecho un basilisco cuando hay barriales; gritando a la boyada; bajándose para ayudar al desentierre de alguna rueda; no dejando perder ni una hilacha de ropa ni un cajón vacío; mintiendo mucho, para inspirar confianza, si alguno le pregunta a cuánto llega la cantidad de la munición; animándolo todo con lo agríndice de su carácter, y contento, como un niña con un madrigal, si logra que Aparicio le dirija un elogio.

En el parque va la *maravillosa*, una imprentita comprada en Rivera y que está a cargo del Dr. Vicente Ponce de León. Acompaña a éste el mayor de sus hijos, joven de veinte años, que ha soportado denodadamente las incomodidades y los peligros de la cruzada. Los Ponce abundan en la revolución como la yerba buena en ciertos campos del país del molle y del ombú, del aroma y del guayacán.

En los mismos pasos —que no se sabe cómo cruza el convoy—, es donde el ejército muestra una mayor dosis de regocijo. Hay que oír los chistes de los que caen y las pullas de los que presencian la zambullida. Aparicio desde el otro lado del paso, que él es siempre el primero en atravesar, preside el salvataje, aguijonea el ánimo de los morosos y azuza con sus voces a las caballadas. Y la alegría dura por largo rato, menos si llegó el agua a mojar las pilchas, porque inspira más miedo la humedad que el hambre y se teme a la lluvia más que al enemigo. E idéntica alegría se observa en el ejército siempre que se aproxima alguna batalla. Es forzoso creer en la verdad de los presentimientos. En la víspera de los combates, hasta cuando no es posible sospechar la cercanía del enemigo, aumenta, en las marchas, el canturreo; en los fogones, la animación; y en el parque, la actividad. Vaga por la atmósfera yo no sé qué índole de electricidades; se acarician las armas; cada uno hace el balance de su municionera; se alargan las tertulias hasta la media noche, y los jefes se sientan, cercanos a las brasas, en mitad del corro. El campamento se transforma, sin motivo visible, en la ciudad oxi-hidrogenada de Julio Verne. Los mansos se exasperan, como el excelente consejero Niklause; los imaginativos deliran con hazañas y matan muchos miles, como aquel Orbideck, convertido en el jefe de los soldados de Quiquendone; y el clarín prodigioso de José González toca maravillas, en aquella noche de ardorosa inquietud, como la trompeta belicosísima de Juan Mistrol.

“Mis muchachos husmean el fuego”, dice el general. Y no se equivoca. El día siguiente es día de guerrillas. El general se divierte con los entorchados. ¿De qué sirven los libros, cuando el genio falta? Según afirma Thiers, al reseñar las campañas

de Italia, Saint-Cyr, de tan austera índole como buen táctico, le dijo a Bonaparte: "Se nace general y no se aprende a serlo".

IX

Si la víspera de los combates es de regocijo, la noche de los combates es de meditación. Se han visto pasar, cubiertos de una lívida palidez y con las ropas manchadas de sangre, a muchos de los que rompían lo monótono de las marchas con lo ocurrente de sus anécdotas. Se piensa en que, muy lejos, habrá quien los llore con ese llanto que no concluye nunca, porque el pobre que se fue para siempre, era el sustentáculo y el guardián del hogar. Se piensa en las mujeres vestidas de luto, en los niños sin padre, y el alma se atribula de compasión. Se sabe, no se ignora, que están allí, para disputar a la muerte su presa, los dos doctores Lamas, Arturo Lussich, Joaquín Ponce de León, Enrique Olivera, Juan P. Morelli y Arturo Berro, acompañados de un grupo de practicantes jóvenes, afanosos y movidos por un compañerismo de buena ley. No se ignora que la ciencia y la solícitud harán lo imposible. Pero la muerte es terca, y no se irá sin algo entre las garras. ¡Y se bendice, entonces, al general que esquivo los combates, mientras se pueden esquivar con decoro, para que sea menos el grupo de los huérfanos y el de las viudas! Yo recuerdo que una noche, encontrándome en la carpa del coronel Lamas, este me dijo: "El general no huye, no es culpa suya si el ejército del gobierno no sabe marchar. ¿Cómo hemos de huir, si hacemos acampadas de quince días? Pero la verdad es que, en este ejército de trabajadores y padres de familia, cuando se abre un vacío, asoma por el hueco una mano de niño pidiendo pan y un rostro de mujer inundado de lágrimas. Tenemos el derecho de escatimar la sangre de nuestros soldados. Es al gobierno al que toca concluir con la revolución. El día en que el país se convenza de que los ejércitos situacionistas no pueden disolverse, habremos triunfado y el gobierno caerá" Y pensé en que era cierto lo que se me decía y miré conmovido al que de este modo me hablaba. ¡Sí! ¡Los jefes del ejército nacionalista no solo tenían

el derecho, sino que tenían igualmente el deber de escatimar la sangre de los que batallaban al lado suyo; la sangre de los doctores, de los hacendados, de los estudiantes, de los que se enriquecen con el intercambio de los productos, de los que forman pensamientos con tipos de imprenta, de los que vocean diarios y periódicos desde que el sol apunta hasta que el sol se va, de los que ríen en las esquilas y siembran el trigo, de los que enfardan la lana y refinan la res, de los que podan el árbol y plantan la vid —de aquella masa, en fin, enorme y heterogénea, fiel representación de todas y cada una de las actividades de la vida nacional!

No faltará quien diga: "El autor exagera. No es posible concebir un ejército compuesto solamente de virtudes y de sacrificios". Es verdad, muy verdad; pero yo pinto al núcleo, sin pretender que aquello sea una legión de arcángeles. La gran mayoría es como yo la esbozo; lo bueno predomina inmensamente sobre lo malo. Por cada mancha hay cien rayos de sol. No ignoro que toda nacionalidad contiene, en el vaso de su organismo, secreciones morbosas que, en las grandes sacudidas sociales, se dejan ver y se truecan en pústulas. Julio Barrios batalló en las filas de la revolución de 1897. Hablando de la de 1904, como de las de 1870 y 1886, el futuro recordará, sin duda, las palabras escritas por Oliveira Bello, en su interesante libro *Los farrapos*. Habla de 1836, y dice: "Hubo en la revolución de Río Grande del Sur, como en cuantas rememora la historia, dos pasiones pleiteando en pro de la misma causa, cada una a su modo. La pasión del entusiasmo, altiva, noble, generosa en sus arranques y hasta en la ceguera de sus ímpetus, sirviendo a su ideal con ese valor y esa abnegación que se contemplan en las fraguas de las convicciones ardientes. Y hubo, también, la pasión del carcheo, mezquina en sus excesos y feroz en sus sañas, que seguía a la otra, para explotar sus heroicas empresas, como los cuervos explotan el desastre". En tiempos de paz, hay gentes que flotan, lo mismo que el corcho, a causa de su poco peso específico. En tiempos de guerra hay algunos que flotan porque las tempestades, sacudiendo las olas, remueven y hacen subir los residuos depositados en el fondo de las aguas. Esta es la ley de todas las convulsiones sociales.

No podía quebrantar esta ley el movimiento de 1904.

Sin embargo, en forzoso hacer justicia, aunque parezca exageración. En el ejército revolucionario ha habido contados desmanes que castigar. Un hambriento que asalta una chacra, merodeando fruta; un compasivo que traspone un cerco, para dar a su caballo un poco de maíz; un pobre mozo que abusa de la licencia que se le concedió, para quedarse, en su pueblo, dos días más, cerca de su novia y cerca de los suyos; alguno que cerdea a un rocín, al que no maltrata, en busca de recursos para comprar yerba, son los casos comunes de indisciplina. La honradez es más frecuente que el vicio. Martí decía: "El mundo no es malo: por cada gusano nacen dos rosas". Yo pienso lo mismo. La masa es buena. La he visto apiadarse hasta en sus mayores momentos de penuria, y retroceder, para no delinquir, hasta cuando la aguijoneaba la cegadora pasión de la ira. El de irreductibles instintos aviesos no dura mucho en las filas de la revolución. Aquel no es su medio y no sabe que hacerse en aquellos fogones, donde se codea, a cada instante, con el altruismo y con la integridad. El vicio solo puede vivir donde el ambiente moral es impuro, como la floscularia solo puede vivir en las aguas inmóviles y corruptas. Al que queda, pronto se le comprende y se le vigila. Poco a poco el roce lo gasta y hasta llega a ser un buen compañero. El delito no es tan contagioso como el sentimiento del deber, ni tan insinuante como la prédica del ejemplo. La maldad, casi siempre, es hija de la ignorancia o de la educación. Iluminad al cerebro; la conducta se ennoblecerá. ¡Y se habla tanto, en el ejército revolucionario, de patria y de civismo! ¡Se sueña tanto con las diafanidades de lo porvenir! ¡Es aquella una escuela tan grande de desprendimiento y de renunciación!

¡Por eso, cuando se aproximan sus banderas bicolors; las banderas de 1897 y de 1904; las banderas zahumadas ya por el humo de muchas batallas; las banderas en que siempre hace nido el honor; las banderas que no humilla la derrota ni el triunfo engríe, salen a su encuentro, para victorearlas, los moradores de las campiñas, y las saludan, con regocijo, los moradores de las ciudades!

¡Vuelve tus ojos hacia esas banderas, que solo pidan ga-

rantías seguras para el derecho al suelo y el derecho al voto, oh patria; oh amantísima madre, siempre herida en el seno por tus hijos malos; oh torre de marfil, siempre ensangrentada; oh reina de los mártires, que no te quitas nunca tu corona de espinas!

LIBRO SEPTIMO

SUMARIO. -La guerra a vista de pájaro. -Los primeros combates. -Mansavillagra e Illescas. -El paso de Calatayud. -Los degüellos por un testigo ocular. -Las Plamas. -En Pablo Páez. -La maniobra estratégica de Zapallar. -Fray Marcos. -Los lanceros de Mariano Saravia. -El paso del Parque. -Guerra a la guerra. -En Rincón de Aurora. -Desbande de Julio Barrios. -Los Bañados de Aceguá. -El 19 de Abril. -Proclama a la división de San José. -Días de calma. -Tentativas sin base. -Max Nordau y el heroísmo. -El paso de los Carros. -Cómo es Basilio Muñoz. -Un mes de quietud. -Justino Muniz. -Pablo Galarza. -Tupambaé. -Otros sucesos. -Cayetano Gutiérrez. -La estación de la esquila. -¡A los caídos!

I

Empezó la lucha, a principios de enero de 1904, con el combate de la Ternera, en que fueron arrolladas las fuerzas de Muniz. Aparicio no tenía a sus órdenes ni la mitad del ejército con que contó más tarde, hallándose Muniz en el mismo caso. La revolución, que iniciaba su campaña con aquella victoria, persiguió tenazmente al ejército gubernista. Trató este de afirmarse al llegar a las Pavas; pero también Aparicio lo desalojó de sus posiciones, perdiendo su contacto solo el 12 de enero y en las sierras de Sosa.

El día 13, ejército revolucionario se apoderó de la estación Illescas, dirigiendo sus avanzadas hacia Mansavillagra, donde Muniz se había reconcentrado. Con las primeras luces del 14 empezó el tiroteo, que duró todo el día. Muniz, favorecido por la vía férrea, sobre la que se hallaba, iba recibiendo poderosos recursos de Montevideo, en tropas, proyectiles y piezas de cañón, colocándose así en condiciones de superioridad. El encuentro de Mansavillagra fue un encuentro muy rudo. Indeciso durante largas horas, revistió el carácter de una lucha homérica, disputándose palmo a palmo el terreno, pero inclinándose la victoria del lado del número. Aparicio, después de haber sido desmontado a balazos en una guerrilla y de sostener el ataque todo el 14, inició en la madrugada del día siguiente, un movimiento de retroceso, apoyándose en la estación Illescas. Mu-

niz, que seguía recibiendo refuerzos, cayó sobre nuestras avanzadas, compuestas tan solo de quinientos hombres. Estas le resistieron desde las 6 hasta las 9 de la mañana, hora en que se generalizó la acción, más terrible aún que la terrible acción de Mansavillagra. Nuestro ejército, no completo aun, a medio organizar, cansado por los combates sostenidos desde la Ternera y teniendo que batirse con tropas de refresco, hizo milagros de heroicidad, siendo, sobre todo, indescriptible la lucha entablada en torno del parque, sobre el cual el enemigo concentraba sus fuegos y que defendían con empuje bizarro, mandadas por Saravia, unas cuantas guerrillas de tiradores. El terreno es escarpado. Lo forma una cadena de colinas. El cañón tronaba. Cruzaba, de pronto, por entre los grupos, un caballo al galope, sangriento, sin jinete y enloquecido por el terror. Entre una lluvia de proyectiles, hubo que bajar el parque por aquellas pendientes y que subir el parque por aquellos cerros. Algunas divisiones, como la división de Cerro Largo, estaban poco menos que diezmadas. Otras tenían a sus jefes heridos, como los que comandan, por ley de prestigio y ley de coraje, Nepomuceno y Pancho Saravia. Al caer de la tarde, ciento cincuenta fusileros detuvieron al enemigo, impidiéndole aprovecharse de sus ventajas, en el paso del arroyo del Pescado. La jornada había sido triste, pero tan honrosa como todas la jornadas de la revolución. Había corrido la sangre a torrentes por una y otra parte; pero nuestras divisiones, compuestas de soldados bisoños, se habían fogueado con las tropas más selectas del ejército gubernista, sin abandonar al anemigo una sola bandera y sin un solo instante de desfallecimiento. El camino no podía estar siempre alfombrado de flores. La ley de los contrastes es la ley de la vida y es la ley de la historia.

Al cerrar la noche, se acercaron al ajército, incorporándose a este en la mañana del día siguiente, las columnas de Rivera, Flores, San José y Paysandú, mandadas por Abelardo Márquez, por José González, por Cicerón Marín y por Juan Moreira.

II

Ocupaba la jefatura política de Flores, en enero de 1904, el Dr. Juan P. Freitas, un ciudadano de excelentes condiciones morales y un médico de reconocida intelectualidad.

A las diez de la noche del primer día del mes de enero, el jefe político de Flores fue llamado a una conferencia telegráfica por el Dr. Campistegui, ministro de gobierno del Sr. Batlle. Dijo este que circulaba el rumor de que el coronel González, con gente armada, estaba acampado en la costa del arroyo de Porongos. El Dr. Freitas aseguró al ministro que aquellos rumores carecían de fundamento, y preguntó, a su vez, cuál era el motivo de las medidas extraordinarias adoptadas por los poderes públicos. Se le respondió que eran simples medidas de precaución, sin otro fundamento que los dichos circulantes. Dos horas después, y encontrándose en la jefatura el coronel González, que no creía aun que el gobierno se lanzara a la guerra civil, el comisario de la sexta sección, límite con el Durazno, avisó por teléfono al Dr. Freitas que el regimiento de Galarza, arreando gente y caballadas, se dirigía al paso de Maciel. Hubo un momento de turbación. Nadie esperaba aquella traidora sorpresa. Tanto es así, que el oficial primero de la jefatura de Flores, nuestro leal y excelente correligionario, el Sr. Ramón Marín de María, se encontraba con licencia en la capital, donde le sorprendieron los sucesos, impidiéndole pasar a nuestro ejército y obligándolo a trasladarse a Buenos Aires, donde permaneció, fiel a la divisa y empeñado en labores de propaganda, durante toda la guerra civil. El Sr. Marín de María había formado parte de la redacción de "El Deber". Al día siguiente llegó otro nuevo e inquietador aviso a la jefatura de Flores. El mismo comisario de la sexta sección, había sido agredido ya y obligado a retroceder por las fuerzas de Galarza. Todas las dudas se disiparon. Se dio orden de cortar las comunicaciones telefónicas y telegráficas. Se mandó un piquete de veinte hombres, a las órdenes de Juan Pedro Ferrer, para la defensa del paso de Calatayud. El coronel González se puso al frente de la compañía urbana y de algunos policianos de la primera sección. Era tan imprevisto el ataque que no se con-

taba sino con esos medios de resistencia. Después de haber enviado chasques en todas direcciones, para prevenir a los compañeros y darles un punto de cita, González se dirigió al paso de Calatayud, donde se estaba tiroteando ya Juan Pedro Ferrer. Aquello pudo ser una manotada de tigre. La garra se encogió al dar con la destreza y con el denuedo de José González. Hasta tanto no calculó que sus chasques estuviesen a mitad de camino, González, con un puñado de valientes, se defendió en el paso, que en vano intentaron forzar, durante algunas horas, los soldados de línea. Todo se estrelló contra la sangre fría y la temeridad del jefe nacionalista y de sus compañeros. ¡Aquella proeza es una de las proezas más heroicas de la revolución!

Al retirarse González, dejando algunos heridos en el paso, empezó el degüello. ¡Las llamadas tropas legales iniciaron la obra del salvajismo y de la iniquidad! De un reportaje, hecho al Dr. Freitas por el corresponsal riverense de *La Tribuna* de Buenos Aires, copiamos el relato que va a leerse. Pregunta el corresponsal si es cierto que las fuerzas de Galarza degollaron a varios heridos, y dice el Dr. Freitas:

“Desgraciadamente, el hecho es rigurosamente exacto; yo mismo pude comprobarlo, por haberme trasladado al lugar de los sucesos, en compañía de varios vecinos de filiación colorada y algunos médicos y miembros de la Cruz Roja. Ya, antes de llegar al paso, íbamos desagradablemente impresionados por algunas referencias de un oficial de Galarza, el que, interrogado por los heridos que había, me contestó, como diciendo una gracia, que poco trabajo tendríamos, *porque heridos no había ninguno*. Aunque presintiendo ya, por esta declaración, la horrible verdad de lo sucedido, todavía interpreté lo dicho por el oficial como una broma guaranga o perversa, de militarote. A quince cuadras del paso encontré el primer cuerpo tirado al borde del camino, boca abajo, con la cara tapada con la falda de la camisa. En la creencia de que se trataba de un herido, bajé del coche con mis compañeros para cumplir nuestra misión humanitaria. ¡El cadáver estaba brutal, salvajemente degollado...! Luego encontramos otros, después más, hasta cinco, todos degollados y acribillados a puntazos de arma blanca por todos

lados. El cuadro más aterrador era el que ofrecía el brillante oficial teniente Nicoleta, segundo jefe de la Urbana, muerto violentamente en el mismo paso. ¡Estaba degollado, con las orejas cortadas y acribillado a puntazos por todo el cuerpo! Apenas se podía identificar. Todo esto lo hice ver de los adversarios políticos y respetables vecinos que me acompañaban, en cuyas caras se descubría la horrible impresión”.

El relato que antecede concuerda en un todo con lo que el Dr. Freitas le contó al autor de este libro, cuando las divisiones de Flores y de San José iban a incorporarse al ejército de Saravia.

Es horrible pensar que todo esto se debía a la despechada obstinación de un hombre, de un hombre olvidado de que, como ha dicho Guy de Maupassant, “el que gobierna tiene el deber de evitar la guerra, como el capitán de un navío tiene el deber de evitar el naufragio”. Y ese hombre, enemigo en su juventud de los gobiernos fuertes, no solo no había tratado de evitarla, sino que la provocó cuando debieron inspirarle compasión los intereses materiales del país y las mismas tropas de línea, esas tropas que van a las batallas no por su propio impulso, sino por una voluntad ajena, como van los rebaños al matadero. Si los nacionalistas hubiesen sido los agresores, el gobierno estaba en el derecho de defenderse y las tropas en el deber de sacrificarse; pero no siendo así, partiendo la agresión de los poderes públicos, ¿qué eran sino los cuerpos de un delito brutal, los cadáveres de los soldados que la metralla iba a tender al pie de nuestras lomas y en lo profundo de nuestras barrancas?

III

El ejército revolucionario, fuerte ya con las incorporaciones que había recibido en la madrugada del 16, continuó su marcha casi todo aquel día, tiroteándose su retaguardia, formada solo por la división de Rivera, con el ejército de Muniz. El tiroteo duró desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde.

El 17 tuvo lugar la acción del paso de las Palmas. Casi al amanecer comenzaron a divisarse las guerrillas del enemigo; pero solo cuando ya se había rasgado por entero la ligera cortina con que el alba cubre los bostezos del sol, reacio en despertar, se principió el fuego, dominado al principio por la división de Rivera, única que estaba en la línea y única que defendía la entrada del arroyo. Nuestras columnas continuaban su camino, lo mismo que siempre, seguras de detener a sus adversarios cuando el general Aparicio lo creyera oportuno. Echado hacia atrás por el empuje de las gentes de Rivera, el ejército de Muniz redobló sus guerrillas. Las nuestras continuaron sin esfuerzo alguno, batiéndose denodadamente, a pesar del cansancio producido por la brega del día anterior, en que también la división riverense sola, sola por completo, había paralizado los arrojos del enemigo. El paso de las Palmas es un paso con monte tupido y selvático. Los gubernistas cañonearon aquella arboleda, haciendo volar las hojas y saltar las aguas. Brillaba un sol de oro. En cierto momento el núcleo revolucionario pudo notar que los suyos retrocedían, por haber caído algunas balas de cañón, sin causar ningún daño, en las últimas filas de la columna de José González, que, paralela a la de Marín, cerraba la marcha del ejército de la revolución. Los jefes de la división riverense, los coroneles Márquez y Saavedra, habían sido heridos casi al mismo tiempo, el uno en el pecho y el otro en la ingle —Saavedra paseándose al frente de sus guerrillas, con la impavidez que le es habitual en los casos de riesgo, y Abelardo Márquez a poca distancia, en lo recio del fuego y sin querer abandonar la línea, a pesar de encontrarse baleado ya en la mano derecha. El enemigo nos saludaba con continuas y atronadoras salvas de cañón, que a ninguno ofendían. Estábamos en la hora de la siesta; en la hora en que los élitros de la cigarra se hacen sentir y se doblan las yerbas de los campos. La división de Rivera, sin jefes y asaltada por todas partes, se sintió vacilar, saliendo a protegerla y poniéndose al frente de la línea, el siempre bizarro coronel Marín, que no contaba sino con un pequeñísimo número de tiradores, flanqueados por algunos tiradores de la división de Porongos. Sobre una loma se extendió en línea de batalla, formando un semicírculo y sin entrar en

fuego, el núcleo de la división de San José. El viejo Marín sujetó al enemigo, que se detuvo completamente al llegar a la altura del Cerrezuelo. El sol relumbraba como una hostia de oro y estábamos aún lejos del atardecer.

Así fue el ruidoso combate de las Palmas, celebrado como una gran victoria por el ejército gubernista. Es curioso lo sucedido durante la guerra. Los generalísimos de Batlle creían pelear con todo el grueso de la revolución, cuando apenas se batían con dos divisiones. Ya veremos el caso repetirse. Ignorando la táctica de Aparicio, que siempre los burló, lanzaban boletines anunciando desbandes, que nunca existieron. En las Palmas se engrandeció el prestigio del coronel Marín, recibiendo su bautismo de fuego la mozada de San José.

IV

El coronel Marín es digno de estudio. Compuesto de veteranas rudezas y de nobles altiveces de batallador, pasa por discoloro en las horas de paz, para los que, no conociéndole a fondo, ignoran todo lo que hay de recto en su áspero carácter. Muy susceptible a las influencias que le rodean, tiene arrebatos que no son suyos, unas veces en bien y otras en mal. Con esto y todo, me place el jefe de la división de San José, porque prefiero un corazón de oro a una lengua de miel, y una bondad agresiva, pero sincera, a una bondad dulzona, pero farsaica. Marín tiene la cortesía de los hechos, muy superior a la cortesía de las palabras. Es un jinete de hierro y un soldado incansable, con sus piernas ágiles, con su cuerpo enjuto y musculoso, con su faz abierta, con sus cabellos blancos, con su parla campera, con sus cicatrices y con sus sacrificios.

No solo el hombre, también el militar nos inspira fe. En las Palmas, en Fray Marcos, en el Daimán, su pericia ha sacado incólume y con lustre la bandera de su división. Recuerdo un hecho que demuestra lo grande de su serenidad.

En Pablo Páez acampamos, durante las cálidas horas de la siesta, a la sombra de un monte. Cuando el ejército se puso en marcha, el ayudante, encargado de transmitir las órdenes,

se olvidó de Marín. Al caer de la tarde, los maragatos se encontraron solos, completamente solos. Mientras ensillaban comentando aquel acontecimiento, aquel extraño olvido, se escuchó una descarga en la entrada del Paso. Los caballerizos se batían con el enemigo, que poco a poco empezó a coronar una loma vecina. Estaban en presencia de la vanguardia del general Muniz.

El coronel desplegó una guerrilla, y salió al tranco, como todos los días en que no se pelea, y sin que el enemigo se diera cuenta de su aislamiento. Media hora después, los maragatos estaban completamente a salvo, protegidos por las divisiones de Antonio Mena y de Miguel Aldama, que formaban la retaguardia del ejército de Aparicio.

V

Después de las Palmas y sin ser molestado por el enemigo, el ejército se dirigió al arroyo del Zapallar. En aquellos pintorescos lugares, el general Aparicio dividió sus fuerzas, enviando su gente desarmada hacia la frontera del Brasil. Muniz, engañado por sus propios partes y creyendo en la dispersión de las columnas nacionalistas, se lanzó tras los desarmados, en tanto que Saravia, corriéndose por su flanco derecho, invadía los fértiles valles del sur. El total de las fuerzas que le acompañaban en aquella expedición, no bajaría de doce mil hombres. Este movimiento estratégico de Aparicio, hábil maniobra de fecundísimos resultados para la revolución, prueba su superioridad sobre los generales criados en los cuarteles de las tropas de línea. Lo cierto es que no han sabido parar ninguno de sus golpes. Saravia los ha llevado donde le plugo y como convenía a los intereses de su heroica empresa. Cuando le imaginaban en desbande pleno y buscando un refugio más allá de los marcos, Aparicio cobraba la contribución inmobiliaria en la viril ciudad de San José, entraba triunfalmente en la histórica ciudad de la Florida, conseguía una rama del laurel de la gloria en Fray Marcos y amenazaba al gobierno en su propia sede de Montevideo!

VI

El día 29 de febrero y con el objeto de acercarse al campo gubernista, se atacó el paso de Barrancas por las columnas de Flores y de San José, en tanto que la de Maldonado impedía la incorporación de Manduca Carvajal, caudillo de Minas, al ejército de Melitón Muñoz. Carvajal fue batido y los nuestros se apoderaron del paso de Barrancas.

La división Florida, destacada cerca de la estación Latorre y frente al paso de Fray Marcos, permaneció en espera y sin hacer movimiento alguno sobre las posiciones del enemigo. Casi de noche ya, Aparicio llevó un reconocimiento hacia el lado de la estación Latorre, entablándose una ligera escaramuza, en la que entrarían cerca de cincuenta tiradores nuestros y que el adversario condimentó con algunos inofensivos disparos de cañón.

El ejército pasó la noche con los caballos sin desensillar. La salida del sol era la hora señalada para el ataque. Se inició este con un nutrido fuego de guerrillas sobre el centro del enemigo, distrayendo su atención de las operaciones de flanqueo, que debían asegurar el éxito de la batalla. Sobre la derecha del ejército de Muñoz operaron, envolviéndola casi completamente, nuestros amigos de San José y de Flores, secundados por una parte de la división de Cerro Largo, haciendo lo mismo sobre el flanco izquierdo gubernista, nuestros compañeros de Tacuarembó y de Treinta y Tres, secundados por la división del coronel Aldama. El triunfo fue completo, no durando el combate sino media hora, quedando en poder nuestro varias caballadas, dos cañones, dos ametralladoras y 17 carros llenos de armas, municiones, recados y ponchos.

Los prisioneros pasaron de 150. Entre ellos se encontraban el coronel Acuña, los capitanes Silveira y Gutiérrez, los secretarios del general Carámbula y el teniente Hermida. El día primero de marzo fueron puestos en libertad.

VII

Después de Fray Marcos, se habló mucho de las cargas a lanza llevadas por la división de Tacuarembó. Esta es una de las divisiones más bravas del ejército. Ya Buckle señalaba la armonía que existe entre el hombre y el suelo. Nuestro suelo produjo al charrúa, dominador del yaro y del bohan, como produce aún el vilaró, que se seca y se muere, cuando no puede balancear su copa sobre la copa de los árboles que le rodean.

Tacuarembó, que tiene criaderos de cristal de roca, produce caracteres limpios y duros como el cristal. El alma de Tacuarembó es una eminencia, por lo bravía y por lo levantada, como su cerro de Batoví y como su cuchilla de Caraguatá.

Sus soldados tienen el empuje de lo irresistible: cuanto más difícil es el encuentro, mayor es el entusiasmo que los electriza. Son alegres y generosos; pero no es conveniente jugar con sus ímpetus. Hay en sus pupilas el resplandor que dan las ágatas de las canteras de su departamento, siendo suaves cuando encariñan y torvas, muy torvas, cuando bravean. Lo mismo sirven para tiradores que para lanceros. En las guerrillas son a modo de muro de piedra maciza; sus cargas se parecen a un huracán.

Batallan a las órdenes de Mariano Saravia, casi barbilampiño, fuerte de carnes, decidor y buenísimo con los suyos. Yo no conozco nada más atrayente que su sonrisa, así como no conozco nada tan fiero como su cólera. Uno de mis grandes placeres, en el ejército, era poder hablarle. Es suavísimo, cuando quiere, en su decir criollo, con ritmos de columpio, con pausas musicales, llamando la atención, por lo pintoresco, sus descripciones, que se ven y que acentúan con el ademán. Cuando se encoleriza, tiene el valor del puma y el tesón del pecarí. Viste con esmero y es muy buen jinete. El prestigio de Mariano es todopoderoso en su departamento, siendo su división una de las más numerosas del ejército de Aparicio. En Fray Marcos, como en todas partes, desempeñó un papel principal. ¡Hay mucha fibra de buena ley en el nacionalismo de Tacuarembó!

VIII

Después de haberse paseado por casi todo el sur, el ejército vadeó el Río Negro, que el más grande y el más hermoso de los que atraviesan el interior de la república. Nace en el territorio del Brasil y desagua en el Uruguay.

En los últimos días de febrero y ya cerca del paso del Parque, empezaron a desprenderse comisiones para la rebusca de caballadas, quedándose reducidas casi todas las columnas, a la mitad de sus tiradores.

Nepomuceno ocupaba las avanzadas del ejército, y Cayetano Gutiérrez tenía a su cargo el servicio de retaguardia.

Como dos días antes de la batalla, Gutiérrez envió al general, por repetidas veces y con más insistencia en cada mensaje, noticias muy poco tranquilizadoras. El enemigo, con el que se venía tiroteando, era —según Gutiérrez—, muy numeroso, hasta el punto de que bien podía tratarse del ejército de Muniz. El general, cuyos informes en nada se asemejaban a esos informes, desatendió el aviso.

El sitio en que se libró el combate del 12 de marzo, es una rinconada sin más salida que el paso del Parque. Este estaba crecido. Durante la última semana del mes anterior, las nubes se habían deshecho en agua. Los ríos del norte, siempre encajonados y siempre profundos —como el Queguay, el Daimán y el Arapey, suben con asombrosa rapidez y bajan con muchísima lentitud. A pesar de eso, llegadas el primero de marzo al paso de Parque, nuestras carretas pudieron trasponerle; pero Aparicio no lo consintió, haciéndolas acampar en la boca del vado, cerca de la división de Flores y de la pequeña división maragata, de Antonio González. El resto de las fuerzas dióse a descansar, convencidas de que no había peligro alguno, quedando la de Basilio Muñoz, que cruzó el paso en su calidad de segunda vanguardia, a más de cuatro leguas del lugar de la acción, lo que la obligó a un rápido movimiento de retroceso en la mañana del dos de marzo.

Empezó el combate un poco después de las ocho de la mañana del día dos, y como a tres leguas antes de la entrada del paso. El general Muniz reforzó, con algunos destacamentos del

grueso del ejército, su de por sí poderosa vanguardia, compuesta del batallón segundo de cazadores y de dos regimientos de caballería, secundados por las divisiones de Rocha, Soriano y Treinta y Tres. El primer choque lo resistió Gutiérrez, que pronto fue doblado, batiéndose a revólver, por no quedarle ya ni un tiro de rémington. Al sentir las descargas, Lino Cabrera quiso hacer uncir la boyada del parque; pero, recordando las órdenes recibidas, desistió de su empeño. Entretanto y poco a poco, todas las divisiones entraban en combate: pero azoradas, sorprendidas, sin plan y sin munición, aunque a dispuestas a cumplir con su deber hasta el último aliento. La de la Florida se portó heroicamente; la de Treinta y Tres, como empujada por la desesperación; la de Cerro Largo con el arrojo de sus días de gloria, y todas igual, porque todas se sintieron, en aquellas terribles circunstancias, más adheridas al credo que la ostracita al hornillo en que se acendra el cobre. A las diez de la mañana el fuego era nutridísimo. Desequilibradas, desde mucho antes, por el forzoso retroceso de la división de Cayetano Gutiérrez, retrocedieron las divisiones cercanas al parque, tomando el enemigo, en un movimiento de flanqueo que nadie precavió, uno de nuestros cañones y nueve de nuestras carretas. Ese cañón hizo dos disparos, avanzando imprudentemente hasta lo más agrio de la batalla. Durante algunos instantes —más largos que siglos—, en el paso se peleó como se pelea en los entreveros, por grupos, por parejas, a culatazos y a cuchilladas, aumentando lo lúgubre del cuadro, el estampido incessante de los cañones. Nuestras guerrillas, tendidas a ambos lados del paso y encima de éste respondían como un eco, defendiendo, tenaz y empeñosamente, aquellas ya sangrientas barrancas. Por un esfuerzo supremo, las cinco carretas más cargadas de munición, lograron atravesar el vado. La línea se rehizo. Así como la oxálide, de ácido gusto y de ásperas hojas, crece mejor en los sitios sombríos que en los lugares bañados por el sol, el coraje de nuestros soldados se acentúa más bajo las nubes de la mala suerte que bajo la azulada brillantez del triunfo. El cuadro cambió, sistematizándose la resistencia. Entonces pudo verse, desde las alturas, avanzar y retroceder, para avanzar de nuevo y de nuevo volver atrás, a nuestras filas de

tiradores, siendo, al principio, mayor la humareda en torno de un caserío que está cerca del paso. Más tarde, hacia las doce, la humareda, se extendió en todas direcciones, notándose un movimiento de flanqueo, pronto detenido, hacia la izquierda de nuestra línea. En un corral de piedras, se batían, desde la mañana, el batallón disciplinario de Rivero Horne y los tiradores de la división de San José.

No quedaba ni asomo de riesgo. El partido nacional es lo mismo que Anteo: como el gigante de la leyenda, apenas toca el suelo con los pies, se alza con nuevos e irresistibles bríos. El general una vez vio que el empuje del enemigo se debilitaba, impartió la orden de retirarse con lentitud y abandonando progresivamente la zona de fuego, quedando encargado de cubrir a la última columna, Basilio Muñoz, a quien prestó un enérgico apoyo el siempre valientísimo Antonio Mena. Ya en retirada y al ver a Aparicio que no descansó un instante (colérico unas veces por su propio engaño y enardecido otras por lo extremo de su responsabilidad), las columnas rompieron en vítores, como ansiosas de que supiera que ni su valor había decaído, ni había mermado su confianza en él. Aparicio sacudió la cabeza, diciendo con voz ronca y semblante ceñudo: "¡No me viven, muchachos, que no lo merece el general que se deja tomar el parque!" Los vítores redoblaron. Nada podía disminuir nuestra fe en aquel superhombre de las campiñas. Todos sabíamos que, mientras él viviese, no era posible el naufragio de nuestro ideal. ¿Qué importaba la pérdida de algunas carretas vacías y que rechinaban por achaques de la vejez, si Aparicio estaba cerca de nosotros, para enriquecernos con algunos puñados de su entereza? ¡Se vivió más fuerte, mucho más fuerte! La tarde era hermosísima. Por la noche ya se reía de nuevo y de nuevo se bromeaba. Al otro día cayó un diluvio, convirtiendo las pendientes en cataratas y los zanjones en desbordados ríos. Aquello sí que fue un verdadero desastre. Yo me gozaba con las interjecciones de Villamil y Villamil con mi figura de pollo mojado. Llegamos al paso de Arerungú, para retroceder y pasar muy cerca de Muniz. Nepomuceno iba de vanguardia. El general nos llevó a visitarle en la mañana del día tres. Chacoteó mucho con nosotros en el camino. "A falta de dietas, pueden

hacer tropas. Coloradas, se entiende". Y nos contó aventuras de su juventud. Así, el ejército, la gran serpiente de movibles anillos, se fue alejando, alejando —como de una pesadilla de febriciente— del paso del Parque ¡donde quedaban, unos muertos a bala y otros a puñal, algunas docenas de compañeros!

IX

No calcularé el número de las víctimas. Ese recuento me parece brutal. Para mí siempre las pérdidas son considerables, aunque las pérdidas no alcancen a dos. Pienso, en esto, lo mismo que Vselodov Garchine. Me persigue, durante muchas horas, la idea de los heridos. Los veo sobre sus lienzos ensangrentados, con sus semblantes lívidos y con sus pupilas sombreadas aun por el miedo de que los dejen solos. Garchine decía: "¡Cincuenta muertos! ¡Cien heridos!... ¿Es esta una pérdida insignificante? Entonces, ¿por qué se nos subleva la sangre, al leer en un periódico, que un asesinato causó una víctima? ¿Por qué esos combatientes acribillados de balas, dormidos en el campo de batalla, nos han de dejar más fríos que la vista de una casa asaltada por un asesino?" Ante mis ojos, la guerra, todo lo que abarca este odioso nombre genérico, está juzgada ya y no tiene atenuación, salvo cuando se defiende la inviolabilidad del territorio o el derecho a la vida de los ciudadanos. Los conquistadores victoriosos y los capitanes célebres no valen, a mi entender, ni la mitad de lo que vale un forjador de tipos de imprenta o un fabricante de salvavidas. Si el que mata un hombre, hasta en un duelo por el honor, cae bajo la acción del código penal, el que mata cien hombres a metrallazos, debiera ser juzgado implacablemente. ¿Por quién? Por el pueblo; por la multitud; por los padres ancianos y por las mujeres desamparadas; por todos aquellos a quienes arruina, a quienes cercena, a quienes enluta y a quienes prostituye. Bendicimos a Pasteur, por sus estudios sobre el cólera y por su vacunación antirrábica. ¿Por qué? Porque defendió contra el azote asiático y contra el tétanos, la vida de la humanidad. ¿Cómo es posible, entonces,

que aplaudamos estúpidamente, al que, por odio o por soberbia, devasta nuestros campos y despuebla nuestras ciudades? Llegará un día, porque el progreso no es una palabra vana, en que, cuando un mandatario, en nombre del tiránico principio de autoridad o del siempre farsaico principio de salud pública, quiera lanzarse al crimen de la guerra, el pueblo le responda: "¡Vete a tu casa! ¡No te hemos elegido para que nos cuestas montones de oro y torrentes de sangre! ¡No queremos dejarnos matar como carneros para tu tranquilidad, ni que tu sed de dominio destruya, en seis meses, el producto de diez años de perseverancia y de media vida de labor! ¡En nombre de mis hijos y de mis intereses, te destituyo!" Cuando esto suceda, ningún gobernante será el primero en declarar la guerra civil, ni los países tendrán que recurrir a ella. El día en que el soldado se digne razonar antes de combatir, los déspotas y los caprichosos se habrán concluido. ¿Quién los defenderá? Si Aparicio fuese un carnicero, un destructor de hombres, yo no le aplaudiría. Me place porque no pelea sino en caso extremo, por algo muy justo y escatimando siempre, en cuanto le es posible, la sangre de los suyos. Ese héroe, nacido para la guerra, tiene la hermosa pasión de la paz. Quiero repetirlo: para mí y los míos, la guerra está juzgada desde hace mucho tiempo: ¡como salteadora, lleva una flor de lis grabada en el hombro, y como asesina, lleva la señal que los primeros hombres contemplaron sobre la frente de Caín!

Esa es la razón porque me detengo poco, lo imprescindible, en el relato de las batallas. Si no fuera por un deseo de mi editor, razonable en el fondo, y por las exigencias de la historia, que no quiere lagunas, hubiera suprimido hasta el esbozo de los combates. Me interesa muchísimo más, discutir opiniones y predicar ideas.

X

Después del combate del 2 de marzo el ejército, continuando su marcha hacia el norte, se dirigió a Rivera. Cruzamos, como en 1897, la cuchilla de Haedo y la cuchilla Negra, deteniéndonos algunas horas en Masoller, cerca de la línea, para reanudar antiguas amistades con los moradores de aquellos contornos. Entramos, más tarde, en las serranías de Rincón de Aurora, donde sufrieron enormemente nuestras cabalgaduras y donde no pocos marcharon a pie, compadecidos de sus jamelgos y mortificados por la imposibilidad de reemplazarles durante muchos días. Aquellas sierras, altas, pedregosas, de pendientes poco menos que verticales, con isletas de monte espinoso y tupido, con cavernas profundas y de entrada difícil, nido de matreros y aves de rapiña, con algunos ranchos que viven en una soledad lúgubre y propicia al desarrollo de todos los instintos, unen a lo fantástico de la leyenda, cierto encantamiento para las pupilas. Desde lo alto, puntiagudo y montés, se divisan pequeños valles, verdes, muy verdes, atravesados por tortuosos hilos de plata, en que tejen sus nieblas los despuntares y lava sus túnicas de oro el sol del mediodía. A veces se desciende entre dos colinas de verdura... Del fondo de una de ellas, fondo que las miradas no pueden romper, viene un rumor sordo, que es, por intervalos, enorme zumbido o estruendo tumultuoso. Se trata de un torrente que empezó en las cúspides y corre entre arboledas, no muy elevadas, pero de troncos gruesos y raiciformes. A trechos, en los bajos, todo es muy triste, con la raquítica vegetación de las tierras blandas, y a veces todo es gris, porque todo es pétreo y todo está sin vida. En aquellos parajes, los crepúsculos vespertinos tienen una indecible melancolía. ¡Habla de tantas cosas, la estrella solitaria que escintila, suave y dulcísimo, entre los conos de dos eminencias!

Rivera estaba en poder de los nacionalistas y se nos recibió con entusiasmo. El general, con una pequeña parte del ejército, aprovechó la ocasión de deshacer completamente a Julio César Barrios, capitanejo de pésima nombradía en aquellas comarcas. Este, que andaba por las sierras próximas donde tiene su nido de buitres, fue baleado sin compasión, obligándole a me-

terse, en desbande, dentro de la frontera del Brasil. Tampoco allí se le quiere mucho. Para juzgar a Barrios, hay que oír lo que dicen aquellos con los que vive en contacto continuo. Pequeño, endeble, de voz aflautada, desconociendo el español, hablando a todas horas en portugués cerrado, tartarinesco, anacrónico, monarquista hasta la médula de los huesos, militar de enganche, haciendo la guerra del contrabando y no la guerra de las convicciones, Julio Barrios, en realidad, no responde sino a Julio Barrios. El choque con aquel inculto capitanejo, con aquel vándalo de otras edades, nos costó unas bajas, hallándose, en el número de los que cayeron, los capitanes Aldama y Crosa, a quienes Abelardo Márquez hizo velar en la jefatura y enterrar en el cementerio de Rivera, donde los despidió con bravas palabras y en nombre del ejército, el autor de este libro. ¡Que los árboles, que sombrean su último sueño, les repitan constantemente aquel merecido elogio y aquella fervorosa plegaria!

En Rivera se nos incorporaron, trayéndonos armas y municiones en gran cantidad, el coronel Gregorio Lamas y las fuerzas de don Guillermo Lamas y las fuerzas de don Guillermo García. Venía con ellas, nuestro compañero en la legislatura de 1904, el meritorio y abnegadísimo Luis Eduardo Segundo, ya martirizado por la enfermedad que le obligó, algún tiempo después, a dejar el ejército. El Sr. Segundo había representado, con tanta entereza como habilidad, al departamento de San José, donde se le tiene en profunda estima y donde ejerce provechosa influencia. Es de una gran rectitud de carácter y no consiente dolores en torno suyo, distinguiéndose por lo altruista de su compañerismo y por lo grande de su lealtad, en todos los trances, a las buenas causas. En la legislatura, sus interrupciones semejan banderillas de fuego. Nunca equivocó el blanco. Siempre dio en carne viva. Cuando el partido se levantó en armas, siguió a su partido. La expedición de que el Sr. Segundo formaba parte, había subido desde el litoral hasta la frontera, sin ningún tropiezo. Figuraba en sus filas uno de los de la falange dorada de 1897, el servicial y resuelto José María Aguirre, secretario del coronel Guillermo García. El espíritu de los expedicionarios era tan excelente como su orga-

nización. El ejército nacionalista recibió, con este concurso, un aumento considerable de savia joven y vigorosa.

XI

Acampamos en los alrededores de Rivera más de medio mes, pasando el río Negro en Carpintería, gracias a un puente semi-colgante, planeado por el insustituible Carmelo Cabrera y en cuya ejecución intervino principalmente nuestro activo correigionario Ganso Fernández. Abelardo Márquez, que organizó el pasaje, permaneciendo con agua a la cintura durante muchas horas, se ganó una hermosísima inflamación de las extremidades inferiores, reemplazándole, en aquellas penosas tareas, el coronel Lamas. Las caballadas se lanzaban a nado por la derecha del puente y llevábanse los bagajes en el único bote que quedó al fin. Al principio hubo dos. Al cabo de tres días, vencido por el peso y la torrentada, el extremo del puente tuvo el mal capricho de hundirse, siendo preciso cruzar como veinte varas nadando o corriéndose por unas maromas de grueso alambre. Al salir del paso de Carpintería, se cae en los tres bañados de Aceguá, tres inmensas charcas que se ocultan bajo su manto verde, pérfido y engañoso. Hay allí estrechos pasadizos donde el caballo nada con dificultad, pozos en que desaparece por entero, cangrejales colocados como las casillas del juego de ajedrez, mundos de barro y otras delicadezas por el estilo. José Villamil, que se parece al simpático parisién de Gondinet, perdió en aquellos bañados parte de sus cargueros, llenos de comestibles exquisitísimos. El mayor Martínez, ayudante de Lamas, salió de aquellos cangrejales a pie y con el recado al hombro. El coronel Visillac pasó una noche entera en aquella trampa, mojado hasta los tuétanos, disparando tiros al aire y sin que ninguno le respondiera. Por esos días, el ejército no vivió en la abundancia. Ni en los alrededores de Rivera, ni en los terrenos pantanosos de Carpintería, ni en los bañados de Aceguá, se encontraban reses. Estas se traían desde muy lejos y en cantidad escasa. Afortunadamente, muy pronto salimos de

allí. El 19 de abril ya nos encontrábamos cerca de la costa de Zapallar, que, como el Cordobés y como el Tupambaé, va a desaguar en el Río Negro. En conmemoración de la empresa de la Agraciada, acampamos definitivamente, por ese día, antes de las doce. El coronel Marín nos mandó redactar una proclama para la división de San José. Dijimos en ella:

“Soldados de la división de San José: en un día como el de hoy, hace ya 79 años, un grupo de héroes desembarcaba en el Arenal Grande, para independizarnos de todo dominio extranjero, convirtiendo en señora de sus destinos a la siempre idolatrada bandera del sol. Al amparo de aquella misma bandera emancipadora, que simboliza el sentimiento místico de la patria y el sentimiento purificante del honor, es justo que, en este gloriosísimo aniversario, las divisiones nacionalistas tengan un recuerdo de gratitud para los compañeros de Lavalleja y para los hermanos de armas del general Oribe, para los sableadores de Sarandí y para los que vencieron en Ituzaingó.

“Soldados de la división de San José: ¡que el recuerdo de los héroes que evocamos, os conforte y aliente en los días futuros! ¡Que os congregue, como si fuérais una familia, en torno de la bandera de vuestra división, a fin de que la luz de la victoria sea la luz del sol de sus nueve listas, de ese sol del país, que es vuestro poncho de invierno, el que amorena vuestros rostros en los días de marcha y seca vuestras ropas después de las lluvias!

“Soldados de la división de San José: vuestro jefe espera que seréis siempre dignos de contar entre vuestros ascendientes a los homéricos revolucionarios de la Agraciada. También a ellos, como a vosotros, un poder inicuo los tildó de salteadores y sediciosos; pero el porvenir santificó su obra y bendijo su causa. Confiemos en que la victoria mirará con ojos propicios a la nuestra, salvando las patrias libertades y devolviendo la posesión de todos sus derechos a los ciudadanos. ¡Firmes en nuestra empresa, sigamos batallando, mientras nos quede un pecho que oponer a los proyectiles de las tropas de línea, por el credo político en cuyos marmóreos altares comulgaron Lavalleja y Oribe!

Vuestro jefe, Cicerón Marín”

XII

El 21 de abril nos encontrábamos a seis leguas de Melo y siempre en las márgenes del Zapallar, pero más hacia el sur, entre Fraile Muerto y el río Tacuarí. De la capital de Cerro Largo llegaron, aquella mañana, cuatro grandes carretas cargadas de ropa. Las siguieron algunos carruajes de la Cruz Roja, en busca de nuestros enfermos y nuestros heridos. En la tarde del mismo día, supimos el fracaso de una expedición enviada para apoderarse de la villa de Artigas —población de dos mil habitaciones, que viven comerciando con el Brasil—. Artigas está situada entre bañados y se compone de una calle sola, que, bien artillada, puede ser defendida, durante mucho tiempo y sin riesgo alguno, por muy pocos hombres. Conocedor de la situación topográfica de la villa, que estaba fortificada, el general nunca tuvo fe en el buen éxito de aquella empresa.

Desde el 21 al 25 de abril estuvimos acampados en la costa del Fraile Muerto, arroyo al que un monte espesísimo sirve de marco. Allí se celebraron las primeras entrevistas entre el general Saravia y el Dr. Nin, presidente de la comisión de hacendados que, bajo apariencia de influir con los ejércitos para que respeten sus propiedades, tiene el propósito, más noble y más desinteresado, de volver la paz a la república lacerada. Así andando y deteniéndose a su real placer, unas veces alegre y otras veces mohino, el ejército llegó a Minas, la ciudad de las sierras, la ciudad hidalga como una emperatriz y hermosa como el amanecer de una mañana primaveral, sin hallar enemigos ni tener encuentros hasta el paso de los Carros.

XIII

Se dijo, hacia fines de agosto, que Aparicio había rechazado terminantemente las *proposiciones* de paz, hechas por los Drs. Nin y Mascarenhas.

Conocemos los antecedentes de la negociación. Esta no tiene nada de serio, nada de oficial y hasta fue desautorizada por

uno de los diarios oficiosos del Sr. Batlle. La negociación de que se trata solo ha servido para adormecer las impacencias de la república, sus dolorosas impacencias, como el cloroformo sirve para adormecer a los enfermos, cuyas carnes desgarran el cirujano.

La verdad es la luz del espíritu. ¡Que pase la luz!

Hacia los últimos días de abril nos encontrábamos acampados en la costa de Fraile Muerto. Sombreaban la puerta de nuestras carpas los árboles centenarios que bordean aquel arroyo, en cuyas limpidas y corrientes aguas vienen a beber y a bañar sus plumas, cuando el día nace y cuando muere el día, el flamenco rosado y la garza zancuda. El sauce flexible, junto a la orilla y el cedro criollo, a poca distancia, balanceaban, a los suspiros de la noche otoñal, con cuajos de estrellas, el aéreo palacete de las urracas y el rancharío de los chingolos. Ocultas, bajo el traje selvático de la vegetación, crecen allí la semilla de tártago y el cambará, el guaycurú y la pareira brava, todas las plantas medicinales que se asemejan a aquellas plantas a que debieron su reputación de benefactoras, en el siglo XIII, las viejecitas hurañas y de feo renombre, afectas a las virtudes de los simples y a los prodigios de los ungüentos, sacerdotisas solitarias y melancólicas de la naturaleza, monjas del milagro que tenían por convento los bosques en que vagaba aún el espíritu misterioso de Urganda la Desconocida.

Una tarde me acerqué al estado mayor, acampado en un cerro que dominaba el paso. Se veían, junto al paso y a la distancia, las blancas tiendas del cuerpo médico y las rechinadoras carretas del parque. Sobre el cerro, colocadas en lo alto de dos carpas amigas, ondeaban —con intermitentes vibraciones nerviosas— la banderola verde del detall y la gran bandera del estado mayor, que es blanca y azul, simbolizando, lo mismo que la bandera patria, hondas sedes de paz y no menos hondas hambres de justicia.

Cerca de las banderas, sentados en un breack próximo a partir, se hallaban Aparicio y los representantes de la asamblea que, no hacía mucho, un buen número de estancieros, había celebrado en Montevideo. Tuve entonces, la oportunidad y el placer de estrechar la mano del Dr. Nin, afable como siem-

pre, culto y caballeresco como de costumbre, de sonrosada tez y plateado bigote, vestido con altísimas botas de cuero flexible, pantalón blanco, cazadora oscura, y sombrero inglés de reducidas alas. Cimbraba, en su mano derecha, un latiguito de trenza fina y artístico puño. Hablamos algunas palabras sobre Montevideo, y sentí como si me acariciase una ráfaga de los vientos semimarineros de mi ciudad. Aquella noche tuve nostalgias de civilización. ¡Soñé con mis libros y con los retratos que animan las paredes de mi escritorio! ¡Cómo acaricié, con mis amantes pupilas de dormido, el rostro de mi padre que sonríe sobre los papeles de mi siempre revuelta mesa de trabajo!

Cuando el breack se perdió entre el polvo del camino que conduce a una estancia vecina, le pregunté a Lidoro Pereyra, el jefe del detall: “¿Qué traen esos amigos?” Pereyra, algo entristecido, me respondió: “Nada entre dos platos; promesas o fórmulas, estas inaceptables y aquellas sin ningún fundamento. Son trabajos oficiosos en que el gobierno no tiene parte alguna. Tal vez los aliente, porque, a realizarse, él sería el beneficiado. Son estériles tentativas, hijas del buen deseo del patriotismo y de la generosa voluntad personal”. Como Pereyra se callara, volví a interrogarle: “¿Pero, en fin, las bases?”. Pereyra se encogió de hombros, exclamando con amargura: “El gobierno no entiende de bases. ¡Ni un papel! ¡Nada de documentos, nada de absoluto! Y tú ya sabes la fe que nos inspira su palabra. Además, aquí son otros los que ofrecen por él. Batlle no aparece. En el fondo, lo que se nos propone es el desarme, la entrega, el sometimiento sin ninguna compensación. ¿Qué harías tú?”. “Lo que hará el general, le respondí. Rendirse, sin otra base que buenas palabras y augurios lisonjeros, siempre es rendirse. ¡Yo ni siquiera los escucharía!”. A mediados de agosto, las negociaciones no habían cambiado de faz. El gobierno confiaba aún en sus bayonetas y en sus cañones. En tanto, como ha dicho, hablando de la Francia de nuestros días, Julio Lafosse: “El país está ansioso de que se le salve, aunque aún no se atreve a hacer el gesto que sería el comienzo de su salud. ¡Se consume así en una impotencia tediosa y desolada, viendo que todo lo que constituía su gloria, su grandeza, su abundancia y su virtud se disuelve o toma el camino de la expatriación,

preparándose a morir sobre un lecho de ruinas!”.

Aparicio no ha podido rechazar las bases propuestas por la asamblea del comercio y la industria desde que esas bases dejaron de ser al disolverse aquella asamblea.

Tampoco ha podido rechazar las bases de la comisión de hacendados, desde que estas bases eran platónicas, sin sello oficial y sin ninguna garantía de cumplimiento.

Aparicio quiere la paz; pero una paz estable, que devuelva a la república todos sus anhelos de trabajo y toda su confianza en lo porvenir; ¡una paz con sólidas garantías y cuyas cláusulas sean, para el terruño, como un jubiloso campaneó de resurrección!

¡Y el ejército revolucionario no hará otra paz!

XIV

Insisto en que el coraje no es, a mis ojos, sino una virtud secundaria, como todas las virtudes primitivas y que más tarde, pulió el progreso, dándoles la conciencia de su razón de ser. No comparto, en este asunto, las opiniones de Max Nordau, aunque admire el talento de sus paradojas. Creo, como él, que la esencia del universo es la energía, es decir, la fuerza de que hablan Moleschott y Liebig. Creo, como él, que todas las conquistas del derecho han costado la sangre de un héroe o de muchos héroes, porque si el heroísmo es un gran desarrollo de energía, cada conquista del derecho ha sido el fruto de un gran desarrollo de energías humanas. En cambio me separo de su doctrina —toda favorable a la acción y nada más que a la acción—, porque nadie convencerá a la historia de que un simple héroe de hechos esté por encima de “los tribunos más elocuentes, de los pensadores más profundos y de los artistas más encantadores”. ¿Acaso la palabra, el pensamiento y el arte no son también el producto de una gran cantidad de energía? Cada página bien escrita, cada idea luminosa, cada rasgo maestro del pincel o el buril, ¿no representan una onza, por lo menos, de sangre arterial? Max Nordau se equivoca cuando supone que todos los héroes de la acción se distinguen por lo delicado de su sen-

sibilidad. Yo sé, por estudio y por experiencia, que la mayoría de los héroes, a que él alude, tienen la sensibilidad tosca y muy tosca. Lo que reside en la cúspide, en el cerebro, siempre será mejor que el músculo y la fibra. Entre el hombre y el pájaro, entre el pájaro y el pez, la superioridad se muestra en los que tienen en el cerebro más sustancia gris. Eso es indiscutible. Por eso me interesa más el relato de los veinte años de observaciones que le costó a Jenner la invención de la vacuna, que el relato de la toma de Delhi. Por eso me interesan más los estudios anatómicos de Foerster o las vivisecciones de Flouren, que tanto han influido en los progresos de la fisiología, que el romance de las hazañas gitanescas de los piratas de Malabar. Kant es superior, aunque Max Nordau diga lo contrario, al más heroico de los jenízaros de Mahmut I, como Goethe es superior al más valiente de los visigodos de Ataúlfo y como Sarmiento era superior al más indomable de los lanceros de Quiroga. Esa gran tirantez del coraje, que se llama heroísmo, no es sino un instrumento de que se sirve esa gran energía llamada idea, como la ley no es otra cosa sino el instrumento de que se sirve la energía ideológica llamada derecho. Este libro no es, por lo tanto, la apoteosis de la fuerza. Es la apoteosis de las ideas en cuyo sostenimiento se emplearon las viriles energías de mi partido.

Amamos al caudillo nacionalista, porque éste no ha descolgado jamás, sin justo motivo, sus armas de combate. En enero vio que se iniciaba una época de desconfianzas y persecuciones. La libertad política peligraba, o mejor aun, la libertad política ya no existía. Para hacerla imposible, los regimientos de caballería avanzaban sobre Flores y Maldonado, después de haber hecho nido en Rivera. Ningún nacionalista se creyó seguro. Esto lo explica todo.

“La libertad política, ha dicho Montesquieu, consiste en la quietud que nace de la convicción que cada uno tiene de su seguridad”.

En 1897, la causa no era menos digna de encomio. Aparicio luchó por la probidad administrativa. Quería que nuestros historiadores pudieran decir lo que Jacolliot dice de los Estados Unidos: “Desde Washington, muchos presidentes se han empobrecido en el poder, *sin que uno solo se enriqueciera*. La

mayor parte de nuestros ministros de hacienda se parecen a Hamilton, *que no dejó ni con qué pagar sus funerales*".

¡Amamos al caudillo, porque el caudillo ama la honradez y la libertad!

En cambio, no puede inspirarnos afección alguna, el presidente que, a principios de 1901, ya nos anunciaba su propósito de hacer gobierno de partido. Pertenece a una agrupación política que ha hecho suyas estas palabras del programa presidencial de don Gabriel Antonio Pereyra, uno de los ayudantes del general Artigas y uno de los que firmaron el primero de los códigos de la República:

"En el franco y leal cumplimiento de la Constitución buscaré la fuerza y la sanción de todos mis actos gubernativos. Colocado en esa posición, si el hombre privado conservaba algunas simpatías por tal o cual partido, el Jefe del Estado, padre de la gran familia Oriental, no tendría más colores que los puros colores de la bandera de la patria.

"Bajo su sombra cabemos todos: esos colores simbolizan glorias y recuerdos sin mancha, y son quizás el único vínculo que podrá todavía unirnos.

"Mande quien mande, la mitad del pueblo oriental no puede ni debe tener, ni conservar en eterna tutela a la otra mitad".

El Sr. Batlle, que no piensa así, ha cumplido el propósito anunciado en 1901. Sus generales predilectos van vestidos de rojo. ¡Eso basta para demostrar lo que espera a nuestros correligionarios si triunfa el Sr. Batlle!

XV

Un jueves, el 19 de mayo, la columna de San José tenía a su cargo el servicio de policía. Aunque la diana nos despertó a las 5, eran más de las 7 cuando marchamos. Al mediodía habíamos transpuesto el arroyo de Gutiérrez y el paso de los Tallas. En las primeras horas de la tarde, la columna cruzó el arroyo de Corrales, límite de los departamentos de Minas y de Treinta y Tres. Habíamos dejado, hacía muy poco, la capital del primero y nos dirigíamos a la capital del segundo. El tiempo es-

taba nublado y caía, a intervalos, una garúa helada y penetrante. Como a las cuatro, próximos ya al bañado de Tabeida, se notó en la columna el movimiento que precede a todos los combates. Supimos, por el vecindario y por un chasque llegado a toda prisa en busca del general, que Muniz estaba muy cerca de nosotros. Los tiradores salieron de las filas y rodearon el carrito de municiones de la división, en busca de proyectiles. Al anoecer se vieron, en la costa del Olimar Chico, los fogones de Basilio Muñoz. Eran las siete y media cuando nos tendimos, sin carpas ni fuego, para dormir un poco. Se ejerció una vigilancia especial sobre los caballos. Las guardias se colocaron lejos, pero escalonadas y apoyándose las unas en las otras. Marín no descansó. Se divisaba en el horizonte, hacia nuestra espalda, un vago vislumbre, una especie de cinta de granitos de claridad blancuzca. La estuvimos observando, durante unos instantes, con Bastarrica. "Es el reflejo de las hogueras del campo de Muniz", dijo con su marcado acento español. Poco antes de la una, el coronel Marín se acercó a nosotros. Marín no es sólo bravo como el concolor; es también vigilante como el teruteru y como el chajá. A las tres y media de la mañana, nos deteníamos junto a las avanzadas del campo de Basilio, donde se hizo fuego y se tomó mate hasta poco después del amanecer. A las siete marchamos lentamente en busca del Olimar, cuyos espesos montes ya se veían. Al mediodía, atravesábamos el paso de los Carros, quedando en el Olimar Chico, la división del Durazno y la división de la Florida. Allí y poco después, empezó el combate. Hay, en aquel paraje, un palo-a-pique, que apoya uno de sus extremos en una casa de azotea elevada. Nuestras guerrillas se situaron en la azotea y en palo-a-pique. El enemigo, después de una ligera escaramuza, suspendió sus fuegos. Entonces, el general ordenó que se retiraran todos nuestros tiradores, menos los acantonados en la azotea, con los que bastaba para contener cualquier tentativa de avance. El ayudante no dio bien la orden o la interpretaron mal los que la recibieron, porque todas nuestras guerrillas se retiraron y el enemigo avanzó sin estorbos, cayendo casi conjuntamente con los nuestros en el paso de los Carros. El grueso del ejército revolucionario se hallaba a cinco leguas y la división de Guillermo García en la ca-

pital de Treinta y Tres. Todas las fuerzas de que el general disponía en aquellos momentos eran 600 tiradores de Basilio, 400 de Antonio María Fernández, 60 de Marín y como unos 25 de Martirena. La división de Marín estaba diseminada a causa del servicio de policía, que venía efectuando desde la salida de la capital minuana. Una parte de ella se encontraba en la vanguardia del ejército, otra en el centro y el resto, a las órdenes de Marín, como a dos kilómetros del combate y junto al monte que bordea el Olimar.

El general, que había conseguido su propósito —puesto que el ejército estaba ya del otro lado del paso de los Carros—, no buscó aquel combate. Si él hubiera querido, si fuese menos la repugnancia que le inspira la sangre, con emboscar algunas divisiones en los montes de la costa y dejar, tras un conato de resistencia, que pasase la vanguardia de Muniz, concluye con esa vanguardia. El mismo nos explicó este plan, agregando: “¿Por qué no lo hice? Porque no creí que cometieran la torpeza de cruzar el paso y después... ¡porque los soldados también son hombres!”. Alguien le replicó que se los debía tratar como a tigres, y el general dijo: “Al cuidarlos a ellos, los cuido a Uds. en su vida y en su reputación de generosidad. Además, yo detesto a los que los empujan; pero no a esos pobres soldados, que mueren como guapos y sin saber por qué”. El paso de los Carros empieza por una picada angosta, bordeada por un monte espesísimo. Sigue a la picada, un trozo de río, ancho, profundo y dividido en dos por una línea de árboles. A la izquierda de esa línea, los caballos nadan, y a la derecha, el agua casi moja los cojinillos. Se sale a una explanada de arena fina y crujiente, de algunos metros, con fondo de árboles y que concluye en una barranca fangosa y medio vertical. Sobre esta barranca, ya en campo llano, se colocó la división floridense, que sufría por su gran escasez de municiones, estacionándose en la explanada arenosa, los valientes fusileros de Basilio Muñoz. El fuego pronto se hizo terrible. El cañón arrasaba la arboleda del fondo del cuadro y una ametralladora llovía balas sobre el arenal. Las guerrillas del gobierno estaban defendidas por lo espeso del monte de la picada. Su fuego era seguro y mortífero. En el horizonte, del otro lado del paso, se veían, desde las lomas del

campamento de los maragatos, gruesas columnas en marcha. Dos cañones, dirigidos sobre la explanada, resonaban incesantemente. El enemigo embestía cada vez con más furia. Entonces se le dejó pasar, atrayéndole a campo abierto. Se precipitó lo mismo que un goloso a una caja de dulces; pero los dulces eran de plomo y le supieron mal. Apenas coronó la altura de la barranca, los nuestros tomaron un ruidoso desquite, precipitándolo de nuevo en el agua del paso. Para algunos, aquella fue una zambullida mortal. Sintióse cada vez más numerosos, volvieron a la altura, que regaron con sangre, extendiéndose hacia el lado del este, en una infructuosa tentativa de flanqueo. Cada vez que nuestras guerrillas montaban a caballo, las suyas avanzaban entre alaridos y con frenesí, para retroceder tumultuosamente, cada vez que nuestras guerrillas se detenían y echaban pie a tierra. La munición escaseaba mucho. El parque, como ya hemos dicho, estaba a cinco leguas. A las dos y media se había abandonado el paso. A las cuatro, aún se batían tranquilamente, a pesar de ser cada vez mayor el número de las fuerzas gubernistas, las divisiones del Durazno y de la Florida, secundadas por los tiradores de Martirena. ¡Y muchos de los nuestros tenían quince tiros al empezar la acción! A las cuatro y media salieron, a las órdenes de Garat y de Cardoso, los tiradores de San José, tendiéndose en guerrilla, con los caballos a retaguardia, como a cuatrocientos metros del enemigo y entre un chircal. Se rompió el fuego con entusiasmo. A las cinco, Aparicio despliega un pequeño pelotón de lanceros en una altura. Es lo bastante. A las 5 y 20 ya no se pelea. Las fuerzas gubernistas han retrocedido nuevamente hasta la misma garganta del paso, y nosotros marchamos hacia el grueso de nuestro ejército, acampando, aun distantes de él y cerca del arroyo del Yermal, a las ocho de la noche de aquel fatigosísimo 20 de mayo.

El héroe de la jornada del Paso de los Carros fue el coronel Basilio Muñoz. Este es un hombre joven, sumamente afable, muy suave en el hablar, muy pausado en todo, valiente como el protagonista de un poema épico, de estatura mediana, de tez morena, con el labio sombreado por un bigote de muchachuelo, con los ojos muy negros y con las pupilas llameantes de viveza.

Viste espolín pequeño, bota de charol, pantalón blanco, espada de buen temple, casaquilla militar y kepi cubierto con una funda tan blanca como su pantalón. Su división es una de las más disciplinadas del ejército, una de las más aguerridas, una de las más estoicas y una de las que han sufrido más en los combates de 1904, por el sencillo motivo de que en todos esos combates ha paseado gallardamente su baleada bandera por la línea de fuego.

El gobierno presentó el combate de los Carros como una gran victoria. Mil doscientos tiradores apenas, mil doscientos voluntarios, escasísimos de munición, habían jugado, durante toda una tarde, con sus cañones y sus cuerpos de línea. Parece mentira que se burlase, con tanto desprecio, de la pública credulidad, y que apelase a esos expedientes para entretener las públicas impaciencias. Se le abandonó el paso de los Carros por evitar sangre y porque para nada lo queríamos ya —puesto que había pasado, desde el día antes, todo nuestro ejército—, y se paralizó, por el espacio de un larguísimo mes, la actividad de los gubernistas, con un combate sostenido por mucho menos de la duodécima parte de nuestras fuerzas. Y ni siquiera quedaron dueños del campo de batalla. Durmieron en montón, sobre el paso y junto al Olimar. ¡Nosotros, en cambio, ocupábamos todas las sierras cercanas a Treinta y Tres!

XVI

Al día siguiente no empezó la marcha hasta después de las nueve de la mañana. En vano esperaron, bien municionadas, las divisiones de Basilio y de Nepomuceno. En vano Antonio Mena hizo que sus soldados dejaran los ponchos en los carros del convoy. Nadie nos molestó. Nadie nos dijo nada. No vimos a nadie. Y así, tranquilamente y sin forzar el paso, llegamos otra vez a las orillas del río Negro. Desprendiéronse, a las órdenes de José González y en el Zapallar, algunas columnas para ir a recibir un parque venido de Buenos Aires. La gente de Tacuarembó, que formaba la vanguardia de aquellas columnas, tuvo un tiroteo insignificante con algunas partidas de Esco-

bar. Pronto se supo el fracaso del sitio del Salto y la toma de las carretas expedicionarias por el coronel Viera. Las columnas volvieron a juntarse con Aparicio y no hubo ningún lance digno de mención hasta la batalla de Tupambaé.

En Tupambaé el ejército gubernista no estaba mandado por Muniz, corpulento, de anchos espaldares, de cuello macizo, de luengas barbas grises, de cejas muy pobladas, de pupila dura, buen vaqueano, buen guerrillero, buen lanceador en sus mocedades, nada flojo, sin nociones del abecedario, ignorante en tácticas y otros belenes, sombrío por el temperamento y por la edad, hosco en el decir, creyéndose blanco a despecho y paciencia de sus apostasías, con achaques cardíacos y no mal encuadrado, cuando viste de gala, bajo los laureles de su kepi de general. El autor de este libro ha visto a Muniz en horas de calma, en el teatro y sentado oyendo a una banda de música, en una de las sillas de la más grande de las plazas de Montevideo. Entonces se dio cuenta de que Muniz no es un general, sino un pobre paisano ensoberbecido. El inquieto ojeo de su mirada, era el ojeo del que presiente burlas —en la inmovilidad especialísima de su actitud, se veía al actor en el ejercicio de su papel—: el mohín de sus labios, era el mohín displicente de la soberbia; lo áspero y montés de sus cejas revelaban el carácter bravío; la testarudez dejó su marca en su entrecejo y en las arrugas de su frente, que no es pequeña, sin ser hermosa; en su manera de responder al que le acompañaba, había cierta confesión de inferioridad, esperando para reír, con una risa triste, la risa de otro, y contestaba brevemente, sin ningún gesto, casi con violencia, a los saludos militares de que fue objeto.

En Tupambaé, el ejército gubernista estaba mandado por Pablo Galarza. Dos rivalidades cultas llegan a tolerarse. Dos ambiciones toscas concluyen a capazos. Muniz y Galarza se querían poco. Galarza substituyó a Muniz.

Galarza es el tipo completo del chaná, no del charrúa, por el tinte y la dureza de las facciones. Ha sido 24 años jefe de un regimiento de caballería, y hace ya mucho que pasó de los cincuenta. Viste de rojo. Su pantalón, su blusa y hasta su sombrero hacen pensar en los novillos degollados en la carneada.

Galarza se educó en la escuela de Latorre y de Santos. Tiene una gran reputación de héroe, lo que desprestigia la teoría de Max Nordau. El general Galarza no es culto, como lo demuestra su propio traje; no es moral, como lo demuestra el chinerío que abunda en su ejército; y es cruel, como lo demuestra el espíritu atávico de su tropa, espíritu de que ya se ha hablado al hablar del encuentro de Calatayud. Dicen que es afable en el trato. Todos nuestros criollos lo son o aparentan serlo. Raspada la corteza, en Galarza aparece el indio suspicaz, avieso, enemigo de libros, ansioso de mando, despreciador de la propia vida y poco compasivo con la vida ajena. Tiene a su lado y ha hecho con él toda la campaña, a un niño de diez años, ahijado suyo. Ese niño va también vestido de escarlata y dice a las visitas que "es colorado como sangre de toro". Sin presumirlo, ¿qué sabe él de esas cosas? Galarza ha puesto en práctica una de las máximas de Maquiavelo. Sus soldados no le odian y hasta se presume que le quieren. Maquiavelo aconsejaba a los príncipes que se hicieran temer, para librarse del aborrecimiento, si no podían encariñar. Y Galarza aplica la fórmula. En el Durazno, estación habitual de su regimiento, se le teme como a un cacique y más que a la viruela. Todo esto me parece bastante para desencantarnos de los héroes a lo Max Nordau.

XVII

El ejército de Aparicio avanzaba hacia el sur, siguiendo el camino nacional de la Cuchilla Grande, que nace en el territorio brasileño y atraviesa todo nuestro país, viniendo a ser como el espinazo de la república. Hacia las puntas del arroyo de Tarraras y siendo aproximadamente las dos de la tarde del 22 de junio, se pusieron en contacto las fuerzas de la revolución y las del gobierno. Una hora después, el fuego iniciado por las avanzadas se hizo general y violentísimo. Los nacionalistas, posesionados de las alturas, se abrieron en tres alas, formando un extenso abanico. El centro y la derecha, que, en su movimiento de avance, marchaban paralelamente a distancia de unos

mil metros, se componían de las divisiones de Maldonado, Florida, Canelones, Paysandú, Salto, Flores y San José. Operaban también en el núcleo central, la división de Guillermo García, los tiradores de Cayetano Gutiérrez, los fusileros de Aldama, los infantes de José Visillac y la pieza de cañón tomada en Fray Marcos. Estas columnas estaban a las órdenes de Gregorio Lamas. El ala izquierda, mandada por Aparicio, la constituían las divisiones de Nepomuceno, Basilio Muñoz y Mariano Saravia, con las de Cerro Largo y Treinta y Tres. La izquierda era la encargada de custodiar y defender el parque.

Pronto fue arrollada la vanguardia gubernista, compuesta de las divisiones de Minas, Durazno y Treinta y Tres, además del regimiento de caballería número 1 y del regimiento "Patria". El general Galarza reforzó, entonces, su derecha y su centro, con los batallones 4 y 5 de infantería de línea, secundados por el regimiento número 2, aumentando su izquierda con el primer batallón de infantería de línea y la división Soriano, secundados por las tres bocas a fuego que acompañan al ejército gubernista. Este poderoso contingente permitió a las fuerzas coloradas recobrar su empuje, que fue detenido muy pronto, iniciándose por parte de aquellas un movimiento de retroceso hacia unas sierras que servían de telón de fondo al ejército de Galarza. El fuego se mantuvo encarnizado durante toda la tarde del 22, prolongándose en algunos parajes de la derecha, y el centro, hasta poco después de las 7 de la noche.

A los primeros albores del 23, que amaneció con niebla, el ala izquierda de Aparicio se situó en unas cuchillas de pendientes rápidas, ocupando su centro casi la misma posición del día anterior y extendiéndose su derecha, muy dilatada, en las cumbres escabrosas de unas serranías. Desde la mañana del 23 entró en pelea todo el ejército de Galarza. Como a las nueve, se encarnizó el combate en torno de un cerro que dominaba el campo de la acción, cerro que fue, varias veces, tomado y vuelto a tomar por los revolucionarios y por los gubernistas, cuya izquierda, falta de municiones, empezó a ceder, necesitando ser defendida, en su retroceso, por las ametralladoras galarcistas. Desde aquellos instantes, el entusiasmo de los nuestros fue indescriptible. Sabido es que la multitud, movida por el arrojo

o por el pánico, vibra como un armónico cordaje. No hay naturaleza, por tímida que sea, que se escape al contagio. La muchedumbre será siempre esclava de la emoción que se enseñoree del mayor número. Eso explica desde los heroísmos de Platea hasta el desastroso final de las legiones comandadas por Varo; desde el frenesí delirante de los circos de Roma hasta el embrujamiento de las urselinas de Loudun, y desde los crímenes del Terror hasta los incendios de la comuna de París.

Dominada su izquierda, el centro y la derecha de Galarza, se encontraron envueltos en un fuego violentísimo y asaltados por las lanzas revolucionarias, que lograron meterse en sus líneas, sin que bastaran a contener su empuje los cañones emplazados, en aquellos momentos, sobre la meseta del cerro central. La lanza, cuando llega, es algo terrible. No en vano los japoneses tienen una gran fe en los prodigios del arma blanca. A las 3 de la tarde, Aparicio simuló un movimiento de retroceso, para alejar al enemigo —ya deshecho en pedazos y sin otros proyectiles que los de cañón—, de sus posiciones. Galarza estaba imposibilitado de avanzar, por lo enorme del número de sus bajas, por el agotamiento de su parque y por la depresión del espíritu de sus tropas. El 24, ante un simple amago de ataque, el ejército gubernista rumbeó precipitadamente hacia Nico Pérez, perseguido y tiroteado, todo el día 25, por la bizarra e indomeñable división de Tacuarembó.

XVIII

Después de Tupambaé, el gobierno trató de cercar a Aparicio, que se encontraba en Aceguá, combinando los movimientos de las fuerzas de Muniz y Galarza. Aparicio pasó, con un tiroteo insignificante, entre el ejército de Muniz y la plaza artillada de Rivera, corriéndose al sur y apoderándose de Santa Rosa, donde recibió las armas y municiones ofrecidas por el directorio de Buenos Aires, así como también una gran cantidad de vestuario que le guardaba el comité de Concordia. Poco después llegó a Santa Rosa, gravemente herido, el coronel Ca-

yetano Gutiérrez¹.

El coronel Gutiérrez es muy influyente en el departamento de Flores, donde rivaliza con José González. Estuvo en toda la campaña de 1897, habiendo militado ya en las guerras del otro Aparicio. En la de 1904 ha ocupado múltiples puestos de peligro, aquilatando su larga fama de baquí y de bravura. Gutiérrez es el ejemplo palpable de la verdad que entraña esta frase de Aureliano Scholl: "Cent hommes qui *veulent* sont plus puissants que cent mille *qu'on force*". Gutiérrez es un hombre bueno en toda la extensión de la palabra: servicial, caballero, sensato y culto, más culto de lo que suelen ser los caudillos departamentales. En los días de paz, vive de su trabajo y no con abundancia, a fin de que sus hijos tengan una carrera. Es modesto y muy probo. Tira admirablemente, aun a grandes distancias, con el máuser o el rémington. Es algo grueso, alto, de carnes sólidas, blanco de color y de ojos clarísimos, aunque no azules completamente. Lleva el cabello muy corto, va afeitado con pulcritud, no usa bigote y viste a lo pueblerino, sin que le falten, como es natural, las botas de agua y el poncho campesino. No se distingue por lo locuaz ni deja de ser algo apasionado; pero es de una lealtad a toda prueba y de una gran cordura, posee el recto sentido de la vida y tienen razón para estimarle en todo su valer, que no es poco, nuestros honestos correligionarios de Flores.

XIX

Después de cada uno de estos combates, la cancillería oriental comunicaba a las extranjeras la pacificación del país, ¡y el que firmaba aquellos mentirosos despachos era el Dr. Romeu, personalidad que se distingue por sus aterciopeladas maulerías de gato de Angola!

"La Nación" se preguntaba, hace pocos días, cómo podía

(1) Más tarde supimos que había muerto. Hemos llorado al amigo. ¡Nuestros clarines también lloraron ese día, al alzar el melancólico toque de oración!

ilusionarse hasta tal extremo el gobierno oriental. "La Nación" se equivoca. El gobierno oriental no se hace ilusiones. Sabe que miente, como mintió al explicar las causas de la guerra y como mentirá cuando las circunstancias le obliguen a ceder.

¡No puede ser veraz un mandatario que se codea diariamente con el Dr. Romeu! ¡No puede ser veraz una cancillería entregada a un hombre que vendió a su partido, traicionando la confianza que ese partido depositó en él, al honrarle con la investidura de legislador y con el título de miembro del directorio nacionalista!

¡La verdad no gusta de ciertas compañías! ¡La verdad no entra donde se oye la voz del Dr. Romeu!

XX

En el paso de Barrancas, uno de los sobrinos de José González, el valiente Lisandro, avanza con dos compañeros por uno de los lados del monte. Se encuentra con una guerrilla: son seis tiradores del enemigo. Estos hieren al uno y matan al otro de los compañeros de Lisandro. Lisandro, solo, sigue haciendo fuego. Va de tronco en tronco; unas veces se arrastra y otras tira a pie firme. Primero son seis los que responden al estam-pido de su carabina. Después son cinco. Más tarde son cuatro. Al fin es uno solo. Lisandro le provoca a luchar cuerpo a cuerpo. El otro se rinde y tira la armas. Lisandro le conduce al campo nacionalista. El prisionero, tratado a maravilla, ya no quiere apartarse de su vencedor. Al día siguiente, es uno de los que pelean con más brío en Fray Marcos.

En Barrancas cae prisionero un mayor enemigo. No ha tenido tiempo de desnudarse. Va en mangas de camisa; pero lleva aún el pantalón colorado con franja de oro. Le llevan a González y González le dice: "Váyase, amigo. Aquí no usamos pantalones rojos". Y le hace conducir a una estancia vecina, sin ni siquiera preguntarle su nombre.

En el paso del Parque murió Venancio Ponce. Díjosele que una guerrilla, que avanzaba en silencio, pertenecía al ejército

de la revolución. El comandante Ponce no lo creía así. Avanzó solo, para reconocerlo, y cayó mal herido, siendo ultimado a golpes de daga.

En el mismo paso del Parque, uno de los hijos de Antonio Mena fue herido al retirarse la heroica división de Cerro Largo. Sus compañeros se abalanzaron para disputar su cuerpo al enemigo. Mena le creyó muerto y gritó a sus soldados: "¡Sigán y déjenlo! ¡no se sacrifiquen por un cadáver!" El herido hace con las manos una señal. El enemigo se encuentra a pocos metros del pobre mozo. Antonio Mena carga como un león, ciego, enloquecido, llorando de rabia. Bajo una nube de balas, toma entre sus brazos el cuerpo de su hijo y cruza el paso, mientras el herido le dice con acento de amorosa reconvencción: "¿Con que querías abandonarme?"

En medio de lo más terrible del Paso de los Carros alguien le dice a Basilio Muñoz que ha desaparecido su hermano Juan. Es un ayudante que fue a llevar refuerzos a una guerrilla. Basilio le interrumpe con impaciencia: "¿Y mis órdenes?" "Están cumplidas". "Eso es lo único que quería saber". Y siguió, tan sereno como de costumbre, recorriendo al tranco la línea de fuego.

XXI

Con estos sucesos se había inaugurado el último de los meses de invierno. Muy pronto las ramazones de las lianas se perfumarían con el aliento de los capullos. Muy pronto los horneros hablarían de bodas, bajo la saliente cumbre del nido arquitectónico, sujeto, como una casita de material, junto a los aisladores de loza blanca del poste telegráfico. Muy pronto las lechuzas, las pequeñas lechuzas de plumita suave y ojos redondos, dormirían, al sol de la siesta, en el columpio de alambre del cerco. Muy pronto asomaría la cabeza chata de los ofidios por entre las grietas del pedregal. ¿Qué le importaba todo eso al país? Este año las cuadrillas de los esquiladores no cruzarán los campos en flor, cuando lleguen las auroras rosadas de oc-

tubre y noviembre. La lluvia de lana que la tijera arroja, con su alegre tric-trac, sobre el suelo del galpón, no se convertirá, después de la zafra, en lluvia de oro. ¡El país se va, porque los de arriba no *quieren* conciliaciones y los de abajo no *pueden*, aunque quisieran aceptar un sometimiento denigrador! ¡El pueblo uruguayo no es ya un pueblo niño, es un pueblo adulto y no admite caprichosos tutorzuelos, porque sabe a lo que tiende su voluntad, que ve, a la distancia, los resplandores de la tierra prometida del derecho respetado y del deber cumplido!

XXII

El relato de las batallas se concluyó. Tendamos el vuelo hacia otros horizontes. ¡Piedad para los lutos y paz a los muertos!

¡Estoicos caídos en la sangrientas jornadas de 1904; compañeros sacrificados en las horas de la lucha bravía y sin compasión: preparadores, sencillos y creyentes, de una época de justicia y de verdad; héroes sin nombre del ideal patriótico y de la virtud cívica, dormid en sosiego a la sombra del yataí cimbrador, a la orilla del arroyo que pasa cantando, junto a la enredadera en que zumban las alitas del colibrí, bajo la yerba que retoña y se nutre con vuestro jugo; sintiendo en torno vuestro al germen que despierta y encima de vosotros la lenta filtración de los ardientes rayos de la luz nativa! ¡Vuestra obra se llevará a su fin, por esta o por otras generaciones, porque el tiempo marcha, y vendrá una aurora en que el ritmo del ave se detenga y os diga, con un arrullo de suavidad, que en el hogar de todos se acabaron los parias; que en la patria de todos no hay sino ciudadanos; que en la tierra de todos la justicia es un acto, la igualdad un axioma, el amor un culto y la conciencia un templo!

LIBRO OCTAVO

SUMARIO. -Anuncios de una probable intervención. -El espíritu constitucional de la Europa en 1822. -Los intereses austríacos y la fe borbónica. -Intervenciones republicanas, consulares e imperialistas. -Congreso de Verona. -Representación de las grandes potencias. -Chateaubriand. -Actitud del emperador Alejandro. -Actitud de lord Wellington. -Los debates. -Triunfo de la teoría favorable a la intervención. -Esta es atacada por Talleyrand en la cámara de los pares. -La combaten en la de diputados, Manuel y el general Foy. - Discurso de Chateaubriand. -Lo que se desprendía del debate. -España invadida. -Friedad del pueblo español. -Propósitos de Luis XVIII. -Lo que hizo Fernando. -Doctrina de Monroe. -El derecho internacional norteamericano. -Excelencias del espíritu sudamericano. -San Martín. -Bolívar. -Razón de ser del auxilio que se prestaban los países de América. -El gobierno del general Rivera. -Conato de intervención. -La prensa, la propiedad y los dineros públicos. -Presidencia de Oribe. -Honradez administrativa. -Establece las líneas de correos. -Las escuelas primarias. -Las cuentas del Gran Capitán. -Los franceses y los riveristas. -Actitud de Oribe acerca del bloqueo de Buenos Aires. -El resultado de las intervenciones. -Atenas y Esparta. -Alianza de Rosas y Oribe. -Sobre qué se funda. -Carácter de crueldad en las luchas civiles. -Un ejemplo histórico. -Montevideo antiguo. -Los españoles en la Guerra Grande. -El porqué fueron blancos. -Tendencia del espíritu nativo. -Lo que se aprende en un libro de Joaquín Nabuco. -El americanismo y la alianza rojo-imperialista. -El Paraguay y Paysandú. -Lo que queremos. -¡Ne touchez pas la reine!

I

En los últimos días del mes de julio y en los primeros días del mes de agosto, recrudecieron los rumores que circulaban acerca de una probable intervención del Brasil o de la Argentina, para cortar el nudo gordiano de la guerra. Por los mismos días, un diario chileno, perteneciente al partido conservador, llamaba la atención de los hombres de la casa de la Moneda sobre nuestros asuntos, insinuando la conveniencia de impedir que siguiésemos degollándonos. Los que más gritaron contra esas noticias, viendo en sus propagadores poco menos que reos de lesa patria, fueron los colorados, los que todo lo deben a la intervención y aquellos cuya mano movió más veces la aldaba de la casa de los ajenos. Antes de hacer historia, para probar

la verdad de estas afirmaciones, estudiemos lo que pensaban los liberales de la vieja Europa, cuando los colorados pedían al auxilio de los extraños la supervivencia de su hegemonía. Ese estudio nos será útil, rasgará muchas vendas y hará caer marchitas muchas ilusiones; pero de los escombros de esos ensueños, surgirá más robusto, más viril y más grande, el sentimiento de la nacionalidad.

II

Por los años 1822, las sociedades secretas y las revoluciones militares no se daban ni punto de reposo ni hora de quietud en el mundo europeo, fermentando hasta en las jerarquías más altas del ejército de los países donde crece el naranjo. Un viento de constitucionalismo, de libertad, sacudía las viejas creencias de los generales y arrullaba las íntimas convicciones de los soldados, que, hijos del pueblo, salidos de las granjas y de los talleres, respiraban y bebían a pulmón pleno y a boca llena, aquellos efluvios vindicadores de los martirios que sufrieron sus padres en las bárbaras noches de la edad feudal. Nápoles, Turín, Cataluña y Andalucía se embriagaban con el sol de la democracia, bendecida por las dulces barcarolas de los pescadores, junto a la entrada gólfica de la gruta de Venus; por el cántico rudo del cazador de águilas, en las cumbres austeras de la Saboya; por los bélicos timbres de la lengua almogabar, en todas las vertientes del Monserrat, y por el gracejo de aquellos corros, en que chispeaba la manzanilla y resonaba el zapateado, allí donde las sombras de los zegríes y los abencerrajes sollozaron de angustia al mirar abiertos los brazos de la cruz sobre los esbeltísimos encajes y arábigos dibujos de su Alhambra, en cuyos camarines habían dormido las siestas del amor, entremezclando sus moreneces, las Grazalemas y los Omares.

El imperio ruso y el imperio austriaco, con la cooperación de la prusiana inflexibilidad, trataron de salvarse del espíritu nuevo, asustados al ver que la tribuna libre y la prensa sin trabas, lanzando los principios emancipadores de la gleba y de la

burguesía más allá de los límites del reino francés, galvanizaban hasta el cadáver del heroísmo griego, sacudiendo y revolucionando la Moldo-Valaquia. En aquel pleito estaban especialmente comprometidos los intereses austriacos y la fe borbónica, la fe vendeana, luchando esta y aquellos con uñas y dientes, para inclinar la balanza de las grandes potencias en pro de una política regresiva, interventora, castigatriz y que pusiera bien de relieve el poderío de las púrpuras monárquicas. Se decía que los ejércitos revolucionarios de 1791 y 1792, los ejércitos de las cucardas tricolores y el canto marsellés, no habían hecho otra cosa que intervenir para arrojar las semillas de la república, el germen del desorden, con Dumouriez en Bélgica, con Montesquieu en Saboya y con Hoche en Holanda. Se decía que los pasos del corcel de batalla de Bonaparte y de Napoleón, los homéricos pasos de su corcel de guerra, no habían sido otra cosa que intervenciones, selladas en el taco de los fusiles de sus granaderos, lo mismo bajo el sol de Marengo y de Rívoli que bajo el sol de Wagram y Austerlitz.

Bajo estos auspicios, el 15 de octubre de 1822, empezaron las conferencias del congreso de Verona. La Inglaterra estaba representada por la prudente medida y el carácter firmísimo de Lord Wellington; Rusia por su ministro de relaciones, el conde de Nesselrode, a quien acompañaban los señores Capo d'Istria y Pozzo di Borgo, extranjeros naturalizados en el país de los osos polares y las martas azules, por el cariño con que Alejandro los colmó de mercedes y por la confianza que puso en sus dictámenes; el Austria por el príncipe de Metternich, bastión que resguardaba todas las monarquías y altar en que oficiaban todos los fanatismos; la Prusia por uno de los consejeros íntimos de su casa real, por el noble señor de Hardenberg; el Piamonte por la persona de uno de sus príncipes; y la Francia por el Sr. de Montmorency, de carácter franco y ánimo resuelto, ligado por la fe y la cuna y las memorias a la suerte de la monarquía, completando este cuadro la romántica figura de Chateaubriand, que entonces actuaba de embajador en Londres, circundado por el prestigio de su gloria literaria y por el prestigio de su papel de caballero de la causa borbónica, prestigio inmenso que tenía por base, no solo sus folletos anti-

bonapartistas y sus libros católicos, sino la influencia ejercida por el insaciable vacío del alma de su René y por los muy dulcorosos amores de su dulce Atala!

El emperador Alejandro —czar y pontífice— ungido con el óleo de la diadema y con el óleo de la tiara; el emperador Alejandro que, en 1814 y en 1815, tuvo veleidades de liberalismo, solo soñaba ya en devolver su brillo a los diamantes de la corona, deslucidos por lo áspero de la lima de las revoluciones, hasta el punto de sacrificar, al pie de las gradas marmóreas de los tronos, los intereses de su familia y de su país en la península griega, donde los revolucionarios, vinculados a su pueblo por la religión y por la casta, fácilmente se hubieran entregado a la Rusia, para escapar del yugo de la Turquía. El heredero de Pedro el Grande, en su odio a las convulsiones engendradas por los principios republicanos y temeroso de que estos invadiesen hasta los últimos límites de la Europa, permaneció sordo a las súplicas de los griegos, dejando que el águila del despotismo siguiese albergando a sus aguiluchos en aquellas colinas, pobladas por las musas, donde Pitágoras escuchó los himnos del rodar de las constelaciones, y en aquellos jardines, poblados de ninfas, cuyos rosales balancea aún la brisa que besó los cabellos de Aspasia. El heredero de Catalina, arrepentido de su momentánea complicidad con aquel perturbador espíritu nuevo, que limitaba el poder de los reyes para agrandar el poder de las multitudes, miró con encono a la sombra de Aristodemo salir de su sepulcro y recorrer las islas de la Jonia para clavar, en lo alto de los agudos riscos del archipiélago, la bandera helénica enarbolada por Ipsilanti en la Moldo-Valaquia, al compás de los patrióticos cantos de Rhigas.

Si pensaba así, con perjuicio de los intereses de su imperio vastísimo, el más liberal de los monarcas reunidos en Verona, ¡calcúlense cómo pensarían la Prusia y el Austria! Solo lord Wellington, obediente a la política conciliadora del gabinete presidido por Cannig, se mostró hostil al principio de la intervención, que sostenían las potencias del Norte. Alejandro le defendió con sus ardientes misticismos de moscovita; Metternich con el idioma de sus ciegos fervores por el inatacable prestigio de las púrpuras, y Chateaubriand en nombre de las

conveniencias de la restauración, asintiendo Handenberg por lo muchísimo que le tenía en cuenta no separarse de la Rusia y del Austria. La intervención quedó decretada; reconocido el derecho de la soberanía colectiva y extranacional para curar las llagas de los países perturbados por las revoluciones; desairada la rigidez inglesa, y autorizados para invadir el suelo español, los herederos de Enrique IV. Y el 14 de diciembre clausuró sus sesiones, motivo de principescas festividades, el congreso de reyes celebrado en Verona.

III

Poco después, al discutirse la intervención en la cámara pairal del Luis XVIII, Talleyrand el flexible, Talleyrand el astuto, que guardaba una teoría para cada situación y una fidelidad para cada gobierno, la atacó con violencia. ¿En nombre del libre albedrío de los pueblos convulsionados? No; la atacó recordando que la guerra española, la guerra de 1808, había contribuido poderosamente a la caída de Napoléon. En la cámara de los diputados, el general Foy, tan grande por su elocuencia como por su honradez, tan viril en los campos de batalla como en la vida pública, y Manuel, el más temido de los oradores liberales y el más odiado por la mayoría ultra-realista, la atacaron también con cláusulas de fuego, con toda la energía de sus grandes almas. ¿En nombre de la personalidad de las patrias? ¡No! El primero habló del espíritu de aquellas poblaciones, que detuvieron los pasos de Duhesme y de lo montaraz de aquellos desfiladeros que llagaron las plantas de Junot. El segundo exasperó pintando los peligros en que la intervención iba a poner la vida de aquel rey sin corona, y defendió con brío la excelencia de los preceptos del código de Cádiz. Antes de que Manuel desatara la tempestad que le privó de su investidura, lanzándole así al olvido, que es, por lo general, la moneda con que pagan los pueblos los servicios que les presta la buena fe. Chateaubriand subió a la tribuna. Se hizo un largo silencio, un silencio solemne y lleno de expectativas. El autor de *Los*

Natchezts era de alta estatura, tenía la conciencia de su valer y la dignidad requerida por el papel que desempeñaba. El autor de *Los Mártires* y el autor de *Graciela* fueron hasta la última hora de su último día, el culto acendradísimo de una mujer, lo que revela lo grande de su atracción. Chateaubriand, que no improvisaba, leyó magistralmente, apoyado en el báculo de su prestigio, un discurso notable. Aunque Royer-Collard fuera el único, que hubiera hablado en el nombre, casi exclusivo, de la inviolabilidad no solo del territorio, sino también del libre albedrío de las nacionalidades, punto apenas rozado por los demás oradores, Chateaubriand quiso apartar ese estorbo del camino de su dialéctica. Dijo que para los autores que tomaban por base el criterio del derecho natural, como Grocio y Puffendorff, la intervención era lícita en los pueblos que violaban los principios en que descansa el orden general de las sociedades; pero que, para los internacionalistas que miraban esta cuestión como una cuestión de derecho civil, todas las intervenciones eran una arbitrariedad. Reconoció que, en efecto, cuando la intervención no estaba provocada por la actitud ofensiva del intervenido, era una violación de los preceptos del derecho público; pero, agregando, que había que salvar los casos en que el derecho de intervenir era como el derecho a la vida, por poner en riesgo, la no intervención, la estabilidad y los intereses primordiales del Estado propio. Dijo después que si en Verona, la Inglaterra se había manifestado contraria al principio de intervención, la Inglaterra misma había sustentado abiertamente, en 1793, el principio que rechazaba en 1822, leyendo, para probarlo, una parte de la declaración del White-Hall, declaración hecha por el gobierno de Londres al emprender la guerra contra la Francia, sumida entonces en los asesinatos y en los encarcelamientos del Terror. Dedujo, de aquella lectura, que para la Inglaterra de 1793 la intervención era un derecho, cuando el estado interior de un pueblo ponía en peligro la integridad de la paz de las naciones vecinas. Agregó que, el 19 de enero de 1821, la Inglaterra había vuelto a sostener la legitimidad de las intervenciones en una circular del gabinete presidido por lord Castlereagh, circular que contenía esta determinante declaración: "Debe tenerse entendido que el go-

bierno británico está dispuesto a sostener el derecho que todo Estado o Estados tienen a intervenir, cuando su integridad inmediata o sus intereses esenciales estén seriamente comprometidos por las transacciones domésticas de otro Estado". Recordó que, cuando la última sublevación de Nápoles, el ministro del interior de Inglaterra, el honorable Peel, había proclamado en la Cámara de los Comunes, que el Austria podía intervenir en aquel conflicto, de acuerdo con las decisiones del Congreso de Laybach. Respondió a Talleyrand y al general Foy, diciéndoles que el ejército de Napoleón había ido a imponer una dinastía extranjera a los españoles, en tanto que el ejército de Luis XVIII iría a devolverles su rey legítimo, aquel rey privado de su libertad por un grupo de súbditos rebeldes. Concluyó trazando el cuadro de las connivencias entre los liberales franceses y el liberalismo español, para deducir que el triunfo del último, alentando las esperanzas de los primeros, concluiría por poner en peligro la estabilidad de la corona, reproduciéndose las trágicas escenas de 1793.

De aquel largo debate se deducía: 1°- que el partido liberal hubiese aceptado la intervención en Grecia, donde imperaba el despotismo turco; pero la combatía para la España, donde imperaba la Constitución de Cádiz. 2°- que el partido realista se negaba a intervenir en Grecia, por no serle simpática la causa de la libertad; pero intervenía en el conflicto doméstico español, por sus grandes amores a las dinastías de principio divino y poder absoluto. Y 3°- que la Inglaterra era tan partidaria de las intervenciones como las demás potencias reunidas en Verona. Todo dependía de las circunstancias y la necesidad.

Y la intervención fue. El duque de Angouleme —con cien mil franceses— pasó los Pirineos, sin temor a los heroísmos que pudiera despertar el recuerdo de Roncesvalles. España recibió a los invasores con una frialdad impropia de la raza que defendió a Sagunto y que engendró a Viriato. Parecía dormido el pueblo que, a los rudos compases de los cantos éuskaros, se rió de las cruces de la antigua Roma. Semejaba privado de su fortaleza el pueblo que, en las ásperas montañas ástures, despuntó los alfanjes de los Califas. Riego fue desgraciado en todas sus empresas. Mina se batió poco menos que solo, haciendo

estériles prodigios de valor. Cádiz, después de un sitio breve y sin aventuras, abrió sus puertas a los hijos de San Luis. Faltaba en la ciudad un Palafox que gritase al francés: “Después de la guerra de cañón, la guerra de cuchillo”. Faltaba allí un carácter que le dijese al duque de Angouleme, lo que Palafox dijo al mariscal Suchet, en el segundo sitio de Zaragoza: “¡Las bombas, las granadas y las balas, no mudan el color de nuestro semblante, ni toda la Francia lo alteraría!”

¿Cuál fue el resultado de la intervención? Esta, según Lamartine, según Capefigue y según Vaulabelle, no tenía por objeto restaurar el poder absoluto, aunque así lo quisiera el exaltado círculo del conde de Artois. El propósito de Luis XVIII era dar a los españoles una monarquía regular y progresiva, cuya constitución no tuviese las audacias de la constitución de Cádiz, que sobrepujaba, por lo democrático de su espíritu, a la constitución francesa de 1791. Pues bien, Fernando VII prometió amnistías y libertades; pero apenas las bayonetas interventoras traspusieron las pirinaicas cumbres, el toril primó de nuevo sobre la universalidad, volvieron de nuevo los autos de fe, de nuevo hubo que buscar un asilo para la conciencia en las amarguras de la expatriación, y de nuevo no hubo más ley que la ley de los antojos de la realeza, casi hundida en la luz sepulcral de las lámparas que ardían ante los altares de una religión sin misericordias, y que no era la religión sellada con la sangre que enrojeció el Calvario!

IV

Casi en la misma época, Monroe desarrollaba su política —resueltamente americana— en los Estados Unidos. Esa política que, según el historiador Spencer, tenía por predecesor a Juan Quincy Adams, fue expuesta por Monroe, presidente entonces de la Unión, ante el Congreso de 1823. En su mensaje a aquella legislatura, Monroe decía —refiriéndose a las relaciones de su país con Rusia e Inglaterra, medio tirantes a causa

de sus mutuos intereses en la costa del noroeste—: “En las cuestiones de que se trata, sea cual fuere su resultado, hemos creído conveniente sentar como un principio —en el cual van envueltos los derechos e intereses de los Estados Unidos— que los continentes americanos, por su situación libre e independiente, no deben considerarse como parte de la futura colonización de ninguna potencia europea”. Refiriéndose, luego, a la propuesta hecha por España a la Triple Alianza, ofreciendo privilegios comerciales si le ayudaban a someter sus antiguas colonias, agregaba Monroe: “En consideración, pues, a las relaciones que existen entre los Estados Unidos, y las potencias aliadas, debemos declarar que consideraremos toda tentativa de su parte, que tuviera por objeto extender su sistema a este hemisferio, como un verdadero peligro para nuestra paz y tranquilidad. Con las colonias existentes o posesiones de cualquier nación europea, no hemos intervenido nunca ni lo haremos tampoco; pero tratándose de los gobiernos que han declarado y mantenido su independencia, la cual respetaremos siempre, porque está conforme con nuestros principios, no podríamos menos que considerar como una tendencia hostil a los Estados Unidos, toda intervención extranjera que tuviese por objeto su opresión”. Monroe concluía diciendo: “No es posible que las potencias aliadas extiendan su política a estos continentes, sin poner en peligro nuestra paz y bienestar, ni es de creer tampoco que nuestras hermanas del Sur quieran adoptarla. Por nuestra parte, no veríamos con indiferencia semejante intervención.”

Antes del estallido de la guerra civil que, desde 1861 hasta 1865, ensangrentó el norte y el sur de la más grande de las repúblicas, en nombre de la libertad y de los derechos de la raza negra, solo el sur era partidario entusiasta de la doctrina Monroe. Los estados del sur tenían necesidad de expandirse, para aumentar los campos destinados al cultivo de algodón y la caña de azúcar, por lo que favorecieron, no solo las expediciones filibusteras de López, a las costas cubanas, sino también el espíritu autónomo de los texanos, que, gracias al auxilio de los sudistas, fueron, primero, república independiente, para incorporarse, después, a los Estados Unidos. Al terminar la guerra, que coronó con la corona de los mártires al célebre Abraham

Lincoln; al terminar la guerra con la derrota de los estados del sur y con el convenio de Apotomax, el norte, creciendo en soberbia y en necesidades, engrandeció en sus industrias y en su comercio, ganoso de nuevos mercados y mayores ganancias, adoptó a su vez y decididamente, la doctrina de Monroe. Llega ésta a su plenitud, hasta convertirse en sistema de gobierno, al calor del imperialismo de Mac. Kinley y de Roosevelt, imperialismo siempre creciente y que da por resultado la independencia de Cuba, la anexión de las Filipinas, la complicidad de la escuadra yankee en la guerra del País Celeste, lo enérgico de la actitud de la diplomacia norteamericana en las matanzas de Kishineff y la creación de la república de Panamá, destinada a tener, con el andar del tiempo y más o menos abiertamente, la suerte que tuvo la república de Texas.

¿No abusará, al fin, de su poderío, nuestra gran hermana del norte? Lo muy enorme de su buen sentido y lo muy sincero de sus convicciones democráticas, nos hacen creer que no abusará; pero lo cierto es que aquella república, va entendiendo la doctrina de la intervención como la entendían los europeos de 1821. "Su individualidad tiene un límite, dice a las otras naciones; señalan ese límite, las cosas que no estén de acuerdo con mi interés o con lo que yo considero justo". Eso es lo que se desprende, a mi juicio, de un discurso pronunciado por Elihu Root, ex- miembro del gabinete ministerial de Roosevelt, discurso comentado entusiastamente por la prensa de los Estados Unidos. Uno de los párrafos de ese discurso, leído en febrero del año que corre y en la ciudad de Chicago, decía así:

"La doctrina de Monroe, que nosotros mantenemos con inquebrantable firmeza, es un reconocimiento de nuestro derecho, ejercido en nuestro propio interés, de intervenir en todo acto emanado de una nación cualquiera de este hemisferio, soberana en su propio suelo, sobre la cual no ejercemos ni pretendemos ejercer nuestra soberanía; es el derecho de decirle: si usted hace esto o aquello, en su calidad de nación soberana, nosotros consideraremos ese acto como no amistoso, siempre que nos cause algún perjuicio. Se dice que la doctrina de Monroe no es una regla de derecho internacional. Yo sostengo que no es regla de nada. Es simplemente el ejercicio derivado de

la regla universal que restringe el derecho de toda nación soberana, dentro de las limitaciones que establece el respeto al derecho y a los intereses de las demás naciones soberanas”.

Esta es, exactamente, la misma teoría desarrollada por Cha-teaubriand ante las cámaras de Luis XVIII. Para todo sirve, porque todo depende de su aplicación. Cualquier acto mío, que desagrade al fuerte, el fuerte lo considerará contrario a su derecho o a su interés. Es la eterna fábula de Esopo: la fábula del lobo y el cordero. Por fortuna el buen criterio de la democracia yankee, corrige lo que tiene de abusivo esa manera de interpretar la doctrina de Monroe. Modificada en su propósito, en aquel generoso propósito que se desprendía de las propias palabras de su iniciador, esa doctrina se convertiría en la doctrina europea del tutelaje del más culto sobre el menos adelantado. En este sentido nos encontramos aún en la Verona de 1822. ¿Quién me asegura que no habéis arreglado, al paladar de vuestro interés o vuestra simpatía, el cartabón con que vais a medir mis progresos? Explicando la tirantez de relaciones entre Alemania y Rusia, dice, en una de sus últimas correspondencias, el profesor Eagel:

“Actualmente, los sentimientos en Alemania son cada vez más y más rusófbos. Cada telegrama que anuncia un triunfo de los japoneses es saludado con una alegría sincera.

“Alemania, como país vecino a Rusia, sufre grandemente con el estado de atraso en que se encuentra sumido ese imperio. Por eso se espera tanto aquí como en la misma Rusia, que una derrota decisiva de este país por el Japón, contribuirá a obligar al gobierno ruso a acordar a sus súbditos las ventajas y derechos de que goza la generalidad de los europeos, haciendo ingresar por este hecho a Rusia en el rango de las naciones civilizadas”.

Si no fuera por la amistad existente entre París y San Petersburgo; si no fuera por sus vinculaciones con el Japón, que tuvieron por cuna la guerra de China, ¿pensaría del mismo modo el imperio alemán?

V

¡Qué diferencia entre la política interventora europea y nuestra noble política sudamericana! San Martín, que tiene todas las rigideces de la táctica y que no libra nada a los caprichos de la fortuna; San Martín, tan lento en enhebrar las cuentas de sus planes como rápido en la ejecución de sus movimientos; San Martín, que no quiere más confidentes de su secreto que su secreto mismo, ni busca otros goces que los goces sin risas del deber; San Martín, que es la inflexibilidad de la línea recta puesta al servicio de una idea escultora de mundos, pasa largo tiempo, muy largo tiempo, aguardando, a los pies de la cordillera, la hora propicia, el instante oportuno, el momento feliz. Mira a las cumbres, que parecen a la distancia, los bastiones fronterizos de un reino de gigantes, buscando en ellas algún signo que indique el trazo del sendero que conduce a la gloria. ¡Tras las cumbres habita un pueblo que se angustia por romper los cordeles que ensangrientan sus manos y se hunden en las carnes llagadas de sus pies! ¡Tras las cumbres hay hombres que sueñan en el día de la libertad, más radiante y más puro que el día de los rojos orientes de Mendoza! Y San Martín se dice que si el cóndor transpone las cumbres lejanas, también la sed de quebrantar cadenas, la generosa sed de la inmortalidad, puede reírse de los picos cubiertos de nieve. ¿Las alas del espíritu no son más veloces y no vuelan más alto que las alas del cóndor? Y un día se apresta, y arrastrando cañones por fragosidades en que un eco es un mundo de cavernosos ecos; cerrando los ojos, para no ver las simas en cuyo fondo duermen las hadas del vértigo, más engañosas que los ojos verdisimos de las ondinas de los rhinianos lieders, va, como a interventor del porvenir de toda una raza, a predicar la buena nueva de la emancipación, que, como todos los evangelios antes de que llegue la hora de su triunfo definitivo, se fecunda con los lloros de Cancha Rayada, en que los granaderos cantan todos los poemas del sable, encorvados sobre el cuello flexible de su corcel de guerra! ¡No importa! ¡La victoria es una mujer y las mujeres saben fingir desdeñosos encubridores de cariños apasionados! ¡Ya volverá a la cita la desdeñosa! ¡Y vuelve ungiendo

con sus besos las bicolores banderas de Maipú! ¡Adelante! ¡No basta lo conseguido! ¡La intervención gloriosa no puede detener la marcha de sus pasos, hasta que vea las ruinas de Cuzco y hasta que rece el rosario de sus proezas junto al sepulcro donde duerme Atahualpa!

¿Y Bolívar? ¡Bolívar también! ¡Su último sueño fue liberar a Cuba! Bolívar, en 1819, ve que Venezuela no será libre hasta que sea libre Nueva Granada. Y transpone las cumbres de los Andes Ecuatorianos. Con un tronco de árbol se puede hacer un puente sobre un abismo. ¡Se puede perforar una nube del cielo, que está allí muy cerca, con un golpe de sable, para que el sol caliente al soldado desnudo! Hay siete grandes ríos que cruzar a nado y un material de guerra que no perder. Bueno. Mejor. ¡Cuanto más difícil, más enorme es la gloria! El frío es tan polar que tiritan los cóndores. No hay en lo alto sino flores extrañas, de color amarillo, como las siemprevivas de los sepulcros. Bueno. Mejor. ¿Dónde van los que ascienden? ¡A la inmortalidad! ¡Resulta barata! ¡El precio es mezquino! Abajo de las cumbres está Boyacá, un río con un puente. En el puente se chocan los que vienen de arriba con las primeras guerrillas de Barreiro, que son arrolladas. ¡A tomar esa altura, en que los fusileros del rey pelean a pie firme! ¿Ya está? Pues entonces, a esa cañada que debe decidir del resto de la acción. ¡La cañada se toma y principia el triunfo de los que son menos, de los que están cansados, de los que tienen hambre, de los que van vestidos con hilas de girones y vienen de lejos, pero de muy lejos, trayendo la bandera de la emancipación, enarbolada con tenaces firmezas por las nerviosas manos del genial Bolívar!

No eran intervenciones. Eran cosas domésticas; auxilio de los parientes acomodados a los parientes pobres. La Argentina, como Chile, como el Perú, como Venezuela, como Nueva Granada, estaban unidas por el mismo amor, por el mismo odio, por la misma fe y por el mismo ideal: por el amor a la libertad, por el odio al coloniaje, por su fe democrática y por el ideal del triunfo americano. Vencida una, las otras se exponían a volver al potro regado con su sangre durante algunos siglos. La causa era común y comunes los riesgos; debían ser comunes las sacudidas y las proezas. “¿Qué es lo que queréis?” preguntaban

a los venidos de las orillas del Plata, los venidos de las orillas del Amazonas. “¡Queremos lo mismo que queréis vosotros! ¡Respondían a los caballerescos héroes mandados por Bolívar, las bravuras caballerescas de los héroes mandados por San Martín. Se prestaban apoyo; pero sin envidiarse lo reconquistado. “Ya te dejé en tu casa, dueño de tus destinos, y me vuelvo a la mía”. “¿Y qué es lo que te llevas en cambio de lo hecho?” “¡Un pequeño puñado de hojas de laurel!”. Así hablaban los grandes. ¡Honor a su memoria!

VI

¿Cuál fue el primer conato de intervención, verificado en mi país, después que este se proclamó dueño de sus destinos?

Cuando el desorden administrativo del general Rivera, por cuyas manos pasaba el oro como el agua por un madraz, trajo el levantamiento de los lavallejistas, distanciados, por entonces, de los Oribe; cuando Eugenio Garzón, a cuyo trato iban las voluntades como el hierro al imán y la brújula al norte, alzaba la bandera revolucionaria en los mismos cuarteles de Montevideo; cuando las autoridades que en la capital dejó el dadivoso, sentían a la tierra crujir bajo sus pies y sacaban a los presidiarios de la cárcel pública, para aumentar el número de las fuerzas legales; cuando todo era caos e indecisión, pánico y zozobra, ¿a qué arbitrio acudieron nuestros poderes en defensa del orden comprometido? Había en nuestro puerto dos buques de guerra: en la popa del uno se balanceaba, sobre campo rojo, la férrea donosura del leopardo inglés; en la popa del otro se mecía a las rachas de los vientos platenses, la bandera estrellada del país de Washington. Nuestras autoridades se colocaron bajo su custodia. Fue entonces cuando, por vez primera, desde el día glorioso en que nacimos a la vida fecunda de los pueblos libres, sintieron nuestras calles el ruido de los pasos de unas tropas que no eran las tropas patrias, hablándose un idioma que no era nuestro idioma de musicales ritmos de cristal tallado, en los alertas de los rondines que vigilaban la casa de Gobierno.

¡Sí! Fue siendo presidente el general Rivera, por cuyas manos se escapaban los dineros públicos como la sangre por las carótidas abiertas a cuchillo, cuando se verifica el primer aparato de intervención; como fue también bajo el gobierno del general Rivera, que principia a tasarse la libertad de los periodistas por mandato oficial; y como fue en 1834, también bajo el gobierno del general Rivera, que se abre el triste ciclo de las confiscaciones, con la confiscación de los bienes de Lavalleja!

¿Y después? Cuando la presidencia de don Manuel Oribe —que fue muy probo y salió del gobierno con las manos limpias—, tonificaba todos los resortes de la administración; cuando la presidencia de don Manuel Oribe —que fue muy recto—, establecía las líneas de correos que ligan la capital con el interior, para que los afectos pudiesen estar de continuo en contacto, sin miedo a indiscreciones; cuando la presidencia de don Manuel Oribe —que fue muy culto—, asentó sobre sólidas bases las escuelas primarias —de acuerdo con las ideas que en su niñez aprendió en el hogar— (ideas que Rivera no conoció nunca, porque Rivera —como lo prueban las cartas tanto de los archivos particulares como del archivo de Montevideo, apenas sabía leer y escribir)—, cuando la presidencia de don Manuel Oribe suprimía la onerosa comandancia general de campaña, a causa de las cuentas de gastos del general Rivera, más célebres que las célebres cuentas de Gonzalo de Córdoba; cuando la suma de progresos y de honradeces del gobierno de Oribe, hizo estallar el odio de los antiguos imperialistas y nos lanzó de nuevo en la guerra civil, también estos buscaron y también obtuvieron el imprudente apoyo de una escuadra extranjera.

Oribe era un escollo para el buen éxito del bloqueo francés de Buenos Aires: americano, se inclinaba a los suyos; hijo de una familia de buen cuño español, preferiría su idioma a todos los idiomas; soldado de la guerra de la reconquista, miraba a las coronas reales con despego. Los franceses necesitaban un aliado en Montevideo y ese aliado lo hallaron en Rivera, que ya en otra ocasión había sabido cambiar su idioma por otro idioma, su raza por otra raza y su título de ciudadano de un pueblo libre por el título de barón de una monarquía. ¿Que fue

floja, muy floja, la neutralidad del gobierno de Oribe? ¡Hizo perfectamentel ¡nada le debíamos a la Francia y le debíamos a Buenos Aires la mitad del laurel de Ituzaingó!

VII

Reasumamos. Lavalleja se alzó porque se robaba, y Rivera se alzó porque Oribe no dejaba robar.

La intervención francesa ganó un aliado, que no le dio victorias; pero, en cambio, nos lanzó para siempre en la sima del pleito de los colores y en el despeñadero de los partidos.

Es la suerte común de las intervenciones. Si son interesadas, ponen en cruz. Si quieren hacer bien, no pueden conseguirlo; siembran mercedes, y luego arrojan sal sobre lo sembrado. La historia es antigua. Un temblor de tierra permitió a los mesenios alzarse en armas contra los laconios, que los habían esclavizado. Los mesenios hicieron prodigios de coraje, y la feroz Esparta iba a sucumbir. Atenas intervino, al llamado de Esparta, e inclinó la balanza de la victoria, a pesar de la heroica resistencia de Itome, que recuerda a Sagunto y recuerda a Numancia. Los atenienses aconsejan a los laconios que sean clementes; los laconios matan hasta los niños y, por añadidura, hacen cuanto es posible para disminuir la importancia de Atenas.

VIII

¿Y la defensa? Hablemos de la defensa.

Los grandes extravíos de don Juan Manuel de Rosas —extravíos que a veces se cubren con la máscara más trágica de la musa de Esquilo y otras veces se cubren con la máscara soezmente cómica de la musa de Aristófanes—, no tienen atenuación. Fue soberbio, gustó de los bufones, exaltó los instintos de los muchedumbres, abusó de la fuerza, se valió de la delación, violó los hogares y sólo respetó los dineros públicos. Aquello fue una orgía en un matadero. El único casto fue el anfitrión, porque era cruel. No lo discutimos. Es indiscutible. El carácter

de su tiempo explica las faltas: no las absuelve ni las atenúa. Estamos conformes. Pero lo que ni el hoy ni el mañana le negarán; lo que el odio no puede oscurecer ni la mentira cubrir con sus velos, es su espíritu americano, su amor a lo nuestro, su altivez de cacique charrúa y su tenacidad en mantener enhiesta la autonomía de la bandera que con un trozo de cielo tejió Belgrano. Con esto nos basta. ¿A quién piden auxilio los contrarios de Oribe? A los contrarios del general Rosas, es decir, a los contrarios de la política americana, a los que no tenían nuestras costumbres ni participación alguna en nuestras glorias. ¿En quién se apoya el presidente arrojado del solio de la legalidad? En el general Rosas, es decir, en el espíritu americano, en aquel espíritu que nos llevó juntos a derrochar proezas por todo un hemisferio. Pagola, un oriental, pasó los Andes con San Martín. Entre Oribe y sus aliados los nombres son los mismos; hay lazos de consanguinidad entre sus familias. En los fogones de Oribe se matea; en los fogones de Rosas también. La bandera de Rosas y la de Oribe son casi iguales; las banderas de sus contrarios son azules y verdes y blancas y rojas; no tienen ningún sol grabado en el centro ni puesto en las esquinas. Rosas es la república y Oribe también; repúblicas féreas, pero son repúblicas. Francia e Inglaterra eran dos monarquías hereditarias, y ya dijimos —al empezar este capítulo—, lo que podía esperarse de la intervención de las monarquías. En el ejército de Oribe, los orientales y los argentinos predominaban casi por entero. En la ciudad, el número de los europeos era mucho mayor que el número de los nativos. ¿Dónde está la patria? ¿Dónde están sus hijos, dónde está su idioma, dónde están sus recuerdos, dónde están sus costumbres, dónde está su bandera y dónde están sus aliados naturales por la ley de la historia, que favorece la fusión de lo similar y contraría la fusión de lo heterogéneo. ¿Qué en aquellos lances se hizo lujo de crueldad? Es cierto, completamente cierto; pero no degollaban sólo los federales, degollaban también los unitarios. Según dice Bilbao, Lavalle —que fue modelo de valor— no fue siempre modelo de clemencia. Se pinta a Oribe como un jaguar, y se pinta a Rivera como una paloma. Es que la historia la escribieron los vencedores. Al escribirla los vencidos, le hubiese

tocado a Rivera el papel de lobo y a Oribe el de gacela. Es posible que Rivera no tuviera tan implacable la rigidez. En cambio, tuvo tortuosa la probidad. Y no fue todo miel, no fue todo bombones azucarados. El historiador Díaz nos cuenta que Rivera hizo fusilar a varios prisioneros, después de haber vencido a Lavalleja. Era la ley del tiempo; la ley de las naciones que empiezan a vivir. Era la ley de las luchas internas, que son más despiadadas que las luchas de nación a nación. Laurent afirma que los griegos se mostraron más duros en los días de discordia civil que en sus grandes batallas contra los persas. Jerjes hizo crucificar el cadáver del heroico Leonidas. No faltó quien aconsejara a los espartanos que hiciesen lo mismo con un general de Jerjes, que cayó prisionero poco después. Los espartanos rechazaron con indignación aquel atroz consejo, aquella inicua venganza. Y sin embargo ¡esos mismos lacedemonios habían degollado hasta a las mujeres de los mesenios! Sin duda, como dice Laurent, débese ese contraste a que en las guerras internacionales el alma se sublima por el patriotismo, y en las luchas internas, el alma se deprime por la pasión de bando. No importa. No buscamos excusas ni paliativos. Reconocemos que todos hicieron mal; Oribe peor que los otros, porque siendo más culto y siendo más probo, debió también haber sido más humano. La sangre nos repugna, y creemos firmemente que de los victimarios se aparta con disgusto la mirada de Dios.

IX

Montevideo no era, en aquel entonces, la ciudad alegre, coqueta y limpia, cisne y gaviota, que lleva borceguíes de albor de espumas con broches de turquesas de olas de mar. Montevideo no era la ciudad juvenil y elegante, encanto de los ojos, abierta a todos los rumores del campo, que huelen a trébol, y abierta a todas las brisas del río, que saben a yodo. Montevideo, circuida de murallas y de fortines, vivía aún con la vida de su tiempo español, entre el rodar de las cureñas de los cañones y el rodar de las campanas de sus templos coloniales.

Fuera de sus muros estaba el desierto, con algunas ventas, que parecían jaulas; con algunos ranchos, de barroas tapias y techo de totora; y con algunas quintas, tras de cuyos vallares de pitas como lanzas, se mecía el verdor de algunos naranjos pobres en azúcar, cerca de los cuales pirateaban con júbilo nuestros chingolos, y por sobre los que pasaban con su vuelo curioso y rápido, las carniceras de alas enormes y de pico ganchudo. Más allá de los muros, todo eran barriales, lagunas y hondonadas, debido al declive de las cuchillas, que se inclinaban para mirar adentro, siendo de meditarse las excursiones muros afuera, pues pecaban de largas y fatigosas. Resistir era fácil tras de aquellos bastiones, hechos para el ruido de la fusilería y los agudos timbres del clarín; para marcar el paso y sostener banderas ennegrecidas por el humo de las descargas. Resistir era fácil tras de aquellos bastiones, que sombreaban las casas antiquísimas, casas con rejas, en las que había tientos con fraganciosos ramos de albahaca; casas en cuyas rejas, cuando el estío abre sus transparentes noches de luna, las soñadoras vírgenes de peine de carey y de saya corta, escuchaban el guitarreo de las rondallas, el guitarreo que delata su origen zingaro y moro!

Cuando empezó la guerra llamada grande por lo espantoso de su duración, aquella guerra que principiada en febrero de 1843 no terminó hasta octubre de 1851, los primeros que abandonaron a la ciudad para ir a incorporarse a los oribistas, fueron los españoles. ¿Por qué? ¿Sería, acaso, por la manera como Oribe se portó con ellos, durante el gobierno de Otorgués, impidiendo que los maltrataran los sicarios de éste? ¡No! Es que los españoles, comprendiendo que aquello era cuestión de raza, cuestión de idioma, se colocaron al lado de sus hijos, en la reyerta de sus hijos con los extraños. Aún recordaban las invasiones inglesas de 1806 y de 1807. Veían en Oribe cierto reflejo del Bruch y de Bailén, como veían en los defensores de la ciudad, algo que les recordaba una epopeya triste, la de Zaragoza, y un inicuo despojo, el de Gibraltar. Y téngase en cuenta que en aquel entonces, el comercio español y el colono español eran los que predominaban en nuestro país, que desdeña más de lo que debiera los nombres gallegos y vascos y astures y catala-

nes, que han sido casi los únicos que sonaron hasta hace pocos lustros, en nuestras ciudades y en nuestras campiñas. Aun en mi niñez, los apellidos españoles predominaban, siendo españoles la mayoría de los nombres que se leen con orgullo en nuestra historia, la mayoría de los que sirven de título a nuestras calles y la mayoría de los que se encuentran en el índice de nuestras familias más viejas, más agarradas a la ciudad por sus recuerdos de dolor y de júbilo. Nuestros poetas, nuestros historiadores, nuestros tribunos, nuestros grandes soldados, de cepa española vinieron siempre, como harto lo demuestra su vida en apuros y su muerte en pobreza, que aquí como allá, la raza española sueña más en la conquista de las maritornes embellecidas por la ilusión, que en la conquista del becerro de oro!

Otra causa, no menos importante, explica también la actitud de los españoles. Por los años de 1843, los extranjeros residentes en Montevideo eran aves de paso o no tenían aún arraigo en la ciudad. El coloniaje no había permitido otro desarrollo comercial que el originado por nuestras transacciones con la península. Después vinieron las batallas emancipadoras. Luego la invasión portuguesa. Más tarde, nuestras luchas con el imperio. Sólo con la victoria, que nos transfiguraba en pueblo autónomo y en nación constituida, se abrieron nuestros puertos a todas las banderas del mundo civilizado. Al inmiscuirse los franceses en nuestros asuntos, la ciudad adquirió un carácter más heterogéneo, más cosmopolita, aumentándose lo polícromo de ese carácter con la segunda coalición anglo-gala. Llegaron así a pisar nuestras costas, algunos extranjeros ávidos de establecerse y prosperar, y llegaron otros buscando ganancias en el río revuelto de nuestras desdichas, para volverse luego, con lo ganado, al país donde los huesos de sus padres dormían bajo el sol que los vio crecer. Los españoles no. Los españoles eran plantas que habían echado raíces en nuestro suelo y estaban vinculados al terruño de la colonia por la religión de los recuerdos, por el culto tiernísimo de lo pasado. En las iglesias del coloniaje celebraron sus nupcias; en las escuelas del coloniaje se educaron sus hijos; en los sepulcros del coloniaje habían enterrado más de una flor arrancada del rosal es-

pinoso de sus ternuras íntimas; y aún vibraba en su alma el eco de nuestras guerras; aún cruzaba su espíritu la imagen de los días primeros de la nación independizada; aún tenían en la memoria el cuadro del desborde económico de las administraciones riveristas y el cuadro de la honradez acrisolada del gobierno de Oribe. Por eso, en la defensa, no estuvieron con los sitiados. La ley de la raza y el sentimiento de la propiedad, el idioma y el deseo de asegurar el porvenir de su antigua colonia, los llevaron a hacer noche en las carpas del ejército del Cerrito.

X

No es nuestro objeto hacer la historia de la Guerra Grande. Lo único que queremos es que se sepa que el espíritu nativo no estaba en la ciudad. La mayor parte de los uruguayos se hallaba en las filas del ejército sitiador. La ciudad, por el contrario, se desvivía buscando alianzas en Europa y en el Brasil, fuera de las naciones republicanas de nuestra América. Comprueba, lo primero, la composición de los ejércitos sitiador y sitiado: en el oribista los nativos pasaban de doce mil, no alcanzando a sumar ni dos millares los nativos que se encontraban en Montevideo. Lo segundo se halla bien demostrado por las notas que dirigió incesantemente y siempre con urgencia, el gobierno de la plaza a los ministros Mandeville y Dalurde, como se halla demostrado, también, por las gestiones que hizo don Andrés Lamas para ganarse el favor brasileño —gestiones antipatrióticas, en que se sacrificaban los límites nacionales y en que se mermaba la heredad común—. El no haber comprendido la necesidad que tienen las patrias pequeñas de encerrarse en sí mismas —como ciertos testáceos marinos en su caracol—, para sacar de su propio jugo, imitando a la araña, la urdimbre de su tela, nos costó nueve años de combates y de retroceso. ¿Quién tuvo la culpa? ¡El general Rivera aprovechando, en beneficio de sus ambiciones, el bloqueo francés!

Aquella noche de nueve años, causa de lo interminable de las luchas fraternas, enseña que no debe dejarse debilitar jamás, por ningún motivo ni ningún tiempo, la fe del terruño.

¡El culto de la patria debe parecerse al laberinto, al árbol resinoso que, en ninguna estación pierde sus verdores!

La defensa — más que la alianza de Oribe con Rosas —, perjudicó al país, retardó su mañana y encrespó sus odios. El verdadero pueblo oriental estaba con Oribe. El conde de Gabriac sostenía, en la misma cámara de los Pares de Francia, “que dentro de los muros de Montevideo habla de todo, *pero no había montevidianos*”. Los mismos hombres de la defensa reconocieron que habían hecho mal apelando al auxilio de Francia y de Inglaterra. Respondiendo a un diario de París, escribía Don Melchor Pacheco y Obes en febrero de 1851: “A otros y no a mí pertenece la responsabilidad de haber aceptado el apoyo que el extranjero nos ofrecía. Lejos de mi pensamiento el acusar sus intenciones. Los hombres que aceptaron la intervención europea debieron creer que hacían bien. Procedieron, guiados de un puro patriotismo. *Se equivocaron sí, porque el pueblo que no puede salvarse por sí mismo, es mejor que perezca*. El apoyo del extranjero no es cierto siempre que pueda salvarle, *y es cierto que cuesta humillaciones peores cien veces que la muerte*”. Eso nos basta para los que deseamos que sean uruguayos, bien uruguayos, nada más que uruguayos, todos los altares, todos los himnos, todas las estatuas, todas las efemérides, todos los convenios y todas las glorias de la tierra charrúa. Pero si eso no nos bastara, nos bastarían estas palabras que encontramos en las memorias de Garibaldi, memorias impresas por su hijo Menotti:

“Entre tanto la intervención francesa se debilitaba cada día más. No quería ya ocuparse de negocios de guerra, por más que desde el campamento de Rosas le llegaban burlas y provocaciones. *El gobierno oriental*, impotente por falta de medios, *tenía que conformarse con la conducta y las resoluciones de la intervención*. ¡Estado deplorable! Infelices de las naciones que esperan el bienestar del extranjero, y cada vez que tratamos de estas afligentes verdades, el sentimiento se vuelve hacia nuestra infeliz Italia!”.

Convencidos, por todo lo que antecede, del triste resultado y de la ineficacia de las intervenciones, no nos place la mediación ajena en nuestros conflictos. No la deseamos. ¡En paz y

en guerra, en bonanza y en desventura, que libre ondula y autónoma flamee la bandera de Andresito y de Monterroso, aquella bandera alzada por Artigas entre los malezanos ásperos de Corrientes y alzada por Sotelo entre las selvas vírgenes del Brasil.

XI

Leyendo el libro de Joaquín Nabuco sobre *La guerra del Paraguay*, se aprenden muchas cosas:

1°. Se aprende (en las págs. 12 y 13), que al apoyar al partido colorado desde 1852 hasta 1856, el Brasil lo hizo especialmente por ser el espíritu del partido oribista más argentino que brasileño.

2°. Se aprende (en la pág. 18), que ya en 1851, según confiesa don Andrés Lamas al senador Paolino de Souza, el partido blanco contaba con la mayoría de lo más distinguido e ilustrado del país.

3°. Se aprende (en la pág. 21), que todas las naciones sudamericanas —como el Paraguay, Chile, Perú y Colombia—, fueron enemigas de la injerencia que tomó, en nuestros asuntos, el imperio del Brasil.

4°. Se aprende (en la pág. 22) que, exceptuando don Andrés Lamas el Brasil no tenía un solo amigo en la política oriental, porque el Brasil les era sospechoso a todos.

5°. Se aprende (en la pág. 30), que el Sr. Saraiva —en una nota dirigida, en mayo de 1864, al gobierno de San Cristóbal—, reconoce que a Flores le faltaba infantería para triunfar y que el estado de la república seguiría siendo el mismo por largo tiempo, costándole al Brasil sumas considerables su intervención, lo que se evitaba llegando a una acción conjunta y armónica con el gobierno de Buenos Aires.

6°. Se aprende (en la pág. 32), que el Sr. Saraiva no tenía fe en que el Imperio pudiese utilizar con ventaja los medios de opresión, si operaba aislado, siéndole precisa, para el buen éxito de su empresa, la alianza de los poderes públicos argentinos.

7°. Se aprende (en las págs. 21 y 37), que, según declara

el Sr. Nabuco, "el Brasil se prestó por algún tiempo, sin ventaja para el propio Uruguay, al ingrato papel de apoyar a los gobiernos montevidéanos" y que en 1864, "continuaba interviniendo en la política oriental, aunque la intervención era desinteresada y en bien de los intereses de la república", desprendiéndose de estas declaraciones del señor Nabuco, que el Imperio adoptó, durante muchos años, la teoría del tutelaje que predicaron y sostuvieron, en 1822, las potencias monárquicas del norte de Europa.

8°. Se aprende, por último, que el Brasil se arrepiente de haberse mezclado en nuestras rencillas, diciendo el Sr. Nabuco en la pág. 24 de su historia: "Lo que prueba el conflicto de 1864, lo que de él debe deducirse, es que conviene siempre evitar toda intervención en país extranjero, aun siendo en beneficio de este y en contra de los intereses propios. En tales incendios, el que acude a apagar el del vecino, acaba por ver abrazada la propia vivienda".

¡Recogemos ese acto de contricción, en nombre de la augusta individualidad de las patrias!

XII

Leyendo la obra de Thompson, traducida y anotada por Lewis y Estrada, sobre la guerra del Paraguay, se sabe, en la pág. 32, que Mr. Washburn, ministro de los Estados Unidos en la Asunción, aplaudió, con beneplácito de su cancillería, la actitud del Paraguay y censuró, también con beneplácito de su cancillería, la actitud del Brasil en los asuntos del Río de la Plata. Se lee igualmente, en una nota de la pág. 37 de la misma obra, que no fue Mitre, sino uno de los ministros de Mitre, el favorecedor de la cruzada del general Flores, pues "el presidente Mitre no consideró *justa ni conveniente* la revolución contra el *gobierno legal* de la Banda Oriental". Aunque sea muy discutible esta afirmación de los Sres. Estrada y Lewis, ella demuestra que los espíritus han marchado y que la hora de la justicia no está lejana.

También fue adversario de la alianza rojo-imperialista, el

partido republicano del Brasil, cuyos diputados se reprobaban en nombre de la democracia y la civilización, según puede verse en un estudio sobre la guerra del Paraguay que Eliseo Reclus publicó en la *Revue des Deux Mondes*.

Si se une esto a lo que dice el libro de Sr. Nabuco, en las págs. 21 y 197 nos hallamos con que la alianza rojo-imperialista fue mal mirada por los Estados Unidos, Chile, Perú, Colombia, la Argentina, el Paraguay y el partido más culto del Brasil. Pocos ignoran que en el Plata, han inmortalizado a Paysandú, Carlos Guido con su prosa lamartineana y Olegario V. Andrade con su estro pindárico. Alberdi, el más grande de los publicistas argentinos, también fue enemigo de la política de la Triple Alianza.

¿Cómo se explica, entonces, que encuentre paladines, fuera de su iglesia, un partido que subió al poder pisoteando la legalidad, traicionando a la patria y aliándose con los enemigos del credo democrático? ¿Cómo se explica que encuentre defensores y tenga catecúmenos (como los catecúmenos que forman el grupito de nuestra ex-minoría), un partido cuyos mandatarios no sólo han violado cínicamente el voto, sino que han puesto en práctica todas las raterías de Cartouche y de Diego Corrientes? Hay sucesos históricos que sólo se explican teniendo en cuenta que el egoísmo universal será siempre el adorador de la diosa del éxito.

Protestemos contra todas las intervenciones. Digamos como el Dr. Ambrosio Velazco: "¡Que nos mande el demonio, antes de recurrir al extranjero!". Las intervenciones no obedecen al sentimiento de la justicia, sino al sentimiento de la conveniencia. Esto basta para juzgarlas y no pensar en ellas.

El valor de los aliados no se discute; pero lo cierto es que en toda aquella larga y enconosa lucha, que empieza con el Sitio de Paysandú y termina con el saqueo de la Asunción, sobresalen dos cosas. Sobresale lo heroico de la ciudad oriental y sobresale el patriotismo del pueblo paraguayo, que se suicidó en masa, sacrificando su existencia y su fortuna y sus amores y su porvenir en las aras benditas de los dioses lares. ¡La plegeria del indómito espíritu de las nacionalidades flota incesantemente desde los juncos de Estero Bellaco hasta el cementerio

de Tuyuti y desde las fortificaciones de Humaytá hasta la profunda zanja de Tororól

¡El Paraguay prefirió morir defendiendo a un déspota convertido en la encarnación del territorio patrio, a adormecerse en la libertad que le ofrecían los cañones de la Triple Alianza!

XIII

Si la intervención del Brasil en nuestros asuntos, les costó a los Braganza la pérdida de su corona, la intervención en nuestros asuntos, les costó muchos ríos de sangre y muchos años de aniquilamiento, a los heroicos hijos del Paraguay. ¡Tal vez, ante el tribunal de Dios, el más acusado no sea el que murió, defendiendo las tumbas de sus padres y el honor de su bandera, en las lúgubres horas de Cerro Corá!

En cuanto a nosotros, la intervención ajena nos costó el bombardeo de Paysandú. Desde entonces, Paysandú es la favorita del patriotismo, como las Termópilas del terruño. ¡Honor a Leandro Gómez y a sus compañeros! Paysandú, convencida de su desventura, no pensó en rendirse. Perseveró indomable y se mantuvo entera. El valor real, el valor que es valor, no se desvanece al ruido de las descargas, como los alcalis fijos no se volatilizan al fuego. Hubo más entereza en los sitiados que en los sitiadores. La bandera, que sabe que viola el derecho y se siente enemiga de la virtud, es como el cloro y como el azufre, mala conductora del calor y la electricidad. ¡Tristes horas, aunque las contemplasen el ángel del martirio y el numen de la gloria, fueron las horas del sitio de Paysandú! ¡Ellas nos hacen amar, con un amor sin límites, la augusta personalidad de la patria y nos hacen oír, con airado ceño, todos los rumores de intervención. ¡El partido nacional no la pide, no la desea y no la aceptaría ni aun en beneficio propio, que por encima de la divisa puso siempre el terruño y prefiere el desastre a abrir, a los extraños, las puertas de la patria! ¡Lo que quiere el partido nacional es la neutralidad; pero la neutralidad verdadera y amplia, como corresponde cuando no son dos puñados de hombres, sino miles de ciudadanos los que están

en armas; cuando no es el poder lo que se disputa, sino el derecho a la vida y al trabajo y al voto; cuando es el gobierno el que abrió las esclusas del rugidor torrente de la guerra civil, y el que primero alzó las banderolas negras de la muerte a cuchillo!

¡El partido nacional quiere que se le trate con arreglo a lo que es, como a la mitad, por lo menos, de la república, y con arreglo a la pureza de sus propósitos, que predicán la libertad y la civilización! ¡No pide otra cosa! ¡En cuanto a la patria, no nos place que ninguno la pise ni la toque, sino con arreglo a la hospitalidad de que hablan sus leyes! ¡Nuestra divisa es aun la divisa de Piriz! ¡Nuestra mejor leyenda será, por toda la eternidad de los siglos, la trágica, pero muy luminosa, leyenda de Paysandú!

XIV

¡Oh dulce Magna Mater, oh tierra del Crucero, oh divino rosario de las brisas del Sur, el partido nacional ha conservado incólume la tradición homérica de tu Artigas! ¡La juventud del partido nacional no ha apostatado nunca, como la colorada, de tus Treinta y Tres...!

En el más popular de sus estudios, dice tu Carlos María Ramírez: "Casi todos los Treinta y Tres pertenecieron al antiguo partido blanco, que era el mismo partido lavallejista de 1832". Y Ramírez agrega, aludiendo a Paysandú: "El antiguo partido blanco quiso caer, en 1865, envuelto en la túnica legendaria de Artigas".

¡Sí, patria, te queremos reina absoluta de tus destinos, enriquecida por el trabajo y tonificada por la libertad!

¡Para que el gorro frigio, que adorna tus cabellos de republicana, no fuese una mentira, mi partido ha regado, con sangre de sus venas, las doradas achiras de tus costas, el bronceado vaivén de tus trigales, la lucente esmeralda de tus campos de trébol y las viejas raíces de los viejos ombúes de tus cuchillas!

¡Para hacer probos a tus mandatarios y darles a tus hijos, sin distinciones, el pan del derecho, mi partido ha paseado sus

banderolas, bajo tus bosques, donde canta sus desposorios el mirlo silbador; entre tus totorales, donde se mueve el mosaico de las escamas del áspid de coral; junto a tus azules y serenas corrientes, donde se mira el sauce y se baña el petrel; por todas tus praderas, donde corre el ñandú y el cáñamo fabrica su urdimbre textil.

Por tres cuartos de siglo, hemos dado la vida en bien de tus leyes y en salvaguardia de tu fortuna; pero poniendo siempre, oh señora, en tus labios esta enérgica frase de Edgard Quinet: "¡Cuando se trata de mi libertad, me basto a mí misma y me despreocupo del Universo!"

Salve, oh emperatriz de tu suelo y tu suerte! ¡Salve, oh celosa musa de los tribunos nacionalistas y generala en jefe de los soldados de mi partido!

CONCLUSION

SUMARIO -En Cuchilla Negra. -Muerte de Aparicio. -Toque de reunión. -El manifiesto del Directorio. -Dimisión o sometimiento. -La voluntad del partido nacional.

I

El 1° de setiembre chocaban las fuerzas de Aparicio con las fuerzas de Vázquez. El choque tuvo lugar en la Cuchilla Negra. La vanguardia gubernista, a las órdenes de Escobar, ocupaba el caserío de Masoller, llegando hasta el cerro del Cachorro y el arroyo del Sauce. Los nuestros, dejando a la espalda la cuchilla de Belén, se extendían por los campos de Osorio, sobre el ángulo fronterizo conocido con el nombre de Rincón de Artigas. El combate empezó cerca de las tres de la tarde.

Herido el pundonoroso coronel García, nuestra vanguardia empezó a cejar, acudiendo en su auxilio algunas divisiones, comandadas por el general Saravia, que llegó a pocos metros del enemigo, deteniendo su avance y batiéndose a tiros de revólver. Herido gravemente el caudillo sin mancha, no por eso el combate perdió su fiereza. Las líneas se entrechocaron más de una vez y más de una vez las banderas revolucionarias flotaron sobre el propio campo del enemigo. Hubo entreveros salvajes, perdiéndose las voces de mando en la confusión y teniendo que suspenderse el mortífero fuego de la artillería. Al caer de la tarde, aún no habían saltado los nuestros la barrera que les cerraba el camino del sur, estando el campo de la acción cubierto de cadáveres. ¡Allí dormían el sueño de la mañana los coroneles Enrique Yarza, Antonio Mena y Gabino Valiente, tres probedades, tres abnegaciones y tres bravuras!

Nombrado jefe del ejército revolucionario Basilio Muñoz, el ejército revolucionario se corrió el día dos por la línea de la frontera, desbarató al ejército gubernista baleándole de frente y de flanco, le causó enormes bajas y siguió hacia el sur, dejando el moribundo cuerpo de su caudillo en la estancia de los padres del hidalgo Juan Francisco Pereyra y sableando, poco después, a la vanguardia del general Galarza en el paso de Cur-

ticeiras.

La agonía de Aparicio fue una larga agonía. Murió el 10 de setiembre. El futuro le debe una estatua de mármol. Era el desinterés del patriotismo en lucha con la torva ambición sectaria. ¡El partido nacional no le olvidará nunca y le llorará siempre, como no puede olvidar a los verdaderos causantes de la guerra, a los que le hirieron en el corazón, a sus tráfugas y a sus desertores!

¡Venga el porvenir y entréguenos la estatua del caudillo de los desprendimientos! ¡Los escultores deben cincelarle a caballo, con las pupilas clavadas en el norte y teniendo en la diestra la bandera uruguaya!

¡Era muy hermoso tu íntimo sueño, para ser realizable, general Aparicio!

II

Al conocer la muerte del general Aparicio, el directorio publicó un manifiesto tan sentido como viril.

La bandera no había sido enterrada en el sepulcro del abandonado, que la honró más con lo sincero de sus virtudes que con lo grande de su heroísmo.

Saravia es el único ejemplo, en la América del Sud, de un caudillo que nada pidió para sí, poniendo, en cambio, toda su fortuna y todos sus instantes al servicio de sus ideas.

Su acción es más admirable en la paz que en la guerra. Todo poderoso, vive de su trabajo, no hace política personal y deja a su partido elegir, en las horas del voto, hasta a los que zahieren al caudillo de Melo. Enseña a sus hijos la religión del desinterés, el desprecio de los honores, el culto de la ayuda propia y el respeto a la libertad, sellando lo puro de su vida con una muerte heroica. ¡Había en Aparicio lo mejor de la republicana austeridad de Washington!

¡Levanta, en marzo de 1903, la bandera de Arbolito y de Guaviyú, congregando en torno de aquella bandera a veinte mil hombres, que le vivan con entusiasmo, con delirio, con fre-

nesí! ¡Le piden la paz, y el caudillo de los desintereses baja la punta de su lanza, y hace la paz, achicando los límites de su derecho para no ensangrentar la tierra de la patria! ¡Hace la paz, cuando sabe que el triunfo le pertenece, que en el campo enemigo reina la confusión, que es el árbitro de lo porvenir, demostrando que su civismo es a modo del civismo luminoso de Hamilton!

¡Cae en la lucha de 1904 sin haber ensombrecido ni manchado su divisa blanca, acibarando su agonía el pensamiento del futuro de su bandera, de aquella bandera que fue misericordiosa piedad en Fray Marcos y homérica bravura en Tupambaé!

III

El pleito queda en pie. No es el pleito de un caudillo con un presidente. Es el pleito de la libertad contra la absorción. Es el pleito de la patria contra la secta. Muerto el porta estandarte, la bandera sigue flotando a los vientos. Ayer flameaba en manos de Aparicio. Hoy flamea en las manos de Basilio Muñoz.

También Muñoz es hijo de una raza de héroes. También sabe hermanar la clemencia con la bravura. También es culto y desinteresado. También conoce el suelo del país. También tiene el prestigio de sus hazañas. También batalló, por la probidad administrativa y el voto libre, en 1897. También ha vencido a los galarzistas, la flor del ejército colorado, en el paso de Curticieras. ¡También es digno de llevar la bandera que tremoló Aparicio Saravia!

¡El partido nacional sabrá congregarse en torno de su nuevo estandarte, como se congregó en torno del magnánimo vencedor de Fray Marcos!

IV

Dijo así el directorio:

“El directorio del partido Nacional cumple con el penoso deber de hacer público que anoche ha recibido comunicación oficial del fallecimiento del general Aparicio Saravia, a consecuencia de las heridas recibidas en el cruento combate de Masoller.

El más valeroso, el más patriota, el más abnegado; el que todo lo ha sacrificado a su causa, vida, familia y fortuna, ha caído en el campo de batalla, víctima de su insuperable denuedo.

El que conducía las milicias nacionalistas al combate, ya no existe; pero la bandera que llevaba en sus manos continúa flameando en las cuchillas y ya ha sido coronada con la victoria en Curticeiras y paso de Vargas, en donde la guarnición de Rivera y la vanguardia del coronel Galarza, han sufrido un serio contraste.

El partido Nacional continuará con decisión inquebrantable la lucha a que ha sido arrastrado y los hechos que ya se han producido y los que pronto ocurrirán demostrarán a la faz del país, que si es cierto que ha perecido en la contienda el más insigne de sus caudillos, es cierto también que la gran fuerza política que representa, permanece incólume, resuelta hoy como antes a defender sus derechos desconocidos.

El directorio del partido Nacional, sin aminorar la inmensa pérdida, exhorta a sus correligionarios a continuar firmes y unidos en este momento de prueba, demostrando así, una vez más, su decisión y su patriotismo.

Buenos Aires, setiembre 12 de 1904. Aureliano Rodríguez Larreta, presidente; A. Lamas, Carlos A. Berro, Alfredo Vásquez Acevedo, José Luis Baena, Rodolfo Fonseca, Francisco Haedo Suárez, Jacinto D. Durán, secretario”.

V

Concluycamos.

El drama toca a su desenlace. Vencido o vencedor, el gobierno está muerto. El triunfo moral pertenece a la revolución, vencedora o vencida.

Si hubiera previsto toda la magnitud del desastre de los poderes públicos, tal vez mis justas indignaciones se hubiesen dulcificado, atenuándose las tintas de las páginas que anteceden. La verdad es una; pero sus modos de expresión varían hasta lo infinito. La especie humana es una; pero las variedades de la especie son numerosísimas ¡Cuántos matices, qué largo encadenamiento de tonos que se aproximan y no se confunden, desde las tribus africanas meridionales, que, según Reichenbach, hablan con aullidos de gutural rudeza, hasta las cultas poblaciones del sur europeo, cuyo lenguaje musicalísimo ha dado origen al libro de Timón!

Sugestionado por los que abandonaron la causa de sus padres, en una hora de gula política, y por un grupo de amigos íntimos, a quienes puede acusarse, plagiando una frase de madame de Staël, de *n'avoir point atteint l'âge de la mélancolie*, el Sr. Batlle ha merecido lo que le acontece. La justicia, siempre y en todas partes, es la que corta, al final del final, el nudo gordiano de los terribles conflictos de la historia. Fueron innumerables sus errores y tremendas las apostasías con que desmintió el ardiente apostolado de su juventud. Las ideas traicionadas se vengán; como se vengán las amorosas a quienes se abandonó. ¡El ideal es celosísimo en sus quererés, como lo son todos los amores castos!

El Sr. Batlle presume que la guerra asfixiará a la guerra. ¡Los sueños de la fantasía no tienen límite! ¡Las especies de los coleópteros, gusanos con alas, pasan de treinta mil! ¡Al presidente de la república le han matado sus sueños, como el opio a los chinos, que abusan del zumo de las adormideras verdes!

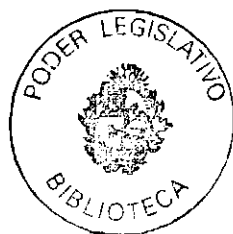
VI

El gobierno del Sr. Batlle es un gobierno muerto. La disyuntiva es cruel. Todo, bajo el cielo de la patria, le grita: "¡O límites o te sometes!"

¡Y se someterá, porque así lo quiere el partido de Oribe, el partido de Berro, el heroico partido del general Saravia!

Fecit: C. Roxlo

Buenos Aires, 14 de setiembre de 1904.



218644

Se terminó de imprimir en **prisma ltda.**,
gaboto 1582, Montevideo, Uruguay, para Ediciones
de la Banda Oriental en el mes de junio de 1993.
Edición hecha al amparo del Art. 79 de la ley 13.349
(Comisión del Papel). D.L. 286.339/93